LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL
Mito y Realidad

OLEG A. RZHESHEVSKI

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL
Mito y Realidad

OLEG A. RZHESHEVSKI

[1]Oleg Rzheshevski, autor de este libro, es profesor, doctor en Ciencias Históricas y jefe de sector del Instituto de Historia Universal de la Academia de Ciencias de la URSS. Nació en 1924 en Leningrado. Fue piloto militar durante la guerra. De 1967 a 1979 colaboró en el Instituto de Historia Militar. Han salido de su pluma los libros *La guerra y la historia* (1976) y *Las enseñanzas de la segunda guerra mundial 1939-1945*; es coautor de los libros *La victoria histórica mundial del pueblo soviético 1941-1945* (1971), *Guerra, historia, ideología* (1974), *La misión liberadora en el Oriente* (1976) y otros. Bajo la redacción de Oleg Rzheshevski han sido traducidos y editados en ruso varios trabajos de autores extranjeros sobre la segunda guerra mundial. Se le deben también muchos artículos históricos militares, publicados en la URSS y otros países.

Editorial Progreso

Editorial Ciencias Sociales

[1] Esta ficha sobre el autor, insertada aquí por el escaneador, aparece originalmente en la solapa de la sobrecubierta del libro.

Олег Ржешевский

ВТОРАРАЯ МИРОВАЯ ВОЙНА: МИФЫ И ДЕЙСТВИТЕЛЬНОСТЬ

На испанском языке

[1]Traducción del original en ruso: Mabel Santos Amigo
Edición Gladys Alonso González
Diseño: Armando Millares Blanco
Realización: Haydée Cáceres Martínez

Impreso en la URSS

Estimado lector, le estaremos muy agradecidos
si nos hace llegar su opinión, por escrito,
acerca de este libro y de nuestras ediciones.

Editorial de Ciencias Sociales, calle 14,
no. 4104, Playa, Ciudad de La Habana, Cuba.

Р $\frac{0505030202-726}{014(01)-85}$ без объявления

---

[1] La redacción de la traducción fue corregida por el escaneador. La paginación no coincide con la original. Las notas, que originalmente estaban al final del libro, se trasladaron a las páginas correspondientes, y se suprimió el Índice Onomástico.

INTRODUCCIÓN

La Segunda Guerra Mundial incorporó a su órbita 61 Estados, al 80 % de la población del planeta, y tuvo una duración de seis años. Su torbellino de fuego, después de abarcar inmensos espacios de Europa, Asia y África, se apoderó de los océanos Atlántico y Pacífico y alcanzó las costas de Australia. La contienda causó destrucciones colosales y se llevó consigo decenas de millones de vidas. La pobreza y los sufrimientos que tuvieron que soportar los pueblos son inconmensurables.

Decenas de miles de libros se han escrito sobre la Segunda Guerra Mundial; un inmenso número de artículos de periódicos y revistas, de transmisiones radiales, de películas para el cine y la televisión se han referido a ella. A pesar de haber transcurrido 40 años desde el final de la guerra, su historia continúa atrayendo el interés de escritores, científicos y especialistas militares, y los acontecimientos de aquellos días, preocupan y conmueven aún hoy a las personas sencillas en el mundo entero.

En los últimos años, la ciencia soviética ha alcanzado notables resultados en el análisis de la historia de la Segunda Guerra Mundial. Entre 1978 y 1980 se publicó la serie (6 tomos) de recopilación de documentos, denominada *La Unión Soviética en las conferencias internacionales del período de la Gran Guerra Patria*; su redactor jefe fue A. A. Gromyko, vicepresidente del Consejo de Ministros de la URSS y ministro de Relaciones Exteriores de la Unión Soviética[1]. En 1982 culminó la edición de la obra académica (12 tomos) *Historia de la Segunda Guerra Mundial, 1939-1945*, de cuya comisión de redacción fue presidente D. F. Ustínov, Mariscal de la Unión Soviética. Estos trabajos no sólo han sido objeto de una amplia atención en la Unión Soviética, sino también en el extranjero; pues enriquecen la ciencia histórica mundial con nuevas e importantes conclusiones y generalizaciones, así como reafirman la verdad de la gran hazaña del pueblo soviético, que salvó al mundo de la amenaza de la esclavitud fascista.

---

[1] En julio de 1985, A. Gromyko fue elegido Presidente del Presídium del Sóviet Supremo de la URSS.

En 1984, científicos de los países de la comunidad socialista publicaron un trabajo conjunto denominado *La Segunda Guerra Mundial. Breve historia*, dirigido a las amplias masas de lectores.

No menor es la atención que se le presta al esclarecimiento de la Segunda Guerra Mundial en los países occidentales. "La Segunda Guerra Mundial atrae más interés y provoca más polémicas que ningún otro tópico", constata el destacado historiador inglés W. Laqueur.[1]

Los acontecimientos de la pasada guerra continúan ejerciendo una colosal influencia sobre la conciencia de las personas. La fuerza de su influencia ideológica está dada por el vínculo orgánico entre el desarrollo de la situación internacional y los resultados y las lecciones de la guerra, los destinos de la gente y las conclusiones socio políticas que ofrece su historia para la actualidad.

La Segunda Guerra Mundial maduró cuando el capitalismo ya no poseía poder universal, cuando ya existía y se había consolidado el primer Estado socialista en la historia: la URSS. La escisión del mundo en dos sistemas contrarios, como consecuencia del triunfo de la Gran Revolución Socialista de Octubre, condujo a la aparición de la principal contradicción de la época: entre el capitalismo y el socialismo. Además, continuaron desarrollándose las contradicciones entre las potencias imperialistas, se fueron conformando gradualmente dos coaliciones imperialistas opuestas: la germano ítalo japonesa y la anglo franco norteamericana.

Una particularidad de la Segunda Guerra Mundial también consistió en que la contienda no sólo se desarrolló como la lucha por el reparto del mundo entre las potencias imperialistas. Una de las agrupaciones —la germano ítalo japonesa— era representante de regímenes fascistas que obraban como una manifiesta dictadura terrorista de las fuerzas más agresivas del capital monopolista. Está agrupación se planteó como objetivo, conquistar el mundo y establecer el dominio de razas "elegidas", exterminar pueblos y naciones completas considerados "inferiores", abolir su existen-

---

[1] Walter Laqueur: "Introduction", en *Journal of Contemporary History*, t. 16, N° 1, enero de 1961. Número especial. "The Second World War", parte I, p. 1.

cia como Estados y su cultura multisecular. El fascismo proclamó abiertamente que su objetivo fundamental consistía en extirpar la ideología marxista leninista, en destruir a sus defensores —los comunistas— y en liquidar el baluarte de la revolución socialista: la Unión Soviética. El bloque germano ítalo japonés amenazó con castigar a sus adversarios capitalistas de Europa y Asia, con aplastar a los Estados Unidos de América, con suprimir, incluso, las elementales libertades burguesas.

La Gran Guerra Patria, en la cual se levantaron los pueblos de la URSS al sufrir el pérfido ataque de la Alemania fascista y sus aliados, se convirtió en el elemento componente más importante de la Segunda Guerra Mundial. Se desarrolló el enfrentamiento, sin precedentes en la historia, entre un Estado socialista aliado a las fuerzas democráticas de muchos países y el agresivo bloque fascista. Este enfrentamiento significó un cambio cualitativo radical en el carácter sociopolítico, la escala, el transcurso y las perspectivas de la guerra. Los pueblos del mundo hallaron un claro programa de lucha por la derrota total de los agresores, por el aniquilamiento del fascismo; un programa de lucha por la independencia nacional y la democracia.

La Gran Guerra Patria fue la guerra del país del socialismo triunfante contra las fuerzas de choque de la reacción internacional, personificadas por el fascismo. Fue una lucha heroica que aunó, de manera consecuente, el patriotismo y el internacionalismo proletario, en defensa de las conquistas revolucionarias de los trabajadores, por el progreso social y la civilización humana. Los objetivos de la Gran Guerra Patria eran humanos y afines a los pueblos de todos los países. Estos objetivos eran salvaguardar la Patria, aniquilar a los invasores, cumplir la gran misión de liberar a la Europa esclavizada —incluida Alemania— de los fanáticos fascistas y dar a los pueblos la posibilidad de decidir por sí mismos las cuestiones referentes a su sistema estatal y económico.

En la Segunda Guerra Mundial, el largo y difícil camino hacia la victoria sobre los agresores se planteaba, en primer lugar, a través de la lucha armada en el frente soviético alemán.

Precisamente en este frente, el más importante de la guerra, se desarrollaron las batallas y los combates de mayor envergadu-

ra y más encarnizados, como resultado de los cuales el enemigo fue desgastado y arrojado del territorio soviético. El Ejército Rojo liberó, total o parcialmente, 13 países de Europa y Asia con una población de 200 millones de personas. El pueblo soviético no sólo salvaguardó sus conquistas socialistas, sino también salvó al mundo de la barbarie fascista.

La lucha de la Unión Soviética contra la Alemania nazi y sus aliados, la encabezó el Partido de Lenin: la vanguardia combativa de la clase obrera y de todo el pueblo soviético. El Comité Central del Partido, consciente de su responsabilidad histórica por los destinos del pueblo y el Estado, por la causa del socialismo, puso de manifiesto su sabiduría y su ingente valor para superar las colosales dificultades provocadas por la guerra; movilizó todas las fuerzas materiales y espirituales de la sociedad; inspiró y organizó al pueblo soviético para derrotar al enemigo y conquistar la victoria total. Las ventajas del sistema socialista, la cohesión de todo el pueblo bajo la bandera del Partido Comunista, devinieron las fuentes más importantes de la invencibilidad del Estado socialista, de la victoria que, con sus esfuerzos conjuntos, conquistaron en la Gran Guerra Patria la clase obrera, el campesinado cooperativista, la intelectualidad popular, todas las naciones y las nacionalidades del País de los Soviets.

Durante la Segunda Guerra Mundial, una coalición antihitleriana se opuso al bloque fascista militarista. La coincidencia de intereses nacionales de varios Estados, fue la base sobre la cual se formó, por primera vez en la historia, un frente internacional de diferentes fuerzas socio políticas. En la coalición antihitleriana sólo la Unión Soviética y la República Popular de Mongolia eran Estados socialistas. Los pueblos y los ejércitos de Gran Bretaña, los Estados Unidos de América, China, Canadá y otros varios Estados, participaron en la lucha contra los agresores germano fascistas y los militaristas japoneses. Obreros y campesinos, personas de las más diversas opiniones sociales y convicciones religiosas, combatieron activamente en esos ejércitos. Entre las personalidades políticas y militares de los países capitalistas aliados a la Unión Soviética, junto a opositores rabiosos de la colaboración con la URSS, hubo muchos que comprendieron la necesidad de unirse al Estado soviético para aplastar la agresión fascista y luchar activamente contra el enemigo común.

Contra los agresores combatieron heroicamente los ejércitos populares de Yugoslavia, Grecia, Albania, Polonia, Checoslovaquia y, en la etapa culminante de la guerra, los de Bulgaria y Rumanía, y las fuerzas patrióticas de Hungría. En los combates se fortaleció su amistad combativa con el Ejército Soviético.

Los participantes en el movimiento de la Resistencia desarrollaron una audaz lucha contra el fascismo en Europa y Asia. Este movimiento abarcó la retaguardia profunda de las fuerzas de ocupación y debilitó, de manera considerable, las posibilidades combativas de los agresores. En él participaron las fuerzas nacionales progresistas encabezadas por la clase obrera y su vanguardia: los partidos comunistas. En el Lejano Oriente e Indochina también se incorporaron a la lucha de liberación nacional los pueblos de Corea, Vietnam y otros países.

La Segunda Guerra Mundial culminó con el total fracaso de los planes de conquista del dominio mundial —planteados por el imperialismo de Alemania, Italia y Japón—, al quedar demostrado lo irrealizable de esos proyectos en las condiciones contemporáneas.

La historia de la Segunda Guerra Mundial es un frente de aguda lucha científica e ideológica entre el marxismo leninismo y los sistemas burgueses en cuanto a las ideas filosóficas, económicas y socio políticas.

Entre los historiadores occidentales existen no pocos científicos destacados que han hecho un notable aporte al estudio de la pasada guerra. Sus obras son de prestigio y se han editado en muchos países, incluida la Unión Soviética[1]. Los autores de estas

---

[1] En la Unión Soviética se han editado muchas obras de historiadores y autores de memorias de países occidentales, dedicadas a la Segunda Guerra Mundial. Entre esas obras hay trabajos de historiadores "oficiales", como *The Supreme Command* de F. Pogue, *The Invasión of France and Germany* de S. Morison, *The Campaigns of the Pacific War, Command Decisions* (EUA); cinco tomos de *Grand Strategy* (Gran Bretaña); obras de C. de Gaulle y H. Michel (Francia), F. Halder y K. von Tippelskirch (RFA), H. Saburo y T. Hattori (Japón). Entre las obras publicadas en la década del 80 se encuentran las memorias de D. Eisenhower, tituladas *Crusade in Europe*, y la obra del historiador germanoccidental K. Reinhardt *Die Wende von Moskau*. En dos ediciones (1957 y 1976) se ha publicado la *Correspondencia del Presidente del Consejo de*

obras investigan las causas de la guerra, aspiran a ser objetivos en la interpretación de su desarrollo, sus resultados y lecciones, y coadyuvan, de esta manera, a solucionar los problemas actuales de la polémica histórica de dos sistemas contrarios —el socialismo y el capitalismo— sobre la base de la coexistencia pacífica.

Otra línea es la de los historiadores que interpretan los fenómenos y los acontecimientos de la guerra desde las posiciones del anticomunismo. Su suspicacia tiene una tendencia bien determinada. Intentan, de cualquier manera, evadir la cuestión de la culpabilidad del imperialismo en la preparación y el desencadenamiento del conflicto, justificar al fascismo, cargar a la URSS y a otras fuerzas progresistas del mundo la responsabilidad por el surgimiento de la guerra; adjudican a los Estados Unidos y a Inglaterra el papel impropio de "factor dominante" en la contienda, con lo cual calculan reducir el aporte decisivo de la URSS en la derrota del bloque fascista militarista. Estos historiadores tergiversan de manera premeditada los resultados y las lecciones de la guerra, con el fin de resucitar y propalar, de una manera u otra, el mito acerca de la "amenaza militar soviética" y justificar la carrera armamentista desarrollada por los Estados Unidos y sus aliados de la OTAN.

En las condiciones actuales, cuando la pugna entre las fuerzas pacifistas y las guerreristas es el factor clave del desarrollo internacional contemporáneo, la valoración objetiva de los acontecimientos de la Segunda Guerra Mundial y el conocimiento de su experiencia y las lecciones que se desprenden de ella, adquieren un significado vitalmente importante para evitar una guerra nuclear, aún más devastadora, que amenaza con la destrucción de la civilización mundial.

Ministros de la URSS con los Presidentes de los Estados Unidos y los Primeros Ministros de Gran Bretaña durante la Gran Guerra Patria, 1941-1945 y varios otros materiales.

CAPÍTULO PRIMERO

¿SE PODÍA HABER IMPEDIDO LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL?

Al amanecer del 1º de septiembre de 1939, el buque de línea alemán "Schleswig-Hoilstein" abrió fuego inesperadamente sobre la península polaca de Westerplatte. De manera simultánea, la aviación germano fascista atacó los aeropuertos, los centros de comunicación, administrativos y económicos de Polonia; las tropas terrestres de la Wehrmacht irrumpieron en territorio polaco. Hacia fines de 1941, la guerra abarcaba ya el mundo entero, aunque no de manera igual. Y, ¿se podía haber prevenido esta tragedia e impedido la Segunda Guerra Mundial? La respuesta a esta interrogante requiere determinados conocimientos teóricos acerca de la guerra como fenómeno social, el análisis de sus causas y una valoración objetiva de los acontecimientos que precedieron a la contienda.

Acerca de las causas de la guerra

La guerra: prolongación de la política. En el transcurso de la historia de la humanidad ha ocurrido un gran número de guerras y conflictos bélicos. Se ha constatado que en los últimos 5 500 años los pueblos han sufrido más de 14 000 guerras.

Las magnitudes de las guerras y su influencia sobre el destino de los pueblos se incrementaron de manera constante, y en la época imperialista las guerras adquirieron un carácter mundial. La humanidad ya ha tenido que soportar dos devastadoras guerras mundiales: la de 1914 a 1918 y la de 1939 a 1945.

Por su contenido político, se acostumbra a dividir las guerras en justas, de liberación, cuyo objetivo consiste en defenderse de la agresión y la esclavitud externas, e injustas, de agresión, que se efectúan con el fin de conquistar y esclavizar a otros países y pueblos. La Segunda Guerra Mundial fue una guerra justa, de liberación, por parte de los pueblos que lucharon contra la agresión fascista.

Las guerras son evitables. Hubo un tiempo en que las personas no conocían la guerra, y llegará el momento en que será eliminada de la vida de la sociedad.

La clave para descubrir el secreto de por qué surge una guerra, para comprender correctamente las causas de la Segunda Guerra Mundial, es la valoración marxista leninista de la guerra como prolongación de la política de determinado Estado, de determinada clase, por medios violentos. "Y tal ha sido siempre —escribió V. I. Lenin— el punto de vista de Marx y Engels, que consideraban *toda* guerra como *prolongación* de la política de las potencias dadas, interesadas —y de las *distintas clases* en el seno de estas últimas—, en un momento dado."[1]

Los monopolios alemanes, la dirección nazi y el Estado Mayor General alemán desencadenaron la Segunda Guerra Mundial, pero la contienda se preparó mediante los esfuerzos conjuntos del imperialismo internacional, con el objetivo de aniquilar al primer Estado socialista del mundo: la Unión Soviética. Cegados por el odio de clase, los imperialistas intentaron hacer realidad sus planes de destrucción de la Rusia Soviética ya en 1918-1920, mediante el apoyo a las fuerzas contrarrevolucionarias internas, la intervención abierta y el bloqueo; sin embargo, sufrieron una demoledora derrota. Todo el período siguiente de la historia, el transcurrido entre las dos guerras mundiales, se caracteriza por insistentes esfuerzos del imperialismo por organizar una nueva campaña antisoviética.

Los imperialistas anglo norteamericanos, quienes contaban con llevar a cabo la lucha contra la URSS mediante sus principales adversarios: Alemania y Japón, desempeñaron el papel de inspiradores de esta campaña. Los monopolistas de los Estados Unidos e Inglaterra esperaban, de esta manera, aniquilar al Estado socialista y debilitar, además, a sus competidores.

El peligro de una guerra se incrementó en particular, cuando el fascismo capitalista se apoderó del poder en Alemania. En el VII Congreso de la Internacional Comunista (1935) se señaló que la transición de la burguesía a los métodos fascistas de mantenimiento de su hegemonía, se relacionaba directamente con la

---

[1] V. I. Lenin: *Obras militares escogidas.* Bib. El Oficial, La Habana, 1970, p. 245.

preparación de una nueva guerra mundial.

De esta manera, las fuerzas imperialistas que participaron en la preparación de la Segunda Guerra Mundial, experimentaron sobre sí mismas la acción de las dos tendencias históricas opuestas descubiertas por V. I. Lenin. Por una parte, los Estados imperialistas tendían a unirse, lo cual estaba provocado por su esencia clasista explotadora común. Esta tendencia condujo a la creación de un frente único de las potencias capitalistas contra el país del socialismo, al enfrentarniento armado de los dos sistemas socio políticos. Por otra, se desarrolló una tendencia a la profundización de las contradicciones entre los diferentes Estados capitalistas y sus coaliciones.

La Unión Soviética, con el apoyo de todas las fuerzas progresistas del mundo, luchó contra la guerra y el fascismo. La historia de los años de preguerra manifiesta el impresionante panorama de los ilimitados esfuerzos desarrollados por el Partido Comunista y el Gobierno de la Unión Soviética dirigidos a la creación de un sistema de seguridad colectiva y a la detención de la agresión fascista; de acciones activas del País de los Soviets en defensa de los pueblos de Etiopía, España, China, Austria y Checoslovaquia; de la más variada ayuda, incluida la militar, que prestó la Unión Soviética a muchos países víctimas de la agresión.

Un fenómeno cualitativamente nuevo de la situación de preguerra radicó en que en la mayoría de los países capitalistas actuaban enérgicamente los partidos comunistas y obreros de tipo leninista, armados con los conocimientos de las leyes del desarrollo social y forjados en la lucha de clases. Los partidos comunistas representaban una potente fuerza social. Se manifestaban con valentía contra la preparación de la guerra por los imperialistas; desenmascaraban la política de tolerancia a los agresores; luchaban con decisión contra el fascismo, el cual se desarrollaba como un tumor maligno, y, ya durante la guerra, se convirtieron en los organizadores de la lucha por la recuperación nacional de los países esclavizados.

La Segunda Guerra Mundial comenzó como un enfrentamiento armado en el seno del campo imperialista. Las principales potencias de las coaliciones anglo francesa y germano italiana no

lograron llegar a un acuerdo y aunar sus esfuerzos en la lucha contra la URSS. La política exterior leninista del PCUS —la cual supo aprovechar, con habilidad, las contradicciones existentes entre los países burgueses en interés de la seguridad del socialismo— impidió de manera activa que se llegara a un acuerdo antisoviético. La URSS no amenazaba a nadie, pero cortaba decididamente las provocaciones de los agresores; no les permitió que la arrastraran a una guerra mundial y, durante casi dos años después del inicio de la contienda, continuó la construcción pacífica y fortaleció la defensa. Ambas coaliciones opuestas seguían siendo enemigas acérrimas del socialismo, de la Unión Soviética. Sin perder de vista a su competidor capitalista, ambas apuntaban hacia el Estado soviético, hacia la Patria del socialismo. La historia le pedirá cuentas eternamente al culpable de la guerra: al imperialismo.

En el laberinto de las contradicciones. Para justificar al imperialismo —que siempre ha sido, y seguirá siendo, el causante de las guerras—, los ideólogos burgueses confunden y tergiversan la cuestión de las causas de las guerras, de su naturaleza y de la esencia social y clasista de éstas. Estos ideólogos analizan la guerra sin considerar las condiciones del desarrollo del capitalismo, las relaciones económicas ni la política de las clases explotadoras, y ocultan a los verdaderos culpables de la agresión.

Por lo general, los teóricos burgueses proclaman que la guerra es un "estado natural" de la sociedad. Las guerras son eternas y se producirán mientras exista la humanidad: esa es la piedra angular de sus concepciones más difundidas, sustentadas en "argumentos" antropológicos, teológicos y de otros tipos.

Así, vemos que la teórica norteamericana M. Mead analiza la guerra como "un reconocido conflicto entre dos grupos, en el cual cada grupo pone un ejército para combatir y matar a los miembros del ejército del otro grupo". Mead considera que la guerra es "una invención de la humanidad" como "escribir, el matrimonio, cocinar los alimentos, el juicio por jurados o el entierro de los muertos, y así por el estilo".[1]

---

[1] Margaret Mead: "Warfare is Only an Invention —Not a Biological Necessity", en *Peace and War*. Editado por Charles R. Beitz y Theodore Herman, W. H. Freeman and Company, San Francisco, 1973, p. 113.

J. G. Stoessinger, profesor de la Universidad de Nueva York, señala en su libro *¿Por qué surgen las guerras entre las naciones?* [*Why Nations Go to War*] que todos los intentos de vincular las causas de las guerras con el militarismo, con los bloques militares y con factores económicos, le parecen tan sólo "abstracciones inexpresivas". Según su opinión, las guerras tienen un carácter cíclico y son un desarrollo natural de los acontecimientos para cada generación.[1]

Muy difundidas están las teorías teológicas de todo tipo, de acuerdo con las cuales las guerras "son enviadas y permitidas por Dios",[2] "la paz justa sólo podrá encontrarse en el más allá"[3] y "la paz en la tierra es imposible". Uno de los autores de semejantes razonamientos, el filósofo germano occidental R. Koselleck considera una confirmación de su teoría que —a pesar de las palabras de F. Roosevelt, quien declaró, antes de morir en abril de 1945, su decisión de luchar por mantener la paz—, el planeta continúa envuelto en los últimos años, como lo estuvo antes, en guerras civiles, conflictos armados, etc.[4] En su libro no existe el análisis de la amenaza bélica que emana del imperialismo. Al mismo tiempo, el autor silencia que, como resultado del incremento de las fuerzas de la paz, la democracia y el socialismo, desde hace ya cerca de cuatro decenios ha sido posible impedir el desencadenamiento de una tercera guerra mundial.

Por lo general, los teóricos burgueses encuentran las causas de las guerras en decisiones "impulsivas" de personalidades estatales, en una "deficiente información de los servicios de inteligencia", o en otras circunstancias secundarias o casuales.

El historiador norteamericano W. Root, al analizar la política exterior de los Estados Unidos en los años de la preguerra, llega a la conclusión de que "los resultados catastróficos de esta política son consecuencia de una información incorrecta, de la miopía, la mezquindad y la inclinación humana a la auto justificación, la

---

[1] J. Stoessinger: *Why Nations Go to War.* St. Martin's Press, New York, 1974, pp. III, IV.
[2] Reinhart Koselleck: *Vergangene Zukunft. Zur Semantik geschichlicher Zeiten.* Suhrkamp Verlag, Francfort del Meno, 1979, p. 360.
[3] Ibíd., p. 140.
[4] Ibíd., p. 275.

cual obligó a los diplomáticos norteamericanos, quienes en un momento dado habían elegido un camino erróneo, a continuar por él antes que reconocer sus errores".[1] Transcurrirían 25 años, y J. Toland repetiría, en esencia, lo mismo. Al explicar las causas de la incorporación de Japón a la guerra contra los Estados Unidos, escribe: "El problema consistía en que tanto América como Japón eran como niños. Diplomáticamente, ninguno era maduro. Y ahora los dos niños practicaban estúpidos juegos de guerra."[2]

En la literatura occidental está muy difundido el agnosticismo, los puntos de vista que niegan total o parcialmente la posibilidad de conocer las causas de la guerra, de explicarlas de manera clara. En este sentido resulta demostrativa la interpretación del concepto "guerra", adoptada conjuntamente por científicos burgueses de varios países en la *Enciclopedia Universal* de varios tomos y editada en Francia. En un voluminoso artículo, que no es otra cosa que un conglomerado de concepciones contradictorias, se plantea que "la guerra es un hecho establecido universalmente. Por cierto es difícil — se dice más adelante— fijar la transición directa entre el enfrentamiento de dos sujetos singulares, o de dos familias y el de grupos más importantes, que merezca el nombre de guerra."[3]

Las búsquedas de nuevas teorías. Sin embargo, al nivel del actual desarrollo de la ciencia histórica mundial, en las condiciones en que el problema de la guerra y la paz atraen la atención de los más amplios círculos sociales, razonamientos primitivos de este tipo están muy lejos de satisfacer a nadie. A causa de ello, también muchos investigadores occidentales realizan intensas búsquedas de nuevas "teorías" acerca de la guerra, admisibles para las clases explotadoras. En Francia, la RFA, Italia, Holanda y otros países se han creado instituciones o centros especiales de polemología, que lanzan en abundancia la correspondiente producción impresa. ¿En qué consiste la esencia de la polemología?

La polemología considera que los orígenes de las guerras ra-

---

[1] Waverly Root: *Secret History of the War*, vol. II, New York, 1945, p. 189.
[2] John Toland: *The Rising Sun.* Random House, New York, 1970, p. 259.
[3] *Encyclopaedia Universalis*, vol. 8, París, 1974, pp. 99-100.

dican en la alteración del equilibrio de los diferentes grupos etarios en la sociedad humana. Si en algún país se ha observado un incremento de las edades jóvenes de la población y se han creado condiciones socio económicas en las cuales es imposible garantizar la completa ocupación de los jóvenes, entonces surge una situación demográfica particular, a la cual los polemólo-gos denominan "estructura explosiva" o "estructura demográfica guerrerista".

La "estructura explosiva", aseguran los polemólogos, crea las premisas para los disturbios sociales; predispone al surgimiento de impulsos belicosos en la sociedad, los cuales conducen por su parte, al desarrollo de la agresividad colectiva, a conmociones sociales y, por fin, a la necesidad de liquidar la parte más activa de la población, es decir a entablar las guerras.

La polemología, al poner en primer plano las causas socio biológicas de la guerra y al apartarla de la economía y la política, exonera a las clases dominantes y a los gobiernos de los Estados capitalistas de la responsabilidad por el desencadenamiento de la guerra y, de hecho, justifica cualquier agresión. Los polemólogos afirman: "Las grandes agresiones imperialistas de la historia no son otra cosa que erupciones demográficas. Cada una de ellas corresponde al clímax de un desequilibrio interno, causado por la plétora de hombres jóvenes."[1] De los razonamientos de los polemólogos se deduce que la Alemania hitleriana y la Italia fascista llevaron a cabo guerras de agresión, en primer lugar, porque en esos países surgió una "estructura demográfica explosiva", actuaban fuertes "impulsos guerreristas" y se acumuló un "potencial agresivo". En esencia, esta conclusión destruye por sí misma los razonamientos pseudocientíficos de los polemólogos en lo referente a que su "ciencia" puede hallar un medio para salvar a la humanidad de la guerra.

Junto a la poilemología, se convierte en una tendencia muy estable en la explicación de las causas de la guerra, en particular en los últimos decenios, el enfoque interdisciplinario ("integral") a la explicación del fenómeno de la guerra, en el cual el lugar más importante lo ocupa el factor político visto como fue formu-

[1] Gaston Bouthoul: *Biologie sociale. Presses Universitaires de France*, París, 1964, p. 95.

lado por Clausewitz el siglo pasado. El teórico militar alemán Carl von Clausewitz —cuyos puntos de vista se conformaron bajo la influencia de las conmociones sociales y las guerras relacionadas con la Revolución Francesa, como contrapeso a las construcciones metafísicas aún hoy válidas en la ciencia burguesa— afirmaba que "la guerra es una manifestación particular de las relaciones sociales". El lugar central en la teoría de Clausewitz acerca de la guerra lo ocupa la idea de su interrelación con la política: "La guerra no es otra cosa que la continuación de la política del Estado por otros medios."[1] Consideraba que la guerra era imposible fuera de la política. "La guerra en la sociedad humana —guerra de naciones enteras, y particularmente de naciones civilizadas—surge siempre de una situación política, y se origina sólo por un motivo político."[2]

V. I. Lenin, al analizar la formulación de Clausewitz, planteaba que la guerra no es simplemente la continuación de la política por otros medios; a saber, por medios violentos. En su definición de la esencia de la guerra, V. I. Lenin introdujo el concepto de la guerra como prolongación de la política de *determinada clase* en condiciones históricas concretas; es decir, planteó lo más importante, sin lo cual resulta imposible explicar las causas y el carácter de una guerra en particular, y de las guerras en general.[3] Los investigadores burgueses contemporáneos se han visto obligados a reconocer que "el marxismo leninismo posee la teoría de la guerra más cabalmente elaborada".[4]

Los principios de la teoría "integral" de la guerra —en la cual, como señalan sus autores, no se sabe cuándo "se las van a componer"— fueron planteados, a grandes rasgos, por el teórico norteamericano Q. Wright, ya en los años de la Segunda Guerra Mundial. Consideraba que la guerra tiene causas político tecnológicas, jurídico ideológicas, socio religiosas y psicológicas.[5]

---

[1] Karl von Clausewitz: *Von Kriege.* Verlag des Ministeriums für Nationale Verteidigung, Berlín, 1957, p. 6.
[2] Ibíd., p. 33.
[3] V. I. Lenin: *Obras militares escogidas,* p. 245.
[4] K. Nelson, S. Olin: *Why War?: Ideology, Theory and History.* University of California Press, Berkeley, 1979, p. 74.
[5] Quincy Wright: *A Study of War*, t. 11, The University of Chicago Press, Chicago, 1942, p. 739.

La concepción de Clausewitz y los diferentes puntos de vista teológicos, antropológicos y biológicos, se transformaron en Wright de la siguiente manera: "Aunque el hombre tiene impulsos originales que hacen posible la guerra —escribió en su libro *Estudio de la guerra* [*A Study of War*], reeditado en múltiples ocasiones—, esa posibilidad sólo se ha realizado en condiciones sociales y políticas apropiadas."[1] ¿Cómo impedir la guerra? El autor no ofrece una respuesta clara a esta interrogante cardinal.

En la interpretación contemporánea de las causas de la guerra es posible destacar igualmente dos escuelas burguesas: la del "realismo político" y la del "idealismo político". En la historiografía y la teoría de las relaciones internacionales, la denominación de estas escuelas no refleja los conceptos del idealismo y del realismo en el sentido generalmente aceptado de la palabra, sino tendencias concretas de política exterior. Los partidarios de la "escuela del idealismo político" afirman que las causas de las acciones de política exterior de unas u otras naciones capitalistas, han sido y son las "aspiraciones elevadas", la "lucha por los valores morales de la nación" y otros motivos idealistas semejantes. Los partidarios de la segunda escuela parten de que los países sólo se fían siempre de su fuerza, y utilizan las condiciones morales únicamente para aplicarla.

Con frecuencia, los autores burgueses "combinan" los puntos de vista de ambas escuelas. Por ejemplo, el conocido historiador y diplomático norteamericano G. Kennan, al investigar las concepciones de la escuela del "realismo político", escribió que "el enfoque legalista a las relaciones internacionales es erróneo".[2] Al mismo tiempo, en sus trabajos resulta evidente la influencia de la escuela del "idealismo político", de las teorías de la "casualidad moral" de las decisiones diplomáticas y políticas del Gobierno de los Estados Unidos. Por ejemplo, Kennan explica las aspiraciones imperialistas de los Estados Unidos a fines del siglo XIX mediante tradiciones creadas; mediante el hecho de que a los norteamericanos desde hace mucho les resulta agradable el "olor del imperio", "les gustaba ver su bandera ondeando en lejanas islas tropicales" y "calentarse en el sol del reconocimiento como

---

[1] Q. Wright: *A Study of War*, t. I, p. 5.
[2] George F. Kennan: *American Diplomacy 1900-1950*, The University of Chicago Press, Chicago, 1952, p. 99.

una de las mayores potencias imperiales del mundo". La discusión entre los "abogados del idealismo" y los "abogados del realismo", continúa aún en nuestros días.[1]

La diferencia de puntos de vista acerca de las causas de las guerras, puede crear la impresión de que, en la interpretación de este problema, no existe en absoluto nada en común entre los teóricos y los historiadores occidentales. Tal impresión sería errónea. Por muy lejos que estén de la verdadera ciencia y de la práctica histórica, por muy contradictorios que sean los puntos de vista acerca de las causas de las guerras—y, entre ellas, de la Segunda Guerra Mundial—, las diferentes "escuelas" y agrupaciones de historiadores y filósofos burgueses, están aunadas por la aspiración de ocultar, de enmascarar a cualquier precio, la responsabilidad del imperialismo como principal culpable de las guerras mundiales.[2]

Los métodos empleados para conseguir este objetivo varían en dependencia de la orientación política del investigador, de su potencial científico, del destino concreto de la publicación que esté preparando, de la situación y otros factores.

En su libro *El enfoque americano a la política exterior* [*The American Approach to Foreign Policy*], el profesor D. Perkins plantea una interrogante: "¿Existe un imperialismo americano?" Al responderla, trata de convencer a los lectores de que el concepto "imperialismo" es "un artificio de la propaganda rusa", que los Estados Unidos "no han sido nunca una nación imperialista y no lo son hoy en día".[3] Como en los Estados Unidos "no existe imperialismo", no hay tampoco argumentos para culpar a este Estado de haber participado en el desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial.

Entretanto, la historia de los Estados Unidos como Estado imperialista —las múltiples guerras de rapiña, la lucha cruenta y

---

[1] Ver con más detalles en O. Rzheshevski: *La guerra y la historia.* Moscú, 1976, pp. 109-111 (en ruso).
[2] Ver con más detalles en E. I. Ribkin: *Crítica a las teorías burguesas acerca de las causas y el papel de las guerras en la historia. Ensayo histórico filosófico.* Moscú, 1979 (en ruso).
[3] Dexter Perkins: *The American Approach to Foreign Policy,* Harvard University Press, Cambridge (Mass.), 1962, pp. 29, 98.

encarnizada del capital monopolista por la hegemonía mundial, el sistema de explotación de los trabajadores, las represiones al movimiento progresista de las masas populares y, finalmente, la orientación de los círculos gubernamentales hacia la destrucción del primer Estado socialista del mundo, demuestra que el imperialismo norteamericano no es "un artificio de la propaganda rusa" ni un "fenómeno anticomunista", sino un fenómeno socio político concreto, la fuerza rectora del imperialismo mundial.

Sólo aislados historiadores occidentales escriben acerca del imperialismo como el principal culpable de las guerras, aunque lo hacen de formas rigurosamente dosificadas, por lo general parabólicas. "El imperialismo —señala L. Farrar— reflejaba el criterio de que el sistema estatal era esencialmente competitivo, y ese criterio preparó quizás a la gente para aceptar la guerra como un resultado apropiado, de hecho necesario, de la política."[1]

El fascismo es la guerra. El intento de ocultar la naturaleza agresiva del imperialismo se evidencia con claridad en la interpretación de la esencia del fascismo que desencadenó la Segunda Guerra Mundial. El análisis del fascismo (si existe) se reduce, por lo general, a intentos de enmascarar la esencia clasista de este fenómeno. En la mayoría de los casos, el análisis del fascismo se reemplaza por la enumeración de los cambios que sucedieron en la política de los países del "Eje", cuando arribaron al poder Hitler, Mussolini y la camarilla de militaristas japoneses. "Hitler llegó al poder y comenzó el rearme de Alemania": esta tesis estereotipada vincula, de manera directa o indirecta, las causas de la Segunda Guerra Mundial con la culpabilidad tan sólo de Hitler, de su "naturaleza psicópata". L. Lafore, en su libro *El fin de la gloria. Una interpretación de los orígenes de la Segunda Guerra Mundial* [*The End of Glory. An lnterpretaiion of the Origins of World War II*], plantea la versión de que el fascismo, al comienzo de su surgimiento, proclamó "los programas más izquierdistas y revolucionarios de la época: la abolición de la monarquía y la nobleza, el anticlericalismo y el anticapitalismo", pero como resultado prevaleció en él "el chovinismo y el estatismo". Semejante enfoque a la explicación de la naturaleza del

[1] *War: A Historical, Political and Social Study.* Editado por L. L. Farrar, ABC-Clio, Inc., Santa Bárbara (Cal.), 1978, p. 116.

fascismo conduce al autor a la afirmación de que el fascismo "era, en una medida considerable, la obra de un burdo engaño político".[1] R. Leckie, autor del libro *Las guerras de América* [*The Wars of America*], vincula al fascismo en Alemania e Italia con el "nacionalismo autoritario", y su variedad de Japón, con el "militarismo teocrático". En ese laberinto de términos, razonamientos confusos e hipótesis, sólo falta lo principal: el análisis del vínculo orgánico entre el imperialismo, el fascismo y la guerra.

Es posible que donde mayor atención se le preste al análisis del fascismo sea en la literatura de la RFA. Una de las variantes más difundidas de explicación de la naturaleza del fascismo radica en los intentos de interpretar su surgimiento como el resultado de la acción de ciertos "factores irracionales" que engendraron una "personalidad demoníaca", "fatídica": Hitler. Al intentar representar a Hitler como un "superhombre", muchos historiadores occidentales afirman que "el nacional socialismo fue, en definitiva, obra personal de Adolfo Hitler",[2] que precisamente él, "con grandiosa arbitrariedad, ha hecho historia".[3]

Es conocido que ya durante el proceso de Nuremberg contra los principales criminales de guerra nazis, en Occidente existía la versión de la responsabilidad "personal" de Hitler por el desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial. Como señaló entonces W. Churchill, "era en interés de las partes interesadas, después de ser prisioneros de los aliados, hacer hincapié en sus esfuerzos por las paz".[4] Al unísono con los ex generales hitlerianos y los monopolistas alemanes —quienes, durante el proceso, afirmaron que había sido imposible oponerse a la voluntad de Hitler de hacer la guerra—, muchos historiadores occidentales

---

[1] Laurence Lafore: *The End of Glory. An ínterpretation of the Origins of World War II.* J. B. Lippincott Company, Philadelphia, 1970, pp. 68-71.

[2] Joseph Wulf: *Aus dem Lexikon der Mörder. "Sonderbehandlung" und verwandte worte in nationalsozialistischen Dokumenten.* Sigbert Mohn Verlag, Gütersloh, 1963, p. 9.

[3] Joachim C. Fest: *Hitler. Eine Biographie,* t. 1, Verlag Ullstein, Francfort del Meno, 1976, p. 23.

[4] Winston S. Churchill: *The Second World War*, t. I, Cassel&Co. Ltd., Londres, 1949, p. 280.

escriben, hasta el día de hoy, que "la guerra más grande de todos los tiempos" se había originado de una "manera no regular", es decir, no había sido consecuencia de la política de los círculos imperialistas, sino que había sido desencadenada "premeditadamente, con un cálculo frío", por "el espíritu del mal", por Hitler, cuya tarea consistía en una "gran destrucción".[1]

En la historiografía burguesa, la línea dirigida a exagerar el papel de Hitler en el surgimiento del fascismo y la guerra, se transforma de manera gradual en una tendencia a "humanizar" a los cabecillas fascistas. Los libros del historiador germano occidental W. Maser pueden servir como ejemplo característico de ello. En sus publicaciones, no existe, a primera vista, una concepción manifiesta. El autor, dentro de lo posible, evita cualquier tipo de conclusiones y valoraciones propias. Por ejemplo, en el prólogo a uno de los libros acerca de Hitler escribe: "Debo confesar que los documentos y el trabajo en este libro me han deparado sorpresas con las cuales no había contado."[2] ¿Qué sorpresas? El contenido del libro está centrado en mostrar a Hitler no como el maníaco y el tirano que todos conocen, sino como un hombre sentimental, incluso "no carente de atractivo". Los comentarios del autor a los diferentes documentos tienen un carácter objetivista. También resulta evidente la prevención de su polémica contra los partidarios abiertos del *Führer*, a quien presenta como "servidor de Alemania". Maser afirma que esto "sólo corresponde, en parte, a la realidad".[3] Los investigadores soviéticos subrayan, de manera correcta, que esas valoraciones no sólo no se corresponden con la verdad, sino que son muy peligrosas y sirven a los fines de la glorificación del fascismo y sus cabecillas.[4]

Un rasgo característico de la historiografía burguesa de la RFA es la tendencia a presentar el fascismo como un movimiento social de la "pequeña burguesía", de la "capa más baja de la clase

---

[1] Michael Freund: *Deutsche Geschichte.* Bertelsmann Lexikon Verlag, Gütersloh, 1974, p. 1179; *Weltgeschichte im Aufriss*, t. 3 sección I, Verlag Moritz Diesterweg, Francfort del Meno, p. 445.

[2] Werner Maser: *Hitlers Briefe und Notizen. Sein Weltbild in handschriftlichen Dokumenten.* Econ Verlag, Düsseldorf, 1973, p. 7.

[3] Ibíd., pp. 376-377.

[4] D. Mellnikov y L. Chernaia: *El criminal número uno. El régimen nazi y su Führer.* Moscú, 1981, p. 36 (en ruso).

media", y dejar en la sombra el papel rector de las capas más reaccionarias de la burguesía monopolista en la instauración de la dictadura fascista. Así vemos que, según opinión de H. Grebing, el fascismo fue engendrado por un movimiento de las capas medias no pertenecientes ni a la clase de los proletarios, ni a los explotadores. Sobre esta base, la autora llega a la conclusión de que, de hecho, "podría hablarse de la ausencia de clases del fascismo".[1] Al solidarizarse con ella, R. Saage plantea la tesis de la formación de una "tercera clase" a partir de las capas medias, la cual hizo del fascismo una fuerza "decisiva".[2]

La teoría de la denominada "sociedad de masas",[3] a la cual hacen propaganda ampliamente muchos filósofos e historiadores de Occidente, sirve a estos mismos fines. Los partidarios de esta teoría, al afirmar que el presente siglo es el "siglo de las masas", tratan de demostrar que la toma del poder por el nacional socialismo en 1933 representó una "revolución", la cual indicó a la humanidad la "tercera vía" de desarrollo "entre el capitalismo y el socialismo".[4]

En realidad, el fascismo estaba inmediata y directamente encaminado a aplastar el movimiento revolucionario de los pueblos y en primer lugar, a la clase obrera y su vanguardia: el movimiento comunista internacional. El VII Congreso de la Internacional Comunista, en 1935, señalaba: "Alemania fascista está demostrando con claridad a todo el mundo qué pueden esperar las masas populares donde el fascismo resulte victorioso. El furibundo gobierno fascista está aniquilando la flor de la clase obrera, a sus líderes y organizadores, en cárceles y campos de concentración. Ha destruido los sindicatos, las sociedades cooperativas, todas las organizaciones legales de los trabajadores, así

---

[1] Helga Grebing: *Aktuelle Theorien über Faschismus und Konserwatismus. Eine Kritik.* Verlag W. Kohlhammer, Stuttgart, 1974, p. 104.

[2] Richard Saage: *Faschismustheorien. Eine Einführung.* Verlag C. H. Beck, Múnich, 1976, p. 118.

[3] Ver con más detalles en V. S. Diakin: *El siglo de las masas y la responsabilidad de las clases. Crítica a la historiografía contemporánea burguesa.* Compilación de artículos, Leningrado, 1967, pp. 315-399; G. K. Ashin: *La doctrina de la sociedad de masas.* Moscú, 1971 (en ruso).

[4] Karl Dietrich Bracher: *Europa in der Krise. Innengeschichte und Welpolitik seit 1917.* Francfort del Meno, 1979, pp. 176-179.

como todas las demás organizaciones políticas y culturales no fascistas. Ha privado a los trabajadores del elemental derecho de defender sus intereses. Ha convertido a un país sumamente culto en un foco del oscurantismo, la barbarie y la guerra."[1]

La instauración de dictaduras fascistas en Alemania, Italia y en algunos otros países capitalistas en la década de 1920 a 1930, fue el resultado de una ofensiva de las fuerzas reaccionarias del imperialismo contra los trabajadores. Se aprovecharon entonces de la escisión que se había producido en la clase obrera y que había tenido lugar, en primer término, por culpa de "líderes" oportunistas de derecha de la socialdemocracia, quienes propugnaban las ideas del "compañerismo social" y del anticomunismo; sin embargo, el fascismo no logró abrirse paso hacia el poder en los países donde se habían creado, a iniciativa de los comunistas, amplios frentes populares, como sucedió, por ejemplo, en Francia. En España, los fascistas lograron imponer su dictadura sólo como resultado del apoyo prestado por los regímenes fascistas de Italia y Alemania, los cuales realizaron una intervención militar directa en ese país entre 1936 y 1939.

Los intereses egoístas de las clases dominantes de los Estados capitalistas, que habían sumido al mundo en la Segunda guerra Mundial, eran ajenos a las masas populares. Odiosos regímenes fascistas no sólo amenazaban la libertad, sino también la existencia misma de naciones completas. Al combatir al fascismo, las masas populares, encabezadas por los comunistas, defendían su derecho a la vida y la libertad, su derecho a luchar por el progreso social.

Como un nuevo intento de explicación de las causas de la Segunda Guerra Mundial puede considerarse la investigación emprendida por un grupo de historiadores, encabezado por Manfred Messerschmidt, pertenecientes a la Dirección de Investigación Histórico Militar de la Bundeswehr, y publicada en el primer tomo de la obra *El imperio alemán y la Segunda Guerra Mundial* [*Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*]. Sus autores se manifiestan con claridad en busca del liderazgo dentro

[1] *VII Congress of the Communist International. Abridged Stenographic Report of Proceedings.* Foreign Language Publishing House, Moscú, 1939, p. 572.

de la interpretación burguesa de la cuestión dada, al declarar "la necesidad de una síntesis de los trabajos realizados hasta ahora, pero, ante todo, una información extensa para el lector interesado en historia".[1]

En partes especiales, en el tomo se analizan en detalle los aspectos ideológicos, económicos, militares y de política exterior de la preparación de Alemania para la guerra; se reconoce, aunque con reservas, la agresividad tradicional del imperialismo alemán y, prácticamente, la culpabilidad del Reich fascista en el desencadenamiento de la guerra. ("El imperio alemán desempeñó el papel rector en el surgimiento y el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial".)

Los autores del tomo tocan algunos aspectos sociales de las causas del rumbo de Alemania hacia la guerra. "El miedo a la revolución—se señala en el libro— era el trasfondo de la política hitleriana."[30] La responsabilidad por la política de Alemania se la adjudican a "las capas nacional burguesas y a sus representantes en el Ministerio de Relaciones Exteriores, en las Fuerzas Armadas, en la economía y en la ciencia, que encarnaban la continuidad de la tradición estatal nacional... Éstas habían saludado con júbilo el armamentismo... Su objetivo estribaba en un incremento de la posición de gran potencia de Alemania, que iba más allá de la simple revisión del Tratado de Versalles y tenía su vista fija en la Europa Oriental, en un Imperio del Este... La utilización del poderío militar era un factor lógico dentro de los marcos de este cálculo político."[2]

Razonamientos de este tipo podrían parecer un paso en el camino hacia la verdad histórica, pero en realidad son una maniobra, cuyo objetivo consiste en convencer a los lectores de la culpabilidad, en primer término de Hitler, en el desencadenamiento de la guerra; convencerlos de los crímenes del fascismo y de la "no participación" en ellos de las fuerzas del capital monopolista de Alemania. Esto se evidencia, con claridad, en el ejemplo de los intentos de los autores de la obra por demostrar "lo erróneo" de la valoración que la Internacional Comunista

---

[1] *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, t. I (Prólogo), Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart, 1979, p. 11.
[2] Ibíd., p. 715.

hizo del fascismo, como la dictadura de los elementos chovinistas más reaccionarios del capital financiero. Los autores después de citar la definición que hizo la Internacional Comunista del fascismo, escriben: "A Hitler no se le puede ver como a un 'títere' del capital financiero. En la Alemania de preguerra nadie, excepto él, influía sobre las masas. Esto se relaciona en especial con el período después de 1936 y durante la misma guerra. Él fue quien determinó el curso que tomaría la guerra iniciada el 1° de septiembre de 1939."[1] En otras palabras, la "nueva" argumentación de los historiadores germano occidentales está dirigida a fortalecer el viejo mito de la responsabilidad personal de Hitler por la guerra, mito que justifica al imperialismo y al fascismo, aunque se vieron obligados a variar algunos puntos esenciales.

Bajo la bandera del anticomunismo. Finalmente, lo común de las teorías burguesas acerca de la guerra se manifiesta en su anticomunismo. Los neofascistas y los conservadores moderados, los maltusianos liberales y los eclécticos, los teóricos de las doctrinas religiosas, tratan, cada uno a su modo, de plantear sus razonamientos de manera que les permita vincular las causas de la guerra con la lucha revolucionaria de los trabajadores y fundamentar la complicidad del régimen social socialista en el desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial. "La guerra, y no la paz, es el crisol del comunismo", difama el teórico norteamericano L. Fischer.[2]

Semejantes orientaciones pseudohistóricas se están difundiendo de manera particularmente activa en los últimos años; están al servicio de las aspiraciones agresivas del capital monopolista y se manifiestan cada vez con más claridad en la política exterior de los Estados Unidos, de sus aliados y sus satélites, la cual esta dirigida contra la URSS y contra todas las fuerzas revolucionarias de la actualidad.[3] "Las grandes cruzadas de nuestra época —afirman los polernólogos—, las predican los comisarios

---

[1] Ibíd., p. 18.

[2] Louis Fischer: *Russia's Road from Peace to War. Soviet Foreign Relations 1917-1941.* Harper and Row Publishers, New York, 1969, p. 5.

[3] Ver con más detalles en S. A. Tiushkévich: *La filosofía y la teoría de la guerra.* Moscú, 1975 (en ruso).

políticos que divulgan la nueva fe."[1]

Al mismo tiempo, algunos teóricos se manifiestan desde posiciones de una valoración más realista de los acontecimientos internacionales que precedieron a la Segunda Guerra Mundial. R. Garthoff (EE.UU.) escribió en su libro *La política militar soviética. Análisis histórico* [*Soviet Military Policy. A His-torical Analysis*] que, desde los primeros años de existencia del Estado soviético, la aspiración de evitar la guerra "llegó a ser un axioma de la política soviética". "Los bolcheviques —escribe el autor— renunciaron a todos los derechos económicos, políticos y militares de la Rusia imperial... en el extranjero: en Turquía, Persia, Afganistán, Sinkiang, Tuva, Manchuria y China." Garthoff señala que "la Unión Soviética no utilizaba abiertamente la fuerza militar desde 1921". "Los soviéticos no habían deseado" el conflicto bélico con Finlandia, y más adelante: "Después de 1921, los rusos fueron los primeros en abogar por el desarme."[2] A pesar de que R. Garthoff trata de utilizar, en el plano ideológico, el contenido de su libro en detrimento del socialismo, las valoraciones antes citadas acerca de la política exterior soviética evidencian, una vez más, la inconsistencia de las tesis antisoviéticas de la historiografía reaccionaria.

R. Barnet, también científico de los Estados Unidos, al investigar la política exterior norteamericana, llegó a la conclusión de que el origen de la guerra debe buscarse en los propios Estados capitalistas. En su libro *Las raíces de la guerra* [*The Roots of War*] plantea una interrogante: ¿Cuáles fueron los intereses nacionales que trataba de alcanzar los Estados Unidos "al propagar la muerte, el terror y la destrucción"?[3] Al dar respuesta a esta pregunta, Barnet escribe: "Según cualquier definición histórica, los Estados Unidos son un imperio. Desde el surgimiento de la república en 1776 hasta el estallido de la Segunda Guerra Mundial, el área bajo el dominio de los Estados Unidos aumentó de

---

[1] G. Bouthoul, René Carrère, Jean-Louis Annequin: "Guerres et civilisations (de la préhistoire á l'ère nucléo-spatiale)", en *Les Cahiers de la Fondation pour les Ètudes de Défense Nationale*. Cahier No. 14. Supplément au numéro 4 (1979) de "Strategique", París, 1979, p. 90.

[2] Raymond L. Carthoff: *Soviet Military Policy. A Historical Analysis.* Frederick A. Praeger Publishers, New York, 1966, pp. 10, 14, 123.

[3] Richard J. Barnet: *Roots of War.* Atheneum, New York, 1972, p. 5.

400 000 millas cuadradas a 3 738 393 millas cuadradas... En la Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos no se anexaron legalmente más territorio, pero asumieron el control total de 'territorios estratégicos puestos bajo su tutela' y otras bases, y con ello aumentaron su dominio global."[1]

Al hacer un pronóstico de la perspectiva histórica, Barnet subraya: "La guerra es una institución social; las permanentes guerras de América pueden explicarse primordialmente al contemplar la sociedad americana: estas guerras sólo cesarán si se cambia esa sociedad."[2] R. Barnet propone eliminar la guerra mediante diferentes tipos de reformas en la esfera de la política y la economía norteamericanas, mediante la limitación del poder del complejo militar industrial; renunciar a las ilimitadas pretensiones internacionales de los Estados Unidos. En este sentido, su enfoque contribuye tanto al esclarecimiento de las verdaderas causas de la guerra, como a las búsquedas de vías para el ulterior saneamiento de la situación internacional. Sin embargo, las aspiraciones de la mayoría de los autores burgueses contemporáneos son otras. Ellos responden a una interrogante totalmente diferente: ¿Cómo pudo suceder que la guerra comenzara con el enfrentamiento de coaliciones imperialistas? ¿Por qué resultaron irrealizables las posibilidades de creación de un frente único de las potencias imperialistas dirigido contra la URSS? Al manifestarse desde posiciones particularmente pragmáticas, tratan de extraer de este "fatídico error" lecciones para el futuro. Sus obras se caracterizan por el análisis del sistema de tratados de Versalles, del rearme de la Alemania hitleriana, del fascismo, del curso de los agresores en la pacificación, del fracaso de los planes de creación de un sistema de seguridad colectiva en Europa; es decir, formalmente por el análisis de muchos de los factores con los cuales se relaciona en realidad el origen de la Segunda Guerra Mundial e investigados profundamente por la historiografía marxista; pero la interpretación que hacen esos autores burgueses de los factores señalados es una interpretación premeditadamente falsa, marcada y, por lo general, con un espíritu antisoviético. Algunos teóricos e historiadores burgueses afirman que la Segunda Guerra Mundial sólo habría podido evitarse si en Europa

---

[1] Ibíd., p. 17.
[2] Ibíd., p. 5.

Occidental "se hubieran estacionado permanentemente tropas americanas",[1] con lo cual ofrecen un claro ejemplo de cómo las investigaciones reaccionarias se convierten en una apología directa del militarismo y los planes agresivos de la OTAN.

El potente movimiento antibélico de masas que se ha desarrollado en Europa Occidental, demuestra que amplios círculos de la opinión pública van comprendiendo, con mayor profundidad, las verdaderas magnitudes del peligro de guerra que trae consigo el asentamiento de tropas de los Estados Unidos en territorios ajenos.

Dos mundos, dos políticas

Entre los investigadores burgueses, el análisis de los acontecimientos que condujeron a la Segunda Guerra Mundial se reduce, por lo general, a la interpretación de la historia de la política exterior y de la actividad diplomática de los diferentes Estados en el período entre las dos guerras. Con esto, los problemas de la política interna se tocan de manera muy limitada; mientras que la economía y la ideología, salvo raras excepciones, no se toman en cuenta en absoluto. Además, si se divide el período entre la Primera y la Segunda Guerras Mundiales en dos etapas —la primera hasta el Pacto de Múnich (1919-1938) y la segunda después de él (1938-1939)—, resulta que la mayor parte de la literatura se dedica a la segunda etapa. Esta particularidad también es un reflejo de la tendencia a dejar fuera del marco de la investigación histórica las raíces más profundas de la guerra, del proceso de su maduración.

Analizaremos sucesivamente las valoraciones hechas por los historiadores burgueses de los acontecimientos entre las dos guerras y sobre los cuales han centrado su mayor atención.

El Tratado de Versalles. En la historiografía burguesa, el Tratado de Versalles se analiza, por lo general, de manera crítica. El carácter de esta crítica es muy curioso. El destacado historiador norteamericano T. Taylor considera que las deficiencias del Tra-

---

[1] Ibíd., p. 77.

tado de Versalles radican en que obstruyó "una saludable evolución de la política franco británica hacia Alemania" y en que resultó impotente para contrarrestar "la fuerza del Tercer Reich".[1] Además, considera que el Tratado de Versalles habría podido desempeñar su papel si lo hubieran "regulado" en correspondencia con la cambiante situación en Europa. Eso se hizo (anulación de las reparaciones), señala T. Taylor, en el plano económico, pero en el militar y el territorial todo se mantuvo igual, lo cual condujo a las acciones "unilaterales" de Hitler. "Francia, temerosa de las consecuencias de debilitarlas [las cláusulas], perdió gradualmente la voluntad, y con posterioridad, la fuerza para hacerlas cumplir."[2] En total, Taylor evita las valoraciones del Tratado de Versalles.

En la literatura reaccionaria de la RFA predominan las tesis que justifican la renuncia de Alemania a sus obligaciones del Tratado de Versalles, su revisión por la fuerza y la política agresiva de la Alemania fascista. H. Härtle afirma que Alemania rechazó el Tratado de Versalles, tomó el camino de la remilitarización, se vio obligada a "fortalecer su capacidad defensiva" y a "defender sus fronteras" como consecuencia de la amenaza que era, supuestamente, para ella "el pacto ruso francés".[3]

En todos los países capitalistas participantes en la Primeria Guerra Mundial, y en particular en Francia, la RFA, Inglaterra y los Estados Unidos, continúan editándose obras acerca del Tratado de Versalles. Una tendencia característica común consiste en la aspiración a demostrar que la "paz de Versalles" fue "injusta", ante todo para Alemania. ¿Qué se esconde tras esto?

El 18 de enero de 1919 en Versalles, no lejos de París, tuvo lugar la apertura solemne de la conferencia de los países aliados para elaborar las condiciones de la regularización pacífica después de la guerra. En la conferencia estuvieron representados 27 países, los cuales habían participado en la guerra contra la coali-

[1] Telford Taylor: *Munich. The Price of Peace.* Doubleday&Company, Inc., Garden City, New York, 1979, p. 77.
[2] Ibíd., p. 77.
[3] Heinrich Härtle: *Die Kriegsschuld der Sieger: Churchills, Roosevelts und Stalins Verbrechen gegen den Weltfrieden.* Verlag K. W. Schütz KG, Pr. Oldendorf, 1971, p. 117.

ción de las potencias centrales (Alemania, Austria-Hungría, Turquía y Bulgaria) o que habían roto relaciones diplomáticas con Alemania. Sin embargo, los destinos de la futura paz los manejaban, de hecho, Inglaterra, Francia y los Estados Unidos. Alemania y sus aliados de guerra no fueron convocados a la conferencia. La Rusia Soviética tampoco tuvo acceso a la conferencia, a pesar de que fue Rusia precisamente la que soportó el peso fundamental de la guerra y salvó en realidad de la derrota a Inglaterra y Francia entre 1914 y 1916. Todo consistía en que el lugar primordial en el curso de las conversaciones lo ocupaba la denominada "cuestión rusa": la organización de la lucha contra el joven Estado socialista. La misma conferencia de paz de París se convirtió, de hecho, en el estado mayor de la intervención armada contra la Rusia Soviética.[1]

El 26 de junio de 1919 se firmó el Tratado de Paz de Versalles, que puso fin, de manera formal, a la Primera Guerra Mundial. En el trabajo de la conferencia, el papel principal lo desempeñó el "consejo de los cuatro": el presidente de los Estados Unidos, Wilson; el primer ministro de Francia, Clemenceau; el primer ministro de Gran Bretaña, Lloyd George, y el primer ministro de Italia, Orlando.

El sistema de Versalles consolidó jurídicamente la expoliación, la dependencia, la pobreza y el hambre de millones de personas; la esclavitud, como señaló V. I. Lenin, "de 7/10 de la población mundial".[2] La esencia del sistema de Versalles estaba determinada por la aspiración de los países vencedores en la Primera Guerra Mundial, de cambiar por completo el mapa de Europa y obtener, a costa de la Alemania derrotada y de sus aliados, nuevos mercados y fuentes de materias primas, nuevos dominios coloniales y esferas de influencia. El objetivo fundamental del sistema de Versalles radicaba en la ambición de sustituir en Europa la hegemonía alemana por la anglo francesa, en redistribuir el equilibrio de fuerzas a favor de Inglaterra, Francia y los Estados Unidos. Además, los vencedores dirigían sus esfuerzos fundamentales hacia la conversión de Alemania en un instrumento, con cuya ayuda fuera posible aplastar o debilitar de

---

[1] *Historia de la Primera Guerra Mundial de 1914-1918.* Moscú, 1975, t. 2, pp. 534-535 (en ruso).
[2] V. I. Lenin: *Obras completas*, t. 41, p. 353 (en ruso).

manera considerable a la Rusia Soviética. Así, en los documentos de Versalles también se reflejaron las contradicciones fundamentales del período de la crisis general del capitalismo: las contradicciones entre los sistemas capitalista y socialista. "Esto no es paz —escribió V. I. Lenin—, sino condiciones dictadas por bandoleros."[1]

Toda la historia del Tratado de Paz de Versalles, desde el momento de su firma hasta el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, representó la destrucción gradual del sistema de Versalles y la presión sobre Alemania, por parte de las potencias occidentales, para que agrediera a la URSS.

La política de "pacificación". Esquema y realidad. En las concepciones de los autores burgueses ocupa un lugar notable la interpretación de los acontecimientos precedentes a la Segunda Guerra Mundial, como la usurpación de la zona del Rin por Alemania, de Etiopía por Italia, la agresión japonesa en el Lejano Oriente, y la guerra civil en España; pero todos los acontecimientos del período entre las dos guerras mundiales se vinculan, por lo general, con la política de "pacificación", la cual llevaron a cabo, según sus palabras, Inglaterra y Francia en Europa y los Estados Unidos en el Lejano Oriente.

Analicemos primero la interpretación que hacen los historiadores burgueses del concepto mismo de "pacificación", pues esto resulta de primordial importancia para aclarar las causas de la Segunda Guerra Mundial.

"La pacificación —se señala en uno de los trabajos dedicados a esta cuestión— es un método de la diplomacia. Con un equilibrio de poder o una preponderancia del poder, la pacificación puede ajustar ambiciones y rivalidades, compensar cambios y mantener el equilibrio y la armonía internacionales entre los Estados."[2] La idea de que la política de pacificación de la Alemania fascista fue supuestamente una política dirigida a fortalecer la paz, ocupa un lugar central en la historiografía bur-

---

[1] Ibíd.

[2] *Appeasement of the Dictators. Crisis of Diplomacy? (Inlroduction).* Editado por W. Laird Kieine-Ahlbrandt, Holt, Rinehart and Winston, New York, 1970, p. 1.

guesa. Se ha creado un esquema según el cual Alemania se reconoce como un Estado agresivo, injustamente menospreciado por el Tratado de Versalles; mientras que Inglaterra, Francia y los Estados Unidos se presentan como potencias que trataron de lograr la paz y el equilibrio en Europa. A D. Lloyd George, primer ministro de Gran Bretaña, se lo denomina el creador de la política de pacificación. "Lloyd George esperaba que la paz duraría mucho tiempo... y, por tanto, advirtió contra un tratado humillante para Alemania."[1]

Esta interpretación es curiosa porque reconoce la premeditación del curso que tomaron las potencias occidentales, hacia el fortalecimiento del Reich alemán, pero al mismo tiempo porque disfraza la tendencia contrarrevolucionaria, antisoviética, de esa política.

El historiador norteamericano L. Lafore comienza su análisis "capital" de los acontecimientos entre las dos guerras a partir del Pacto de Locarno en 1925, el primer acuerdo internacional de las potencias imperialistas después de Versalles y que abrió el camino a Alemania para la agresión al Este.[2] En contraposición a los hechos generalmente conocidos, el historiador norteamericano escribe que "la aspiración de los ingleses era extender el principio de Locarno a cada frontera de Europa". Esta aspiración no se logró, al parecer, por "la suposición errónea de que Hitler consideraba los tratados como lo hacía Simon".[3] En adelante, la histo-

[1] Ibíd.

[2] En correspondencia con el Pacto de Locarno, Alemania, Francia y Bélgica se comprometían a mantener la inviolabilidad de las fronteras germano francesa y germano belga, establecidas por el Tratado de Versalles. Inglaterra e Italia intervinieron como garantes del cumplimiento de ese compromiso. El Pacto de Locarno no extendió las garantías a las fronteras de Alemania con Polonia y Checoslovaquia, lo cual denotaba la aspiración de los especialistas anglo norteamericanos de dirigir las miras agresivas de Alemania hacia el Este, contra la URSS, así como contra Polonia y Checoslovaquia.

[3] Tal suposición no era "errónea". El líder del ala derecha del Partido Liberal, ministro de Asuntos Extranjeros de Inglaterra (1931-1935), J. Simon, realizó de manera consecuente una política de estímulo a los agresores fascistas; era un encarnizado enemigo de la URSS e intentó, por todos los medios posibles, agudizar las relaciones anglo soviéticas. En la Conferencia de Stresa (abril de 1935) se manifestó en contra de la

ria “no personificada” promulgada por el autor, continúa siendo, en lo fundamental, un conglomerado de los mismos motivos y puntos de vista personificados. La ejecución de la política de Barthou[1] cayó ahora en manos menos competentes y menos honestas. Su sucesor, Pierre Laval, era inescrupuloso y sospechaba profundamente de la Unión Soviética.”[2] Desde posiciones algo diferentes enfoca W. Kleine-Ahlbrandt el Pacto de Locarno y sus consecuencias. “Locarno fue una gran ilusión —se lamenta el historiador norteamericano—. La sección más polémica del Tratado de Versalles no fue solucionada. Locarno reconocía el derecho de revisión. Fue una victoria para Alemania. Gran Bretaña y Francia no podían estar de acuerdo, como es lógico... Francia mantenía una estricta interpretación del Tratado de Versalles. Gran Bretaña mostraba deseos de ignorar a Europa Oriental corno una esfera de interés.”[3]

No es difícil darse cuenta que estos historiadores dominan el equilibrismo verbal. Los cálculos de la agresión alemana contra la URSS adquieren en ellos la forma de “rechazo de Gran Bretaña a sus intereses en Europa Oriental”. Además, es conveniente destacar un aspecto de la valoración del Pacto de Locarno antes citada: el reconocimiento por parte del autor del hecho evidente de que el imperialismo británico actuó como propagandista de la política de preparación de la campaña alemana hacia el Oriente.

Con especial cuidado se enmascara la responsabilidad de los monopolios por la preparación de la guerra, la actividad que realizaron en tal sentido los diferentes grupos financieros industriales que dictaban los programas político militares. En contraposición a los hechos históricos, se afirma que “el nombre

---

aplicación de cualquier tipo de sanciones a Alemania por la violación del Tratado de Versalles que había cometido esta nación.

[1] Louis Barthou, ministro de Asuntos Extranjeros de Francia de 1933 a 1934, partidario del establecimiento de un pacto soviético francés de ayuda mutua. Fue asesinado por terroristas croatas vinculados a Berlín y Roma, el 9 de octubre de 1934.

[2] L. Lafore: *The End of Glory. An ínterpretation of the Origins of World War II,* p. 133.

[3] *Appeasement of the Dictators. Crisis of Diplomacy? (Introduction)*, p. 2.

'Cleveland Set' era engañoso",[1] que "no existe la más ligera evidencia de tal conspiración anglo alemana".[2]

No obstante, existen múltiples documentos que refutan esta tesis. Citaremos uno de ellos: un informe poco conocido del embajador alemán en Londres, el cual evidencia que la Alemania hitleriana se apoyaba en Inglaterra como la principal fuerza internacional en la realización de su preparación para la guerra. En marzo de 1935, el embajador alemán comunicó a Berlín: "Ahora que la temeraria y clarividente política del Gobierno del Reich ha logrado *de facto* igualdad de derechos para Alemania en la esfera de los armamentos terrestres, será tarea de la política alemana... completar este gran logro... La clave para una solución satisfactoria la posee Gran Bretaña."[3]

Muchos historiadores occidentales que no hacen caso de esos documentos, no sólo intentan rehabilitar la política de los "pacificadores", sino también adjudicarle cierto sentido positivo. D. Lee (EE.UU.) asevera que al parecer esta política estaba "arraigada en dos creencias: que Versalles había sido injusto para los alemanes..."[4] H. A. Jacobsen (RFA) afirma que "los ingleses y los franceses trataban de mantener la paz a cualquier precio".[5] K. Eubank (EE. UU.), quien se declara "innovador" en la interpretación de las causas de la Segunda Guerra Mundial, considera que la actividad de Chamberlain "no carece de méritos".[6] A partir de

---

[1] *Cleveland*: hacienda suburbana de la familia de los Astor, los banqueros y las personalidades políticas más importantes de Inglaterra en la década del 30. Constituía una especie de "salón político" al cual acudían constantemente dirigentes del Gobierno de los conservadores, entre ellos N. Chamberlain, los lores Halifax, Lothian y otros. Fue uno de los centros de la propaganda profascista y antisoviética en Inglaterra y de los acuerdos políticos anglo alemanes basados en el antisovietismo.

[2] L. Lafore: *The End of Glory. An Interpretation of the Origins of World War II*, p. 190.

[3] *Documents on German Foreign Policy 1918-1945.* Serie C, t. III, United States Government Printing Office, Washington, 1959, p. 1018.

[4] *Munich. Blunder, Plot or Tragic Necessity?* Editado por Dwight E. Lee, D. G. Heath and Company, Lexington (Mass.), 1970, p. VII.

[5] Hans-Adolf Jacobsen: *Von der Strategie der Gewalt zur Politik der Friedenssicherung. Beiträge zur deutschen Geschichte in 20. Jahrhundert.* Droste Verlag, Düsseldorf, 1977, p. 53.

[6] K. Eubank: *The Origins of World War II*, p. VIL

la tesis aciaga de la "imposibilidad de evitar la guerra", K. Eubank plantea la versión de que los "pacificadores" no adoptaron sanciones militares contra Alemania, porque "esta superioridad [sobre las fuerzas de Hitler] no era... obvia".[1] El autor no niega que el principal conductor de la política de "pacificación" era Inglaterra, pero asienta la justificación de esa política sobre una base sin clases, con lo cual escuda a los círculos gobernantes. "Los ingleses —afirma—, quienes miraban con favor el sistema educacional alemán, el desarrollo industrial alemán y la legislación social (!) alemana, llegaron a inclinarse hacia la pacificación. No hay ningún hombre o grupo de hombres que puedan considerarse responsables de la pacificación."[2] Así, este historiador norteamericano trata de descargar la culpa por la inacción de los círculos gubernamentales ingleses y franceses ante los primeros actos de agresión de Alemania, sobre los pueblos inglés y francés, para los cuales, según sus palabras, "habría sido una tarea ardua —si no imposible— incitar a librar una guerra contra soldados alemanes que ocupaban territorio alemán". [Se refiere a la ocupación de la zona del Rin. —*El autor.*][3]

L. Lafore explica de una manera muy particular el siguiente acto de la política de pacificación: el estímulo a la conquista de Etiopía por la Italia fascista en 1936. "Sus intentos [de Mussolini] de conquistar Etiopía —escribe Lafore— indujeron a los extranjeros (!) a calificarlo como un agresor. Este intento llevó a su vez a un viraje en las relaciones germano italianas, el cual socavó todos los esfuerzos futuros por 'detener a Hitler'."[4] Los historiadores norteamericanos ponen en duda el derecho del pueblo etíope a defender el territorio de su país, al dar a entender que la guerra surgió por un oasis, "conquistado por los italianos varios años antes y situado en el terrible desierto".[5]

G. Baer, H. Braddick (EE.UU.) y algunos otros historiadores

---

[1] Ibíd., p. VIII.
[2] Ibíd., p. 73.
[3] Ibíd., p. 57.
[4] L. Lafore: *The End of Glory. An Interpretatioon of the Origins of World War II*, pp. 136-137.
[5] *Appeasement of the Dictators: Crisis of Diplomacy?*, p. 138.
El ataque de las tropas italianas a un destacamento militar etíope en la región del oasis Ual-Ual, se produjo en diciembre de 1934.

se ocupan de aclarar las causas de por qué las potencias occidentales no lograron llegar a un acuerdo amistoso con Italia a expensas de Etiopía, antes de que Italia se lanzara a la intervención militar. Según palabras de G. Baer, la causa se esconde aquí en que Inglaterra mantenía, al parecer, una política de "aislacionismo defensivo."[1] "El gobierno británico —escribe el autor— quería conservar la amistad de Italia... Simon no sentía ningún amor especial por Etiopía, y no deseaba oponerse a Mussolini. Temía que la resistencia británica provocaría la caída del Duce y dejaría a Italia expuesta a los bolcheviques."[2] La versión del "peligro rojo" es uno de los estereotipos más firmes de la historiografía burguesa. H. Braddick sostiene un punto de vista algo diferente. Al valorar el Acuerdo de Hore-Laval, que en diciembre de 1935 entregó Etiopía a los agresores italianos, reconoce que "éste [el acuerdo] otorgaba un premio a la agresión fascista en Etiopía".[3] Remitiéndose a documentos y memorias, H. Braddick llega a la conclusión de que las causas de la agresión de Italia a Etiopía se esconden en la política de Inglaterra, la cual "tenía en sus manos" a Etiopía a pesar del tratado de 1906, según el cual este país había sido declarado dentro de la esfera de influencia de Italia. "Ya a fines de 1934 —escribe Braddick—, los italianos creían que la influencia británica en el país estaba siendo tan poderosa que dentro de unos cuantos años podrían ser virtualmente expulsados."[4] Aunque tímidamente, el autor "busca el vínculo" entre la política de pacificación de la Italia fascista y los intereses de los monopolios británicos. "La identidad de esos intereses —señala con precaución — sólo puede ser tema de especulación; pero puede señalarse que la International Petroleum Cartel, que había controlado casi el 75 % del mercado italiano desde 1928, estaría sin duda recelosa de los efectos pertur-

---

[1] George W. Baer: *The Coming of the Italian-Ethiopian War*, Harvard University Press, Cambridge (Mass.), 1961, p. 91.
[2] Ibíd., pp. 90, 91.
[3] Henderson B. Braddick: "The Hore-Laval Plan", en *Appeasement of the Dictators. Crisis of Diplomacy?*, p. 33.
[4] Ibíd., p. 34. Los puntos de vista de H. B. Braddick están expresados de manera más completa en su libro: *Germany, Czechoslovakia and the Grand Alliance in the May Crisis, 1938.* University of Denver, Denver, 1969.

badores de una sanción petrolera."[1]

Alemania lanza un reto. El 7 de marzo de 1936, la Alemania hitleriana, violando los tratados de Versalles y de Locarno, irrumpió con sus tropas en la zona desmilitarizada del Rin. Un ejército alemán de 30 000 hombres se apoderó de ella, sin ningún tipo de resistencia por parte de los aliados occidentales. Éste fue el primer acto de agresión de la Alemania fascista, realizado mediante la utilización de la fuerza armada y directamente orientado contra Francia.

Es posible que ni un solo historiador burgués haya pasado por alto esta acción agresiva de los hitlerianos. La mayoría de los historiadores occidentales (la excepción la componen los neofascistas) condena, en una u otra medida, las acciones de Alemania. Los principales esfuerzos de la historiografía occidental están dirigidos a justificar la política de Inglaterra y Francia ante la agresión alemana, a explicar su inacción mediante la aspiración a "preservar la paz" y evitar la "amenaza roja".

"En 1936, Hitler volvió a militarizar la región del Rin — se señala en la *Encyclopedia Americana*—. Fue una empresa peligrosa, pues Gran Bretaña y Francia pudieron haber superado a Alemania; pero, decididas a mantener la paz, no emprendieron acción alguna."[2] L. Lafore lo hace en forma de "aquiescencia" a los razonamientos de los ministros franceses del período de crisis. Ellos, según las palabras de L. Lafore, consideraban que la resistencia armada por parte de Francia "abriría las perspectivas de una guerra franco alemana y de una guerra civil alemana, lo cual conduciría, quizás, a una dictadura militar o al comunismo".[3]

Además, conviene señalar que la cuestión de la correlación de fuerzas en el período de la "crisis del Rin" es objeto de razonamientos extremadamente prolijos. En contraposición a los autores de la *Encyclopedia Americana*, L. Lafore afirma que el

---

[1] Ibíd., p. 44.
[2] *The Encyclopedia Americana*, International Edition, vol. 29, American Corporation, New York, 1968, p. 364.
[3] L. Lafore: *The End of Glory. An Interpretaüon of the Origins of World War II*, p. 162.

jefe del Estado Mayor General francés, M. Gamelin, disponía de datos según los cuales Alemania tenía sobre las armas a un millón de hombres, de los cuales 1/3 había sido movilizado a la zona del Rin.[1] El autor pone en duda, en general, la capacidad de Inglaterra de llevar a cabo una guerra.[2] En realidad, Inglaterra y Francia sobrepasaban, de manera absoluta, en aquel momento a Alemania en fuerzas armadas; su utilización o inacción dependían de decisiones de carácter político.

Un eterno recurso de los historiadores occidentales es que las imputaciones van dirigidas a los pueblos de unos u otros países, y no a sus gobiernos, los cuales tienen la responsabilidad por la criminal política de estímulo a los agresores fascistas. Éste será un recurso con el cual nos vamos a encontrar más de una vez en el futuro. En el caso dado se utiliza contra los pueblos de Francia e Inglaterra, cuyos gobiernos hicieron concesiones porque los pueblos supuestamente no deseaban un conflicto con Alemania. "La mayoría de los ciudadanos —escribe Lafore— temían más a la guerra que a cualquier otra cosa, y pensaban que la prudencia, la restricción y las buenas intenciones podían conjurarla."[3] K. Eubank es aún más categórico. En su "historia documental" del surgimiento de la Segunda Guerra Mundial, escribe: "Los adversarios de la pacificación plantearon el argumento de que la guerra debía haberse comenzado por las potencias occidentales al inicio de la época de Hitler, cuando Alemania todavía no estaba totalmente preparada; pero la población de Gran Bretaña y de Francia simplemente no hubiera apoyado ese conflicto. El pueblo estuvo renuente a librar una guerra hasta que Hitler se la impuso al atacar a Polonia."[4]

Pero la historia atestigua que los trabajadores de Inglaterra y Francia se manifestaban activamente contra la guerra y exigían el enfrentamiento contra el agresor. Resulta suficiente recordar que el programa del Frente Popular de Francia —planteado por los partidos socialista republicano, radical, socialista y comunista y apoyado por la mayoría de los trabajadores franceses— señalaba

---

[1] Ibíd.
[2] Ibíd., p. 167.
[3] Ibíd., p. 162.
[4] *The Road to World War II. A Documentary History*. Editado por Keith Eubank, Thomas Y. Crowell Company, New York, 1973, p. 6.

como uno de los puntos más importantes la firma de un acuerdo de ayuda mutua entre los Estados en la lucha contra la agresión.[1]

La mayoría de los historiadores occidentales llega a la conclusión de que la ocupación de la zona del Rin por las tropas alemanas, fue un "momento de vuelco" en el camino hacia la Segunda Guerra Mundial. Al comentar la negativa de Inglaterra a cumplir las obligaciones que le planteaban los tratados de Versalles y de Locarno, L. Lafore señala, más o menos aprobatoriamente, que los círculos gubernamentales ingleses fueron comprensivos con las inquietudes de Hitler en lo referente al "cerco franco bolchevique".[2] Muchas incursiones de los historiadores burgueses al pasado están dirigidas, de manera evidente, a subordinar la interpretación de la "crisis del Rin" a los objetivos de desacreditar la política de fortalecimiento de la paz, efectuada de manera consecuente por la Unión Soviética. Construyen diversas "analogías históricas" con el fin de empañar el proceso de normalización de las relaciones de la URSS con Francia, la RFA y otros Estados capitalistas europeos.

En el conjunto de los acontecimientos precedentes a la Segunda Guerra Mundial, también se analiza el "problema español" —la guerra civil de España entre 1936 y 1939—, pero no para descubrir el vínculo orgánico existente entre el surgimiento de ésta y la preparación de la Segunda Guerra Mundial por el imperialismo. Por lo general, los historiadores occidentales tratan de disculpar la agresión fascista y justificar la política de no intervención de las potencias occidentales. El punto de partida de la versión burguesa de los acontecimientos de España, es el intento de atribuirles —a los participantes en el golpe fascista— objetivos que justifiquen sus acciones. Según palabras de L. Lafore, trataron de "salvar el orgulloso nombre de España y la seguridad de las clases privilegiadas de la amenaza de una transformación social".[3] La agresión de la Italia y la Alemania fascistas la explican no mediante las aspiraciones contrarrevolucionarias y de rapiña, ni por la política imperialista reaccionaria de estos Estados —política que toleraban los círculos gubernamentales de

---

[1] Ver *Historia de la Segunda Guerra Mundial de 1939-1945*, Moscú, 1974, t. 2, pp. 226-227 (en ruso).
[2] L. Lafore: *The End of Glory*, p. 160.
[3] Ibíd., p. 170.

Inglaterra, Francia y los Estados Unidos—, sino como consecuencia de "una mezcla de impetuosidad y cinismo que rebasaba, no pocas veces, en irrealidades" a Mussolini.[1]

El estímulo a la agresión fascista por parte de los círculos gubernamentales de Inglaterra, Francia y los Estados Unidos, está motivado —como en el caso de la toma de la zona del Rin— por el intento de estos Estados de conservar la paz. "El propio Blum [jefe del Gobierno francés —*El autor.*] compren-día, con bastante claridad, la naturaleza de los regímenes fascistas y nazi —afirma L. Lafore—. Sin embargo, opinaba que cualquier política de apoyo declarado a la República Española bien podría causar... una guerra general en Europa."[2]

A partir de los acontecimientos de España, L. Lafore arriba a dos conclusiones: en primer lugar, Italia y Alemania hicieron "una demostración de abrumadora fuerza"[3] ante todo el mundo; en segundo lugar, después de esos acontecimientos, los destinos de la política europea se encontraban, según sus palabras, en manos de Inglaterra, del gobierno de Chamberlain, quien había convertido el logro de un acuerdo con Alemania en uno de los puntos principales de su programa."[4]

La primera conclusión no resiste una crítica, pues entonces —y, en particular, entre 1936 y 1938— las potencias fascistas estaban de manera notable por debajo de Inglaterra y Francia, tanto en el sentido militar como —sobre todo— en el económico. En lo referente a la segunda conclusión, debe señalarse que, al destacar el papel rector de los círculos gubernamentales ingleses en el acercamiento a la Alemania hitleriana, el historiador norteamericano calla cuáles eran los objetivos que perseguía el presunto acuerdo y a expensas de quién pensaban firmarlo.

Las formulaciones vagas, poco claras, apenas la enumeración de los actos agresivos de los Estados fascistas, es otro rasgo característico de la interpretación de la política de pacificación de los historiadores burgueses. "La anexión de Austria por parte de Alemania en marzo de 1938, a la cual sucedió la crisis checa en

[1] Ibíd., p. 171.
[2] Ibíd., p. 173.
[3] Ibíd., p. 172.
[4] Ibíd., p. 188.

septiembre del mismo año —constata un trabajo oficial elaborado por el servicio de historia militar del ejército de los Estados Unidos—, hizo ver a los Estados Unidos y a las demás naciones democráticas la inminencia de otro gran conflicto mundial. El nuevo conflicto ya había comenzado en el Lejano Oriente cuando Japón invadió China en 1937."[1]

Por lo general, en los trabajos de los historiadores burgueses se hace referencia a la usurpación de Austria por los hitlerianos como un hecho consumado o como resultado de la "voluntad" del pueblo austríaco.[2] La historia del Anschluss, prohibido por el Tratado de Versalles, no se analiza, incluso, ni en una compilación tan especializada como *La pacificación de los dictadores* [*Appeacement of the Dictators*], dedicada a los aspectos diplomáticos de la política de las potencias occidentales respecto a Alemania entre 1933 y 1938. Acerca de esta cuestión, la única observación la hace H. B. Braddick, quien considera que en Londres se creía que la penetración nazi en Austria "acentuaría la dependencia de Gran Bretaña por parte de Italia".[3]

Y cuando en este caso se intenta justificar la inacción de Inglaterra, Francia y los Estados Unidos, los "argumentos del miedo" son casi los únicos con que cuentan los autores burgueses. "Europa estaba perpleja —se señala en una de las ediciones oficiales de los Estados Unidos—, pero ningún país se atrevía a arriesgarse a una guerra por forzar a Alemania a retirarse.

W. Shirer, quien critica la posición de Inglaterra y Francia en la cuestión del Anschluss, señala que, junto con los dividendos económicos y estratégicos que ofrecía a los agresores la usurpación de Austria, "quizás lo más importante para Hitler fue demostrar de nuevo que ni Gran Bretaña ni Francia levantarían

---

1 *American Military History*. Washington, 1969, p. 417.

2 El 10 de abril de 1938, se llevó a cabo en Austria un referendo. El votante debía responder a la pregunta: "¿Estás de acuerdo con la reunificación que ha ocurrido de Austria con el Imperio alemán?". En la situación de terror y propaganda fascistas desenfrenadas, así como por la falsificación directa de los resultados de la votación, se declaró que la mayoría de las boletas contenía la respuesta "sí".

3 H. B. Braddick: "The Hore-Laval Plan", en *Appeasement of the Dictators. Crisis of Diplomacy?*, p. 37.

un dedo para detenerlo".[1] No obstante, esto sólo es una verdad a medias. Ellos "levantaron" algo más que un dedo, al dirigir el curso político de sus países hacia el apoyo a la agresión fascista. El siguiente hecho es característico. Poco después de la usurpación de Austria, G. Bonnet, ministro de Relaciones Exteriores de Francia, invitó (el 25 de mayo de 1938) al embajador alemán Welczeck y subrayó con insistencia que "el Gobierno francés reconoce el esfuerzo espontáneo realizado por el Gobierno alemán en favor de la paz (!)..."[2] En esos días, los gobiernos de Inglaterra, Francia, Alemania e Italia, con el apoyo de los Estados Unidos, ya preparaban un nuevo crimen: la confabulación de Múnich sobre el reparto de Checoslovaquia, la cual abría el camino a la agresión fascista hacia el Este y al comienzo de la Segunda Guerra Mundial.

Con muy poca frecuencia se entreabre algo la cortina de silencio que cubre los verdaderos objetivos de la política de pacificación. H. Braddick señala que, "protegidos" por un tratado naval con Alemania,[3] los círculos gubernamentales británicos consideraban que el "dinamismo alemán" debía dirigirse hacia Europa oriental y suroriental.[4] El destacado historiador francés J.-B. Duroselle escribió: "El desenfreno del anticomunismo en Francia, el temor del Gobierno francés a perder sus pequeños aliados en el Este, hicieron lo suyo. Empeoraron las relaciones franco soviéticas."[5]

¿Cuál debió haber sido la política anglo francesa según la opinión de los historiadores burgueses? El punto de vista de G.

[1] William L. Shirer: *The Collapse of the Third Republic. An Inquiry into the Fall of France in 1940*. William Heinemann, Londres, 1970, p. 311.

[2] *Documents diplomatiques français. 1932-1939*, 2ª serie, t. IX, Imprimerie Nationale, Paris, 1974, p. 924.

[3] El acuerdo naval anglo alemán (18.VI.1935) establecía la correlación de las flotas de guerra de ambos países. El acuerdo limitaba, de manera formal, el tonelaje total de la flota alemana a una proporción de 35:100 respecto a la inglesa, pero sancionaba de hecho la violación, por parte de los hitlerianos, de las limitaciones militares establecidas para Alemania por el Tratado de Versalles, la estimulaba al rearme.

[4] H. B. Braddick: "The Hore-Laval Plan", en *Appeasement of the Dictators. Crisis of Diplomacy?*, p. 37.

[5] Jean-Baptiste Duroselle: *La décadence 1932-1939*. Imprimerie Nationale, París, 1979, p. 322.

Baer respecto al conflicto ítalo etíope es curioso. Considera que debió haberse obligado a Mussolini a aceptar la adquisición "mediante la cesión pacífica de territorio en África oriental, de partes de Etiopía o Somalia británica, o por la penetración económica pacífica en Etiopía con la cooperación británica y francesa".[1] En otras palabras, la política de estímulo a los agresores fascistas recibe la aprobación de estos historiadores. Se critican, y en ese caso con reserva, sólo algunos de sus aspectos y se proponen soluciones más "racionales". Sea cual sea la cuestión —la usurpación de Austria por los nazis, la agresión japonesa a China o cualesquiera otros actos de agresión fascista—, todos los razonamientos se realizan desde las posiciones de los intereses y los objetivos de los círculos gubernamentales de los grupos imperialistas opuestos. Los destinos de los pueblos no interesan a estos historiadores. Éste es el primer rasgo característico de la historiografía burguesa. Su segundo rasgo característico es el antisovietisrno.

No existe ni un solo acontecimiento de la vida internacional de la preguerra que los historiadores reaccionarios no hayan tratado de vincular con "las maquinaciones" de Moscú, que no hayan tratado de aprovechar para empañar la lucha firme y consecuente de la URSS contra la agresión fascista.

La Unión Soviética realizó una lucha tenaz por la conservación de la independencia de Austria, usurpada por los agresores hitlerianos en marzo de 1938 e incorporada al Reich. Ya en el otoño de 1937 se publicó en *Pravda* lo siguiente: "La conservación de la independencia de Austria requiere acciones rápidas y mancomunadas por parte de todos los países del mundo interesados en asegurar la seguridad europea. Sólo esas acciones pueden detener al agresor y evitar la creación de un nuevo foco de guerra."[2] Pero el historiador austríaco W. Aichinger afirma que la intervención de la URSS contra la anexión de Austria "no tuvo éxito" a causa de su "aislamiento" en la arena internacional, provocado por la política dirigida a la "revolución mundial".[3]

---

[1] G. W. Baer: *The Coming of the Italian-Ethiopian War*, p. 93.
[2] *Pravda*, 28 de septiembre de 1937.
[3] Wilfried Aichinger: *Sowjetische Österreich-politik 1943-1945*. Osterreichische Gesellschaft für Zeitgeschichte, Viena, 1977, p. 16.

¿Cuál era, en realidad, la situación existente? El Gobierno soviético no reconoció nunca, de ninguna manera, la usurpación de Austria. La Unión Soviética fue la única gran potencia que condenó esa usurpación y llamó de nuevo a organizar una resistencia colectiva al nazismo alemán, llamó a eliminar el peligro de una nueva guerra mundial, que se desprendía de éste. "Mañana puede ser ya tarde, pero hoy aún queda tiempo para ello, si todos los Estados, y en particular las grandes potencias, adoptan una posición firme e inequívoca en relación con el problema de la salvaguarda colectiva de la paz", declaró el Gobierno soviético el 17 de marzo de 1938.[1] La conservación de la independencia de Austria no pudo garantizarse entonces no porque la URSS tendiera hacia una "revolución mundial", sino porque Inglaterra, Francia y los Estados Unidos no sólo desdeñaron la advertencia de la Unión Soviética, sino que hicieron ver como que no notaron la desaparición del Estado austríaco independiente del mapa político de Europa y coadyuvaron abiertamente a su usurpación por la Alemania fascista.

La Unión Soviética se manifestó de manera decidida contra la agresión italiana a Etiopía, hizo todo lo posible para prestar todo tipo de ayuda —incluida la militar— a China, con el fin de que rechazaran a los agresores japoneses, y a la España Republicana en la lucha contra los sediciosos y contra la agresión ítalo alemana.

La capitulación de Múnich abre el camino a la guerra. La interpretación del Acuerdo de Múnich —firmado entre Inglaterra, Francia, Alemania e Italia y aprobado por los Estados Unidos— se formula con la intención de descargar sobre la URSS la responsabilidad por la capitulación de las "democracias" occidentales en Múnich. El autor de la compilación *Munich* no puede ocultar que en el vocabulario internacional la propia palabra "Múnich" "ha quedado firmemente fijada como un símbolo de vergonzosa rendición ante la táctica intimidatoria de un agresor".[2] Reconoce que existe la opinión de que la confabulación de Múnich fue el resultado de que "ellos [los gobiernos británico y

[1] *URSS-Austria. Documentos y materiales*. Moscú, 1980, pp. 14-15 (en ruso).
[2] *Munich. Blunder, Plot or Tragic Necessity?* p. VII.

francés] planearon o proyectaron, de manera deliberada, el pacto de Múnich con el fin de dirigir a Hitler hacia el Este, hacia la Rusia Soviética".[1] No obstante, la mayoría de los autores del libro refuta esta tesis. Los argumentos con los cuales operan esos historiadores son más que inconsistentes. Las conjeturas acerca de la "culpabilidad" de la URSS en la concertación del Acuerdo de Múnich, se basan en que la Unión Soviética no comunicó "a tiempo" al Gobierno checoslovaco la disposición de cumplir el acuerdo soviético checoslovaco y prestar a Checoslovaquia ayuda armada en el caso de una agresión alemana. Eubank afirma que Beneš recibió respuesta del Gobierno de la Unión Soviética acerca de esa cuestión después de haber vencido el plazo del ultimátum anglo francés presentado a los checos.[2] J.-B. Duroselle valora de manera crítica el pacto de Múnich. Escribe que "el entusiasmo por la paz salvada se esfumó con mucha rapidez, incluso entre los partidarios de Múnich... y con mucha mayor rapidez, la mayoría de los franceses descubrirá que se ha capitulado". Denomina "enigma" la política soviética, y lo aclara de la siguiente manera: "En plena crisis, la posición soviética permaneció clara con respecto a los principios, pero absolutamente vaga acerca del método mediante el cual prestaría auxilio a los checos."[3]

En relación con esto recordemos varios hechos. La so-licitud de Beneš, hecha el 19 de septiembre, se analizó ya al día siguiente en la URSS en la sesión del Buró Político del Comité Central del Partido Comunista; la respuesta fue enviada a Praga y puesta en conocimiento de Beneš. En la respuesta se decía que la URSS estaba lista para prestar ayuda a Checoslovaquia, incluso en caso de que Francia no cumpliera sus compromisos.[4]

Los acontecimientos decisivos relacionados con el pacto de Múnich se desarrollaron a fines de septiembre, cuando ya Beneš conocía la posición del Gobierno soviético. "Que la Unión Soviética vendría, en cualquier forma que fuera, a nuestro auxilio en

[1] Ibíd., p. IX.
[2] K. Eubank: *Munich*. University of Oklahoma Press, Norman, 1963, pp. 150-151.
[3] J.-B. Duroselle: *La décadence 1932-1939*, pp. 354, 357.
[4] Ver *Nuevos documentos acerca de la historia de Múnich*. Moscú, 1958, pp. 98-105 (en ruso).

caso necesario, no lo he dudado ni por un instante",[1] escribió más tarde el mismo Beneš.

G. F. Kennan reconoce el pacto de Múnich como "la cesión a Alemania de áreas cuya población es predominantemente germanoparlante".[2] Él mismo plantea la versión de que si la URSS hubiera "querido" prestar ayuda a Checoslovaquia, "de todas maneras" para trasladar una división soviética hasta allá se habría requerido "cerca de tres meses".[3] La inconsistencia de semejantes valoraciones se hace aún más evidente si se tiene en cuenta que ya en ese momento en las Fuerzas Armadas soviéticas había experiencia en el traslado por aire, a grandes distancias, de grandes y pequeñas unidades.

Fieles a la solidaridad con los trabajadores de Checoslovaquia y a los compromisos del acuerdo soviético checoslovaco, el Comité Central del Partido y el Gobierno soviéticos plantearon a las Fuerzas Armadas soviéticas la tarea de mantenerse en estado de completa preparación combativa, con el objetivo de prestar ayuda armada al pueblo checoslovaco. Hacia las fronteras occidentales de la URSS se trasladó una gran agrupación de tropas. El 28 de septiembre estaban listas para ser enviadas a Checoslovaquia cuatro brigadas de aviación (ocho regimientos de aviación compuestos de 548 aviones de combate), lo cual se informó a Palasse, agregado militar de Francia en la URSS, y al Gobierno checoslovaco. Sin embargo, el Gobierno de Beneš-Hodza había elegido el camino de la traición y prefirió capitular. Esto no permitió a la Unión Soviética ayudar al pueblo checoslovaco en 1938 y abrió el camino a los hitlerianos a la ocupación y la división del país. Las tropas soviéticas se mantuvieron junto a la frontera estatal occidental hasta el 25 de octubre de 1938, pero con posterioridad fueron trasladadas a sus zonas de dislocación permanente.[4]

---

[1] Edouard Beneš: *Oú vont les slaves?.* Editions de Notre Temps, París, 1948, p. 212.
[2] G. F. Kennan: *From Prague after Munich. Diplomatic Papers 1938-1940.* Princenton University Press, Princenton, 1968, p. XIII-XIV.
[3] G. F. Kennan: "Russia and the Czech Crisis", en *Appeasement of the Dictators. Crisis of Diplomacy?*, p. 110.
[4] *Historia de la Segunda Guerra Mundial de 1939-1945*, t. 2, Moscú, pp. 106-109.

Los historiadores reaccionarios tratan de quitar, "a cualquier precio", a las potencias occidentales la responsabilidad por la política antisoviética de "pacificación" del agresor fascista, que condujo a la Segunda Guerra Mundial. Durante mucho tiempo —se lamenta, de manera demagógica, Eubank—, Inglaterra y Francia han soportado sobre sí todo el peso de la deshonra.[1] Pero es imposible rehabilitar el pasado mediante la falsificación. Fue el pacto de Múnich el que abrió el camino a la Segunda Guerra Mundial y colocó a la URSS ante el hecho del surgimiento de un bloque antisoviético de potencias imperialistas.

Aumento de la agresión en Asia. El primer foco importante de la Segunda Guerra Mundial se originó en Europa; el segundo, en Asia, donde las acciones agresivas de las fuerzas armadas de Japón adquirían proporciones cada vez mayores.

El Tribunal Militar Internacional declaró a los círculos gubernamentales japoneses culpables del desencadenamiento premeditado de guerras de agresión, asesinatos en masa de la población civil y los prisioneros de guerra y otros crímenes contra la humanidad; pero ya durante el proceso judicial en Tokío —el cual se prolongó de mayo de 1946 a noviembre de 1948— para que los culpables de la guerra evadieran la responsabilidad, los defensores japoneses y norteamericanos intentaron justificar los crímenes del imperialismo japonés. Esta tendencia continuó desarrollándose más tarde. De la misma manera que los esfuerzos de muchos historiadores occidentales, se centran en los intentos por ocultar a los pueblos la aspiración de los círculos imperialistas de los Estados Unidos y Gran Bretaña de empujar a Japón a la agresión contra la URSS en el período de la preguerra, los historiadores reaccionarios japoneses intentan justificar a "sus" monopolios y a su camarilla militarista, culpables de la agresión en Asia Oriental y Suroriental.

Éste es el fin que persigue, por ejemplo, la *Historia oficial de la guerra en la gran Asia Oriental*,[2] de 96 tomos, editada por la dirección de defensa nacional de Japón entre 1966 y 1976. Según valoración del presidente del Comité Japonés de Historia de la

---

[1] K. Eubank: *The Origins of World War II*, p. VIII.

[2] Ver *Daitoa senso kokan sen shi* (Historia oficial de la guerra en la gran Asia Oriental), Tokío, 1966-1976, t. I, p. 96 (en japonés).

Segunda Guerra Mundial, profesor Saito Takashi, esta obra es una justificación real a la guerra de agresión de Japón.[1] La preparación de los planes de agresión a la URSS, realizada por el Estado Mayor General del ejército japonés, se presenta en la *Historia oficial...* como una actividad encaminada "a rechazar la agresión por parte de los Soviets".[2] Los falsificadores de la historia intentan justificar a las fuerzas armadas japonesas, las cuales realizaron atrocidades masivas en los territorios ocupados. El comentarista de *Revista Militar*, Morino Hayato, asegura a los lectores que a los soldados japoneses los guiaban motivaciones patrióticas, pues "creían que llevaban a cabo una guerra santa y que liberaban a los pueblos de Asia en aras del florecimiento de sus países".[3]

La concepción del historiador militar japonés Hattori Takushiro se subordina a la aspiración de presentar los planes de agresión a la URSS elaborados en Tokio, como un intento de "garantizar la seguridad frente a una Unión Soviética"[4] que amenazaba con el uso de la fuerza. Kojima Noboru, enmascarándose tras la intención de "aclarar el sentido de la guerra de 1941 a 1945", sugiere al lector que la agresión japonesa tenía un carácter forzado.[5]

La difusión de semejante tipo de "ideas" evidencia que muchos ideólogos burgueses contemporáneos de Japón se han armado de los viejos argumentos y lemas del anticomunismo y el panasiatismo. Afirman, en particular, que en la década del 30 al 40 existía una comunidad socio política y espiritual de los pueblos asiáticos, la cual condicionaba la "necesidad" de la agrupación política de éstos bajo la égida de Japón, como el Estado económicamente más desarrollado de esa región.

En realidad, Japón, que emprendió el camino del desarrollo

---

[1] Ver Saito Takashi: *La historiografía japonesa de la Segunda Guerra Mundial*. Intervención en el II Simposio soviético nipón de historiadores, noviembre de 1975, p. 2 (notas taquigráficas).
[2] Ver *Daitoa senso kokan sen shi*, t. 20, parte 2, pp. 14-17.
[3] Ver *Gunji Kenkuy* [Revista Militar], Tokío, 1976, N°6, p. 26.
[4] Takushiro Hattori: *Japón en la guerra de 1941-1945*. Moscú, 1973, p. 46 (en ruso).
[5] Kojima Noboru: *Taiheye senso* [La guerra en el Pacífico], Tokío, 1966, t. 1, p. 3 (en japonés).

nacional independiente antes que los restantes países asiáticos, no pensaba en ningún tipo de comunidad con los Estados vecinos. En Asia, las condiciones de un desarrollo más completo de la producción mercantil, de un desarrollo más libre, amplio y rápido del capitalismo, escribió V. I. Lenin en 1914, sólo se crearon en Japón; es decir, sólo en un Estado nacional independiente. Por consiguiente, "éste es un Estado burgués y, por ello, él mismo comenzó a explotar a otras naciones y a esclavizar colonias".[1]

Los imperialistas japoneses, al incorporarse a la lucha por el reparto del mundo, contaban, en primer lugar, con sojuzgar a China. En 1931 introdujeron sus tropas en Manchuria y la convirtieron en una colonia, en una cabeza de puente para ampliar la agresión a China y prepararse para la guerra contra la URSS. En el verano de 1937, en la segunda etapa de la agresión, los militaristas japoneses lanzaron un ejército de 100 000 hombres contra Shanghái y desplegaron la ofensiva en el norte de China.

Las aspiraciones expansionistas de Japón no encontraron resistencia por parte de los círculos gubernamentales de los Estados Unidos, Inglaterra y Francia, los cuales trataron de aprovechar la posibilidad para aplastar el movimiento revolucionario en China y atacar a la Unión Soviética. La agresión japonesa a China recibió gran ayuda de los imperialistas norteamericanos, los cuales declaraban, al mismo tiempo, su simpatía con la lucha del pueblo chino.

Los historiadores norteamericanos dedican un amplio lugar al análisis y la valoración de la política de los Estados Unidos respecto a China, pero la tendencia fundamental de esa política se interpreta en un sentido contrario a su contenido real. D. Borg afirma que "los norteamericanos tenían un profundo e idealista apego a China, el cual no se encontraría entre otros pueblos".[2] Como argumento que confirma esta tesis, la autora se remite, inicialmente, al "tratado de las nueve potencias" (adoptado en Washington en 1922 a iniciativa de los Estados Unidos), "el cual

---

[1] V. I. Lenin: *Obras completas*, t. 25, p. 262.
[2] Dorothy Borg: "The United States and the Far Eastern Crisis of 1933-1938", en *America and the Origins of World War II, 1933-1941*. Editado por Arnold A. Offner. Houghton Mifflin Company, Boston, 1971, p. 28.

garantizaba la integridad territorial y la independencia de China, y oportunidades comerciales iguales para todas las naciones".[1] D. Borg atribuye un mérito especial a los Estados Unidos por la firma de ese tratado, pues "los chinos, sometidos a la derrota y la humillación, necesitaban mucho aliento".[2] El tratado de las nueve potencias, suscrito por los participantes en la Conferencia de Washington, obligaba de palabra a respetar la inviolabilidad administrativa y territorial de China, a observar "el principio de igual oportunidad para el comercio y la industria de todas las naciones en todo el territorio de China"; pero su verdadero sentido consistía en consolidar la confabulación de las potencias imperialistas con el objetivo de saquear en conjunto a China;[3] al mismo tiempo, los Estados Unidos se garantizaban posiciones calculadas para desplazar de China a sus competidores imperialistas y apoderarse de la parte leonina del botín. Esto condujo a una agudización de las contradicciones imperialistas en Asia, en particular, entre los Estados Unidos y Japón.

Los resultados de la política de rapiña de los Estados Unidos respecto a China se manifestaron muy rápidamente. Las principales reservas de plata que respaldaban el valor del yuan, se trasladaron a los Estados Unidos. Y sin ellas, la débil economía de China se encontró al borde de la catástrofe. La política de pacificación de la agresión japonesa en China, los esfuerzos por dirigir esta agresión contra la URSS, se presentaron como intentos de no permitir la agudización de las relaciones entre los Estados Unidos y Japón.[4] La tolerancia de los Estados Unidos a la usurpación —primero, de Manchuria y, después, del norte de China— por Japón, se interpreta como la aspiración de la administración norteamericana a conservar su neutralidad y a guiarse "por el principio moral de la política norteamericana". D. Borg explica las acciones de los Estados Unidos de la siguiente manera: "Hull —escribe— se abstuvo deliberadamente de expresar qué parte

[1] Ibíd.
[2] Ibíd.
[3] *Conference on the Limitation of Armament*. Washington, 12 de noviembre de 1921 - 6 de febrero de 1922, Government Printing Office, Washington, 1922, p. 1624.
[4] D. Borg: "The United States and the Far Eastern Crisis of 1933-1938", en *America and the Origins of World War II, 1933-1941*, p. 39.

era el agresor en el conflicto del Lejano Oriente e insistió que se adhería a una política de estricta imparcialidad." El sentido de estas acciones, según sus palabras, consistía en "evitar cualquier situación que pudiera conducir a que el Gobierno de los Estados Unidos adoptara una posición más fuerte contra Japón".[1] D. Borg expresa insatisfacción respecto a la política norteamericana: "El grado de pasividad que mantuvo el Gobierno de los Estados Unidos es el rasgo de nuestra política en el Lejano Oriente a mediados de la década del 30, que vista en retrospectiva es muy probable que parezca sorprendente."[2] Esta tesis de D. Borg la comparten muchos historiadores norteamericanos; pero, ¿cuál es, en verdad, la pasividad a que se hace referencia? Pensando utilizar la camarilla militar de Japón como fuerza de choque contra la URSS y ahogar con ella el movimiento de liberación nacional en China, los Estados Unidos no sólo abastecían a Japón de materiales estratégicos, sino también incrementaba, de manera gradual, estos suministros. En el primer semestre anterior al comienzo de la guerra en China, la exportación de mercancías norteamericanas a Japón se incrementó en un 83 %. Entre 1937 y 1939, los Estados Unidos suministraron a Japón materiales bélicos y materia prima estratégica por la suma de 511 millones de dólares (un 70 % de la exportación norteamericana a ese país).[3] Es posible observar determinada regularidad: el incremento de la ayuda militar a Japón se produjo, "proporcionalmente", a la intensificación de sus acciones agresivas dirigidas contra la URSS. En 1939, a Japón se le posibilitó recibir de los Estados Unidos diez veces más chatarra de hierro y acero que en 1938. Los Estados Unidos vendieron a Japón las máquinas herramienta más modernas para fábricas de aviones, por un total de 3 millones de dólares. "Si alguien sigue a los ejércitos japoneses en China y se cerciora de cuánto equipo norteamericano poseen, tiene el derecho a pensar que está siguiendo a un ejército norteamericano",[4] escribió el agregado comercial de los Estados Unidos en China. Estos y muchos otros hechos descubren el verdadero sentido de la política de "aislacionismo" y muestran que la política norteamericana en

---

[1] Ibíd., pp. 43, 45.
[2] Ibíd., p. 54.
[3] *Historia de la Segunda Guerra Mundial de 1939-1945*, Moscú. t. 2, p. 40.
[4] Ibíd., p. 42.

Asia no sólo estaba muy lejos de ser "pasiva", sino que también era una activa política colonial. La incitación a la agresión japonesa contra la URSS, por parte de los círculos gubernamentales de los Estados Unidos, también produjo los resultados correspondientes.

Después de concertar con Alemania e Italia el "pacto antikomintern", los círculos gubernamentales japoneses —estimulados por los Estados Unidos, Inglaterra y Francia— efectuaron, desde el territorio de Manchuria, una agresión militar directa contra la URSS en la región del lago Jasan en 1938 y contra la República Popular de Mongolia en la región del río Jaljyn-Gol en 1939.

Inmediatamente después de la firma, el 15 de septiembre de 1939, del acuerdo sobre la suspensión de las acciones bélicas en la frontera de Manchuria con Mongolia, el Estado Mayor General del ejército y el Ministerio de Guerra de Japón, conjuntamente con el Estado Mayor General de la Marina, la comandancia del ejército de Kwantung y de las tropas expedicionarias en China, pasaron a elaborar un nuevo plan estratégico operativo de la guerra contra la Unión Soviética para 1940. El objetivo de la operación consistía en "aniquilar el ejército ruso dislocado en el Lejano Oriente y conquistar territorios hacia el oeste del poblado de Rujlovo y del Gran Jingán", con la posterior ocupación de Transbaikalia, Sajalín del Norte y Kamchatka.[1]

Varios historiadores y personalidades estatales japoneses contemporáneos, al analizar las cuestiones de las relaciones nipono soviéticas de ese período, prestan especial atención a la demostración del carácter "defensivo" del pacto de neutralidad, firmado por Japón y la URSS el 13 de abril de 1941.[2] Algunos historiadores norteamericanos tratan de justificar, de igual manera, la política exterior de Japón. Por ejemplo, A. Krammer en el artículo *Japón entre Moscú y Berlín (1941-1945)* [*Le Japon entre Moscou et Berlin (1941-1945)*], intenta demostrar que el Gobierno japonés no tenía intenciones agresivas contra la URSS, mientras calla que en Tokío, a pesar del pacto de neutralidad, se pre-

---

[1] Ver *Voenno-Istorícheskii Zhurnal* [Revista de Historia Militar], 1976, N°9, p. 94 (en ruso).

[2] Ver Kase Toshikazu: *Dainiji sekai taisen hisshi* [*Historia secreta de la Segunda Guerra Mundial*]; Tokío, 1958, p. 92 (en japonés).

paraban activamente para atacar a la URSS y sólo la derrota de la Alemania fascista imposibilitó ese proyecto.[1] Y muchos documentos evidencian, precisamente, que en Tokío pensaban utilizar ese pacto como encubrimiento para prepararse para el ataque, para la agresión al Lejano Oriente soviético y Siberia.[2] El denominado plan "Kantokuen", cuya elaboración culminó el Estado Mayor General japonés poco después del comienzo de la agresión alemana a la URSS, establecía el aniquilamiento de las tropas soviéticas en Primorie y la conquista de Jabárovsk. Para la primavera del año siguiente se fijaba continuar la ofensiva hacia el oeste y el norte, desde la región de Jabárovsk.

Se había planeado comenzar la guerra el 29 de agosto de 1941. El 5 de julio, el Estado Mayor General y el Ministerio de Guerra habían elaborado la directiva N° 101 sobre la movilización. El 7 de julio, el emperador sancionó la realización de la movilización para la guerra contra la Unión Soviética. Después, el 11 de julio, se promulgó la directiva N° 506 del Gran Cuartel General "Sobre el incremento de la preparación para la guerra contra Rusia".[3]

Pero los acontecimientos en el frente soviético alemán anularon los proyectos de la camarilla militarista japonesa. El 4 de septiembre de 1941, el embajador alemán en Tokío, general Ott, comunicó a Ribbentrop: "A causa de la resistencia que ha presentado el ejército ruso a un ejército como el alemán, el Estado Mayor General japonés no confía en que Alemania pueda obtener un éxito decisivo en la guerra contra Rusia antes del inicio del invierno. A esto se unen los recuerdos acerca de los acontecimientos en el río Jaljyn-Gol, que aún se mantienen vivos en la memoria del ejército de Kwantung."[4] En la política militar de Japón se produjo un brusco viraje, se puso rumbo a la conquista

---

[1] **Arnold Krammer: "Le Japon entre Moscou et Berlin (1941-1945)", en** *Revue d'histoire de la deuxième guerre mondiale*, N°103, julio de 1976, pp. 1-11.

[2] Ver *Historia de la Segunda Guerra Mundial de 1941-1945*, t. 3, pp. 354, 355; 1975, t. 4, pp. 189-193.

[3] Ver *Voenno-Istorícheskii Zhurnal* [*Revista Histórico Militar*], 1976, N 9 p. 95.

[4] *El militarismo japonés (investigación histórico militar)*, Moscú, 1972, p. 179 (en ruso).

inmediata de los dominios coloniales de los Estados Unidos. El ataque a la URSS se postergó para más adelante.

De esta manera, en Europa y Asia se desataron los focos de la guerra, los cuales se convirtieron, en fin de cuentas, en una conflagración mundial.

¿Se podía haber impedido la conflagración mundial? La historiografía burguesa responde negativamente a esta pregunta. Por el contrario, la ciencia histórica marxista afirma que en los años precedentes a la Segunda Guerra Mundial existía la posibilidad real de conservar la paz. Esta posibilidad estaba dada por el fortalecimiento constante del potencial político y defensivo de la URSS, por su política de paz, por el auge del movimiento de liberación nacional, revolucionario democrático y comunista en el mundo, y por el aumento de las expresiones masivas de la clase obrera y amplias capas de la población, en defensa de la paz.

Las opiniones acerca de la imposibilidad de impedir una inminente guerra mundial, de su fatal inevitabilidad, obtuvieron difusión ya en la década del 30, en particular en los ámbitos de la pequeña burguesía y la socialdemocracia. Opiniones de este tipo, que le hicieron objetivamente el juego a las fuerzas de la agresión y la guerra, fueron sometidas a una crítica acerba ya en el VII Congreso de la Internacional Comunista en 1935. "Los comunistas —señaló D. Z. Manuilsky en su intervención— deben abandonar el criterio fatalista de que es imposible evitar el estallido de la guerra, que es inútil luchar contra los preparativos de guerra; criterio que surgió de las dimensiones, hasta ahora en extremo limitadas, del movimiento antibelicista."[1] W. Pieck, en el Informe Balance del CC de la Internacional Comunista en el VII Congreso, señaló: "Estamos convencidos de que la guerra puede conjurarse mediante una lucha conjunta por la paz librada por el proletariado de los países capitalistas y la Unión Soviética."[2]

En los años de preguerra, la Unión Soviética luchó con energía por frenar las agresiones imperialistas, advertía de la amenaza

---

[1] *VII Congress of the Communist International, Abridged Stenographic Report of Proceedings*, p. 540.
[2] Ibíd., p. 116.

de una guerra mundial. En el Informe Político del Comité Central al XVI Congreso del Partido (1930) se destacó que la burguesía estaba lista para desencadenar una guerra mundial, que trataría "de solucionar una u otra contradicción del capitalismo, o todas juntas, a costa de la URSS". La conflagración mundial podía haberse evitado mediante el plan de creación del sistema de seguridad colectiva planteado por el PCUS en 1933, mediante la conjugación de los esfuerzos de todas las fuerzas opuestas a la agresión fascista.

El Partido Comunista y el Gobierno soviéticos partieron del principio de la indivisibilidad del mundo y de la necesidad de su defensa colectiva. La Unión Soviética consideraba que la creación de un sistema de seguridad colectiva era una tarea completamente posible, cuya realización conservaría la paz para los pueblos; que ese sistema no sólo era admisible para el País de los Soviets, sino para los países capitalistas interesados en evitar la guerra. Entre 1933 y 1935, la URSS planteó propuestas concretas acerca del desarme y se hizo miembro de la Liga de las Naciones. La Unión Soviética concretó tratados de ayuda mutua con Francia y Checoslovaquia, los cuales debían haber sido parte de un acuerdo más amplio, encaminado a fortalecer la paz en Europa (el denominado "Pacto Oriental"); pero Inglaterra, Francia y Polonia bloquearon su firma. No obstante, la diplomacia soviética aprovechó cada posibilidad existente en ese sentido. El Gobierno de la URSS firmó pactos de no agresión con varios países. Con las naciones vecinas se firmó un convenio sobre la delimitación de la agresión.

Al tratar de evitar la guerra en el Lejano Oriente, la URSS propuso concertar un pacto regional del océano Pacífico. De inicio, F. Roosevelt, presidente de los Estados Unidos, trató la propuesta soviética como admisible. No obstante, los gobiernos de los Estados Unidos, Inglaterra y China se abstuvieron con posterioridad de concertar el pacto. Entre 1935 y 1939, la Unión Soviética, a pesar del cerco imperialista, se manifestó de manera decidida en defensa de las primeras víctimas de los agresores —los pueblos de China y Etiopía, España y Austria, Checoslovaquia y Albania—, mientras continuaba llevando a cabo una tenaz lucha por la paz en la diplomacia.

La cadena de infundios y la verdad de la historia

Los argumentos que se esgrimen para intentar demostrar la imposibilidad de evitar la Segunda Guerra Mundial están extraídos, en lo fundamental, de los acontecimientos de los últimos meses antes de la guerra y se refieren, en esencia, a las conversaciones anglo franco soviéticas y al pacto soviético alemán de no agresión, firmado posteriormente como resultado de la ruptura de las negociaciones por parte de las potencias occidentales. ¿Cuál es la esencia de los acontecimientos que se desarrollaron entonces?

Las Conversaciones de Moscú: objetivos y posiciones de los participantes. Las negociaciones políticas y militares entre la URSS, Inglaterra y Francia, realizadas entre abril y agosto de 1939 (Conversaciones de Moscú), ocupan un importante lugar en la historia de la lucha de la Unión Soviética por crear un sistema de seguridad colectiva, poner fin a la agresión fascista y evitar la Segunda Guerra Mundial. Esto se explica por las siguientes causas: en primer lugar, las conversaciones se efectuaron en un ambiente crítico de impetuoso incremento de la amenaza de desencadenamiento de la guerra por la Alemania fascista, y del desenlace de ellas dependía tanto el destino de la paz en Europa, como la distribución de las fuerzas en caso de iniciarse la guerra; en segundo lugar, las conversaciones se llevaron a cabo sobre la base fundamental de un plan concreto, propuesto por la Unión Soviética, de alianza político militar entre la URSS, Inglaterra y Francia, que garantizaba salvaguardar la paz y los intereses vitales de todos los Estados y las naciones opuestos a la agresión fascista. Un enfoque constructivo a las propuestas soviéticas por parte de las potencias occidentales, habría abierto la perspectiva de conjura de la Segunda Guerra Mundial; su rechazo hizo que la amenaza del conflicto bélico fuera irreversible. La historia de las Conversaciones de Moscú es parte componente de concepciones diametralmente opuestas acerca del origen de la Segunda Guerra Mundial. Su historia continúa atrayendo la atención tanto de investigadores marxistas, como de científicos burgueses. En los trabajos marxistas, que descubren de manera objetiva y detallada la historia de las Conversaciones de Moscú, se muestra que los gobiernos inglés y francés —al guiarse por sus posiciones de

clase y tratar de arrastrar a la URSS a una guerra con Alemania— no aceptaban, y no aceptaron, concertar un tratado con la URSS y, en resumen —cuando para el ataque de Alemania a Polonia restaban virtualmente contados días—, llevaron las conversaciones a un definitivo callejón sin salida. “Estaba claro —se señala en investigaciones soviéticas— que las conversaciones con la Unión Soviética, como las garantías a Polonia y a otros países, eran para Inglaterra sólo medios de reserva para presionar a los hitlerianos, con el fin de llegar a un arreglo con ellos. Precisamente con este objetivo, los ingleses y los franceses realizaron en Moscú conversaciones acerca de un convenio militar, confiados en que esto haría a Hitler más condescendiente en las negociaciones con Inglaterra.”[1] Al descubrir los orígenes clasistas de la política anglo francesa, apoyada activamente por los círculos gubernamentales de los Estados Unidos, los historiadores soviéticos señalan: “Actuando con perfidia y deslealtad, las potencias occidentales dieron a entender por todos los medios a Hitler que el Estado soviético no tenía aliados y que Alemania podía atacar a Polonia, y después a la URSS, sin riesgos de encontrar oposición por parte de Inglaterra y Francia.”[2]

En las investigaciones soviéticas se manifiesta la lucha del Partido Comunista y del Gobierno de la Unión Soviética, de la diplomacia soviética, por concertar un tratado de ayuda mutua con Inglaterra y Francia; se subraya que, en continuación de su política de paz, “cuyo principio más importante era la tesis acerca de la indivisibilidad del mundo, la URSS desarrolló una ingente actividad con el fin de aunar los esfuerzos de todos los Estados amantes de la paz en la causa de la defensa de la paz y la detención de la agresión fascista”.[3]

La historiografía reaccionaria resulta un cuadro en extremo contradictorio. Los autores burgueses interpretan, por lo general, las Conversaciones de Moscú en un espíritu antisoviético. Al mismo tiempo, como resultado de los esfuerzos de los historiadores marxistas, en investigadores progresistas de varios países

---

[1] *Historia de la política exterior de la URSS de 1917-1945*, Moscú, 1980, p. 379 (en ruso).
[2] *Historia de la Segunda Guerra Mundial de 1939-1945*, t. 2, p. 150.
[3] *Europa en las relaciones internacionales.* Moscú, 1979, p. 380 (en ruso).

occidentales se observa una tendencia que encierra algunos elementos de valoración objetiva de las Conversaciones de Moscú. La Unión Soviética —escribe el director del Instituto de Historia Contemporánea de la Universidad de Estrasburgo, J. Bariéty— "tomó completamente en serio esta última negociación". No obstante —continúa más adelante—, la URSS "jamás se desprendió de su profunda desconfianza en cuanto a la voluntad real de Occidente de concluir un acuerdo con ellos",[1] aunque es bien sabido que precisamente una "voluntad real" era lo que no tenían los países occidentales. Más categórica es una de las valoraciones del profesor L. Kettenacker: "Si, el 18 de abril, Londres se hubiera declarado presto y sin rodeos a aceptar, de manera incondicional, la oferta de alianza soviética y, después, hubiera dado a conocer o entender que era en serio todo lo que decía en relación con el principio de la seguridad colectiva en Europa, quizás, al final, se habría logrado, sin lugar a dudas, un *Peace Front*. Era quizás el trasfondo de esta experiencia lo que movió a Churchill a extenderle la mano para la alianza a la Unión Soviética, incluso el mismo día del ataque alemán al Este, el 22 de junio de 1941."[2] Las notas taquigráficas de las sesiones del Comité de Asuntos Exteriores del Gabinete inglés del 9 y el 20 de junio de 1939, resultan de indudable interés para aclarar las posiciones de las potencias occidentales en las Conversaciones de Moscú. Las notas taquigráficas de esas sesiones indican, en primer lugar, que el Gobierno inglés no sólo estaba impuesto, sino también convencido, de la decisión de la URSS de concertar un acuerdo tripartito; en segundo lugar, el Gobierno inglés se daba cuenta de que una ruptura de las negociaciones conduciría a la guerra y, en tercero, que el juego a las negociaciones, que estaban llevando a cabo, creaba la "terrible amenaza" de la firma de un acuerdo entre Alemania y la URSS.

Los "arquitectos" de la política de incitación de la agresión fascista a la URSS, manifestaron lo siguiente en esas sesiones:

Chamberlain: "Los rusos tratan con todas las fuerzas de concer-

---

[1] *Le Monde*, 25 de agosto de 1976, p. 3.
[2] Lothar Kettenacker: "Dis Diplomatie der Ohnmacht. Die Gerscheiterte Friedensstrategie der britischen Regierung vor Ausbruch des Zweiten Weltkrieges", *Sommer 1939. Die Grossmächte der Europäische Krieg.* Deutsche Verlag-Anstalt, Stuttgart, 1979 p. 268.

tar un acuerdo, pero quieren lograr de él mejores condiciones."[1] *Halifax*: "Informaciones de muchas fuentes señalan la necesidad... de concertar un acuerdo con Rusia, pues en caso contrario la situación creada puede coadyuvar a que Hitler acometa acciones violentas."[2] *Halifax*: "De concertar un acuerdo con Rusia, nos protegeríamos por cierto tiempo de un peligro más temible —un probable acuerdo entre Alemania y Rusia— y garantizaríamos la seguridad de Polonia. Está claro que Rusia está interesada en conservar la independencia de Polonia y no desea que Polonia sea destruida."[3]

Estas verdades evidentes sólo se constataron. En la práctica, el curso tomado por Chamberlain, Halifax y Wilson fue directamente contrario y reflejaba la aspiración de los círculos gubernamentales de Inglaterra, Francia y los Estados Unidos de utilizar las Conversaciones de Moscú como un medio para presionar a Alemania. Los creadores de la política de Múnich contaban con llevar los ejércitos alemanes a las fronteras de la URSS a costa de la traición a Polonia, con la esperanza de que la agresión fascista tuviera después "su desarrollo natural". El Premier británico no ocultaba esto en el círculo de sus cómplices. Razonaba que si Polonia y otras naciones a las cuales Inglaterra y Francia les dieron las denominadas "garantías", no recibían su ayuda (y, en realidad, sucedió eso), entonces "es muy posible que estos países sean conquistados y Alemania se encuentre en las fronteras rusas".[4]

Jugando a las negociaciones. El desarrollo de las Conversaciones de Moscú se analizó más de una vez por el Gabinete inglés (en las sesiones del Gabinete Ministerial, en los distintos comités, subcomités, etc.). Estos análisis evidencian que los esfuerzos fundamentales estaban dirigidos a la búsqueda de diferentes tipos de dilaciones y, con posterioridad, a la ruptura de las negociaciones, pero calculando descargar la culpa de ello sobre la URSS.[5] Pero al analizar las variantes posibles de tratados con la URSS,

---

[1] *Public Record Office* (PRO), F. O. 371/23071, p. 240.
[2] Ibíd.
[3] Ibíd.
[4] PRO, F. O. 371/23071, p. 50.
[5] *Historia de la diplomacia.* Moscú, 1965, t. III, pp. 759-798 (en ruso).

los líderes británicos manifestaban con claridad su intención, si Alemania atacaba a la URSS, de negarse a cumplir el tratado; es decir, su intención de dejar que el Estado soviético se enfrentara cara a cara a la coalición fascista. Al orientar en este sentido a los miembros del Gabinete, el 21 de junio, Halifax declaraba: "Si el Gobierno ruso tiene la idea de obligar a nuestro país a combatir por objetivos fantásticos, el sentido común se manifestará por sí mismo."[1] Haciendo aún más consistente la atmósfera antisoviética alrededor de las negociaciones, Chamberlain afirmó que "todo lo referente a una alianza con Rusia, él lo analiza con un gran presentimiento de desgracia", no cree en absoluto "en la solidez de Rusia", duda de su capacidad de prestar ayuda en caso de guerra. El tratado con la URSS lo denominaba "piedra al cuello", que puede "colgar durante muchos años y conducir a que, incluso, los hijos tengan que combatir por los intereses rusos".[2] Los dóciles ministros lo secundaban. Lord Chatfield, ministro para la Coordinación de la Defensa, quien tenía relación directa con la dirección de las acciones de la delegación inglesa en las Conversaciones de Moscú, expresó su esperanza de que los colegas comprendieran con qué repugnancia se veía obligado a analizar la posibilidad de una alianza con los Soviets.[3]

A mediados de julio, las partes inglesa y francesa llevaron las negociaciones políticas a un callejón sin salida. Después de haber estado de acuerdo en reconocer el principio de la ayuda mutua entre las tres potencias, el Gobierno inglés hizo fracasar posteriormente las negociaciones acerca del otorgamiento de garantías por parte de las tres potencias a las naciones del Báltico; se manifestó en contra de que las garantías se extendieran a los casos de agresión indirecta, como había acabado de ocurrir — en marzo de 1939— en Checoslovaquia, a cuyo territorio entraron las tropas alemanas con la anuencia del entonces presidente Hacha. En las condiciones existentes, cuando el poder en las naciones del Báltico estaba en manos de gobiernos profascistas, la necesidad de garantías de seguridad a esos países tenía una importancia sustancial para la seguridad de la URSS y para frenar a tiempo la

[1] PRO, Cab. 23 100, p. 5.
[2] PRO, Cab. 23 99, pp. 275, 276.
[3] *Historia de la Segunda Guerra Mundial de 1939-1945*, Moscú, 1974, t. 2, p. 140.

agresión alemana. No obstante, el Gobierno inglés rechazó las propuestas soviéticas.

Mientras tanto, la amenaza de la guerra en Europa continuaba incrementándose de manera impetuosa. Amplias capas de la población de Inglaterra y Francia, así como personalidades de los círculos gubernamentales de estos países que pensaban de manera realista, apoyaban, de un modo cada vez más activo, la posición clara y precisa de la URSS en las conversaciones.

Es característico que si en el otoño de 1938, según datos de una encuesta de opinión pública, el 57 % de los franceses aprobaron el Acuerdo de Múnich contra un 37 % que lo desaprobaron (los restantes se abstuvieron); ya en el verano de 1939, un 76 % de los encuestados se manifestó en favor de la utilización de la fuerza en caso de una agresión de Alemania a Polonia y un 81 % se expresó a favor de la alianza de Francia e Inglaterra con la URSS.[1] El dirigente de los comunistas ingleses H. Pollitt escribió en julio de 1939: "Ochenta y siete personas de cada 100, en Gran Bretaña, desean un pacto con la Unión Soviética. ¿Por qué? Porque, por encima de cualquier otra cosa, desean impedir la guerra, y comprenden que el modo más eficaz de hacerlo es unir fuerzas con un país grande y poderoso que ha demostrado, una y otra vez, durante los años cruciales pasados no tener planes belicistas y estar dispuesto a ponerse de todo corazón junto a sus aliados en cualquier sistema de seguridad colectiva, si son atacados por los rabiosos perros del fascismo."[2]

El 25 de julio, la parte anglo francesa aceptó la propuesta soviética referente a efectuar conversaciones con el objetivo de concertar un convenio militar. A pesar de esa anuencia, las orientaciones políticas de Chamberlain y quienes lo acompañaban, durante las conversaciones efectuadas en Moscú del 12 al 21 de agosto de 1939, se mantuvieron invariables. Por acuerdo del Buró Político del Comité Central del PC(b) de la URSS se designó a K. E. Voroshílov, Mariscal de la Unión Soviética y comisario del Pueblo para la Defensa, como jefe de la delegación

---

[1] *Cahier de l'Institut d'Historie de la presse et de l'opinion*, 1978, N°3, pp. 210, 218.

[2] Harry Pollitt: *Selected Articles and Speeches*, t. II, Lawrence&Wishart Ltd., London, 1954, pp. 132-133.

militar (misión militar) soviética. Esa delegación estaba investida de plenos poderes no sólo para realizar las negociaciones, sino también para firmar un convenio militar con Inglaterra y Francia contra la agresión en Europa. Sin embargo, las delegaciones (misiones militares) de Inglaterra y Francia estaban formadas por personalidades de segundo orden (la misión inglesa la encabezaba el ayudante del Rey, almirante R. Drax; la francesa, el miembro del Consejo Militar, general J. Doumenc) y no facultadas para firmar un acuerdo militar; aún más, la delegación inglesa no tenía poderes por escrito ni para llevar a cabo las conversaciones.[1]

Los historiadores burgueses afirman que las delegaciones inglesa y francesa se dirigieron a Moscú para concertar un convenio militar. Es una mentira. Como evidencian documentos ingleses, la tarea que se le planteó a R. Drax consistió en dar largas y, más tarde, frustrar las negociaciones. Drax comprendió de manera simple su tarea, pero incluso él tuvo grandes dudas de cómo podía darle solución. El Comité de Defensa Imperial dedicó a la discusión de esa cuestión una sesión el 2 de agosto de 1939; es decir, tres días antes de la partida de las delegaciones inglesa y francesa hacia la URSS. En la sesión participaron: E. Halifax, ministro de Asuntos Extranjeros; el almirante A. Chatfield, ministro para la Coordinación de la Defensa; L. Hore-Belisha, ministro de Guerra; el almirante Drax y otros.

A continuación citaremos, ligeramente abreviadas, las notas taquigráficas de esa sesión.

"Negociaciones a nivel de Estado Mayor con Rusia.

"Lord Chatfield preguntó si la delegación quiere hacer alguna pregunta acerca de las instrucciones recibidas.

"El almirante Drax dijo que había algunas cuestiones acerca de las cuales desearía recibir aclaraciones más detalladas.

"En primer lugar, se consideraba que la tarea de la misión, más que lograr un acuerdo rápido, consistía en distender las negociaciones por un tiempo indeterminado, y su objetivo final era

---

[1] Ver con más detalles en M. Andréieva y K. Dmítrieva: "Acerca de las negociaciones militares de la URSS, Inglaterra y Francia en 1939", en *Mezhdunaródnaia Zhizñ* [Vida Internacional], 1959, N°2 (en ruso).

lograr un acuerdo político. Además, a partir de las instrucciones recibidas por ellos,[1] la misión debe efectuar de manera lenta y cuidadosa, las conversaciones, hasta que se logre llegar a un acuerdo político. En esto pueden confrontarse algunas dificultades, pues es indudable que los rusos esperan obtener determinados resultados notables de las negociaciones militares, antes de estar listos para dar su anuencia definitiva para la firma de un pacto político.

"Lord Halifax está de acuerdo con esto. Comparte la opinión de que la misión tiene una tarea en extremo compleja. En realidad, va a ser muy difícil realizar negociaciones políticas totalmente al margen de las negociaciones militares... Después de un análisis rápido de las instrucciones, se opina que la posición adoptada por la delegación en las conversaciones, si se observan al pie de la letra las instrucciones, provocará no poca desconfianza a los rusos...

"El almirante Drax dirigió la atención de los presentes hacia la larga lista de cuestiones, contenidas en el Anexo III a las Instrucciones, que se proponía plantear al Estado Mayor General ruso. Será imposible hacerlo si nosotros mismos no estamos listos a responder a preguntas análogas que pueden ser planteadas por el Estado Mayor General ruso. Por ejemplo, en las instrucciones se propone inculcar a los rusos el deseo de suministrar material bélico a Polonia, Rumanía y Turquía. Los rusos pueden muy bien señalar que ya están suministrando material de guerra a China y pedirles que amplíen esos suministros a otros tres países, es pedir demasiado.[2]

---

[1] Se tiene en cuenta la instrucción secreta a la delegación militar inglesa en las negociaciones en Moscú. Ver con más detalles en P. A. Zhilin: *Cómo la Alemania fascista preparó la agresión a la Unión Soviética (cálculos y errores)*. Moscú, 1966 (en ruso).

[2] En realidad, las respuestas a "preguntas análogas" representaban una dificultad para Drax, como, por cierto, el planteamiento mismo de éstas para establecer, por ejemplo, la capacidad combativa de las Fuerzas Armadas soviéticas. He aquí algunas cuestiones que se disponían a aclarar los aliados occidentales:

¿Pueden los bombarderos soviéticos actuar contra Alemania directamente desde el territorio de la URSS o necesitan dislocarse en Polonia y Rumanía?

¿Cuál es la política militar naval que piensa llevar a cabo la URSS en el

"El general Heywood[1] dijo que él estima que el Estado Mayor ruso puede vincular nuestra delegación con la cuestión de una agresión indirecta...[2]

Báltico y en el mar Blanco? ¿De qué manera puede actuar en estas zonas contra la flota mercante alemana o contra la transportación de tropas alemanas por mar?

¿Cuáles son las especificidades de la gasolina para aviones en la URSS?, etcétera.

Dirksen, el embajador alemán en Londres, informado de las disposiciones de los círculos gubernamentales británicos, comunicaba a Alemania que "el objetivo de la misión militar es más averiguar la capacidad combativa del Ejército Soviético que concertar acuerdos operativos". (Ver *Historia de la Segunda Guerra Mundial de 1939-1945*, t. 2, p. 143.) (*N. del A.*)

[1] Uno de los miembros de la misión militar inglesa enviada a Moscú para las negociaciones. (*N. del A.*)

[2] La cuestión de las garantías contra una agresión indirecta (es decir, la usurpación encubierta de cualquier forma, como ocurrió con Checoslovaquia) se planteó por la parte francesa (E. Daladier) y era un reflejo de la aspiración de Francia de proteger sus fronteras orientales. El Gobierno soviético tuvo una actitud comprensiva hacia la opinión del Primer Ministro francés, pues veía las garantías contra una agresión indirecta como una condición importante del acuerdo tripartito, la cual le aseguraría la confiabilidad necesaria. Esas garantías también eran muy importantes para la Unión Soviética. Sobre la base de un acuerdo mutuo entre Inglaterra, Francia y la URSS era necesario eliminar la posibilidad de que los territorios de las naciones del Báltico fueran utilizados —poniendo como pantalla el "consentimiento voluntario" de los gobiernos de esos países— como cabeza de puente para la agresión de Alemania a la Unión Soviética. La URSS elaboró un concepto claro y preciso de agresión indirecta. "La expresión 'agresión indirecta' —se señalaba en las propuestas del Gobierno soviético del 9 de julio de 1939— se refiere a la acción que consienta alguno de los Estados señalados más arriba, bajo la amenaza de la fuerza por parte de otra potencia o sin tal amenaza, e implique la utilización del territorio y las fuerzas del Estado en cuestión para la agresión contra él o contra alguna de las partes contratantes; por tanto, trae como consecuencia la pérdida de la independencia por este Estado o la violación de su neutralidad." (*La URSS en la lucha por la paz en vísperas de la Segunda Guerra Mundial*. Moscú, 1971, pp. 486-487 [en ruso].) No obstante, en el transcurso de las ulteriores negociaciones quedó claro que Inglaterra y Francia trataban de introducir una definición de agresión indirecta que no sólo no garantizaba las acciones conjuntas de las tres potencias, sino que también le abría las puertas al

"El almirante Drax preguntó si mediante nuestro embajador en Moscú podría obtenerse la confirmación, antes de la llegada de nuestra delegación allá, de a quiénes deberemos ver directamente, a qué jefes de los tipos de fuerzas armadas rusos. Según opinión de Drax, será en extremo desagradable si la delegación se ve precisada a llevar a cabo las conversaciones con oficiales subalternos, obligados constantemente a pedir consejo a sus jefes...

"Lord Halifax asumió la tarea de hacer llegar al embajador de Su Majestad el ruego de que este último haga todo lo posible para la solución favorable de las cuestiones que fueron expresadas por el almirante Drax...

"Lord Chatfield preguntó si podía llegarse a la conclusión de que el Comité de Jefes de Estados Mayores aprueba los detalles planteados en las instrucciones.

Los representantes del Comité de Jefes de los Estados Mayores confirmaron, mediante firma, su anuencia a los detalles de la instrucción."[1]

Las aclaraciones recibidas por Drax confirman que la parte inglesa estaba más que lejos de las intenciones de lograr un acuerdo con la URSS. No se habló, en absoluto, de la firma de un convenio militar. A Drax le recomendaron analizar los planes militares "sobre una base puramente hipotética". Los esfuerzos de la diplomacia británica estaban centrados, ante todo, en hallar formas de enmascarar los verdaderos objetivos que guiaban a las delegaciones inglesa y francesa en las conversaciones; en "evadirse" al responder a las preguntas que les dirigiera la parte soviética acerca de la esencia de la cuestión, lo que más temía Drax. En sus inequívocas expresiones, Halifax determinó lo que podía utilizarse para frustrar las negociaciones —"rechazar con firmeza" cualquier proposición referente a la participación de Inglaterra y Francia en la coordinación de las medidas imprescindibles para defender a sus aliados Polonia y Rumanía de la

---

invasor para una agresión a la URSS. En lo referente a la cuestión de la agresión indirecta, la posición de Inglaterra y Francia indicaba que esas naciones no deseaban concertar un acuerdo tripartito con la URSS y fue una de las causas que condujeron a la ruptura de las negociaciones.

[1] PRO, F. O. 371/23072, pp. 98-100.

agresión alemana—, lo cual fue ejecutado por Drax, aunque en una situación algo diferente.

Los historiadores reaccionarios afirman que, en Moscú, las delegaciones occidentales se encontraban en una atmósfera "de desconfianza y acecho". No obstante, citaremos la valoración que hizo de ella el embajador inglés en Moscú, W. Seeds, en una carta dirigida a Halifax de 17 de agosto. Seeds señala la hospitalidad y la disposición manifiesta por la parte soviética hacia las misiones occidentales en todos los casos, sin excepción. Más tarde comunica que "el mariscal Voroshílov, con quien no me había encontrado antes... ha causado en mí la mejor impresión por su energía y benevolencia. Él, al parecer, se alegró realmente por el encuentro con la misión." "La primera sesión oficial —subraya Seeds— se celebró en la mañana del 12 de agosto en el Ministerio de Defensa, a pesar de que era un día 'feriado'."[1]

Precisamente, ese día quedó claro que la delegación inglesa no tenía poderes oficiales ni siquiera para llevar a cabo las negociaciones. Recordaremos un diálogo entre los jefes de las delegaciones inglesa y soviética:

"*Mariscal Voroshílov*: ...Pero en mi opinión, necesitamos poderes por escrito con el fin de que todos podamos saber dentro de qué límites está usted facultado para negociar, qué cuestiones puede afrontar, hasta qué punto es usted competente para discutirlas, y a qué resultado pueden conducir estas negociaciones. Nuestros poderes, como usted ve, son plenos... Sus poderes, delineados verbalmente, no me son totalmente claros. En todo caso, me parece que la cuestión no es ociosa; determina, desde el inicio, el orden y la forma de nuestras negociaciones...

"El almirante Drax señala...que si fuera conveniente trasladar las negociaciones a Londres, a él se le concederían plenos poderes...

"El mariscal Voroshílov señala, en medio de la risa general, que llevar papeles de Londres a Moscú es más fácil que ir a Londres con una compañía tan grande."[2]

---

[1] PRO, F. O. 371/23072, pp. 35-39.

[2] "Negotiations between the Military Mission of the USSR, Britain and France in August 1939". *International Affairs.* Moscú, 1959. N°2, p. 66

En la noche del 12 de agosto se envió a Chatfield el siguiente telegrama: "En la primera sesión del día de hoy, los delegados soviéticos presentaron un documento que concede, por sus nombres, plenos poderes a cinco oficiales soviéticos con derecho a firmar [el convenio.—*El autor*]. Voroshílov esperaba que nosotros tuviéramos poderes análogos. El general francés[1] declaró que él posee plenos poderes para realizar las negociaciones, pero no para firmar [el convenio.—*El autor*] y presentó un documento, firmado por E. Daladier, que lo autoriza a 'realizar negociaciones con el Alto Mando de las Fuerzas Armadas soviéticas acerca de todas las cuestiones referentes a la colaboración imprescindible entre las fuerzas armadas de los dos países'. Los ingleses no tienen poderes por escrito. Yo declaré que esto puede remediarse rápidamente y que recibiremos poderes semejantes a los franceses. Por favor, envíelos por correo aéreo. Es muy importante que se señale por sus nombres a los tres miembros de la [delegación —*El autor.*] británica.

Voroshílov propuso continuar las negociaciones mientras esperamos los poderes. Los rusos insisten, y con esto todos estuvimos de acuerdo, en que se mantenga un secreto absoluto en las negociaciones respecto a la prensa, mientras no esté elaborada una declaración coordinada. Ruego que esto también se observe en la parte relativa al telegrama dado.[2] Por eso, el embajador francés y el general no envían en este momento el discurso a

---

111.

[1] Se refiere al jefe de la misión militar francesa, general Doumenc.

[2] El carácter secreto es evidentemente una condición de esas negociaciones; no obstante, la parte inglesa violaba de manera constante esa condición, lo cual complicaba aún más las negociaciones y ponía con frecuencia a la delegación inglesa en una posición difícil. El 3 de agosto, W. Seeds escribió al Foreign Office (la carta se recibió el 24 de agosto) lo siguiente: "Mi posición como persona que dirige las negociaciones resulta, una y otra vez, forzadamente difícil a causa de toda una serie de imprudencias y fugas de informaciones... No me quejo de los casos o circunstancias que se encuentran fuera del control del Gobierno de Su Majestad... Pero me hallo en una situación inverosímil ante Molotov cuando un periódico londinense publica, por ejemplo, nuestras propuestas acerca de un anexo secreto al acuerdo casi en el mismo momento en que le estoy proponiendo eso al Gobierno soviético." PRO, F. O. 371/23070, pp. 167, 168.

París."[1]

En Londres se demoraron bastante con los poderes. Sólo el 15 de agosto, los prepararon para ser enviados. En el documento, firmado por Halifax, se señalaba que el almirante R. Drax, el mayor general T. Heywood y el mariscal de Aviación C. Burnett estaban investidos de poderes para "realizar conversaciones con el Alto Mando de las Fuerzas Armadas de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas acerca de todas las cuestiones referentes a la colaboración entre las Fuerzas Armadas de la Unión y del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte".[2]

Como se observa, a la delegación militar inglesa no se le otorgaron poderes para firmar un convenio militar ni documentos relacionados con él.

Cuando Drax llegó, y en la embajada inglesa en Moscú conocieron las instrucciones recibidas por él, para los diplomáticos británicos también se evidenció la contradicción de las instrucciones y la vaguedad de los objetivos que Londres quería alcanzar mediante las negociaciones militares. Seeds envió a Londres, en la noche del 12 de agosto, un telegrama alarmante:

"Las instrucciones recibidas por escrito por el almirante Drax, por lo visto estipulan que las negociaciones militares deben efectuarse con lentitud, mientras no se logre un acuerdo sobre cuestiones políticas más importantes. Yo le dije que, desde mi punto de vista —que lo comparte el embajador francés—, por su parte, el señor Molotov va a evitar evidentemente cualquier tipo de acuerdo con nosotros sobre esos aspectos políticos, mientras no tenga fundamentos para estar convencido de que en las negociaciones militares se ha logrado, aunque sea, un progreso notable.

En esas condiciones, estimo que es poco probable que las negociaciones militares conduzcan a algún resultado, a excepción de que provoquen dudas acerca de nuestra sinceridad y nuestro deseo de concertar un acuerdo determinado y concreto… Deploro profundamente si es precisamente ésta la decisión del Gobierno de Su Majestad, pues todo evidencia que los participantes

[1] PRO, F. O. 371/23070, p. 179.
[2] PRO, F. O. 371/23070, p. 183.

soviéticos en las negociaciones las ven como una cosa realmente seria."[1]

La cuestión cardinal de las negociaciones militares. El Gobierno de Gran Bretaña no deseaba que progresaran las negociaciones. Mientras la delegación soviética propuso un plan detallado y concreto de coordinación de los esfuerzos militares de las tres potencias, dirigido a cortar la agresión alemana, las delegaciones occidentales realizaron discusiones abstractas.[2] La aspiración de las potencias occidentales de llegar a un acuerdo que expusiera a la URSS al peligro de los ejércitos alemanes, se evidenció durante el análisis de la cuestión cardinal, referente al paso de las tropas soviéticas —en caso del comienzo de una agresión alemana— a través de los territorios de Polonia y Rumanía, lo cual no sólo resultaba imprescindible para organizar una defensa efectiva de las fronteras soviéticas, sino también de toda Polonia y Rumanía. El 14 de agosto, K. E. Voroshílov propuso a Drax y a Doumenc que explicaran sus puntos de vistas acerca de esa cuestión de principio, la cual estaba muy lejos de ser nueva para ellos.

En la noche del 14 de agosto (con más exactitud, a la 01:00 del 15 de agosto), Seeds envía a Londres un telegrama urgente:

"El embajador francés y yo analizábamos con los jefes de las misiones la situación creada como resultado del encuentro matutino con la delegación soviética.

"Él y yo llegamos a la conclusión de que los rusos han planteado ahora una cuestión, de la cual depende el éxito o el fracaso de las negociaciones... Consideramos que la delegación soviética se mantendrá firme en esa posición y cualesquier intentos por hacerla vacilar conducirán al mismo fracaso, como ha tenido lugar en más de una ocasión en el transcurso de nuestras conversaciones políticas.

"Nuestra propuesta consiste en que el Estado Mayor General francés se ponga en contacto con el Estado Mayor General polaco y obtenga la anuencia para ello... Ruego subrayar la necesidad

---

[1] PRO, F. O. 371/23070, p. 168.
[2] Ver con más detalles en *Historia de la Segunda Guerra Mundial de 1939-1945*, t. 2, pp. 144-147.

de una especial urgencia y de excepcional secreto."[1] Mientras tanto, en las negociaciones Drax dilataba el tiempo, formulando perogrulladas, como que era necesario "cortarle al adversario todas las vías de comunicación", "encontrar y destruir la flota del enemigo", etcétera.

En las publicaciones de varios autores occidentales se cita una versión, según la cual la "debilidad militar" de la URSS, de la cual "se sospechaba" en Londres y París, había sido casi el obstáculo fundamental en las negociaciones. Esta versión se empleó más de una vez, tanto por Chamberlain como por quienes lo rodeaban, en las sesiones del Gabinete inglés durante el desarrollo de las negociaciones. ¿Cuáles son, en realidad, los datos de que disponía el Gobierno inglés acerca de esta cuestión?

Ante todo, es necesario señalar que los gobiernos inglés y francés disponían de informaciones más que suficientes acerca de la capacidad de las fuerzas que la URSS estaba en disposición de enfrentar al agresor en Europa: 136 divisiones, 5 000 cañones pesados, de 9 000 a 10 000 tanques, y de 5 000 a 6 500 aviones de combate. En las propuestas presentadas por la delegación soviética durante las negociaciones, no sólo estaban contenidos estos datos, sino también un plan, cuidadosamente elaborado, de la colaboración militar de las tres potencias, si Alemania desencadenaba la agresión en Europa.[2] Una respuesta a la interrogante planteada también la ofrece el informe de la subcomisión del Comité de Jefes de los Estados Mayores de los Tipos de Fuerzas Armadas de Gran Bretaña, órgano que, según el rasero inglés, resulta extremadamente competente para esos fines. El contenido de su informe oficial, denominado "Las conversaciones rusas: utilización de los territorios polaco y rumano por las fuerzas rusas", presentado al Gabinete de Ministros, era e1 siguiente:

"En nuestra sesión del 16 de agosto de 1939 analizamos importantes aspectos de las medidas propuestas por nosotros en relación con el telegrama de la misión. Según nuestra opinión, lo único lógico es concederles a los rusos todos los medios para que presten ayuda, con el objetivo de utilizar al máximo sus fuerzas

---

[1] *Public Record Office*, F. O. 371/23072, pp. 190, 191.
[2] *La URSS en la lucha por la paz en vísperas de la Segunda Guerra Mundial*, pp. 574-577.

del lado de las potencias contrarias a la agresión. Consideramos excepcionalmente importante acceder a los deseos de los rusos en esa cuestión; en caso necesario, debe ejercerse una fuerte presión sobre Polonia y Rumanía con el fin de lograr que acepten acoger esto positivamente... La firma de un acuerdo con Rusia nos parece el mejor medio de impedir la guerra. Sin dudas, la conclusión exitosa de este acuerdo se verá amenazada, si las propuestas planteadas por los rusos sobre una colaboración con Polonia y Rumanía son rechazadas por estos países."[1]

El historiador norteamericano T. Taylor ve las causas del callejón sin salida al que llegaron las negociaciones en que "los británicos y los franceses eran demasiado lentos y demasiado tardíos".[2] J.-B. Duroselle considera que Francia "fue, al parecer, la única de las tres potencias que trató de llegar rápidamente a un acuerdo". A nuestro entender, uno de los participantes franceses en las negociaciones, A. Beaufre, quien más tarde fue un destacado general, es más objetivo. Al referirse a las propuestas soviéticas, escribió que "era difícil ser más concreto y más claro. El contraste entre este programa un poco primario y las abstracciones confusas del proyecto anglo francés de acuerdo, era chocante... sus argumentos [los de los soviéticos] tenían mucho peso... nuestra posición era falsa."[3]

Hace bastante poco tiempo se editó en París un libro de L. Noël, embajador francés en Varsovia en el período de las Conversaciones de Moscú. El autor no oculta sus convicciones antisoviéticas, pero arroja más luz sobre los verdaderos acontecimientos de aquellos días.

Las instrucciones del jefe del Estado Mayor General de la Defensa Nacional de Francia, general M. Gamelin, a la misión francesa que había arribado a Moscú para las negociaciones, fueron vagas.[4] Personalidades políticas y militares de Francia conocían en detalle la posición de Polonia y, aún más, tras la polí-

---

[1] PRO, F. O. 371/23071, pp. 228-231.

[2] T. Taylor: *Munich, the Price of Peace*, p. 976.

[3] General Beaufre: *Le drame de 1940*; Plon, París, 1965, pp. 148, 149, 156.

[4] Léon Noël: *La guerre de 39 a commencé quatre ans plus tôt.* Editions France-Empire, París, 1979, p. 154.

tica hostil de la Polonia burguesa hacia la URSS, llevaban a cabo, corno el Gobierno inglés, un astuto juego encaminado a frustrar las negociaciones en Moscú. En su libro, L. Noël cita un episodio característico: el 19 de agosto, en una conversación con el agregado militar francés, Stachiewicz, jefe del Estado Mayor General polaco, le comunicó de nuevo la actitud negativa del Gobierno de Polonia hacia el paso de las tropas soviéticas a través del territorio polaco en caso de una agresión alemana. El agregado militar francés declaró a Stachiewicz: "No me dé su respuesta. Será mejor que nuestra delegación pueda maniobrar en Moscú como si todavía no se la hubiera delimitado."[1] Noël cita igualmente la valoración del curso tomado por las potencias occidentales, de otro de los participantes en las Conversaciones de Moscú. A. Beaufre: "El problema no consiste en conseguir de los polacos que acepten o no el paso de los soviéticos por su territorio, sino en encontrar un medio indirecto para permitir que continúen las negociaciones."[2]

¿Con qué fines? A esta interrogante ya la historiografía soviética ha dado una respuesta completa. Inglaterra, a espaldas de la URSS, efectuaba negociaciones secretas con el Reich fascista. En el transcurso de esas negociaciones, el Gobierno inglés hizo propuestas de largo alcance acerca de la colaboración anglo alemana y la firma de un acuerdo de no agresión, no intervención y reparto de las esferas de influencia entre los dos países. Con esto, los círculos gubernamentales ingleses prometían a los hitlerianos suspender las conversaciones con la URSS y negar a Polonia las garantías que Inglaterra le había otorgado poco tiempo antes; es decir, entregar Polonia a Hitler de manera semejante a como había sucedido con Checoslovaquia. Como evidencian fuentes inglesas, se tenía previsto definir los detalles de la confabulación durante un encuentro personal de Chamberlain con Goering, cuyo viaje a las islas británicas estaba señalado para el 23 de agosto. El avión de Goering debía tomar tierra en un aeródromo apartado en Hartfordshire, donde se preparaban a recibirlo, en el más riguroso secreto, representantes del Gobierno inglés. Desde este lugar, el Reichmarschall pensaba continuar hasta Checkers,

[1] Ibíd., pp. 129, 130.
[2] Ibíd., p. 156.

residencia campestre de Chamberlain.[1]

No es poca la responsabilidad que le corresponde a los círculos gubernamentales de los Estados Unidos de América por la situación creada. El grado de responsabilidad aún no está lo suficientemente investigado; sin embargo, los hechos de que disponen los historiadores indican que la diplomacia norteamericana, que presenta los hechos como si los Estados Unidos estuvieran al margen de la política europea, obstaculizaba en realidad la firma de un acuerdo entre la URSS, Inglaterra y Francia y apoyaba la idea de una confabulación con Alemania en contra de la Unión Soviética. "Alemania —declaró uno de los participantes en el 'juego a las negociaciones', el embajador de los Estados Unidos en Londres, J. Kennedy—, en asuntos económicos, tiene que tener mano libre en el Este, así como en el Sudeste."[2] Es característico que varios historiadores norteamericanos, al elaborar su concepción de estos acontecimientos, callan "por comodidad" (en particular, T. Taylor) el hecho mismo de las negociaciones anglo alemanas realizadas a espaldas de la URSS.

El final es conocido. El 22 de agosto de 1939, Doumenc declaró al jefe de la misión militar soviética que no había recibido de su gobierno una respuesta positiva a la "cuestión cardinal fundamental" ni poderes "para firmar un convenio militar". No obstante, reconoció que no sabía nada acerca de las posiciones de los gobiernos rumano, polaco e inglés.[3] De esta manera, no hubo respuesta en realidad a la cuestión cardinal. Las potencias occidentales llevaron las negociaciones a un estancamiento. La Unión Soviética realizó una lucha firme y consecuente por la creación de un sistema de seguridad colectiva para reprimir la agresión alemana e impedir la Segunda Guerra Mundial, pero no todo dependía de ella. *La ruptura de las negociaciones en Moscú, por parte de Inglaterra y Francia, significaba que se había perdido la última posibilidad de detener, mediante esfuerzos colectivos, la invasión preparada por la Wehrmacht y de impedir la guerra.*

---

[1] Leonard Mosley: *On Borrowed Time. How World War II Began.* Random House, New York, 1969, p. 366.
[2] *Documents on German Foreign Policy 1918-1945.* Serie D, vol. I, U.S. Government Printing Office, Washington, 1949, p. 718.
[3] *La URSS en la lucha por la paz en vísperas de la Segunda Guerra Mundial*, pp. 631, 632.

La Unión Soviética se vio en una situación en extremo difícil. Los planes del imperialismo internacional de asestar golpes a la URSS desde el oeste y el Este, estaban cerca de hacerse realidad (debe tenerse en cuenta que ya entonces las tropas soviéticas, junto con las mongolas, se habían visto obligadas a rechazar la agresión japonesa en Asia en el río Jaljyn-Gol).

La decisión de la Unión Soviética. En esa situación amenazadora para la URSS, el Gobierno soviético decidió aceptar la propuesta de Alemania acerca de la firma de un pacto de no agresión. No son un secreto las causas de los continuados y violentos ataques de los historiadores burgueses a la firma del pacto soviético alemán de 1939 (A. Hillgruber en la RFA, G. L. Weinberg en los Estados Unidos y otros).[1] Este paso obligado permitió a la URSS alejar, por un tiempo, la amenaza militar desde el oeste; ganar, como lo demostraron los acontecimientos siguientes, casi dos años para reforzar la defensa del país, y escindir el ya formado frente antisoviético de potencias imperialistas.

La Unión Soviética definió como neutral su actitud hacia los grupos imperialistas contendientes y lo declaró oficialmente así. Surgió, con particular agudeza, la tarea de garantizar las condiciones para culminar la construcción del socialismo en la URSS y elevar la capacidad defensiva del país, para combinar así los intereses del pueblo soviético y del movimiento revolucionario mundial. En el cumplimiento de esta importante tarea le correspondió un significativo papel a la política exterior. En primer lugar, se requería consolidar la seguridad de las fronteras soviéticas, limitar la esfera de expansión de la agresión fascista. Era imprescindible mantener a Alemania, el mayor tiempo posible, dentro de los marcos de los compromisos de no agresión, y neutralizar la amenaza a la Unión Soviética de parte de Japón. Este curso no sólo respondía a los intereses de la URSS y del socialismo mundial, sino también de todos los pueblos sometidos a la agresión fascista o bajo su amenaza.

---

[1] Andreas Hillgruber: *Zur Entstehung des Zweiten Weltkrieges. Forschungstand und Literatur.* Droste Verlag, Düsseldorf, 1980, p. 57; Gerhard L. Weinberg: *The Foreign Policy of Hitler's Germany. Starting World War II 1937-1939*, The University of Chicago Press, Chicago, 1980, pp. 673, 674.

La fortificación de sus fronteras occidentales adquirió gran significado para la URSS. Las potencias imperialistas y sus aliados, actuando en conjunto y por separado, entre 1918 y 1920, le arrebataron a la joven República de los Soviets varios territorios y trataron de aplastar, por todos los medios, el poder del pueblo. A fines de 1917 y comienzos de 1918, las tropas de la Rumanía de los boyardos irrumpieron en los límites del País de los Soviets y se apoderaron de Besarabia. Según las condiciones del Tratado de Paz de Versalles (1919), a Rumanía también se le entregó Bucovina, en contra del acuerdo de la *Veche*[1] popular del 3 de noviembre de 1918, el cual estipulaba su anexión a la Ucrania Soviética. En 1919, en las Repúblicas Soviéticas de Letonia, Lituania y Estonia, varios de los intervencionistas militares extranjeros (Alemania, Inglaterra y Polonia) y la contrarrevolución interna derrocaron con la fuerza de las armas el Poder soviético e instauraron una dictadura burguesa de tipo fascista. En 1920, como resultado de la guerra desatada por la Polonia burguesa terrateniente con el apoyo de la Entente, y más tarde del Tratado de Riga (1921), Bielorrusia Occidental y Ucrania Occidental fueron incorporadas a Polonia. Entre 1939 y 1949, esta injusticia histórica se eliminó. Los pueblos de Bielorrusia Occidental, Ucrania Occidental, Besarabia y Bucovina Septentrional se reunificaron con los de la URSS. Un gran acontecimiento fue la victoria de las fuerzas revolucionarias y el restablecimiento del Poder soviético en Lituania, Letonia y Estonia, cuyos pueblos se salvaron del yugo capitalista y de la amenaza fascista, al entrar voluntariamente a formar parte de la URSS. A comienzos de agosto de 1940, la séptima sesión del Sóviet Supremo de la URSS satisfizo la solicitud de Lituania, Letonia y Estonia de ser admitidas en la URSS en calidad de repúblicas de la Unión iguales en derechos. El Báltico dejó de ser una cabeza de puente para la agresión de los imperialistas a la URSS.

En 1940, como resultado de la culminación del conflicto armado soviético finés por la firma de un tratado de paz, se fortaleció la seguridad de Leningrado y de las fronteras noroccidentales de la URSS.[2] El pacto de neutralidad con Japón, firmado en

---

[1] Asamblea de ciudadanos en la Rusia antigua. (*N. de la T.*)

[2] En noviembre de 1939, el Gobierno reaccionario de Finlandia, instigado por las potencias imperialistas desató un conflicto armado en la

abril de 1941, contribuyó a garantizar la seguridad de las fronteras soviéticas en el Lejano Oriente.

La Unión Soviética cumplía de manera consecuente su deber internacional y reducía la expansión de la agresión fascista. Los resultados de la lucha del Partido Comunista y del Gobierno soviéticos por el fortalecimiento de las posiciones internacionales y la seguridad del Estado soviético, tuvieron gran importancia para la solución de las principales tareas de política exterior entre 1939 y 1941 y, en un plazo más largo, para la derrota de los agresores.

Por la intensidad y las proporciones de la mentira pseudocientífica sustentada en Occidente alrededor de las acciones de la política exterior de la URSS entre 1939 y 1941, los investigadores soviéticos señalan, con razón, que este período no tiene igual en los intentos de la ideología burguesa por difamar la historia de la Unión Soviética.[1]

Los historiadores y los propagandistas reaccionarios divulgan, de manera más activa, el mito de la "confabulación" de la URSS con la Alemania hitleriana. Los autores de la obra germanoccidental oficial *El Imperio alemán y la Segunda Guerra Mundial* [*Das Deutsche Reich und der zweite Weltkrieg*] escriben, por ejemplo, no acerca de la agresión alemana, sino de la "agresión germano soviética a Polonia" en septiembre de 1939.[2] F. Pogue, de los Estados Unidos, intenta demostrar que la URSS, al concertar un pacto de no agresión con Alemania, "se colocaba junto a Hitler".[3] En 1979, esas invenciones fueron apoyadas por los inspiradores ideológicos de la contrarrevolución polaca, por los agentes de los servicios de inteligencia imperialistas, apostados en Koskor y en la dirección del tan cacareado sindicato "Solidaridad" [*Solidarnosc*]. Interpretan la liberación de Bielorrusa

---

frontera soviético finesa. En el transcurso de las acciones militares que tuvieron lugar, Finlandia fue derrotada y el 12 de marzo de 1940 firmó un tratado de paz con la URSS.

[1] P. P. Sevostiánov: *Antes de la gran prueba. La política exterior de la URSS en vísperas de la Gran Guerra Patria. Septiembre de 1939-junio de 1941.* Moscú, 1981, p. 8 (en ruso).

[2] *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg,* t. 2, pp. 126, 127.

[3] F. Pogue: *Politics and Formulation of American Strategy in World War II.* San Francisco, 1975, p. 2.

Occidental y de Ucrania Occidental como una "anexión soviética", y se igualan la agresión bandidesca de Alemania a Polonia —lo cual condujo a la liquidación de la independencia nacional de esta última— y la campaña de liberación del Ejército Soviético de un territorio arrebatado por la fuerza a la Rusia Soviética y que en ese momento ya se encontraba bajo la inminente amenaza de ocupación hitleriana.[1]

Incluso en el presente están muy difundidas las invenciones de la "ayuda económica", que prestó, al parecer la URSS a Alemania en la guerra contra Inglaterra y Francia entre 1939 y 1940; ante todo, "mediante el suministro de petróleo". En este sentido es necesario señalar lo siguiente: la base de las relaciones económicas entre la URSS y Alemania, era el acuerdo de crédito comercial del 19 de agosto de 1939 y el acuerdo económico del 11 de febrero de 1940, mediante los cuales se establecía que la URSS exportaría materia prima y Alemania suministraría a la Unión Soviética artículos industriales, entre éstos había algún armamento, elemento este que estaba en correspondencia con los intereses de fortalecer la capacidad defensiva de la URSS. Como ejemplo, podemos citar que la Unión Soviética logró comprar prototipos de los aviones *Messerschmitt-109*, *Junkers-88* y *Dornier-215*, lo cual contribuyó a revelar el nivel técnico de la aviación alemana. El constructor de aviones soviético A. S. Yákovlev, quien por una tarea planteada por el Gobierno estudió la industria de aviación alemana, recuerda que después de informar en noviembre de 1940 a J. V. Stalin acerca del estado de dicha aviación, éste le dijo: "Organice el estudio de los aviones alemanes por nuestros hombres. Compárenlos con los nuevos que tenemos. Aprendan a batirlos."[2]

En una compilación de artículos —publicada en la RFA, en 1977, bajo la redacción de los historiadores F. Forstmeier (ex jefe del servicio de historia militar del Bundeswehr) y H. E. Volkmann (uno de los principales autores de la obra oficial *El Imperio alemán y la Segunda Guerra Mundial*)— se señala: "En las relaciones comerciales, la URSS demostró ser consecuente de sus

[1] P. Zhilin: "Las lecciones del pasado y las preocupaciones del presente", en *Kommunist*, N°7, 1981, p. 69 (en ruso).
[2] A. Yákovlev: *El sentido de mi vida. Memorias de un diseñador de aviones*. Moscú, 1974, p. 220 (en ruso).

propios intereses económicos, militares y una contraparte negociante tenaz, intransigente; perseguidora consecuente de sus intereses económicos, militares y comerciales. La opinión que se manifiesta con frecuencia, durante las investigaciones, acerca de 'un apoyo esencial' a la economía de guerra alemana, por parte de los suministros soviéticos parecen no tomar en cuenta, además, el tipo y el volumen de los contraservicios exigidos por la URSS y prestados por Alemania... Cuando, por ejemplo, 11 meses más tarde [en diciembre de 1940], V. M. Molotov expresó su consentimiento de cumplimentar los deseos alemanes de aumentar los suministros de cereales en un 10 %, lo había condicionado a la premisa de una adecuada elevación de las cuotas de importación de aluminio y cobalto —es decir, a los suministros de productos semielaborados—, de los cuales también había escasez en el Tercer Reich. En contrapartida a las cantidades de materias primas adicionales que deseaba la parte alemana, la URSS no sólo exigió máquinas herramienta o camiones, sino también material bélico."[1] En lo referente al petróleo, en un informe secreto —elaborado en enero de 1940 por el Subcomité de Planificación del Comité de Jefes de Estados Mayores de Inglaterra— se señalaba que del volumen total de importación de petróleo por Alemania, de 523 000 toneladas en los primeros tres meses de la guerra, los suministros de la URSS no sobrepasaron las 9 000 toneladas. En otras palabras, menos del 2 % de la importación alemana.[2] Es decir, el mito de la "confabulación" de la URSS con Alemania queda refutado por documentos también existentes en Occidente, pero la propaganda antisoviética ignora esos documentos y valoraciones, con lo cual siembra animadversión y odio hacia el país del socialismo.

El historiador germanoccidental H. Härtle considera, como una de las "pruebas" de la denominada "agresividad" de la URSS, la interpretación que él mismo hace de los resultados de

[1] Waclaw Diugoborski y Czesíaw Madajczyk: "Ausbeutungssysterne in den besetzten Gebieten Polens und der UdSSR", en *Kriegswirtschajt und Rüstung 1939-1945.* Editado por Friedrich Forstmeier y Hans-Erich Volkmann, Droste Verlag, Düsseldorf, 1977, p. 382.

[2] PFO., cab. 66, vol. 5, p. 41. Ver más detalladamente en P. P. Sevostiánov: *Antes de la gran prueba. La política exterior de la URSS en vísperas de la Gran Guerra Patria. Septiembre de 1939-junio de 1941*, t. 41, pp. 312-319.

las conversaciones germano soviéticas de noviembre de 1940, durante las cuales la URSS exigía, según él, reconocer "Turquía, Rumanía, Bulgaria y Finlandia como esfera de la influencia soviética".[1] El periódico *The New York Times* publicó, el 30 de diciembre de 1979, que en noviembre de 1940, durante las conversaciones soviético alemanas en Berlín, el Gobierno soviético había insistido en ampliar su influencia hasta los estrechos del mar Negro y hacia el océano Índico. Tal interpretación de estas conversaciones está calculada para desinformar al lector. En esas conversaciones, la URSS adoptó una posición totalmente contraria.

La diplomacia alemana preparaba un proyecto de acuerdo entre los participantes de un pacto tripartito y a la Unión Soviética se le propuso adherirse a una declaración que delimitaba sus "aspiraciones territoriales". La delegación soviética rechazó, de manera decidida, la proposición de la dirección fascista. El rechazo de principio de la URSS al análisis del programa hitleriano de "delimitación de las esferas de influencia", su intransigencia a la ampliación de la expansión fascista, demostraron a la dirección nazi que la URSS no se sometía a las maniobras de diversionismo y que no alimentaba ilusiones en el sentido de las verdaderas intenciones de Alemania. En su "testamento político", Hitler escribió que después de la partida de la delegación soviética había decidido "ajustarle las cuentas a Rusia". Para entonces ya se llevaba a cabo, en gran escala, la preparación directa de una agresión a la URSS.[2] Esa es la verdad de la historia.

El principal resultado de la política exterior de la URSS en el primer período de la Segunda Guerra Mundial, consistió en que la Unión Soviética logró impedir ser arrastrada a la guerra, ganó un aplazamiento de casi dos años, el cual tuvo importantísimas consecuencias internacionales. Para el momento del ataque hitleriano a la URSS, el Partido Comunista y el Gobierno de la Unión Soviética no sólo habían logrado terminar con el aislamiento en la política exterior —aislamiento en que se encontraba la Unión Soviética como resultado de la confabulación, apoyada por los

[1] H. Härtle: *Die Kriegsschuld der Sieger: Churchills, Roosevelts und Stalins Verbr echen gegen den Weltfrieden*, p. 323.
[2] Ver *Historia de la Segunda Guerra Mundial de 1939-1945*, t. 3, pp. 346, 347.

Estados Unidos, de Inglaterra y Francia con los Estados fascistas en Múnich—, sino también destruir ese frente antisoviético y crear las premisas para agrupar en una coalición antifascista a los Estados y los pueblos de los países más grandes del mundo: la URSS, los Estados Unidos e Inglaterra.

Los frutos de la política de "pacificación"

Hacia el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, China, Etiopía, España, Austria, Checoslovaquia y Albania ya eran víctimas de los agresores. Muchos otros países de Europa, Asia y África dependían del bloque fascista militarista; pero éstos sólo eran los primeros frutos de la criminal política de pacificación de los agresores, la cual llevaban a cabo los círculos gubernamentales de Inglaterra, Francia y los Estados Unidos.

La traición de los aliados occidentales a Polonia. Al amanecer del 1º de septiembre de 1939, la Alemania hitleriana desencadenó la agresión armada contra Polonia. La aviación alemana asestó inesperados golpes masivos a los aeropuertos, los centros de comunicación ferroviaria, los grandes centros administrativos e industriales de Polonia. Potentes agrupaciones terrestres de la Wehrmacht, después de destruir mediante cuñas de tanques la defensa polaca, se precipitaron hacía lo profundo del país en dirección a Varsovia desde el norte, el oeste y el sur, a partir de Prusia, Alemania Oriental y Eslovaquia.

El 8 de septiembre, los fascistas habían logrado llegar hasta los accesos de la ciudad y, dos días después, la rodearon por completo...

A pesar de los bárbaros bombardeos y del fuego de artillería masivo, la guarnición y los habitantes de la capital polaca ofrecieron al adversario una heroica resistencia durante 20 días, pero las fuerzas eran desiguales. En los primeros días de octubre cesaron las acciones combativas en el territorio de Polonia. La Alemania hitleriana obtuvo recursos industriales y materias primas adicionales y una cómoda cabeza de puente para la ulterior ampliación de la agresión al Este.

El día de la agresión armada de Alemania a Polonia entró en

la historia como el primer día de la Segunda Guerra Mundial.

El 3 de septiembre de 1939 —comprometidos ante el Estado polaco por pactos de alianza, así como por pactos que le ofrecían garantías de independencia y seguridad—, los gobiernos de Inglaterra y Francia declararon la guerra a Alemania; pero a ellos no les preocupaba el destino del pueblo polaco.

La manifiesta pasividad de los gobernantes de Inglaterra y Francia, el no cumplimiento de los compromisos adquiridos referentes a prestar ayuda a Polonia en caso de una agresión alemana, se manifestaron con tanta claridad que este hecho no lo niega ninguno de los historiadores occidentales. No obstante, han elaborado toda una serie de "argumentos", llamados a justificar de alguna manera la postura adoptada por la coalición anglo francesa. Muchos sostienen la versión de que Inglaterra y Francia no estaban en condiciones, en septiembre de 1939, de oponer resistencia armada a la Alemania fascista y prestar ayuda a su aliada Polonia. Los profesores norteamericanos H. Bragdon y S. MacCutchen escriben: "Dos días después de que los ejércitos de Hitler invadieron Polonia, Gran Bretaña y Francia, abandonando por fin la pacificación, declararon la guerra a Alemania. No obstante, los británicos y los franceses no pudieron ayudar a los polacos. No tenían suficientes fuerzas terrestres para invadir Alemania, ni suficientes bombarderos para atacar desde el aire."[1]

Sin embargo, semejantes afirmaciones no son más que una mentira intencionada, destinada a justificar la traición de los aliados occidentales a Polonia. A comienzos de septiembre de 1939, la correlación de fuerzas y los medios en tierra y aire, y aún más en el mar, estaba a favor de Inglaterra y Francia.

El historiador germanoccidental M. Freund cita el siguiente reconocimiento del jefe del Estado Mayor de la Dirección Operativa de la Wehrmacht, A. Jodl: "Y si no nos desmoronamos ya en el mismo 1939 sólo se debe a que las casi 110 divisiones francesas e inglesas en el oeste se mantuvieron, durante toda la campaña de Polonia, completamente inactivas frente a las divisiones alemanas."[2]

---

[1] Henry W. Bragdon y Samuel P. McCutchen: *History of a Free People.* The MacMillan Company, New York, 1956, p. 607.
[2] Michael Freund: *Deutsche Geschichte*, pp. 1318, 1319.

El historiador inglés N. Fleming en su libro *Agosto de 1939* [*August 1939*], dedicado al comienzo de la Segunda Guerra Mundial, pinta un cuadro bastante convincente de la traición a Polonia por parte de las potencias occidentales. Señala que la aviación inglesa comenzó, a partir del 3 de septiembre de 1939, a realizar una operación con la denominación codificada "Nickels", cuyo objetivo no consistía en asestar golpes al agresor, sino en distribuir octavillas de propaganda en Alemania; que tampoco el Gobierno de los Estados Unidos salió en defensa de Polonia y sólo se limitó a hacer un llamado a Hitler para que "manifestara humanidad".[1] Al mismo tiempo, N. Fleming trata de explicar la inacción de Inglaterra y Francia con el hecho de que se encontraban "dominados por el pensamiento defensivo" y, "movidos por motivos humanitarios", no deseaban causar "inevitables bajas entre los civiles alemanes".[2]

Sin embargo, la causa real de la inacción de los círculos gubernamentales de Inglaterra y Francia durante la guerra germano polaca no radicaba en esto, sino en sus orientaciones políticas, establecidas aun antes del comienzo de la guerra germano polaca. Polonia fue sacrificada conscientemente a los hitlerianos en aras del plan, madurado hacía tiempo, de llevar a la Wehrmacht germano fascista hasta las fronteras de la URSS, de facilitarle el desarrollo de la agresión antisoviética. Evidencias de lo antes dicho son los insistentes intentos de Francia e Inglaterra de regular las contradicciones con Alemania mediante acuerdos a costa de los intereses de otros países y el fracaso provocado por ellos de las Conversaciones de Moscú en el verano de 1939. Esas y otras acciones de las "democracias" occidentales y la política antisoviética de los círculos gubernamentales polacos, convencieron a los nazis de que la conquista de Polonia no provocaría una reacción peligrosa. El 31 de agosto de 1939, el Jefe del Estado Mayor General de las tropas terrestres de la Wehrmacht, hizo la siguiente anotación en su diario: "El Führer está tranquilo... Cuenta con que los franceses y los ingleses no irrumpirán en el

[1] Nicholas Fleming: *August 1939. The Last Days of Peace.* Peter Davies, London, 1979, pp. 208, 211.

[2] Ibíd., p. 212. Ver también *The Simon and Schuster Encyclopedia of World War II.* Editado por Thomas Parrish, Simon and Schuster, Nueva York, 1978, p. 229.

territorio de Alemania."[1] Ese pronóstico se basaba en la disposición, expresada en reiteradas ocasiones por los "pacificadores", de lograr una alianza con el fascismo con el objetivo de luchar juntos contra la URSS. Ni Inglaterra, ni Francia, ni los Estados Unidos adoptaron las medidas necesarias para impedir la ofensiva de la Alemania fascista hacia el Este, hacia las fronteras de la URSS.

Muy lejos de la verdad está la versión de W. Hubatsch (RFA) y de otros historiadores y publicistas reaccionarios, quienes plantean que los hitlerianos, después de la agresión a Polonia, estaban dispuestos al parecer a establecer la paz con Inglaterra y Francia.[2] Ellos no pensaban en la paz, sino en la continuación de las conquistas en Europa. En octubre de 1939, inmediatamente después de la caída de Polonia, comenzó la redislocación, desde el Este hacia el oeste, de los Estados Mayores de las Agrupaciones de Ejércitos "Norte" y "Sur" y de seis ejércitos de campaña, así como de grandes unidades de combate. A comienzos de noviembre, el número de divisiones alemanas en el Frente Occidental se incrementó hasta el número de 96.[3] El 19 de octubre, el Estado Mayor General de las tropas terrestres de Alemania emitió una directiva acerca de la preparación de las tropas para la ofensiva contra Holanda, Bélgica, Luxemburgo y Francia, con el fin de aniquilarlos en una "guerra relámpago".[4]

Las hipócritas declaraciones del Gobierno hitleriano, en el otoño de 1939, acerca de la aspiración de paz sólo sirvieron como pantalla para el ya iniciado despliegue de las fuerzas alemanas en Occidente; como un medio de adormecer la vigilancia de las naciones destinadas a ser nuevas víctimas de la agresión. Además, la Alemania fascista exigía de Inglaterra y Francia el reconocimiento de todas las conquistas alemanas realizadas hasta el momento en Europa y el reparto de los dominios coloniales.

---

[1] F. Halder: *Kreigstagebuch*, t. I, W. Kohihammer Verlag, Stuttgart, 1962, p. 48.

[2] Walter Hubatsch: "Polenfeldzug, sowjetischfinnischer Winterkrieg, die Besetzung Skandinaviens", en *Der II Weltkrieg, Bielder. Daten. Dokumente.* Bertelsmann Lexikon-Verlag, Gütersloh, 1976, pp. 89, 97.

[3] Ver *Historia de la Segunda Guerra Mundial de 1939-1945*, t. 3, p. 48.

[4] Ibíd.

Para los imperialistas de las potencias occidentales la aceptación de esas exigencias habría significado la pérdida de sus posiciones de grandes potencias y la renuncia voluntaria a una gran parte de las fuentes de materias primas, mercados y esferas de inversión de capital, conquistados por ellos antes. No podían hacer semejantes concesiones; pero de todas maneras, los círculos gubernamentales de Inglaterra y Francia no perdieron durante mucho tiempo las esperanzas de llegar a una transacción con el imperialismo alemán, de debilitarlo con ayuda de manos ajenas mediante la desviación de las aspiraciones de la maquinaria bélica hitleriana de occidente hacia los países balcánicos, escandinavos y la Unión Soviética. El comandante en jefe de las Fuerzas Armadas de Francia, M. Gamelin, escribió en sus memorias que uno de los objetivos de la coalición anglo francesa consistía en "oponer los intereses de Alemania a los... de la URSS".[1]

La guerra extraña. El período de manifiesta inacción de las tropas anglo francesas después de la declaración de guerra de Inglaterra y Francia a Alemania y hasta el ataque de las tropas germano fascistas a Occidente en mayo de 1940, recibió en la historiografía burguesa la denominación de "guerra extraña" o "guerra sedentaria".

Muchos historiadores occidentales constatan que, en el período de la "guerra extraña", los círculos gubernamentales anglo franceses, por una parte, no realizaron una lucha activa contra Alemania y, por otra, se ocuparon de elaborar planes de guerra contra la Unión Soviética. De acuerdo con la concepción del historiador inglés A. Taylor, el Gobierno inglés no efectuó ningún tipo de acciones contra Alemania a causa de una valoración "errónea" del estado de la economía alemana. Afirma que la dirección político militar de Inglaterra, después de la derrota de Polonia, creía que Alemania ya estaba "exhausta" y pronto "se desplomaría sin seguir combatiendo".[2] En lo concerniente a los planes de agresión de Inglaterra y Francia contra la URSS, estaban provocados por la aspiración de quitar a Alemania "los su-

---

[1] General Gamelin: *Servir. La guerre (septembre 1939-mai 1940)*, vol. III, Librairie Plon, París, 1947, t. 3, p. 110.
[2] A. J. P. Taylor: *The Second World War. An Illustrated History.* Hamish Hamilton, London, 1975, pp. 42, 43.

ministros de petróleo procedentes del Cáucaso" y "para ayudar a Finlandia".[1] Otros muchos historiadores burgueses de Occidente también sustentan un punto de vista análogo.

En realidad, la causa fundamental de la "guerra extraña" en el continente europeo y de los planes de intervención anglo francesa contra la URSS, era el antisovietismo —inveterado y catastrófico para los intereses nacionales de Inglaterra y Francia— de los círculos gubernamentales, los cuales aún continuaban confiando en llegar a un acuerdo con la Alemania fascista a expensas de la URSS. Con este objetivo, de septiembre de 1939 a abril de 1940 efectuaron, según datos incompletos, no menos de 160 encuentros y conversaciones con los hitlerianos a diferentes niveles de representación.[2]

Los entonces dirigentes de la coalición anglo francesa para forzar un compromiso con Alemania, construían diferentes variantes para una campaña bélica con ella, contra la URSS. Ésta fue la última y más aventurerista apuesta en la estrategia de los "muniquenses". Los historiadores burgueses contemporáneos intentan presentar los planes de esa campaña como una "quimera".[3] Los documentos evidencian que eso estuvo muy lejos de ser así. Se había determinado utilizar tropas inglesas y francesas para asestar dos golpes: en el norte, en la dirección de Leningrado y Múrmansk, y en el sur, contra la industria petrolera soviética en el Cáucaso y la Marina de Guerra soviética en el mar Negro. Los cálculos se reducían a que la Alemania fascista daría un "paso natural" y golpearía las regiones centrales de la Unión Soviética. Al mismo tiempo, había fundadas esperanzas en las aspiraciones antisoviéticas de los militaristas japoneses y en arrastrar a Japón a la guerra, para atenazar a la URSS entre dos frentes.[4]

---

[1] Ibíd., p. 45.
[2] *Deutschland im zweiten Weltkrieg,* t. I, Akademie-Verlag, Berlín, 1974, p. 247.
[3] Ver Günter Kahle: *Das Kaukasusprojekt der Alliierten vom Jahre 1940.* Rheinisch-Westfälische Akademie der Wissenschafter, Worträge, G. 186, Westdeutscher Verlag, Opladen, 1973, pp. 40, 41.
[4] Ver con más detalles en *Historia de la Segunda Guerra Mundial de 1939-1945*, t. 3, pp. 43-48; A. Yakushevski: "Los planes y las acciones agresivas de las potencias occidentales contra la URSS en 1939-1941",

Los preparativos bélicos de los círculos gubernamentales de Inglaterra y Francia contra la URSS, causaron un inmenso perjuicio militar y político a esas naciones, distrajeron su atención del golpe preparado por la Wehrmacht. "El espíritu de cruzada — describía la situación de entonces en Francia, Inglaterra y los Estados Unidos, el periodista francés H. de Kerillis— soplaba con toda su furia... no había más que un grito: '¡Guerra a Rusia!'... Quienes habían preconizado la inmovilidad detrás de la línea Maginot pedían que se enviara un ejército para combatir hasta el polo Norte... En este momento, el delirio anticomunista alcanzó su paroxismo y tomó formas epilépticas."[1]

La actividad antisoviética de los gobiernos de Inglaterra y Francia era bien conocida por los dirigentes de la Alemania fascista. En una información para la Dirección de Política Exterior del partido fascista, elaborada por la inteligencia política alemana se indicaba el 3 de mayo de 1940: "Desde el comienzo de la guerra, se ha incrementado la actividad de los Estados enemigos con relación a la Unión Soviética. Prestan a esa cuestión extrema atención, han planteado la consigna de 'Liberación del yugo de Moscú'... La actividad de París y Londres se manifiesta, por ejemplo, en la creación de un gobierno de la denominada 'República Nacional Ucraniana'..., en la creación de una legión ucraniana en Francia y de unidades nacionales de caucasianos en el ejército del general M. Weygand."[2] Sin dudas, tal información fortalecía la confianza de la dirección hitleriana en que las potencias occidentales, ocupadas en los preparativos bélicos antisoviéticos, no prestaban la suficiente atención a la preparación para la defensa, lo cual facilitaría su derrota.

El 9 de abril de 1940, las tropas hitlerianas irrumpieron en Noruega y Dinamarca. La coalición anglo francesa demostró de nuevo —como había sucedido en el caso de Polonia— su falta de voluntad para enfrentarse, de manera decidida, a la ampliación de la agresión germano fascista. Los círculos influyentes de Londres

---

en *Voenno-Istorícheskii Zhurnal*, 1981, N°8, pp. 47-57.

[1] Henri de Kerillis: *Français, Voici la Vérité!* Editions de la Maison Francaise, New York, 1942, p. 102.

[2] *Bundesarchiv (Koblenz).* Ns 343/37, Bl. 2. M. Weygand era el jefe de las tropas francesas dislocadas en Siria y en el Líbano y destinadas a participar en una agresión a la URSS.

y París consideraban que la conquista de Escandinavia desviaría, por una parte, la atención de los hitlerianos del Frente Occidental y, por otra, los acercaría a las fronteras de la Unión Soviética. En 1940, W. Churchill dijo: "Tenemos más que ganar que perder con un ataque alemán contra Noruega y Suecia."[1]

En el período de la operación de las tropas germano fascistas contra Dinamarca y Noruega (su denominación codificada era "Weserübung"), la coalición anglo francesa desembarcó, entre el 14 y el 18 de abril, en varios puertos de Noruega central y septentrional tropas poco numerosas, cuyas acciones sólo resultaron, en la práctica, una operación limitada. Estas tropas abandonaron a comienzos de mayo Noruega central y a comienzos de junio de 1940, Noruega septentrional. En poder de los hitlerianos se encontraba una importante y estratégica cabeza de puente para llevar a cabo la guerra en el norte de Europa, tanto contra la Unión Soviética como contra los países occidentales.

El cálculo de los líderes de la coalición anglo francesa de que la lucha por Escandinavia desviaría la atención del mando alemán de un enfrentamiento con ellos en Occidente, resultó inconsistente.

La derrota de la coalición anglo francesa. En 10 de mayo de 1940, la Wehrmacht desencadenó la ofensiva en Europa Occidental. La campaña en Escandinavia no impidió a Alemania concentrar una potente agrupación en el occidente. Antes de la ofensiva, esa agrupación estaba formada por 3 300 000 hombres, 136 divisiones, 2 580 tanques y 3 824 aviones. En el Frente Nororiental se le oponían las fuerzas de Francia, Inglaterra, Bélgica y Holanda, que contaban con 3 785 000 hombres, 147 divisiones, 3 099 tanques y 3 791 aviones.[2] De esta manera, la ventaja general en fuerzas estaba a favor de los ejércitos aliados. No obstante, es un hecho que esta ventaja no fue aprovechada por ellos. El 14 de mayo capituló Holanda; el 28 de mayo, Bélgica. El 22 de junio, los representantes del Gobierno de Francia firmaron la capitulación en el bosque de Compiégne, en el mismo vagón-salón donde el mariscal Foch dictó 22 años antes las condiciones del armisti-

[1] *Churchill Revised. A Critical Assessment.* The Dial Press, New York, 1969, p. 207.
[2] *Historia de la Segunda Guerra Mundial de 1939-1945*, t. 3, p. 89

cio a la Alemania derrotada en la Primera Guerra Mundial. Se preveía pasar dos tercios del territorio francés bajo el control de las autoridades alemanas de ocupación, se comprometían a correr con todos los gastos de mantenimiento de las tropas alemanas de ocupación, y aceptaban la desmovilización y el desarme de las fuerzas armadas francesas.

Como resultado de la campaña de los hitlerianos en 1940, la alianza militar anglo francesa no llegó a existir ni un año; sufrió una derrota completa. Esto coadyuvó a los ulteriores éxitos del bloque fascista. Sus fuerzas armadas ocuparon, en la primavera de 1941, Yugoslavia y Grecia; se apoderaron de la isla de Creta, y comenzaron operaciones de conquista en África Nororiental.

En la historiografía occidental, a la derrota militar de Francia en 1940, que ha recibido la denominación de "batalla por Francia", se han dedicado no pocas obras de diferente carácter. En la mayoría de esas obras, los historiadores burgueses tratan de reducir las causas de la derrota de Francia a la superioridad de la estrategia alemana de la "guerra relámpago" [*Blitzkrieg*] sobre la estrategia defensiva de Francia. El historiador militar germanoccidental F. Ruge afirma que el destino de la campaña en Occidente estaba predecidido por "la sorpresa operativa y táctica, así como por la correcta utilización de las nuevas armas técnicas".[1] El historiador norteamericano J. Clarke también considera que en el desenlace de la "batalla por Francia", "el hecho más importante era la concentración de tanques y vehículos alemanes en las divisiones blindadas y en los cuerpos blindados". Explica la victoria de las tropas germano fascistas por el exitoso plan estratégico de la agresión a Francia, el cual puso en práctica "sus teorías [de Guderian], concebidas desde tiempos atrás, acerca de los blindados al dirigir el avance alemán hacia el mar".[2] Así, el desarrollo de la lucha armada en Occidente se presenta como un triunfo de la Wehrmacht germano fascista, y las causas de la derrota de Francia se reducen a deficiencias del arte militar de sus generales.

---

[1] Friedrich Ruge: "Der Krieg im Westen, in Mettelmeerraum und auf den Weltmeeren", en *Der II Weltkrieg. Bilder. Daten. Dokumenten*, p. 178.

[2] Jeffrey J. Clarke: "Battle of France", en *The Simon and Schuster Encyclopedia of World War II*, pp. 202, 206.

El factor militar desempeñó, claro está, un importante papel en la derrota de la coalición anglo francesa. En la campaña en Europa Occidental, el mando germano fascista logró ejecutar la estrategia de la guerra relámpago mediante una cuidadosa preparación y la sorpresa del ataque sobre el adversario, así como por el empleo masivo de los tanques y la aviación. La agrupación fundamental de las tropas germano fascistas salió, después de haberse abierto camino a través de las Ardenas belgas sin haber encontrado ningún obstáculo, a la retaguardia del grueso fundamental de las tropas anglo francesas, las cuales se desplazaban hacia el norte de Bélgica, donde —según presuponía erróneamente el mando anglo francés— el adversario debía asestar el golpe principal.

El 20 de marzo, los tanques alemanes alcanzaron La Mancha, con lo cual dividieron en dos el frente de los aliados occidentales y los colocaron, de hecho, en una situación en extremo difícil. En un informe al Ministro de Guerra, el general francés Gamelin escribió en esos críticos días: "La aparición de las grandes unidades blindadas alemanas, con sus posibilidades de realizar amplias rupturas, fue el mayor hecho estratégico de esos días. El empleo masivo y brutal que hizo el enemigo de ellas paralizó todos los intentos de cerrar las brechas, hizo saltar en numerosas ocasiones las filas tendidas sucesivamente para detenerlo. Los intentos para frenarlo no podían efectuarse con la velocidad necesaria, por falta de suficientes formaciones mecanizadas."[1] Después de haber destruido los planes de la defensa estratégica del enemigo y de haberlo derrotado en el norte, las tropas alemanas viraron, a comienzos de junio, el frente hacia el sur, rompieron la improvisada defensa creada por los franceses en la línea de los ríos Somme y Aisne y salieron a la retaguardia de la línea Maginot, considerada inexpugnable. Su caída se convirtió en el símbolo de la total derrota de la Tercera República Francesa.

Sin embargo, no es lícito reducir las causas de la derrota de la coalición anglo francesa al factor militar. Su derrota estaba predeterminada, ante todo, por la reaccionaria política exterior de las potencias occidentales. Su política de concesión ante los agreso-

---

[1] General Gamelin: *Servir. La guerre (septembre 1939-mai 1940)*, vol. III, p. 424.

res fascistas, la negativa a apoyar las iniciativas soviéticas encaminadas a la creación de un sistema de seguridad colectiva, la abierta traición a los pueblos de Checoslovaquia y Polonia, la elaboración de planes de agresión antisoviética en el período de la "guerra extraña": todo esto impidió la formación de una alianza de Estados, que habría podido cortar la agresión de los países del bloque fascista. La aspiración de la dirección anglo francesa de llegar a un arreglo con las naciones fascistas sobre una base antisoviética, condicionó la estrategia pasivamente expectante de los aliados occidentales, cuyo resultado fue darle al adversario, de manera voluntaria, la iniciativa estratégica.

Uno de los factores que coadyuvaban al éxito militar de los hitlerianos en Occidente en 1940, era la falta de solidez de la coalición anglo francesa, la cual no resistió las pruebas de la guerra. Los círculos gubernamentales de Inglaterra, dueños del liderazgo en la alianza militar con Francia, de acuerdo con su vieja tradición contaban con realizar la contienda con manos ajenas. Contra la Alemania fascista destacaron un número relativamente pequeño de tropas terrestres y de aviación en el continente. Cuando surgió una situación peligrosa a causa de la ruptura de los tanques alemanes a través de las Ardenas belgas hacia La Mancha, la dirección político militar de Inglaterra le negó a su aliado ayuda complementaria de fuerzas y medios, con lo cual lo abandonó de hecho a su propia suerte. Ya el 19 de mayo, el mando inglés comenzó a elaborar secretamente un plan para evacuar sus tropas expedicionarias a las islas británicas; ese plan recibió la denominación codificada "Dinamo". El 27 de mayo, el plan fue puesto en marcha. Hasta el 4 de junio, a través del puerto de Dunkerque y de la costa adyacente se trasladaron más de 330 000 soldados ingleses hacia las islas británicas.

Varios historiadores, en particular ingleses, intentan presentar la evacuación de las tropas inglesas como una inteligente maniobra estratégica. Según P. Galvocoressi y G. Wint, la evacuación desde Dunkerque "fue un triunfo para la Marina de Guerra británica".[1] Aún más categórico es F. Grossmith, quien afirma que "en Dunkerque, Alemania perdió la guerra" e Inglaterra "se

[1] Peter Calvocoressi y Guy Wint: *Total War. Causes and Courses of the Second World War.* Penguin Books, Harmondsworth, 1979, p. 123.

garantizó esa libertad del hitlerismo y de la esclavitud".[1]

Pero en primer lugar, es un hecho que la evacuación de las tropas inglesas de Francia le facilitó, de manera considerable, la guerra en el Este al mando alemán. Por una parte, permitió a los hitlerianos liberar rápidamente las fuerzas que actuaban en el nordeste de Francia para la ofensiva hacia el interior del país en la dirección sur, donde el mando francés aún podía haber organizado una defensa estable, si hubiera dispuesto de tiempo suficiente y, por otra, incrementó el estado de ánimo derrotista de los círculos gubernamentales de Francia y, con ello, facilitó que del poder se apoderaran elementos abiertamente inclinados a la capitulación, encabezados por Petain y Laval, quienes no disimulaban sus intenciones de concertar la paz con la Alemania fascista.

En segundo lugar, la evacuación de los soldados y los oficiales ingleses a través de Dunkerque, quienes dejaron su armamento en manos del enemigo (entre ellos, 700 tanques), no se valoró de manera simple ni siquiera en la misma Inglaterra. En sus memorias, W. Churchill señaló la debilidad de las tropas inglesas después del "milagro de Dunkerque": "Se sabía que nuestros ejércitos que estaban en casa [Gran Bretaña] se encontraban casi desarmados, con excepción de los fusiles... Debían pasar meses antes de que nuestras fábricas pudieran producir siquiera las municiones que se perdieron en Dunkerque."[2]

Al referirnos a las causas de la derrota de Francia debe señalarse que una de ellas fue la reaccionaria política interna de sus círculos gubernamentales, los cuales —como señaló el destacado miembro del Partido Comunista Francés, E. Fajon— "habían sacrificado la defensa nacional y la seguridad colectiva para complacer a una casta de privilegiados, reaccionarios y derrotistas".[3] Emplearon la declaración del estado de guerra en septiembre de 1939 para limitar lo más posible la ya reducida democracia burguesa, para declarar ilegal el Partido Comunista Francés y

---

[1] Frederick Grossmith: *Dunkerk —A Miracle of Deliverance.* Bachman&Turner Ltd., London, 1979, pp. 66, 114.
[2] W. S. Churchill: *The Second World War*, 1951, t. 2, p. 226.
[3] Etienne Fajon: "Préface", en Fernand Grenier: *Journal de la drôle de guerre (septembre 1939-juillet 1940)*, Editions Sociales, París, 1969, pp. 9, 10.

otras organizaciones similares, y para destruir los sindicatos progresistas. El historiador inglés A. Adamthwaite se refiere "a la ausencia de unidad nacional en Francia",[1] pero calla que el Gobierno francés, al manifestarse a favor de un arreglo con la Alemania fascista sobre una base antisoviética, no adoptó ningún tipo de medidas para cortar la actividad de los elementos y las organizaciones proalemanes dentro del país. El miedo a que la lucha de los patriotas franceses contra el fascismo pudiera convertirse en una lucha por transformaciones revolucionarias, privó a los círculos gubernamentales franceses de la capacidad para dirigir la nación.

La atención principal: hacia el Este. Después de la capitulación de Francia, el primer y principal objetivo de los estrategas alemanes fue la preparación directa de la guerra contra la Unión Soviética. Su segundo objetivo consistía en obligar a Inglaterra, ya sin aliados, a concertar una paz ventajosa para Alemania. El 30 de junio, varios días después de haberse concluido los combates en Francia, en el diario del jefe del Estado Mayor General de las tropas terrestres F. Halder, apareció la siguiente anotación: "Con la vista fijada con firmeza hacia el Este... Inglaterra aún requerirá posiblemente de una demostración de nuestro poderío militar, antes de que ceda y nos deje las espaldas libres para ocuparnos del Este."[2]

El 16 de julio, el Mando Supremo de la Wehrmacht dictó una directiva acerca de la preparación de la operación para la irrupción de las tropas germano fascistas en Inglaterra, la cual recibió la denominación codificada de "León Marino" [*Seelöve*]. Sobre la base de esa directiva se elaboró rápidamente el plan de la operación y comenzó la preparación de las tropas alemanas dislocadas en Europa Occidental, para su realización. "Los puertos franceses, belgas y holandeses estaban atestados de embarcaciones de todo tipo. Los ejercicios de embarque y desembarque proseguían sin descanso."[3] Dos meses después de la evacuación de las tropas

---

[1] Anthony Adamthwaite: *France and the Coming of the Second World War 1936-1939.* Frank Class, London, 1977, pp. 356, 357.
[2] F. Halder: *Kriegstagebuch*, t. I, p. 375.
[3] *The Fatal Decisions.* William Sloane Associates, New York, 1956, p. 16.

inglesas de Dunkerque, la dirección de la Alemania fascista tomó un nuevo acuerdo: a la vez que continuaban una preparación demostrativa para la operación "León Marino", comenzar los bombardeos de las ciudades inglesas mediante las fuerzas de la aviación alemana.

El 13 de agosto de 1940 comenzó la ofensiva aérea de los hitlerianos contra Gran Bretaña. La aviación de caza inglesa y otros medios de la defensa antiaérea entraron en la lucha que le habían impuesto y que alcanzó su apogeo a mediados de septiembre de 1940. Más tarde, el mando alemán, a causa de las grandes pérdidas de aviones[1] sobre Inglaterra, se vio obligado a renunciar a las incursiones aéreas por el día y a limitarse a los bombardeos nocturnos de los centros industriales ingleses. El cálculo de los hitlerianos de destruir la moral de pueblo inglés resultó injustificado.

No obstante, es erróneo considerar que era Inglaterra y no la URSS el objetivo fundamental de los intentos agresivos de los hitlerianos en 1940; que la "Batalla de Inglaterra" fue "una de las funestas batallas de la historia", la victoria decisiva de la Segunda Guerra Mundial, que obligó a Hitler a renunciar a realizar la operación "León Marino";[2] que la "derrota" de la Wehrmacht fascista en la "Batalla de Inglaterra" obligó a Alemania a dirigir el frente contra el Este para destruir la URSS, la cual, digamos, era "el 'caballo de batalla' de Inglaterra en el continente".[3]

La defensa antiaérea de Gran Bretaña supo rechazar realmente a la aviación fascista. La población dio muestras de firmeza y valor; pero la negativa del mando alemán de desembarcar en las islas británicas la explicaba, en primer lugar, la con-

---

[1] Entre agosto y septiembre de 1940, las pérdidas de la aviación germano fascista sobre Inglaterra se elevaron a 1 100 aviones, y las de las fuerzas aéreas inglesas, a 650 aparatos. (Ver P. Calvocoressi y G. Wint: *Total War. Causes and Courses of the Second World War*, p. 143.)

[2] Hanson W. Baldwin: *The Crucial Years 1939-1941. The World at War.* Harper Row, Publishers, New York, 1976, p. 152; *Der II Weltkrieg. Bilder. Daten. Dokumente,* p. 188; *The Simon and Schuster Encyclopedia of World War II*, p. 81.

[3] Klaus Reinhardt: *Die Wende vor Moskau. Das Scheitern der Strategie Hitlers im Winter 1941/42.* Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart, 1977, pp. 15, 16; M. Freund: *Deutsche Geschichte,* pp. 1354, 1355.

centración del máximo de fuerzas para la guerra contra la URSS, principal obstáculo en el camino de los agresores hacia la hegemonía mundial. F. Hesse, ex diplomático alemán especializado entonces en la solución del "problema inglés", cita en sus memorias el siguiente hecho. En el otoño de 1940, el alto mando de la Luftwaffe preparó la orden acerca del traslado, desde Polonia a Flandes, de las fuerzas aéreas previstas para la campaña contra la URSS, y aseguró a Hitler que con la ayuda de éstas era posible quebrar la voluntad de Inglaterra a la resistencia. Sin embargo, Hitler no firmó la orden sobre la base de que "nadie que no fuera él estaba autorizado a disponer de las fuerzas aéreas destinadas para ese fin [la campaña contra la URSS.—*El autor*]".[1]

Después de la derrota de Francia, la atención fundamental del Estado Mayor General fascista se centró en la preparación del ataque bandidesco a la Unión Soviética, previsto inicialmente para comenzarse en el otoño de 1940. A fines de julio de 1940, Hitler, siguiendo el consejo de sus generales, pospuso la campaña en el Este hasta la primavera de 1941, con el fin de una preparación más consistente para la agresión antisoviética.[2] El 31 de julio, el general F. Halder anotó en su diario las siguientes palabras del Führer: "Si Rusia es derrotada, entonces habrá fenecido la última esperanza de Inglaterra. La dueña de Europa y los Balcanes es, pues, Alemania... Rusia debe ser destruida. Primavera de 1941... Camuflaje: España, África del Norte e Inglaterra."[3]

Aquí es necesario detenerse en la denominada "guerra preventiva" de Alemania contra la URSS, la cual circula entre los historiadores con puntos de vista antisoviéticos extremadamente reaccionarios. U. Walendy, W. Glasebock, E. Helmdach (RFA) y otros presentan las medidas de la URSS para el fortalecimiento de sus fronteras en la década del 30 como la preparación para una irrupción en Europa Central. El general norteamericano M. MacCloskey, quien actúa en el papel de historiador militar, afirma que "Hitler, combatiendo a los británicos en Occidente, no

---

[1] Fritz Hesse: *Das Vorspiel zum Kriege. England-berichte und Erlebnisse eines Tatzeugen 1935-1945.* Duffel-Verlag, Leoni am Starnberger See, 1979, p. 237.

[2] James Lucas: *War on the Eastern Front 1941-1945. The German soldier in Russia.* Jane's Publishing Company, 1979, pp. 3, 4.

[3] F. Halder: *Kriegstagebuch*, 1963, t. II, pp. 49, 50.

podía aceptar la expansión rusa".[1] El historiador inglés D. Irving notifica de informes míticos de los servicios de inteligencia que evidenciaban "que los rusos iban a invadir Alemania".[2] Una versión análoga también la utilizan algunos historiadores japoneses (en particular, T. Hattori) para fundamentar los actos agresivos de Japón contra la URSS.

La leyenda de la "guerra preventiva" no merece una polémica científica. La falsedad de la leyenda la desenmascara la política exterior de paz del Gobierno soviético; la lucha consecuente por la creación de un sistema de seguridad colectiva en Europa y Asia con el fin de frenar a los agresores, realizada por la URSS en los años de la preguerra. Se conocen ampliamente documentos de los archivos nazis, que descubren la preparación secreta de los hitlerianos para el artero ataque a la URSS. Debe señalarse que prácticamente a los historiadores occidentales más destacados no les gusta citar dichos documentos. B. H. Liddel Hart escribe que cuando las tropas fascistas atravesaron la frontera soviética, "los generales encontraron pocos indicios de preparativos ofensivos de los rusos cerca del frente, y comprendieron que Hitler los había engañado".[3]

En el período de la preparación de la agresión a la URSS, las acciones de los hitlerianos contra las islas británicas adquirieron, poco a poco, el papel de "maniobra de enmascaramiento", llamada a ocultar la preparación del ataque a la Unión Soviética. La intensidad de los bombardeos se debilitó a partir de septiembre de 1940 y en febrero de 1941 se redujo al mínimo. Si bien los hitlerianos aún vinculaban con los bombardeos las esperanzas de variar la política de Inglaterra, sólo era porque entre los círculos gubernamentales ingleses desempeñaba un considerable papel la denominada "tendencia pacífica", inclinada hacia un arreglo con la camarilla de Hitler.[4] Esta misma circunstancia fue la causa de

---

[1] Mouro MacCloskey: *Planning for Victory —World War II.* Richards Rosen Press, New York, 1970, p. 18.

[2] Dawid Irving: *Hitler's War.* The Viking Press, New York, 1977, p. 137.

[3] B. H. Liddel Hart: *History of the Second World War.* G. P. Putnam's Sons, New York, 1971, p. 155.

[4] Ver con más detalles en V. A. Sekistov: *La guerra y la política.* Moscú, 1970, pp. 128, 129 (en ruso).

la denominada "misión de Hess" a Inglaterra en mayo de 1941.[1]

El autor inglés F. W. Winterbofcham, muy informado en estos asuntos, escribe que cuando se había terminado prácticamente con Francia, "él [Hitler] deseaba obviamente la paz en Occidente antes de comenzar la gran misión... la destrucción de la Rusia comunista."[2] El historiador germanoccidental J. Piekalkiewicz también concluye que después de haberse decidido la preparación inmediata para la agresión a la URSS, la lucha en Occidente ocupaba un lugar secundario en los planes de la alta dirección alemana.[3]

Algunos historiadores ingleses consideran que la "batalla de Gran Bretaña" impidió a Hitler concentrar todas sus fuerzas contra la URSS.[4] Sin embargo, no mencionan hechos de peso que lo confirmen. El enfrentamiento de las fuerzas aéreas inglesas y alemanas no condujo a una variación sustancial de la situación estratégica —creada después de la derrota de Francia— en Europa Occidental y no fue un obstáculo para la concentración del ejército germano fascista de agresión junto a las fronteras de la URSS. En el verano de 1941, el ejército inglés distraía dos divi-

---

[1] El 10 de mayo de 1941, Rudolf Hess, sustituto de Hitler en la dirección del partido nazi, descendió en paracaídas en Inglaterra en un sitio próximo a la hacienda de lord Hamilton, uno de los allegados al rey inglés. Fundando sus esperanzas en los personeros de Múnich y en las antiguas aspiraciones antisoviéticas del primer ministro inglés W. Churchill, Hess propuso a Gran Bretaña, en nombre de Hitler, concertar la paz con Alemania y participar, junto a ella, en la campaña contra la URSS. La misión de Hess no fue coronada por el éxito debido a la situación existente: Europa Occidental se encontraba bajo la bota de los agresores y el pueblo inglés llevaba a cabo la lucha armada contra la Alemania fascista. Para el Gobierno inglés era evidente que si la "campaña en el Este" de Alemania culminaba según los planes, Inglaterra no contaría con ninguna posibilidad de salvación: Hess fue arrestado. En 1946 fue condenado como criminal de guerra, por el Tribunal de Nuremberg a reclusión perpetua.

[2] F. W. Winterbotham: *The Ultra Secret.* Harper&Row Publishers, New York, 1974, p. 36.

[3] Janusz Piekalkiewicz: *Luftkrieg 1939-1945.* Südwest Verlag, Múnich, p. 159.

[4] P. Calvocoressi y G. Wint: *Total War. Causes and Courses of the Second World War*, p. 144.

siones alemanas en África del Norte.[1]

El primer período de la guerra demostró que ni Inglaterra ni Francia eran capaces de oponer una adecuada resistencia a los agresores fascistas. Ello era una consecuencia normal de la política de la "guerra extraña" —variante modificada de la política de "pacificación" de la preguerra—, que ejecutaban los círculos gubernamentales. Como resultado, tras los primeros 22 meses de la guerra, casi toda Europa capitalista con sus inmensos recursos humanos e industriales se encontraba en poder de los hitlerianos. La política de pacificación de los agresores fascistas, la presión sobre ellos para que atacaran a la URSS, se transformó en una conmoción catastrófica para Inglaterra y Francia y para muchos países y pueblos de Europa.

Agudización de las contradicciones norteamericano japonesas. Durante ese tiempo también varió bruscamente la situación en el Lejano Oriente. El Japón militarista tomó rumbo hacia la agresión contra los EE.UU. Su objetivo inmediato era apoderarse de los dominios coloniales norteamericanos en el océano Pacífico.

Para obstaculizar la ampliación de la agresión japonesa, los Estados Unidos, según afirmación de muchos historiadores norteamericanos, comenzó a efectuar una política "al borde de la guerra" entre 1940 y 1941. Para confirmar esa tesis, los historiadores se remiten a la decisión del Gobierno de limitar el comercio con Japón, activar la ayuda a Chiang Kai-shek y, con posterioridad, concentrar su flota en las islas Hawái y bloquear los activos japoneses. Señalan como posible un acuerdo con Japón con la condición de que se garantizaran "los principios y la seguridad norteamericana" en Asia y en el océano Pacífico; en otras palabras, se garantizaran las posiciones estratégicas y coloniales de los Estados Unidos y sus aliados potenciales en esas regiones (China, Inglaterra, Francia y Holanda).[2]

Estos historiadores consideran como las principales causas de la incorporación de los Estados Unidos a la guerra el desarro-

---

[1] *Historia de la Segunda Guerra Mundial de 1939-1945*, t. 4, pp. 20, 21.
[2] Wayne S. Cole: "America Entry into World War II", en *America and the Origins of World War II, 1933-1941.* Editado por Arnold A. Offner. Houghton Mifflin Company, Boston, 1971, p. 11.

llo de los acontecimientos en otras regiones del mundo, en particular en Europa, el cual se encontraba "fuera del control" de la administración norteamericana, y refutan cualquier crítica dirigida contra ella. Sólo existen diferencias en la interpretación de los puntos de vista de unas u otras personalidades de ese período. En opinión de algunos historiadores, el secretario de Estado C. Hull fue más cuidadoso en la realización del curso político "duro" respecto a Japón, que ministros como H. Stimson, F. Knox y H. Morgenthau, quienes consideraban que contra el agresor era necesario adoptar medidas decisivas e inclinaban a Roosevelt a ello. Otros estiman que Roosevelt sobrestimó el papel de las "disposiciones oposicionistas" hacia su política. Sin embargo, las valoraciones "individuales" no ejercen una influencia sustancial sobre la concepción general de la historia de la entrada de los Estados Unidos a la Segunda Guerra Mundial. Como ejemplo de esta concepción puede servir el libro *Las decisiones más importantes* [*Command Decisions*], preparado por el servicio de historia militar del ejército de los Estados Unidos. En esa obra, es L. Morton quien se encarga de informar acerca de esa cuestión.

De una manera bastante consecuente, al analizar el incremento de la agresión japonesa en Asia, el autor formula de la siguiente manera la actitud de los Estados Unidos hacia ella: "La acción de Japón en China violó todos los tratados existentes, y, según el criterio norteamericano, la única solución al 'incidente de China' era la retirada total de las fuerzas japonesas de China."[1] Algo diferente es el punto de vista que plantea H.-A. Jacobsen: "También los Estados Unidos —escribe—, posiblemente, han tenido su parte de contribución al surgimiento de la guerra en el Pacífico (por ejemplo, mediante su violenta tasa económica), aunque ello no pueda liberar a Japón de su responsabilidad por los sucesos acaecidos el 7 de diciembre de 1941."[2]

El deseo de justificar la política imperialista de los Estados Unidos se acompaña de una tendencia a ocultar la crueldad y la

---

[1] Louis Morton: "Japan's Decision for War", en *Command Decisions.* Editado por Kent Roberts Greenfield, Office of the Chief of Military History, Department of the Army, Washington, 1960, p, 101.

[2] Hans-Adolf Jacombsen: "Von der Strategie der Gewalt zur Politik der Friedenssicherung", en *Beiträge zur deutschen Geschichte in 20. Jahrhundert*, p. 53.

codicia de los monopolistas japoneses, quienes enmascaraban sus acciones y planes de conquista tras la propaganda del anticomunismo, tras lemas de panasiatismo y declaraciones falsas sobre la intención de conceder la independencia a los pueblos oprimidos. Morton hace gala de un "tacto" particular en la formulación de los planes de conquista de los militaristas japoneses, dirigidos contra los Estados Unidos. "Los japoneses, debe enfatizarse —asegura—, no buscaban la derrota total de los Estados Unidos y no tenían intención de invadir este país."[1] ¿Es cierto eso?

Más adelante nos detendremos en la elaboración de los planes alemanes para conquistar el continente americano. No existen bases para negar la existencia de ideas semejantes en los agresores japoneses. El jefe de la flota unida de Japón, almirante I. Yamamoto, poco después de entrar Japón en la guerra, declaró "que no sería suficiente 'tomar Guam y las Filipinas, ni siquiera Hawái y San Francisco'. Para obtener la victoria —advirtió a sus compatriotas—, tendrían que 'entrar en Washington y firmar el tratado en la Casa Blanca'."[2] L. Morton —un historiador informado— entiende que es imposible silenciar esta declaración de Yamamoto, pero la presenta de modo que la intención, expresada con bastante claridad, de los militaristas japoneses de irrumpir en el territorio de los Estados Unidos aparece en una forma que casi "ennoblece" a los agresores, "[los japoneses] planeaban librar una guerra de objetivos limitados... A los líderes japoneses esto les parecía un criterio totalmente razonable; pero había falacias en este concepto de que el almirante Yamamoto había señalado cuando escribió que no sería suficiente 'tomar Guam y las Filipinas, ni siquiera Hawái y San Francisco'."[3] Es evidente el intento de atenuar las contradicciones entre Japón y los Estados Unidos, de "limitar" recíprocamente los fines imperialistas de la lucha de estos países por la hegemonía mundial, de utilizar una interpretación tendenciosa de la historia, para apoyar sobre una base mutua las actuales relaciones norteamericano japonesas.

A L. Morton también pertenece hoy la "última palabra" en la valoración oficiosa de la literatura norteamericana dedicada a la

---

[1] L. Morton: "Japan's Decision for War", en *Command Decisions*, p. 122.
[2] Ibíd., p. 123.
[3] Ibíd., pp. 122, 123.

entrada de los Estados Unidos y Japón en la guerra. En su intervención "Los Estados Unidos y Japón. 1937-1941. Cambiando los patrones de interpretación histórica" [*United States and Japan 1937-1941: Changing Patterns of Historical interpretation*] en una conferencia internacional en Washington,[1] llama la atención sobre las siguientes cuestiones:

En primer lugar, la constatación de que aún no ha culminado la investigación del problema. En segundo, el reconocimiento de la creciente influencia de la historiografía marxista, de la concepción según la cual los Estados Unidos trataron de hacer virar a los japoneses hacia el norte, contra la Unión Soviética. En tercer lugar, la evidencia de la influencia de la escuela de los "nuevos de izquierda", que plantea su propia interpretación de las causas del surgimiento de la guerra entre los Estados Unidos y Japón. En los trabajos de W. Williams —escribe L. Morton— y en muchos trabajos de sus seguidores [como historiadores de esta escuela, sitúa también a L. Gardner, D. Berstein y G. Kolko.—*El autor*], se hace hincapié en los factores económicos y en la interrelación entre los problemas internos de la sociedad industrial y su política exterior. En cuarto, la fundamentación de la necesidad de investigar el papel de los círculos militaristas de los Estados Unidos en los acontecimientos analizados. El papel de los círculos belicistas de Japón —escribe L. Morton— ha sido estudiado a fondo; lo mismo no puede decirse de los círculos militaristas norteamericanos. Según palabras de L. Morton, esto sucede, al parecer, porque en los Estados Unidos el papel de los militares en la formación de la política se considera subordinado.

La parte culminante del análisis de L. Morton deja una sensación contradictoria. Después de enumerar, en detalle, las corrientes y las escuelas y de formular sus concepciones, se aparta de lo principal: de las valoraciones eficaces concretas. ¿Cuál es la concepción más objetiva del origen de la guerra entre los Estados Unidos y Japón? ¿Quién desencadenó la guerra, los Estados Unidos o Japón? El análisis de L. Morton no da una respuesta clara a estas cuestiones cardinales.

Los historiadores de extrema derecha sustentan una concep-

---

[1] L. Morton: *United States and Japan. 1937-1941: Changing Patterns of Historical Interpretation*.Washington, 1971.

ción totalmente contraria. Afirman que los países del "Eje" no representaban un peligro ni para los Estados Unidos, ni para los intereses norteamericanos; que Roosevelt desarrollaba, de manera premeditada, una política calculada para hacer entrar a los Estados Unidos en la guerra, y engañaba al pueblo norteamericano en lo referente a los verdaderos fines de su política, al hacer afirmaciones que hacían parecer que se inclinaba hacia la paz. Roosevelt —aseveran— al propiciar, de manera artificial, que continuara la guerra en Europa, provocaba el choque entre los Estados Unidos y Japón en Asia y, así hizo que los Estados Unidos entraran en la guerra "por la puerta trasera".[1]

Como consideran estos historiadores, la "miopía" y la política "instigadora" de los Estados Unidos crearon una amenaza directa de parte de los países del "Eje". El acto culminante de la política norteamericana que —según sus palabras— obligó a Japón a entrar en la guerra, fue la decisión (adoptada el 26 de julio de 1941) del Gobierno de los Estados Unidos de bloquear los activos japoneses y la nota norteamericana de 26 de noviembre de 1941, denominada por ellos "ultimátum". Al referirse a los aspectos militares del problema, estos historiadores niegan la culpabilidad del Mando de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos por la catástrofe de Pearl Harbor y estiman que la responsabilidad directa es de Marshall, Stark, Stimson y Knox; es decir, los círculos militares dirigentes en Washington, quienes disponían de muchos datos acerca del ataque que se preparaba a Pearl Harbor, pero no adoptaron las contramedidas necesarias con el objetivo de aprovechar este ataque como pretexto para la entrada de los Estados Unidos en la guerra. Al contrario de los historiadores oficiales, llegan a la conclusión de que no fue la situación

[1] El libro de uno de los "revisionistas" activos, C. C. Tansill, se editó bajo el título *La guerra desde la puerta trasera. La política exterior de Roosevelt, 1933-1941* (*Back Door to War. The Roosevelt Foreign Policy,1933-1941.* H. Regnery Co., Chicago, 1952). Este problema se ha analizado igualmente en los libros: Hans Louis Trefousse: *Germany and American Neutrality, 1939-1941.* Octagon Books, New York, 1969; Leonard Baker: *Roosevelt and Pearl Harbor.* MacMillan, New York, 1970; James H. Herzog: *Closing the Open Door: American-Japanese Diplomatic Negotiations, 1936-1941.* Naval Institute Press, Annapolis, 1973; James W. Morley (ed.): *Japan's Foreign Policy, 1868-1941; A Research Guide.* Colombia University Press, New York, 1974; y otros.

creada en el mundo, sino los propios Estados Unidos los que "se arrastraron" a sí mismos a la guerra.

En los libros que interpretan los acontecimientos de 1941 anteriores al comienzo de la guerra en el océano Pacífico, la atención principal se dedica a las negociaciones norteamericano japonesas. Estas negociaciones se efectuaron en Washington desde la primavera de 1941 hasta el mismo ataque a Pearl Harbor. De la misma manera que los historiadores de tendencia "oficial" tratan de fundamentar, por lo general, la posición de los Estados Unidos, los "revisionistas" juzgan a Roosevelt y a Hull y los culpan, directa o indirectamente, de la provocación premeditada de una situación que conducía de manera indefectible a la guerra.

P. Schroeder, profesor de historia en la Universidad del Estado de Illinois, opina que al fracaso de las negociaciones y, en fin de cuentas, a la guerra entre los Estados Unidos y Japón, coadyuvó la evolución de la posición norteamericana respecto al conflicto chino japonés. Según sus palabras, la versión contenida en los trabajos de los historiadores "cortesanos" acerca de que la posición de los Estados Unidos se mantuvo invariable en las conversaciones, fue elaborada por el Departamento de Estado.[1]

En oposición a B. Rauch —quien considera que "Japón, en la primavera y el verano de 1941, no aceptaría ningún arreglo diplomático que no le diera todo lo que podría ganar en el Lejano Oriente mediante la agresión"[2]—, así como a H. Feis —quien comparte ese punto de vista, aunque con algunas reservas[3]—, Schroeder afirma que las posiciones de las partes sufrieron, en el transcurso de las negociaciones, serias variaciones. La esencia de estas variaciones consistía en que "Japón, a las claras, pedía menos, y los Estados Unidos exigían más".[4]

---

[1] Paul Schroeder: "The Axis Alliance and Japanese-American Relations, 1941", en *America and the Origins of World War II, 1933-1941*, pp. 144, 145.

[2] Basil Rauch: *Roosevelt from Munich to Pearl Harbor. A Study in the Creation of a Foreign Policy.* Creative Age Press, New York, 1950, p. 396.

[3] Herbert Feis: *The Road to Pearl Harbor. The Coming of the War Between the United States and Japan.* Princenton University Press, Princenton, 1950, pp. 171, 172.

[4] P. Schroeder: "The Axis Alliance and Japanese-American Relations,

No se citan suficientes evidencias en defensa de este punto de vista. Además, conviene tener en cuenta que, al tratar de desacreditar a F. Roosevelt y a C. Hull —y junto con ellos a los historiadores "cortesanos"— sus adversarios de derecha operan con frecuencia con hechos objetivos. Por ejemplo, al burlarse de la declaración de S. Hornbeck, consejero político de C. Hull, de que "las intenciones de los Estados Unidos en lo relativo al Pacífico Occidental y a Asia Oriental siempre han sido intenciones pacíficas," P. Schroeder escribe no sin sarcasmo: "Mr. Hornbeck tiene el cuidado de señalar que las adquisiciones de Hawái, Guam e, incluso, de las Filipinas, por parte de los Estados Unidos, también son en realidad claras evidencias de una actitud pacífica, liberal."[1] Una crítica de este tipo, aunque construida sobre hechos reales, no debe inducir, sin embargo, a error. Al centrar la atención en la vulnerabilidad de las valoraciones apologéticas de la política militar y exterior de la administración de Roosevelt, los de extrema derecha "construyen" una concepción anti Roosevelt. La "sal" de sus razonamientos se reduce, en fin de cuentas, a la tesis profascista de que la política de los Estados Unidos, antes y durante la guerra, condujo a la aparición de una amenaza mucho más seria a la paz y a la seguridad "en la persona de la Rusia comunista y sus aliados".

Los intentos de los historiadores burgueses por justificar, de alguna manera, la política de pacificación, no pueden ocultar los resultados catastróficos de esta política para todo el mundo. La esclavización de 12 países y la amenaza mortal que se cernía sobre Inglaterra, eran sus consecuencias en Europa a mediados de 1941. También se definió la crisis de la política de pacificación del pirata asiático: el Japón militarista. Las concesiones de los Estados Unidos a los militaristas japoneses para dejarles las manos libres para la guerra contra la Unión Soviética, la ocupación de amplios territorios de Asia por los japoneses: todo esto contribuyó a la creación de las premisas estratégicas para nuevos actos de agresión de Japón.

Así, el análisis y la interpretación que hacen los historiadores burgueses de las causas de la Segunda Guerra Mundial, se

---

1941", en *America and the Origins of World War II, 1933-1941*, p. 148.
[1] Ibíd., p. 146.

caracterizan por la negación de las leyes del desarrollo social, por los intentos de librar al imperialismo —principal culpable de la guerra— de la responsabilidad y denigrar la política de paz de la URSS, la lucha abnegada del País de los Soviets contra la amenaza fascista. En realidad, la historiografía burguesa complica la cuestión del origen de la Segunda Guerra Mundial. Esto se explica, en primer lugar, por posiciones de clase. El valioso material documental existente y que agota en mucho el problema, no se analiza objetivamente. Su interpretación gira en un círculo vicioso de premisas notoriamente limitadas y soluciones predeterminadas, dictadas por la política antisoviética del imperialismo.

En febrero de 1945, cuando presentaba al Parlamento los acuerdos adoptados por los dirigentes de la URSS, los EE.UU. e Inglaterra en la Conferencia de Crimea, el ministro inglés de Relaciones Exteriores A. Eden declaró: "¿Puede alguien dudar de que si hubiéramos tenido, en 1939, la unidad entre Rusia, este país [Gran Bretaña] y los Estados Unidos, que cementamos en Yalta, no habría habido la presente guerra?"[1] ¿Conclusión tardía? De todas maneras, resulta muy instructiva para los dirigentes de Occidente que menosprecian, hoy día, las lecciones de la historia.

[1] *Parlamentary Debates. Fifth Series*, vol. 408, House of Commons, His Majesty's Stationary Office, London, 1945, col. 1514.

CAPÍTULO SEGUNDO

AGRESIÓN Y CATÁSTROFE

El 22 de junio de 1941, la Alemania fascista y sus aliados descargaron sobre la Unión Soviética un golpe inesperado de inmensa fuerza. Para el ataque a la URSS se concentraron 190 divisiones, más de 4 000 tanques, alrededor de 5 000 aviones y más de 200 buques. En las direcciones decisivas del ataque, el agresor tenía múltiple ventaja en fuerzas. La Gran Guerra Patria de la Unión Soviética contra los agresores germano fascistas duró 1 418 días y noches. Como resultado del traidor ataque, los ejércitos del agresor lograron apoderarse temporalmente de la iniciativa estratégica y ocupar una parte considerable del territorio soviético. En una situación excepcionalmente compleja y mortalmente peligrosa para el País de los Soviets, para la libertad y la democracia del mundo entero, el pueblo soviético y sus Fuerzas Armadas fueron capaces de superar los penosos fracasos del período inicial de la guerra y en una cruenta lucha hacer variar el curso de los acontecimientos.

La lucha armada es el rasgo fundamental de la guerra, su especificidad como fenómeno social particular. En la Segunda Guerra Mundial, el largo y difícil camino hacia la victoria sobre los agresores transcurría, ante todo, por la lucha armada en el frente soviético alemán. En los Estados Unidos e Inglaterra, la denominan con frecuencia la "guerra desconocida"; en la RFA, la "guerra no olvidada" o "guerra del Este".

La falsificación del aporte decisivo de la URSS a la derrota de los agresores fascistas, es una tendencia fundamental en la actividad de muchos historiadores occidentales. Al ser en una tendencia antisoviética, esta falsificación sirve, al mismo tiempo, como un medio para fundamentar el mito del papel "dominante" de los Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial.

Moscú, Stalingrado, Kursk

La guerra impuesta a la Unión Soviética por el fascismo alemán fue una de las mayores intervenciones de las fuerzas de

choque del imperialismo mundial contra el socialismo, una de las pruebas más duras sufridas por el País de los Soviets en momento alguno de su historia. En esa guerra se decidía el destino de la URSS, el futuro de la civilización mundial, el progreso y la democracia.

El plan de la guerra contra la URSS y sus fines. En ningún otro frente de la Segunda Guerra Mundial (norafricano, italiano, europeo occidental, norteamericano japonés) se ejecutaron acciones militares tan prolongadas, continuas y tensas como en el soviético alemán. Precisamente en él, durante todo el transcurso de la guerra, actuó, como promedio, el 70 % de las divisiones de la Alemania fascista. Podría decirse que tres de cada cuatro soldados de la Wehrmacht hitleriana como promedio combatieron en el Este, y sólo uno lo hizo en Occidente. En el frente soviético alemán fueron aniquiladas, derrotadas o hechas prisioneras 507 divisiones germano fascistas. Las tropas soviéticas también destruyeron una gran parte de los medios de combate del adversario: 167 000 cañones, 48 000 tanques y piezas de asalto, y 77 000 aviones. En el frente soviético alemán, los aliados de la Alemania fascista perdieron no menos de 100 divisiones. Los ejércitos de los Estados Unidos, Inglaterra y los otros participantes de la coalición antifascista, pusieron fuera de combate 176 divisiones; menos de 1/3 de todas las divisiones derrotadas de la Alemania fascista y sus aliados. En el frente soviético alemán, las pérdidas de Alemania en hombres sobrepasaron el 73 % de las sufridas por ella durante la Segunda Guerra Mundial. Ahí, la estrategia de la Alemania hitleriana sufrió una total bancarrota y su maquinaria bélica fue destruida.

La historia no conoce crímenes más monstruosos que los cometidos por los hitlerianos en el territorio de la URSS. Las hordas fascistas convirtieron en ruinas decenas de miles de ciudades y aldeas soviéticas. Mataban y torturaban a los ciudadanos soviéticos sin compadecerse de mujeres, niños, ni ancianos. La crueldad manifestada por los agresores hacia la población de los países ocupados, fue superada con creces en el territorio soviético. Todos estos crímenes están descritos, con autenticidad documental, en las actas publicadas por la Comisión Estatal Extraordinaria para la Investigación de los Crímenes de los Agresores Germano Fascistas y sus Cómplices y han sido puestos en cono-

cimiento del mundo entero.

Como resultado de la invasión fascista, el País de los Soviets perdió más de 20 millones de personas, entre asesinados y muertos en combate; y alrededor del 30 % de la riqueza nacional.

¿Dónde radican las causas de las inmensas dimensiones de la lucha desatada, de la crueldad y la ferocidad sin límites de los agresores fascistas? Para responder a esta interrogante es necesario, ante todo, tener en cuenta que la guerra de la Alemania fascista y sus aliados contra la URSS tenía un carácter especial. Para el imperialismo alemán, el País de los Soviets era el principal obstáculo en el camino hacia la instauración de la hegemonía mundial. Además, el fascismo alemán, al actuar en el papel de puño de choque de la reacción internacional, en la guerra contra la URSS no sólo trató de apoderarse del territorio del Estado soviético, sino también de destruir su régimen estatal y social; es decir, perseguía fines clasistas. En esto consiste la diferencia radical entre la guerra de la Alemania fascista contra la URSS y sus guerras contra los países capitalistas. El odio de clase hacia el país del socialismo, las aspiraciones de conquista y la esencia feroz del fascismo, se fusionaron en la política, la estrategia y los métodos de conducción de la guerra.

De acuerdo con los planes de la camarilla fascista, la Unión Soviética debía ser dividida y liquidada. Se tenía planeado crear en su territorio cuatro comisariados del Reich o provincias alemanas. Moscú, Leningrado, Kíev y otras ciudades debían ser voladas, quemadas y borradas por completo de la faz de la Tierra. "Esta es una guerra de exterminio. En el Este, la crueldad hoy significa el bien en el futuro", declaró el Führer en una reunión de su generalato el 30 de marzo de 1941.[1] La dirección nazi no sólo exigía el exterminio implacable de los combatientes del Ejército Soviético, sino también de la población civil de la URSS. Las esperanzas se fundaban en aniquilar a la mayoría de los soviéticos, portadores de la ideología marxista leninista. A los soldados y los oficiales de la Wehrmacht les entregaban un recordatorio que decía: "Mata a todo ruso, a todo soviético; no te detengas si ante ti se encuentra un anciano o una mujer, una niña

[1] *Historia de la Segunda Guerra Mundial de 1939-1945*, t. 3, pp. 227, 228.

o un niño; mata, con esto te salvarás de la muerte, garantizarás el futuro de tu familia y adquirirás gloria eterna."

La planificación de la agresión alemana contra la Unión Soviética comenzó mucho antes de la guerra, ya a mediados de la década del 30. La guerra iniciada contra Polonia y, más tarde, las campañas en el norte y el oeste de Europa dirigieron temporalmente el pensamiento del Estado Mayor alemán hacia otros problemas; pero incluso en ese tiempo la preparación de la guerra contra la URSS no escapaba del campo visual de los hitlerianos. Se activó bruscamente después de la derrota de Francia, cuando —según opinión de los dirigentes fascistas— estaba garantizada la retaguardia de la futura guerra y Alemania contaba con suficientes recursos para realizar la contienda.

En 18 de diciembre de 1940, Hitler firmó la directiva N° 21 bajo la denominación convencional de plan "Barbarroja" [*Barbarossa*], la cual contenía la idea general y las indicaciones iniciales para la conducción de la guerra contra la URSS.

El fundamento estratégico del plan "Barbarroja" era la teoría de la "guerra relámpago". El plan tenía previsto derrotar a la Unión Soviética en el curso de una campaña rápida (de 8 a 10 semanas), antes de finalizar la guerra contra Inglaterra. Leningrado, Moscú, la zona industrial central y la cuenca del Donets se consideraban los principales objetivos estratégicos. La toma de Moscú ocupaba un lugar especial. Se presuponía que cuando se hubiera alcanzado ese objetivo se habría ganado la guerra.

Para efectuar la guerra fue creada una agresiva coalición militar sobre la base de un pacto tripartito concertado en 1940 entre Alemania, Italia y Japón. Alemania incorporó a Rumanía, Finlandia y Hungría como participantes activos en la agresión contra la URSS. Los círculos gubernamentales reaccionarios de Bulgaria, así como los de los Estados títeres de Eslovaquia y Croacia, prestaban ayuda a los hitlerianos. Con la Alemania fascista colaboraban España, la Francia de Vichy, Portugal y Turquía. En septiembre de 1941, el régimen fascista de Franco envió al frente soviético alemán la llamada "división azul". Esa unidad participó en el bloqueo de Leningrado, fue derrotada por las tropas soviéticas y sus restos regresaron a España en 1943. Así pues, los mercenarios españoles de Hitler cargan con la responsabilidad dire-

cta de la muerte, los dolores y los sufrimientos causados a la población pacífica de Leningrado entre 1941 y 1943. (Para más detalles véase S. P. Pozhárskaya. *La diplomacia secreta de Madrid.* Moscú, 1971, p. 108 y siguientes.) Los hitlerianos emplearon intensamente los recursos económicos y humanos de las naciones europeas conquistadas y ocupadas: Austria, Checoslovaquia, Polonia, Dinamarca, Noruega, Luxemburgo, Holanda, Bélgica, Francia, Yugoslavia y Grecia. En esencia, a los intereses de Alemania también se subordinaba la economía de los países neutrales de Europa. Por consiguiente, para la realización del plan "Barbarroja", la Alemania fascista dispuso en realidad de los recursos de casi todos los Estados europeos: tanto de sus aliados directos como de las naciones ocupadas, dependientes y neutrales, cuya población sobrepasaba los 300 millones de habitantes.[1]

Los dirigentes hitlerianos estaban tan seguros del éxito del plan "Barbarroja", que casi desde la primavera de 1941 comenzaron a elaborar, en detalle, las futuras ideas para la conquista de la hegemonía mundial. En trenes especiales que servían de estados mayores móviles (denominados "Asia" y "América"), los estrategas de la Wehrmacht trazaban las direcciones de los golpes de los ejércitos fascistas que circundaban todo el planeta. En el diario de trabajo del Alto Mando de las fuerzas armadas germano fascistas (OKW) se expresa, el 17 de febrero de 1941, la exigencia de Hitler de que "después de finalizar la campaña del Este es necesario prever la conquista de Afganistán y la organización del ataque a la India". A partir de esas indicaciones, el Estado Mayor de la OKW comenzó a planear las operaciones de la Wehrmacht para el futuro. Se planteaba realizar estas operaciones avanzado el otoño de 1941 y en el invierno de 1941 a 1942. Su concepción se explicó en el proyecto de directiva N° 32 "Preparación para el período posterior a la realización del plan 'Barbarroja'," enviado el 11 de junio de 1941 a las tropas terrestres, a la Fuerza Aérea y a la Marina de Guerra.

El proyecto estipulaba que después de aniquilar a las Fuerzas Armadas Soviéticas, la Wehrmacht tenía por delante apoderarse de los dominios coloniales ingleses y de algunos países indepen-

[1] Ibíd., p. 255.

dientes del Mediterráneo, África, el Cercano y el Lejano Oriente; la irrupción en las islas británicas; y el desarrollo de acciones militares contra América. Los estrategas hitlerianos calculaban pasar, ya en el otoño de 1941, a la conquista de Irán, Iraq, Egipto, la zona del Canal de Suez y, más tarde, de la India, donde planeaban unirse a las tropas japonesas. Los dirigentes germano fascistas confiaban —después de anexar España y Portugal a Alemania— en conquistar rápidamente Gibraltar, cortarle a Inglaterra sus fuentes de materias primas y realizar el sitio de las islas británicas.

La elaboración del proyecto de la directiva N° 32 y de otros documentos evidencia que, después de la derrota de la URSS y de la solución del "problema inglés", los hitlerianos —aliados con Japón— pretendían apoderarse del continente americano. Se proponían irrumpir en Canadá y los Estados Unidos de América desembarcando grandes cantidades de tropas navales por la costa oriental de América del Norte desde bases en Groenlandia, Islandia, las islas Azores y Brasil, y por la occidental, desde bases en las islas Aleutianas y las islas Hawái. Una amenaza mortal pendía sobre toda la humanidad. Los agresores consideraban que la campaña "relámpago" contra la URSS les daría posiciones claves para esclavizar al mundo.

Los estrategas alemanes vaticinaban que la Unión Soviética sufriría una derrota inmediata. El coronel hitleriano G. Blumentritt escribió en su informe, preparado para la reunión de los máximos jefes de las tropas terrestres, el 9 de mayo de 1941: "La historia de todas las guerras con participación de los rusos nos muestra que el ruso como combatiente es firme, insensible a las inclemencias del tiempo, se conforma con muy poco, no da importancia a las pérdidas ni al derramamiento de sangre. Por esto, todos nuestros combates desde la época de Federico el Grande hasta la guerra mundial han sido sangrientos. No obstante todas esas particularidades de las tropas, el Imperio Ruso nunca ha vencido. Hoy día, la relación numérica es mucho más ventajosa para nosotros. Nuestras tropas superan en dirección táctica, preparación combativa y armamento a los rusos... En los primeros 8 a 14 días puede ser que haya fuertes combates, pero después, como hasta ahora, los éxitos no se harán esperar y también aquí

vamos a vencer."[1] Dejemos a la conciencia del derrotado coronel la ignorancia de la historia militar. (Refirámonos, al menos, sólo a la derrota, ante las tropas rusas en la batalla de Kunersdorf, en 1759, del ejército de Federico, cuyo sombrero, perdido al huir del campo de batalla, se expone, incluso en la actualidad, en uno de los museos de Leningrado.)

El aventurerismo era uno de los rasgos característicos de la planificación militar de la Alemania hitleriana; pero, al mismo tiempo, muchas personalidades políticas y militares de Occidente también subestimaron las fuerzas de la URSS y sobrestimaron las posibilidades de Alemania. Cuando los dirigentes hitlerianos lanzaron sus tropas contra la Unión Soviética, pronosticaron un rápido éxito de la Wehrmacht, que había derrotado a la coalición anglo francesa. En Inglaterra predominaba la opinión de que los alemanes se apoderarían de Rusia en un plazo de seis semanas a tres meses. El 23 de junio de 1941, el ministro de Guerra de los Estados Unidos, H. L. Stimson, escribía a Roosevelt que Alemania necesitaría, a lo sumo, tres meses para vencer a la Unión Soviética.

El pueblo soviético y sus Fuerzas Armadas refutaron estos pronósticos. En cruentos y encarnizados combates lograron el viraje de la guerra, rechazaron y destruyeron al enemigo, y echaron por tierra los planes fascistas de esclavizar a la humanidad.

La posición de los autores reaccionarios que interpretan la lucha armada en el frente soviético alemán, tiene como objetivo rebajar la importancia de ésta en el desarrollo y el desenlace de la Segunda Guerra Mundial; presentar bajo una luz falsa la política, la estrategia y el arte militar soviéticos. Esto se refiere, ante todo, a las batallas de Moscú, Stalingrado y Kursk, de importancia decisiva en el logro del viraje radical de la guerra.

La batalla de Moscú. El verano y el otoño de 1941 resultaron particularmente difíciles para el pueblo soviético. Las tres Agrupaciones de Ejércitos germano fascistas —"Norte", "Centro" y "Sur"— habían penetrado profundamente en el territorio de la URSS. Habían bloqueado Leningrado, llegado hasta el subártico soviético, y creado una amenaza directa a Moscú, la cuenca del

---

[1] K. Reinchardt: *Die Wende vor Moskau...*, p. 21.

Don y Crimea.

En el transcurso de la defensa estratégica, las tropas soviéticas rechazaban con firmeza el empuje del adversario y, a su vez, asestaban potentes contragolpes. Si en las primeras tres semanas de la guerra las tropas alemanas avanzaban como promedio de 20 a 30 km por día, ya a mediados de julio, este ritmo disminuyó hasta ser de 3,5 s 8 km y, después, resultó aún más lento. En septiembre, el enemigo fue detenido a las puertas de Leningrado, y a fines de noviembre, ante Rostov. En encarnizados combates, defendiendo cada palmo de terreno, las tropas soviéticas manifestaron una firmeza y un valor sin precedentes, un heroísmo masivo y espíritu de sacrificio. La tenaz defensa de Brest y de Kíev, de Odesa y Sebastopol, de Smolensk y Tula, predecían el fracaso del plan de la guerra relámpago contra la URSS. De junio a noviembre de 1941, las pérdidas del adversario ascendieron —sólo en tropas terrestres— a 758 000 hombres, y las de aviación, a más de 5 000 aparatos.

En el otoño de 1941, las acciones combativas alcanzaron su máxima tensión en la dirección de Moscú.

La batalla de Moscú (que duró del 30 de septiembre de 1941 al 20 de abril de 1942) entró para siempre en la historia como el inicio del viraje radical en la lucha contra la invasión fascista.

Por ambas partes, en la batalla intervinieron más de 2,8 millones de hombres, hasta 2 000 tanques, más de 1 500 aviones, 21 000 cañones y morteros.[1] Al precio de inmensas pérdidas, las unidades avanzadas de la Agrupación de Ejércitos "Centro" llegaron hasta los accesos de la capital soviética a fines de noviembre de 1941; pero no pudieron seguir avanzando: ahí fueron detenidas y derrotadas.

En el transcurso de la contraofensiva, iniciada el 5 de diciembre, las tropas soviéticas asestaron un golpe demoledor a la Agrupación de Ejércitos "Centro". 38 divisiones hitlerianas sufrieron una seria derrota. Las grandes unidades blindadas enemigas, consideradas decisivas en la ocupación de la capital soviética, sufrieron pérdidas particularmente duras.

---

[1] *Historia de la Segunda Guerra Mundial de 1939-1945*, t. 4, p. 283, 284.

Hacia fines de abril de 1942, las bajas en combate de las tropas terrestres de la Wehrmaoht sobrepasaban el número de 1,5 millones de hombres,[1] de los cuales 716 000 correspondían a las fuerzas de la Agrupación de Ejércitos "Centro". Esta cifra sobrepasaba en más de cinco veces todas las bajas de los hitlerianos en Polonia, en el noroeste y el oeste de Europa y en los Balcanes. En ese tiempo, la Wehrmacht hitleriana había perdido más de 4 000 tanques y cañones de asalto y más de 7 000 aviones. El mando hitleriano se vio obligado a trasladar al Este 60 divisiones y 21 brigadas. Las tropas soviéticas liberaron de los agresores más de 11 000 poblaciones, entre ellas las grandes ciudades de Kalinin y Kaluga. El enemigo fue rechazado de 100 a 250 km de Moscú.

La derrota infligida por el Ejército Rojo a la agrupación selecta de las tropas germano fascistas, destruyó el mito de la invencibilidad de la Wehrmacht y fue la señal del total fracaso de los planes hitlerianos de la guerra relámpago contra la URSS. La victoria de Moscú demostró que la guerra, a pesar de su comienzo desafortunado para las tropas soviéticas, sería ganada inevitablemente por la Unión Soviética.

Los medios sociales progresistas, las personas amantes de la paz de todos los continentes, saludaron de manera solemne la victoria del Ejército Soviético en la batalla de Moscú. El mundo se convenció de la solidez del Estado socialista soviético y de la alta capacidad combativa de sus Fuerzas Armadas. Los pueblos de los países ocupados por el enemigo vieron en la Unión Soviética la fuerza real capaz de salvar al mundo de la esclavitud fascista. R. Battaglia, personalidad progresista de Italia, señalaba que "el primer éxito militar soviético selló un largo período de incertidumbre y desorientación".[2] F. Grenier, miembro del CC del Partido Comunista Francés, recordaba que, en la noche de Año Nuevo de 1942, él y sus camaradas lograron captar una trasmisión desde Moscú. "Ese mensaje [el de Kalinin] respiraba confianza, fuerza... Cuando al final de la emisión sonó el carillón del Kremlin, Andrea y yo teníamos los ojos llenos de lágrimas... Entonces, Moscú era en verdad la esperanza, el corazón del

---

[1] Ibídem. *Pravda*, 28 de octubre de 1981.
[2] Roberto Battaglia: *Storia della Resistenza italiana 8 settembre 1943-25 aprile 1945.* Giulio Einaudi Editore, Torino, 1953, p. 47.

mundo".[1] La victoria de Moscú coadyuvó a la cohesión de la coalición antihitleriana, a la creación de las condiciones para un incremento sistemático de su capacidad militar.

Como evidencia de la colosal resonancia social provocada por la victoria de Moscú, pueden servirnos las valoraciones que entonces hicieron de ella personalidades estatales y militares de diferentes países.

El 15 de febrero de 1942, W. Churchill dijo por radio: "En aquellos días, Alemania parecía estar haciendo pedazos los ejércitos rusos y avanzar con creciente impulso hacia Leningrado, hacia Moscú, hacia Rostov... ¿Cómo están las cosas ahora?... Avanzan victoriosamente... Más que eso: por primera vez, han roto la leyenda de Hitler. En lugar de victorias fáciles los alemanes hasta ahora sólo han encontrado en Rusia desastre, fracaso, la vergüenza de inenarrables crímenes, la matanza o la pérdida de enormes cantidades de soldados alemanes."[2]

El presidente de los Estados Unidos, F. D. Roosevelt, en un mensaje enviado a J. V. Stalin, recibido el 16 de diciembre de 1941; escribía: "Deseo informarle una vez más acerca del genuino entusiasmo existente en los Estados Unidos por el triunfo de sus ejércitos en la defensa de su gran nación."[3]

La alocución del general De Gaulle por la radio de Londres del 20 de enero de 1942 fue clarividente: "El pueblo francés ha saludado con entusiasmo —dijo— los éxitos y el crecimiento de las fuerzas del pueblo ruso... De repente, la liberación y la venganza se convierten para Francia en dulces probabilidades..., dan a Francia la oportunidad de recuperarse y de vencer... Para desgracia general, la alianza franco rusa, en varios siglos, fue obstruida o impedida por la intriga o la incomprensión. Ahora es una

---

[1] Fernand Grenier: *C'Etait ainsi..., 1940-1945.* Editions Sociales, París, 1970, pp. 97, 98.

[2] W. S. Churchill: *His Complete Speeches, 1897-1963*, vol. VI (1935-1942), Chelsea House Publishers en asociación con R. R. Bowker Company, New York y London, 1974, pp. 6583-6584.

[3] *Correspondence between the Chairman of the Counsil of Ministers of the USSR and President of the USA and the Prime Minister of Great Britain during the Great Patriotic War of 1941-1945*, vol. 2, Foreign Languages Publishing House, Moscú, 1957, p. 18.

necesidad que se ve aparecer en cada viraje de la historia."[1]

En varias alocuciones se apreciaron en su justo valor el heroísmo sin igual y la firmeza de los combatientes soviéticos, de todo el pueblo soviético, y el destacado arte de los jefes militares soviéticos. El general D. MacArthur, quien mandaba las tropas norteamericanas en el océano Pacífico, escribió en febrero de 1942: "Durante toda mi vida he participado en varias guerras y he presenciado otras, así como he estudiado muy en detalle las campañas de destacados líderes del pasado. En ninguna he observado una resistencia tan eficaz a los golpes más pesados de un enemigo invicto hasta entonces, seguida por un aplastante contraataque que está rechazando al enemigo hasta su propia tierra. La escala y la grandeza del esfuerzo hacen que sea el mayor logro militar de toda la historia."[2]

La batalla de Moscú atrae de manera significativa la atención de los historiadores burgueses; aún más, en los últimos años ha aumentado el interés hacia ese tema. Señalaremos, ante todo, algunos elementos objetivos en la valoración de la batalla de Moscú.

El profesor norteamericano A. W. Turney señala que la firmeza y el valor de las tropas soviéticas hicieron fracasar los planes alemanes, cuidadosamente elaborados antes de la guerra y calculados para el éxito de una ruptura relámpago hacia Moscú. Turney subraya el particular tesón y la audacia en las acciones de las tropas soviéticas en la dirección de Moscú, a partir de la segunda década de octubre de 1941. "La ferocidad con que combatían los rusos, incluso cuando se hallaban desesperadamente cercados, causaba sorpresa, hasta consternación, en el Alto Mando de las Fuerzas Armadas alemanas", señala Turney.[3]

La mayoría de los historiadores occidentales no puede ignorar por completo un acontecimiento como la derrota de las tropas

---

[1] Charles de Gaulle: *Mémoirs de guerre*, vol. 1, 1940-1942, Librairie Plon, París, 1954, pp. 546, 547.
[2] Frederíck L. Schuman: *Soviet Politics at Home and Abroad*, Alfred A. Knopf, Inc., New York, 1946, pp. 432, 433.
[3] Alfred W. Turney: *Disaster at Moscow: Von Bock's Compaigns 1941-1942*. University of New Mexico Press, Alburquerque, 1970, p. 54.

germano fascistas en los alrededores de Moscú; pero en sus obras este acontecimiento histórico mundial se pierde con frecuencia como una aguja en un pajar. En estos casos, los autores burgueses centran, por lo general, la atención en los planes del mando hitleriano, en las propuestas de los generales fascistas a las instancias superiores, en las operaciones y los combates de las tropas alemanas, y mantienen en la sombra las acciones del Ejército Soviético.

Muchos afirman que, entre 1941 y 1942, las acciones de los aliados en África del Norte y en los teatros navales, tuvieron mayor importancia para el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial que la batalla de Moscú y, en general, que la lucha armada en el frente soviético alemán. Al interpretar los acontecimientos del invierno de 1941 a 1942, la historiografía burguesa subraya, de todas las maneras posibles, el hecho de la entrada de los Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial. El ataque a las bases norteamericanas en el océano Pacífico, asegura H. Wallin, "introdujo todo el potencial de los Estados Unidos en la guerra europea".[1] Después de Pearl Harbor, constata T. Higgins, Hitler empezó a vacilar.[2] Con la ayuda de semejantes afirmaciones se intenta rebajar los esfuerzos heroicos del pueblo soviético para rechazar la invasión fascista en 1941 y la importancia de la victoria del Ejército Soviético en los accesos de Moscú, así como justificar la estrategia de los dirigentes anglo norteamericanos, quienes todavía entonces consideraban inevitable la derrota de la URSS y confiaban, sin fundamento, en poner de rodillas a Alemania mediante los bombardeos, el bloqueo económico y acciones ofensivas limitadas.[3]

La entrada de los Estados Unidos en la guerra tuvo, claro está, un gran significado; sin embargo, fue el Ejército Rojo —con su tenaz defensa y, después, con la contraofensiva que comenzó a desplegar en el invierno de 1941 a 1942— el que echó por tierra los planes de los hitlerianos y sentó las bases para el viraje radical en el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial. A partir de

---

[1] H. Wallin: *Pearl Harbor*. Naval History Division, Washington, 1968, p. 3.

[2] Trumbull Higgins: *Hitler and Russia.* The MacMillan Company, New York, 1966, p. 193.

[3] *American Military History*, pp. 425, 426.

junio de 1941, el peso fundamental de la guerra lo soportó la Unión Soviética. Contra ella estaba concentrada la inmensa mayoría de las tropas de la Alemania fascista, fuerza fundamental del bloque de Estados agresores.

Por lo general, los autores occidentales reducen las causas del fracaso de los planes hitlerianos de la "guerra relámpago" contra la URSS y de la derrota de las tropas germano fascistas en los alrededores de Moscú en el invierno de 1941 a 1942: en primer lugar, a los errores de Hitler en lo político y lo militar; en segundo, a las condiciones climáticas desfavorables y los grandes espacios de la URSS, y en tercer lugar, a la ayuda que recibió la Unión Soviética de sus aliados. La maestría militar y el heroísmo del Ejército Soviético y los abnegados esfuerzos de todo el pueblo soviético para organizar el rechazo al enemigo, "se escapan" del campo visual de la historiografía burguesa.

La tesis de la responsabilidad personal de Hitler por la derrota en los alrededores de Moscú, es la más difundida. Se planteó por ex generales fascistas que en los años de la guerra, como súbditos fieles, servían al Führer y se admiraban de su "genio". Después de ellos, se apoderaron de esta tesis muchos historiadores occidentales, entre quienes se cuenta A. Turney. "Al haber tomado la estratégica decisión de atacar y destruir la Unión Soviética —escribe Turney—, Hitler procedió entonces a cometer una serie de errores fatales en su realización."[1]

De hecho, estos historiadores callan que todo el plan de la guerra contra la URSS tenía un carácter aventurero. Partía de la opinión notoriamente preconcebida de que el Estado soviético era "un coloso con pies de barro". Sin embargo, como lo confirmó la experiencia de toda la guerra, los cabecillas fascistas subestimaron la solidez del régimen estatal y social de la URSS, la potencia de sus Fuerzas Armadas.

A. Turney afirma que el "error fatal" de Hitler consistió en que "detuvo el precipitado avance hacia Moscú y dirigió las fuerzas alemanas a cercar y destruir inmensas concentraciones de fuerzas rusas en Ucrania".[2] T. Dupuy le hace coro: "Lo más

---

[1] A. W. Turney: *Disaster at Moscow: Von Bock's Compaigns 1941-1942*, p. XIII.
[2] Ibíd., p. XIV.

crucial de todo —escribe— fue su rechazo de concentrar sus fuerzas sobre Moscú en el verano de 1941."[1]

Estos autores callan premeditadamente la circunstancia de que el Ejército Rojo, que extenuó las fuerzas del enemigo y las puso bajo la amenaza de ser cercadas y destruidas, hizo fracasar los planes estratégicos de la Wehrmacht. El Mariscal de la Unión Soviética G. Zhúkov señaló con justeza que la situación de la agrupación central de los alemanes habría podido ser aún peor, si no hubieran renunciado temporalmente a atacar Moscú y no se hubiera desviado una parte de las fuerzas hacia Ucrania. "Pues las reservas del Cuartel General —escribe Zhúkov—, enviadas en septiembre a cubrir las brechas operativas en la dirección suroccidental y en noviembre a defender los accesos inmediatos a Moscú, habrían podido utilizarse para golpear el flanco y la retaguardia de la Agrupación de Ejércitos 'Centro', cuando ésta atacaba Moscú."[2]

De la misma manera que los errores políticos y militares de Hitler condicionaron, según muchos historiadores occidentales, el fracaso de la estrategia fascista en la batalla de Moscú, el desafortunado desenlace de los combates y las operaciones se vincula, invariablemente, a "la influencia negativa del clima ruso" sobre las operaciones de las tropas germano fascistas. "Las fuerzas alemanas no pudieron superar los obstáculos de la naturaleza, la alteración de su sistema de suministros y la obstinada resistencia de los defensores rusos", escribe A. W. Turney.[3] L. Cooper afirma que "el lodo sin fondo en los caminos" se convirtió en el obstáculo más importante para el avance de las tropas germano fascistas.[4] En casi todas las publicaciones occidentales dirigidas a las amplias masas, es posible ver fotografías de tanques y automóviles alemanes atascados en el lodo, con pies de figuras que rezan más o menos así: "El invierno ruso hizo más lenta la ofen-

---

[1] Trevor Dupuy: *The Military Life of Adolf Hitler.* F. Watts, New York, 1970, p. 98.
[2] G. K. Zhúkov: *Memorias y meditaciones.* Moscú, 1978, t. 2, p. 33 (en ruso).
[3] A. W. Turney: *Disaster at Moscow: Von Bock's Compaigns 1941-1942*, p. XV.
[4] Leonard Cooper: *Many Roads to Moscow. Three Historic Invasions.* Hamish Hamilton, London, 1968, pp. 215, 216.

siva nazi; las lluvias convirtieron los caminos en corrientes de lodo. Los hombres, los caballos y las máquinas se atascaban con rapidez en él, y la *Blitzkrieg* alemana fue detenida."

La propaganda fascista fue la primera en echar a andar esa versión. Ya en diciembre de 1941, el Alto Mando alemán hizo una declaración en la cual afirmaba que las "condiciones invernales" habían obligado a los alemanes a pasar "de la guerra de maniobras a la guerra posicional" y a acortar la línea del frente. En la directiva N° 39 de la OKW del 8 de diciembre de 1941; se decía: "El crudo invierno que acaba de presentarse sorpresivamente temprano en el Este y, con él, las dificultades con los abastecimientos que se han confrontado, como consecuencia, nos obliga a una suspensión inmediata de todas las grandes operaciones ofensivas y, con ello, al paso a la defensa."[1] Los historiadores burgueses retomaron estos argumentos después de la guerra. Casi ninguno prescinde de señalar el papel "fatal" del "lodo", de las "heladas", de los "malos caminos" y de los "enormes espacios de Rusia", para explicar las causas de las derrotas de los ejércitos hitlerianos en los campos de los alrededores de Moscú.

Según la opinión de los historiadores germanoccidentales y norteamericanos, fue el "General Invierno ruso" el que asestó el "golpe definitivo" a las tropas fascistas en los accesos a Moscú. Los autores de la *Encyclopedia Americana* consideran que "si el frío no hubiera llegado, posiblemente, los ejércitos alemanes se habrían abierto paso combatiendo a través de la masa de hombres" hacia su objetivo fundamental: Moscú.[2]

En la literatura histórica soviética se ha mostrado, en más de una ocasión, la inconsistencia de las afirmaciones de los autores burgueses que plantean que las condiciones climáticas fueron la causa principal de la derrota del ejército germano fascista en los alrededores de Moscú. Es imprescindible subrayar que el lodo en el otoño de 1941 duró relativamente poco tiempo. A principios

---

[1] *Hitlers Weisungen für die Kriegsführung 1939-1945. Dokumente der Oberkommandos der Wehrmacht.* Bernard&Graefe Verlag für Wehrwesen, Francfort del Meno, 1962, p. 171.
[2] *The Encyclopedia Americana*, vol. 29, p. 427; Wolfgang Paul: *Erfrorener Sieg. Die Schlacht um Moskau 1941/42.* Bechte Verlag, Múnich, 1975.

de noviembre comenzó a hacer frío. En los alrededores de Moscú, la temperatura media se mantuvo entre 6 y 14 °C entre noviembre y diciembre.[1] Sin dudas, los historiadores occidentales dedicados a estudiar la batalla de Moscú conocen la anotación del jefe del Estado Mayor General de la Wehrmacht, F. Halder, hecha en agosto de 1941: "En toda la situación se destaca, cada vez con mayor claridad, que hemos subestimado al coloso Rusia (...) Esta conclusión se refiere tanto a los aspectos organizativos como a los económicos; también incluye el tráfico y el transporte; pero, sobre todo, la capacidad de rendimiento puramente militar."[2] Sin embargo, este tipo de conclusiones —que descubren las verdaderas causas del fracaso de la ofensiva alemana contra Moscú—no aparecen en la inmensa mayoría de los autores occidentales.

"¡No!—escribió el Mariscal de la Unión Soviética G. Zhúkov—. No fueron la lluvia ni la nieve los que detuvieron a las tropas fascistas en los alrededores de Moscú. Una agrupación de más de un millón de tropas hitlerianas selectas se estrelló contra la férrea firmeza, el valor y el heroísmo de las tropas soviéticas; tras sus espaldas estaba su pueblo, su capital, su Patria."[3]

Algunos historiadores occidentales, al explicar las causas del fracaso de los planes hitlerianos de la "guerra relámpago" contra la URSS, exageran la importancia del apoyo anglo norteamericano a la Unión Soviética en ese período. En una de las investigaciones acerca del frente soviético alemán realizada por el servicio de historia militar de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos, se dice que el apoyo de los aliados occidentales en 1941 "garantizó a las fuerzas militares soviéticas la capacidad de continuar su resistencia" y que "sin el apoyo de los aliados, la economía soviética habría sido incapaz de suministrar el material adecuado para sostener a las fuerzas soviéticas en el campo de batalla".[4] S. Welles es mucho más categórico; según su opinión, las armas y

[1] *Pravda*, 28 de octubre de 1981; Wolfgang Paul: *Erfrorener Sieg. Die Schlacht um Moskau 1941/42.*
[2] F. Halder: *Kriegstagebuch*, t. III, p. 170.
[3] G. K. Zhúkov: *Memorias y meditaciones,* t. 2, p. 33.
[4] Walter Schwabedissen: *The Russian Air Force in the Eyes of German Commanders (USAF Historical Studies, N°175).* Amo Press Inc., New York, 1968, p. 159.

los aviones norteamericanos "ayudaron, en gran medida, a hacer posible la victoria de Moscú".[1]

Con relación a esto recordemos que en 1941 los suministros de los aliados fueron en extremo limitados. Inglaterra y los Estados Unidos suministraron a la URSS 750 aviones, 501 tanques y algún otro armamento. Esta ayuda tampoco podía tener una importancia decisiva porque los equipos llegaban a los puertos soviéticos incompletos y averiados. El 8 de noviembre de 1941, J. V. Stalin escribió lo siguiente a W. Churchill: "Los tanques, los cañones y los aviones son mal empacados, algunas partes de los cañones vienen en diferentes barcos y los aviones están tan mal embalados que los recibimos dañados."[2]

Según consideran los historiadores ingleses J. R. M. Butler y J. M. A. Gwyer, Inglaterra y los Estados Unidos no deseaban "ver un valioso material de guerra, que podría ponerse en uso inmediato en otra parte, perdido en el caos de un frente ruso que se desplomaba".[3] Los aliados aguardaban, no creían en la posibilidad de que la Unión Soviética resistiera y venciera.

En contra de esas dudas, gracias a una gran tensión de las fuerzas y al precio de muchas víctimas, se detuvo el ulterior desplazamiento del enemigo y su agrupación principal fue destruida y rechazada desde Moscú hacia el oeste.

La batalla de Stalingrado. La victoria de las tropas soviéticas en Stalingrado constituyó un acontecimiento especial de la Segunda Guerra Mundial. La batalla en el Volga —brillante por su concepción y realización, grandiosa por su magnitud y decisiva por sus consecuencias político militares— no sólo entró como una página de gloría imperecedera en los anales de la Gran Guerra Patria de la Unión Soviética contra la Alemania fascista, sino también en la historia mundial. En su discurso, al develar solem-

---

[1] Summer Welles: "Two Roosevelt Decisions: One Debit, One Credit", en *Foreign Affairs,* enero de 1951, N°2, p. 193.
[2] *Correspondence between the Chairman of the Counsil of Ministers of the USSR and Presidents of the USA and the Prime Minister of Great Britain during the Great Patriotic War of 1941-1945*, vol. 1, p. 34.
[3] J. M. A. Gwyer y J. R. M. Butler: "Grand Strategy", en *History of the Second World War*, vol. 3, Her Majesty's Stationary Office, Londres, 1964, p. 105.

nemente el conjunto escultórico en Volgogrado el 15 de octubre de 1967, L. I. Brézhnev dijo: "En esta batalla no sólo fueron trituradas las selectas tropas hitlerianas. Aquí expiró el ímpetu ofensivo, se doblegó el espíritu moral del fascismo. Comenzó la desintegración del bloque fascista... Se duplicaron las fuerzas de quienes no inclinaron la cabeza ante los agresores hitlerianos. La palabra 'Stalingrado' se trasmitía de boca en boca como una consigna de resistencia, como una consigna de victoria."[1]

La batalla de Stalingrado duró seis meses y medio (del 17 de julio de 1942 al 2 de febrero de 1943). Las acciones combativas se desarrollaron en un área de casi 100 000 km^2 y la línea del frente tuvo una longitud de 400 a 850 km. En algunas etapas, por ambos lados en la contienda participaron más de 2 millones de hombres, más de 2 000 tanques, más de 2 500 aviones y alrededor de 26 000 cañones y morteros.[2] El enemigo, que intentaba atravesar el Volga y apoderarse del Cáucaso, sufrió la más dura de las derrotas.

En el curso de la batalla defensiva, en el meandro entre el Don y el Volga, en el mismo Stalingrado, las tropas de la Wehrmacht fueron agotadas y, más tarde, aniquiladas en una brillante operación de cerco, en condiciones de igualdad aproximada de efectivos y medios. Después de cercar y aniquilar en Stalingrado una agrupación enemiga de 330 000 hombres, el Ejército Soviético pasó a la ofensiva general en varios frentes. En la batalla de Stalingrado se manifestaron, en toda su magnitud, el heroísmo masivo y el inquebrantable valor de los combatientes soviéticos, así como el gran talento militar y las capacidades organizativas del personal de mando y político del Ejercito Soviético. "Stalingrado —se señaló en el discurso en conmemoración del 26 aniversario de la Gran Revolución Socialista de Octubre— fue el ocaso del ejército germano fascista. Después de la batalla de Stalingrado, como es sabido, los alemanes no pudieron recobrarse ya."[3]

---

[1] L. I. Brézhnev: *Por el camino de Lenin. Discursos y artículos.* Moscú, 1970, t. 2, p. 68 (en ruso).
[2] *Historia de la Segunda Guerra Mundial de 1939-1945*, 1976, t. 6, pp. 35, 45.
[3] J. V. Stalin: *Acerca de la Gran Guerra Patria de la Unión Soviética.* Moscú, 1947, p. 113 (en ruso).

La batalla de Stalingrado tuvo un inmenso significado internacional. Fue una importante etapa histórica en el camino a la victoria de la Unión Soviética sobre la Alemania fascista; un factor estratégico que determinó un cambio general de la situación estratégica y política a favor de la coalición antihitleriana.

F. Roosevelt valoró altamente la victoria de las tropas soviéticas en la batalla de Stalingrado en el Diploma de Honor a Stalingrado, en el cual se lee: "En nombre del pueblo de los Estados Unidos de América, obsequio este Diploma a la ciudad de Stalingrado para destacar nuestra admiración a sus gallardos defensores, cuyo coraje, fortaleza y devoción durante el sitio del 13 de septiembre de 1942 al 31 de enero de 1943, inspirará por siempre los corazones de todas las personas libres. Su gloriosa victoria contuvo la marea de invasión y marcó el punto decisivo en la guerra de las Naciones Aliadas contra las fuerzas agresoras."

Según los criterios burgueses, la batalla de Stalingrado se analiza con más detalles en el libro de E. F. Ziemke *De Stalingrado a Berlín: La derrota alemana en el Este* [*Stalingrad to Berlín: The German Defeat in the East*], en el cual se le dedican dos capítulos. El historiador del Pentágono valora, a su manera, la importancia de la batalla. "Al poseer algunas características estratégicas por derecho propio —escribe Ziemke—, Stalingrado se convirtió —en parte por accidente, en parte por designio—, en el punto focal de una de las batallas decisivas de la Segunda Guerra Mundial."[1]

Ziemke centra sus esfuerzos fundamentales en restarle importancia al papel del arte militar soviético en la batalla del Volga. Afirma de manera categórica que la victoria de Stalingrado "resultó más por errores de Hitler que por destreza militar soviética".[2] A su vez, "se propala" la tesis falsa acerca de la supremacía numérica de las tropas soviéticas al comienzo de la contraofensiva. Según datos publicados en los libros de Ziemke, tropas soviéticas de 1 millón de hombres hicieron frente a sólo 500 000

---

[1] Earl F. Ziemke: *Stalingrad to Berlin: The German Defeat in the East.* Office of the Chief of Military History U.S. Army, Washington, 1968, p. 37.
[2] Ibíd., p. 80.

de las tropas alemanas y sus aliados.[1] No resulta difícil darse cuenta que en este caso, recurriendo a una publicación oficial, se intenta utilizar de nuevo las invenciones de Zekzler y otros generales hitlerianos, desenmascaradas hace muchos años en la literatura histórico militar mundial y soviética. Es bien conocido que al inicio de la contraofensiva la correlación total de fuerzas de las partes contendientes en Stalingrado —incluido los hombres— era aproximadamente igual (1 015 300 hombres de las tropas soviéticas se enfrentaba a una agrupación adversaria de 1 011 500 hombres).[2] En lo referente a las direcciones de los golpes principales, el mando soviético sí supo crear en realidad una superioridad, pero fue resultado de una hábil maniobra de fuerzas y medios.

A menudo se encuentran comparaciones entre la batalla de Stalingrado y otras ocurridas en la historia militar mundial. Lo más frecuente es que la comparen con la batalla de Verdún. En particular, C. Ryan considera que "la épica batalla de Stalingrado fue la Verdún de Alemania de la Segunda Guerra Mundial".[3] En este sentido son muy oportunos los razonamientos del historiador burgués inglés B. Pitt: "Stalingrado ha sido comparado con Verdún —escribe— en intensidad y significación, y hay muchas cosas que apoyan la comparación; pero en algo vital fue diferente. En 1917, los franceses aceptaron el reto de Falkenhayn[4], e intercambiaron vida de soldado por vida de soldado, al introducir un interminable torrente de refuerzos en esa estrecha franja de arena junto al Mosa hasta que ambos bandos retrocedieron enfermos por la matanza y casi desangrados... En Stalingrado, durante el crucial invierno de 1942 a 1943, los jefes del Ejército Rojo demostraron apreciar la realidad militar y capacidad de aprender del pasado, el cual sería un modelo para todo... Reforzaron a los defensores que estaban dentro, según patrones dictados por el *mínimo* necesario, en lugar del *máximo* posible, y emplearon el poder y la fuerza así conservados para lanzar el gran cerco

---

[1] Ibíd., p. 52.
[2] *La Gran Guerra Patria de la Unión Soviética de 1941-1945. Breve historia.* Moscú, 1970, p. 214 (en ruso).
[3] William Craig: *Enemy at the Gates. The Battle for Stalingrad.* Hodder and Stoughton, Londres, 1973.
[4] Erich von Falkenhayn fue ministro de Guerra y jefe del Estado Mayor General de Alemania en los años de la Primera Guerra Mundial.

que estranguló luego al 6º Ejército de Paulus. Así pues, Stalingrado es el nombre de una gran victoria, ganada a un costo razonable; Verdún es sólo el nombre de una batalla que devoró vidas con el apetito de Moloc, y dejó a ambos bandos más débiles y pobres."[1]

En la literatura histórico militar de los Estados Unidos denominan "Stalingrado de Occidente" al plan de cerco del 7º y el 5º Ejércitos Blindados germano fascistas (alrededor de 20 divisiones) entre Falaise y Martin en agosto de 1944.[2] En esta zona, los combates tuvieron un carácter realmente tenso. Las tropas de los aliados occidentales pudieron obtener éxitos considerables: el enemigo tuvo grandes pérdidas y se vio obligado a retirarse tras el Sena. Sin embargo, las fuerzas unificadas de los aliados (alrededor de 37 divisiones), entonces con superioridad absoluta en el aire, sólo lograron cercar, en fin de cuentas, unidades aisladas de ocho divisiones de infantería y dos blindadas del adversario, alrededor de 45 000 hombres. Los hitlerianos sacaron del "saco de Falaise" las divisiones blindadas y de infantería, o sus unidades, con mayor capacidad combativa. Las causas de la culminación no exitosa por completo de la operación de cerco, se explican por los defectos en el plan mismo de la operación (en particular, se destacaron fuerzas insuficientes para crear los frentes interno y externo del cerco), así como por la confusión organizativa, la indecisión de las acciones del mando anglo norteamericano en la etapa culminante de cerco, y otras circunstancias.

En la literatura norteamericana se revela igualmente la idea de que "Stalingrado en el Este y Bastogne en el oeste... representaron para Alemania... la lenta marea hacia la derrota final".[3] Pero esta comparación no tiene fundamentos. En Bastogne, las tropas germano fascistas rodearon a la 101ª División Aéreo Transportada y una parte de las fuerzas de la 10ª División Blindada de los Estados Unidos, las cuales fueron desbloqueadas a la semana. Este giro de los acontecimientos, alarmante para el mando norteamericano y ocurrido en el curso de los combates en las

---

[1] *History of the Second World War.* London, 1968, vol. III, N°15 (cubierta).
[2] E. Florentin: *The Battle of the Falaise Gap, Hawthorn Books*, 1967, New York; *The Army*, enero de 1968, p. 76.
[3] *Military Affairs*, vol. XXXIII, N°3, diciembre de 1969, p. 416.

Ardenas, se produjo en la etapa culminante de la Segunda Guerra Mundial, cuando la derrota de la Alemania fascista era ya cuestión de tiempo.

Tampoco podemos dejar de referirnos a los insistentes intentos de "explicar" la derrota de las tropas germano fascistas en Stalingrado con las "fatales decisiones" de Hitler. Los autores de esos trabajos, al echar sólo sobre Hitler toda la culpa de la derrota, abogan con ello en favor del generalato fascista, así como introducen la idea de la "casualidad" de la derrota de la Alemania fascista, de la factibilidad de la revancha militar.

Citaremos dos ejemplos. T. Dupuy, historiador militar norteamericano a quien ya nos hemos referido, ve la causa de la derrota de las tropas alemanas en Stalingrado en que "Hitler insistió en que no retrocedieran un paso de Stalingrado. Mientras los generales alemanes trataban de persuadirlo de que cambiara sus órdenes, los rusos incorporaron inmensos refuerzos terrestres y aéreos para fortalecer las líneas del cerco."[1] Otro historiador norteamericano, M. Gallagher, conocido por sus manifestaciones antisoviéticas, afirma que incluso en los estados mayores germano fascistas "estaban conscientes de la amenaza a sus flancos..., pero Hitler se negó a permitir la retirada".[2]

Es difícil admitir que estos y otros historiadores que comparten sus puntos de vista no conozcan el artículo "La batalla de Stalingrado", escrito a solicitud del Departamento de Defensa de los Estados Unidos por el general Zeitzler, ex jefe del Estado Mayor General de las tropas terrestres de la Alemania fascista. En ese artículo, que forma parte del libro *Decisiones fatales* [*The Fatal Decisions*], se expresa con claridad que la idea de Hitler de apoderarse de Stalingrado a cualquier precio —y, más tarde, la orden de mantener la parte ocupada de la ciudad—, era apoyada por completo por la élite de los generales en las personas de Keitel y Jodl.[3]

---

[1] T. Dupuy: *The Military History of World War II*, vol. VII, 1962-1965, F. Watts, New York, p. 5.

[2] Matthew P. Gallagher: *The Soviet History of World War II. Myths, Memories and Realities.* Frederick A. Praeger, Editor, New York-London, 1963, p. 16.

[3] Coronel general Kurt Zeitzler: "Stalingrad", en *The Fatal Decisions.* Editado por Seymour Freidin y William Richardson, William Sloane

Detengámonos con más detalles en una investigación "fundamental" dedicada a la batalla de Stalingrado: el libro del historiador burgués norteamericano W. Craig, publicado con el título de *El enemigo a las puertas. La batalla por Stalingrado* [*Enemy at the Gates. The Battle for Stalingrad*].[1] Esta obra refleja, en gran medida, la tendencia predominante en los Estados Unidos al interpretar los acontecimientos en el frente soviético alemán. W. Craig trata de actuar en el papel de investigador objetivo. Evita repetir los odiosos intentos de poner a un mismo nivel la batalla de Stalingrado y la operación de El-Alamein o los combates por el atolón Tarawa en el océano Pacífico, como lo hacen H. Baldwin y algunos otros historiadores occidentales; pero elude, al mismo tiempo, valorar el lugar y la importancia de la batalla de Stalingrado en la Segunda Guerra Mundial.

Según se avanza en la lectura del libro, se va evidenciando que Craig analiza de manera superficial el desarrollo de las acciones militares en Stalingrado, confunde acontecimientos, grados y apellidos de jefes militares. En su libro, los kazajos viven en... el Volga, y Novosibirsk se encuentra en los Urales,[2] etc. Como vemos, el autor no se molestó en estudiar con cuidado el material histórico. Tenía otros propósitos, otro encargo.

Craig ve en los errores de Hitler las causas de la derrota de las tropas germano fascistas en Stalingrado y de los éxitos del Ejército Soviético. Así vemos que, al analizar la historia previa a la batalla de Stalingrado, trata de convencer al lector de que Vorónezh se mantuvo en poder de las tropas soviéticas gracias a un error del Führer. "En un inicio, Hitler planeaba dejar de lado Vorónezh —se señala en el libro—; pero cuando los blindados alemanes penetraron fácilmente (!) en los suburbios y los jefes pidieron permiso por radio para capturar el resto de la ciudad, Hitler vaciló y dejó la decisión al jefe de la Agrupación de Ejércitos B, mariscal de campo von Bock."[3]

La verdadera historia de los difíciles y cruentos combates en

---

Associates, Nueva York, 1956, pp. 163, 164.

[1] W. Craig: *Enemy at the Gates. The Battle for Stalingrad.* New York, 1973.

[2] Ibíd., pp. 321, 387.

[3] Ibíd., p. 18.

la región de Vorónezh en el verano de 1942, evidencia otra cosa: las tropas fascistas no pudieron tomar la ciudad a causa de la abnegada resistencia de las unidades soviéticas, y de las hábiles medidas adoptadas a tiempo por el mando soviético. Las grandes unidades móviles de los hitlerianos que lograron apoderarse, el 6 de julio, de una cabeza de puente en la orilla izquierda del Don y dominar una parte de la ciudad, encontraron la resistencia tenaz y bien organizada de las tropas soviéticas. Ese mismo día, el Frente de Briansk asestó un contragolpe al sur de Elets, como resultado del cual el mando alemán se vio obligado a desviar hacia el norte el 24° Cuerpo Blindado y tres divisiones de infantería, que se dirigían a la región de Vorónezh. La agrupación de choque enemiga que atacaba Vorónezh resultó debilitada. Se hicieron fracasar sus intentos de apoderarse de la ciudad.[1]

Habría sido posible salvar la agrupación de Paulus, señala más adelante el autor, de no haber sido por las acciones unipersonales de Hitler, quien prohibió a las tropas cercadas realizar la ruptura e ir al encuentro de Manstein.[2] Según sus palabras, la ofensiva de la Agrupación de Ejércitos "Don", cuya tarea consistía en desbloquear a las tropas cercadas, se desarrollaba con éxito: "Sorprendentemente, la resistencia rusa fue insignificante... El peor problema que enfrentaron los alemanes fue el hielo que cubría los caminos e impedía que sus tanques tuvieran amplia movilidad."[3]

Sin embargo, el verdadero cuadro de la ofensiva que comenzaron los hitlerianos el 12 de diciembre de 1942 desde la región de Kotélnikovo en dirección a Stalingrado, fue totalmente diferente. El enemigo, con una gran superioridad en fuerzas, chocó con una tenaz resistencia y sufrió inmensas pérdidas. Los combatientes soviéticos se defendían hasta perder la vida. Manstein, al analizar en sus memorias el comienzo de la ofensiva de la Agrupación de Ejércitos "Don" que él comandaba, reconoció: "El adversario no se limita, en modo alguno, a la defensa, sino que trata una y otra vez mediante contraataques de arrancarles a nues-

---

[1] *Historia de la Segunda Guerra Mundial de 1939-1945*, t. 5, pp. 148--154.

[2] W. Craig: *Enemy at the Gates. The Battle for Stalingrad*, pp. 250, 272, y otras.

[3] Ibíd., p. 231.

tras dos divisiones de tanques el territorio ganado o, por lo menos, parte de él... y con sus fuerzas trata de rodear a las nuestras."[1]

Según opinión de Craig, la fuga de datos secretos del Cuartel General hitleriano coadyuvó, de manera decisiva, a la victoria del Ejército Soviético en Stalingrado. El autor se remite a las actividades de S. Radó, R. Rossler y otros agentes secretos antifascistas.[2]

Sin embargo, el mismo S. Radó desenmascara esta versión, utilizada no sólo por W. Craig: "No seré yo, agente secreto —escribió—, quien niegue el papel tan importante del servicio de inteligencia, de sus informadores, que trabajan en la profunda retaguardia enemiga; pero ver en sus éxitos la causa de nuestra victoria es ponerlo todo de cabeza. Semejantes intentos de los falsificadores burgueses resultan, por lo menos, risibles... El desenlace de la guerra siempre se ha decidido, en fin de cuentas, en el campo de batalla. Ha vencido el ejército con un mayor potencial económico y con mayores reservas de hombres, el ejército mejor armado y preparado, el ejército que superaba al adversario con su fuerza de espíritu."[3]

En la obra de Craig se dedica un lugar significativo a los "aspectos morales de la guerra en el Este". En este sentido, divide los hechos en provechosos y no provechosos para la propaganda antisoviética. Los primeros los toma como arma, los segundos los rechaza, lo que se confirma en el ejemplo de los "hechos de la vida", citados en el libro, de soldados, oficiales y generales hitlerianos que se rindieron en Stalingrado.

El periódico de los comunistas ingleses *The Morning Star*, no sin fundamento, señaló en este sentido: "Pero uno queda preguntándose hasta qué punto puede ser confiable la evidencia del último día de algunos alemanes entrevistados [se refiere a entrevistados de la RFA.—*El autor*] por William Craig, de quienes una sorprendente cantidad sólo parece recordar lo más humano

[1] Erich von Manstein: *Verlorene Siege*. Athenäum Verlag, Bonn, 1955, p. 361.
[2] W. Craig: *Enemy at the Gates. The Battle for Stalingrad*, pp. 23, 24.
[3] Radó Sándor: *Dóra Jelenti...*, Kossuth Könyvkiado, Budapest, 1971, p. 327 (en húngaro).

de sus propios actos o de los de sus compañeros, y sólo la rudeza de sus captores."[1]

Conviene recordar que la victoria de las tropas soviéticas en Stalingrado se preparó y alcanzó en una situación muy compleja para la Unión Soviética. Las fronteras soviéticas en el Lejano Oriente continuaban amenazadas por el ejército japonés élite de Kwantung y en el sur una gran agrupación de tropas turcas esperaba el momento propicio para atacar a la URSS. Ellos inmovilizaban una gran parte de las Fuerzas Armadas soviéticas, limitaban sus posibilidades de lucha contra los agresores germano fascistas, cuya dimensión y crueldad seguían creciendo.

Para la URSS también desempeñó un papel negativo la violación, por parte de los dirigentes de Inglaterra y los Estados Unidos, de su deber de aliados de abrir del Segundo Frente en 1942. Esto permitió a Alemania dirigir, prácticamente sin chocar con ningún obstáculo, sus fuerzas y medios fundamentales al frente soviético alemán, no sólo para suplir las pérdidas sufridas, sino también para incrementar la composición de sus agrupaciones que actuaban contra las tropas soviéticas.

No obstante, en la literatura occidental está difundida una versión según la cual el Ejército Soviético no habría alcanzado la victoria sin el apoyo de las tropas anglo norteamericanas.

En la recopilación *La Segunda Guerra Mundial* [*Der Zweite Weltkrieg*], el historiador de la RFA R. Seth escribe, por ejemplo, que el déficit de las reservas, el cual no permitió al Mando germano fascista alcanzar sus objetivos en el Este en 1942, se debía al inminente desembarco de los aliados. Para enfrentar este peligro, en el oeste aguardaban, "casi holgazaneando, inmensos ejércitos."[2] El historiador norteamericano J. L. Stokesbury afirma que los rusos pospusieron a propósito su contraofensiva en Stalingrado hasta noviembre de 1942, cuando "la invasión aliada del África del Norte francesa, como se consideraba acertadamente, retendría reservas alemanas en Europa Occidental".[3] En cuanto a W. Craig, intenta adjudicar un papel aún más activo a la "ame-

---

[1] *The Morning Star*, 1º de noviembre de 1973.

[2] *Der Zweite Weltkrieg*, t. 2, Verlag Das Beste, Stuttgart, 1979, p. 285.

[3] James L. Stokesbury: *A Short History of World War II.* William Morrow and Company. Inc., New York, 1980, p. 239.

naza" de irrupción de las tropas de los Estados Unidos e Inglaterra en Francia. Escribe acerca de cierto traslado de la división Gran Alemania, en el período de la batalla de Stalingrado, del frente soviético alemán a Francia.[1]

Cuando se someten a una comprobación no resultan confirmados los hechos que citan Seth, Stokesbury y Craig. En primer lugar, en Europa Occidental se encontraban, antes del comienzo de la batalla de Stalingrado, en total 530 000 efectivos de las tropas terrestres, mientras que en el frente soviético alemán había 2 997 000; es decir, casi seis veces más. En Occidente se encontraba una flota aérea alemana; en el Este, cuatro.[2] Además, en Occidente una parte considerable de las tropas eran agrupaciones y unidades debilitadas o partes de ellas, enviadas hacia allá, desde el frente soviético alemán, para descansar y reformarse.

En segundo lugar, en el período de la batalla de Stalingrado, el "bombeo" de divisiones alemanas se realizaba, ante todo, del oeste al Este. Sólo de noviembre de 1942 a abril de 1943, el mando alemán envió desde Francia y otros países de Europa Occidental al frente soviético alemán, 35 nuevas divisiones para suplir las grandes pérdidas de la Wehrmacht.[3] Es una invención la afirmación de Craig acerca del traslado de la división Gran Alemania al oeste. El diario de Halder confirma que esta gran unidad actuaba ya en el frente soviético alemán.[4] La división Gran Alemania llegó en mayo de 1942 desde el Occidente al frente soviético alemán y se mantuvo allí hasta el final de la guerra.[5]

Más de 100 divisiones del enemigo fueron destruidas desde el inicio de la contraofensiva en noviembre de 1942, en los alrededores de Stalingrado, la cual se convirtió más tarde en la gran ofensiva del Ejército Soviético y continuó hasta fines de marzo de 1943. Entre muertos, heridos, prisioneros y desapa-

---

[1] W. Craig: *Enemy at the Gates. The Battle for Stalingrad*, p. 20.

[2] G. Förster *at all: Der Zweite Weltkrieg*. VEB Verlag, Leipzig, 1962, pp. 196, 197.

[3] *Historia de la Gran Guerra Patria de la Unión Soviética de 1941-1945*, 1965, t. 6, p. 30.

[4] F. Halder: *Kriegstagebuch;* t. III, pp. 258, 259.

[5] B. Müller-Hillebrand: *Das Heer 1933-1945*. Francfort del Meno, Mittler, 1969, p. 405.

recidos, el enemigo perdió más de 1 700 000 soldados y oficiales; se le destruyeron 24 000 cañones y más de 3 500 tanques y 4 300 aviones.[1] Con ello se quebrantó, de manera decisiva, la capacidad militar de la Alemania fascista y se hizo un aporte inmenso al logro del viraje total en la Gran Guerra Patria y en toda la Segunda Guerra Mundial.

La batalla de Kursk. El 5 de agosto de 1943 a las 24:00 horas, Moscú disparó salvas en honor de los héroes de Oriol y Bélgorod; en honor de la destacada victoria lograda en la batalla de los alrededores de Kursk. Esas fueron las primeras salvas de celebración en los años de la guerra. Doce salvas disparadas desde 124 cañones anunciaron al pueblo soviético y a todo el mundo que la Alemania hitleriana había sufrido otra gran derrota que la colocaba ante la catástrofe.

En la batalla de Kursk (que duró del 5 de julio al 23 de agosto de 1943) por ambas partes participaron enormes fuerzas: más de 4 millones de hombres, más de 69 000 cañones y morteros, más de 13 000 tanques y cañones de asalto y 12 000 aviones de combate.[2] Después de la derrota en Stalingrado, éste fue el último intento del mando germano fascista de efectuar una gran ofensiva en el frente soviético alemán, con el fin de recuperar la iniciativa estratégica y torcer el curso de los acontecimientos a su favor.

El Cuartel General del Mando Supremo soviético, el cual disponía de datos del servicio de inteligencia acerca de la ofensiva que preparaba el enemigo, decidió llevar a cabo una defensa premeditada. Las potentes agrupaciones del enemigo, que contaban con destruir a las tropas soviéticas a la defensiva, fueron desgastadas en cruentos combates. El 12 de julio, el Ejército Soviético pasó a la contraofensiva. En la batalla de Kursk —conocida también como el combate de tanques más grande de la Segunda Guerra Mundial—, el Ejército Soviético destruyó 30 divisiones selectas del enemigo, entre las cuales se encontraban siete divisiones blindadas. La Wehrmacht perdió más de 500 000 soldados y oficiales, 1 500 tanques, 3 700 aviones y 3 000 caño-

---

[1] *Historia de la Segunda Guerra Mundial de 1939-1945,* t. 6, p. 467.
[2] *Enciclopedia Militar Soviética*, t. 4, Moscú, 1977, pp. 536-539 (en ruso).

nes.[1] Se liberaron Oriol, Járkov y muchas otras ciudades y poblados soviéticos; se crearon condiciones favorables para la liberación de la parte de Ucrania situada a la orilla izquierda del Dniéper y la salida hasta ese río.

Hasta comienzos de la década del 60, en Occidente no existían prácticamente trabajos de envergadura dedicados a la batalla de Kursk; de su gran importancia sólo se escribió en los años de la guerra. "La gran ofensiva soviética —se señala en *Breve historia de la Segunda Guerra Mundial*, editada por el Departamento de Defensa de los Estados Unidos en 1945—, que comenzó en el frente Kursk-Oriol en el verano de 1943, no se detuvo hasta la primavera siguiente, cuando los invasores nazis fueron expulsados por completo del sur de Rusia."[2]

Desde entonces los esfuerzos de los autores occidentales estuvieron dirigidos, en lo fundamental, a callar o denigrar los éxitos decisivos del Ejército Soviético alcanzados en la batalla de Kursk, y su influencia sobre el desenlace de la Segunda Guerra Mundial en su conjunto.

Los "objetivos limitados" de la ofensiva emprendida por la Wehrmacht fascista en el Arco de Kursk (operación "Zitadelle"), es una de las versiones más difundidas. En el libro de E. F. Ziemke₃ la parte dedicada a esta operación se titula "Una ofensiva limitada".[3] T. N. Dupuy y muchos otros historiadores norteamericanos caracterizan de esa misma manera los objetivos de la ofensiva alemana.[4] En la mayoría de las publicaciones de los historiadores germanoccidentales se afirmó un punto de vista análogo. E. Klink considera que los estrategas hitlerianos, cuando planificaron la operación "Zitadelle", no buscaron apoderarse de la iniciativa estratégica perdida, sino de fortalecer la defensa propia.[5] Como esos objetivos eran limitados, a continuación desarrollan la idea de que el fracaso de la ofensiva no puede

[1] Ibíd.
[2] *The World at War 1939-1945. A Brief History of World War II*, p. 244.

[3] E. F. Ziemke: *Stalingrad to Berlin: The German Defeat in the East*, p. 124.
[4] T. N. Dupuy: *The Military Life of Adolf Hitler*, p. 116.
[5] Ernest Klink: *Das Gesetz des Handelns. Die Operation "Zitadelle" 1943.* Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart, 1966, p. 11.

analizarse como un factor de importancia estratégica.

Semejante conclusión está en completa contradicción con la realidad. La preparación de la operación "Zitadelle" y las fuerzas concentradas para efectuarla, evidencian que los hitlerianos perseguían fines decisivos, de largo alcance, con la ofensiva en los alrededores de Kursk. Esta operación fue un intento desesperado por destruir las principales fuerzas del Ejército Rojo, recuperar la iniciativa estratégica, mantener el bloque fascista y torcer el curso de los acontecimientos a su favor.

En la Orden operativa N° 6, firmada por Hitler, del Cuartel General de la Wehrmacht sobre la preparación de la ofensiva en los alrededores de Kursk, se subrayaba: "Cada jefe, cada soldado raso está obligado a compenetrarse, de manera consciente, con la importancia decisiva de esta ofensiva. La victoria en los alrededores de Kursk, deberá ser un faro para el mundo entero."[1] La orden exigía que para la ofensiva en el Arco de Kursk se utilizaran las mejores unidades, el mejor armamento, los mejores jefes, la mayor cantidad posible de municiones. El ex jefe del Estado Mayor del 48° Cuerpo de Tanques de la Wehrmacht, F. W. von Mellenthin, reconoce que "ningún ataque pudo haber sido mejor preparado que éste".[2]

En los alrededores de Kursk, el mando hitleriano concentró 50 divisiones selectas, de las cuales 14 eran blindadas (alrededor del 70 % de las que estaban en el frente soviético alemán) y dos motorizadas. En general, la agrupación germano fascista tenía más de 900 000 hombres, alrededor de 10 000 cañones y morteros, 2 700 tanques y cañones de asalto, y más de 2 000 aviones.[3] El mando fascista trasladó a los alrededores de Kursk, en julio de 1943, casi todos los nuevos tanques "Pantera" y "Tigre" y los cañones de asalto "Ferdinand", de potente blindaje, producidos en Alemania hasta la fecha de la ofensiva. No se forma una agrupación tal con el fin de realizar una "ofensiva limitada". El man-

---

[1] Citado Según G. A. Koltunov y B. G. Soloviov: *La batalla de Kursk.* Moscú, 1970, p. 520 (en ruso).

[2] F. W. von Mellenthin: *Panzer Battles 1939-1945.* Casell&Company, Ltd., London, 1955, p. 215.

[3] *Historia de la Segunda Guerra Mundial de 1939-1945*, 1976, t. 7, p. 144.

do hitleriano preparó una operación de gran alcance estratégico que, no obstante, se hizo fracasar por las hábiles y heroicas acciones del Ejército Soviético.

Un método perenne de falsificar la historia de la batalla de Kursk es afirmar que no fue el Ejército Soviético el que hizo fracasar el ataque alemán e infligió a la Wehrmacht una derrota demoledora, sino que el mando hitleriano se vio obligado a "suspender de manera inesperada" la operación "Zitadelle" por el desembarco de tropas anglo norteamericanas en Sicilia.

De ello escriben los historiadores "oficiales" de los Estados Unidos en la *Encyclopedia Americana*. Después de reconocer que "la situación al norte de Oriol era precaria", ahí mismo afirman a los lectores que para Hitler y su mando "la mayor fuente de preocupación era Sicilia, donde tropas norteamericanas y británicas habían desembarcado el 10 de julio".[1]

El desembarco de los aliados en Sicilia empeoró las posibilidades estratégicas de Alemania; pero no podía ejercer —y no ejerció— ninguna influencia notoria sobre el desarrollo de la batalla de Kursk. El 10 de julio, desde el Cuartel General de Hitler se indicó que la operación "Zitadelle" continuaría. Al día siguiente, las tropas fascistas aplicaron nuevos esfuerzos para producir la ruptura hacia Kursk. Variaron la dirección de los golpes principales, lanzaron al combate nuevas unidades de tanques, pero no alcanzaron el éxito. El 12 de julio, tropas de los Frentes Occidental y de Briansk pasaron a la ofensiva en la plaza de armas de Oriol y el Frente de Vorónezh asestó un contragolpe decisivo en los alrededores de Prójorovka y al flanco izquierdo de la agrupación de choque del enemigo, el cual intentaba abrirse paso hacia Kursk desde el sur.

Se produjo un cambio brusco de la situación en el Arco de Kursk-Oriol; se definió con precisión la situación crítica de las tropas germano fascistas. La Agrupación de Ejércitos "Centro", bajo los potentes golpes de las tropas soviéticas, se vio obligada a renunciar a las acciones ofensivas y pasar a la defensiva. El 13 de julio, Hitler citó con urgencia a una reunión a los jefes de las Agrupaciones de Ejércitos "Sur" y "Centro".

---

[1] *The Encyclopedia Americana*, vol. 29, p. 433.

Los potentes golpes del Ejército Soviético obligaron a Hitler a tomar esa decisión; sin embargo, el jefe de la Agrupación de Ejércitos "Sur", E. Manstein, convenció al Führer de otra cosa. A la Agrupación de Ejércitos "Centro" se le permitía pasar a la defensiva, pero las tropas de Manstein debían continuar la ofensiva. En cuanto a la decisión final de suspender la operación "Zitadelle" y pasar a la defensiva en toda la línea de Járkov-Oriol, ésta se adoptó en el Cuartel General de la Wehrmacht sólo el 19 de julio de 1943, cuando surgió el peligro real de que la agrupación hitleriana de Oriol fuera cercada.[1]

Durante todo este tiempo, el frente soviético alemán continuaba, a pesar del desembarco de los aliados en Sicilia, inmovilizando y aniquilando las principales fuerzas de la Alemania nazi. Aquí se encontraba más del 70 % de su ejército de operaciones. Precisamente esta circunstancia ayudó a los aliados a desembarcar, con bastante facilidad, en Sicilia, y la ofensiva iniciada por el Ejército Soviético hizo fracasar el plan del enemigo de trasladar varias divisiones a Italia.

Algunos historiadores occidentales consideran que la victoria del Ejército Soviético en la batalla de los alrededores de Kursk, fue el resultado de ciertas "circunstancias casuales". T. Weyr afirma, por ejemplo, que el plan nazi de ataque a Kursk, "si Hitler lo hubiera llevado a cabo tan pronto como terminaron los deshielos de primavera, podría haber tenido éxito".[2] Según otros historiadores norteamericanos, fue un impedimento la tormenta que se desencadenó el 5 de julio, que hizo intransitable para los tanques el flanco sur del Arco de Kursk, y el mal tiempo del 8 de julio, que no permitió emplear la aviación.[3]

Ya se ha hablado, en reiteradas ocasiones, de la inconsistencia de los intentos de explicar las derrotas de las tropas germano fascistas por las condiciones climáticas. Debe subrayarse otro elemento: es imposible hablar de algún tipo de "ataque decisivo" de las tropas hitlerianas en el Arco de Kursk en la primave-

---

[1] Ver G. A. Koltunov y B. G. Soloviov: *La Batalla de Kursk*, p. 228.
[2] Thomas Weyr: *World War II.* Bailey Bros&Swinfen Ltd., Folkestone, 1970, p. 126.
[3] E. F. Ziemke: *Stalingrad to Berlin: The German Defeat in the East*, pp. 135, 136.

ra de 1943. La catástrofe de los nazis en los alrededores de Stalingrado conmovió toda su maquinaria de guerra. Después de la liquidación de la agrupación cercada de Paulus, el mando soviético trasladó a la región de Kursk —desde las orillas del Volga— grandes fuerzas.

Pero los historiadores burgueses son impotentes para silenciar el hecho indiscutible de que, mientras en la planificación y la ejecución de la operación las tropas germano fascistas se caracterizaron por un patrón, el mando soviético buscaba continuamente y encontraba soluciones originales, creadoras. La decisión del mando soviético de pasar a una defensa premeditada cuando existía la superioridad general de las tropas soviéticas, fue en realidad una innovación.

M. Caidin, quien ha investigado desde posiciones más objetivas la batalla en los alrededores de Kursk, destaca en su libro *Los Tigres arden* [*The Tigers are Burning*] dos factores sustanciales que condujeron, en su opinión, a las tropas soviéticas a la victoria: en primer lugar, el brillante plan de la defensa premeditada y la subsiguiente contraofensiva; en segundo, las destacadas cualidades combativas de las tropas soviéticas.[1]

El autor entabla una polémica con quienes silencian el lugar especial de la batalla de Kursk en la pasada guerra, y la denomina, en contra de sus oponentes occidentales, "el mayor combate terrestre y aéreo de la historia militar".[2] Al exponer, de manera prolija, los argumentos de los historiadores soviéticos —quienes desenmascaran a los falsificadores burgueses—, M. Caidin concluye que "existen puntos de validez... especialmente en... referencia a historias [de autores soviéticos.—*El autor*] que pretenden abarcar toda la Segunda Guerra Mundial", que "gran parte de la historia acerca del frente ruso no llegó a los autores, los editores y los redactores responsables de los tomos históricos". Más adelante, al analizar los acontecimientos relativos a la batalla de Kursk, escribe: "En julio de 1943, las divisiones en el Frente Oriental representaban casi el 75 % de la fuerza total del ejército alemán, lo cual daba un fuerte respaldo a la insistencia de los

---

[1] Martin Caidin: *The Tigers are Burning*. Hawthorn Books, Inc., New York, 1974, p. 244.
[2] Ibíd., cubierta del libro.

rusos de que *ellos* llevaban el peso de la guerra terrestre contra el enemigo común."[1]

Sobre la base de la investigación de los planes de ofensiva de la Wehrmacht en el Arco de Oriol-Kursk (operación "Zitadelle") y de la campaña de verano de 1943 en general, Caidin llega a la conclusión de que quienes elaboraron esos planes perseguían fines múltiples. Después de la operación "Zitadelle", tenían la intención de emprender "una nueva ofensiva gigante contra Moscú". También preveían —en caso de éxito en el Frente Oriental— apoderarse de Suiza y trasladar tropas para aniquilar las fuerzas anglo norteamericanas, si éstas irrumpieran en Italia. Teniendo todo esto en cuenta, M. Caidin afirma que "no era sólo el destino de los rusos lo que se decidiría en Kursk. Era la propia guerra."[2]

Los datos citados por el autor acerca de la correlación de fuerzas hacia el comienzo de la ofensiva germano fascista, resultan de cierto interés. Considera que las fuerzas de ambas partes eran aproximadamente iguales en lo referente al número de tanques y aviones. Según sus cálculos, los ejércitos hitlerianos poseían 3 200 tanques y cañones de asalto y 2 500 aviones. Por consiguiente, a pesar de las pérdidas sufridas con anterioridad, "a la Wehrmacht —se señala más adelante en el libro— le quedaba un enorme borde cortante de acero para la ofensiva contra el Arco de Kursk... Hitler —junto con muchos de sus generales— había llegado a creer en el éxito"[3].

El autor destaca el gran éxito del pensamiento del mando militar soviético, que supo adivinar a tiempo la intención del enemigo y elaborar el plan más efectivo para llevar a cabo la campaña del verano de 1943. En relación con ello, Caidin cita los nombres de G. Zhúkov, K. Rokossovski, N. Vatutin y otros jefes militares soviéticos. "Nosotros también tenemos —escribe— en nuestras filas grandes militares. Viene a la mente el general George Patton. Está el Mariscal de campo Bernard L. Montgomery y el general Douglas MacArthur... ¿Cuántos estudiantes, para quienes la Segunda Guerra Mundial es ahora historia pasada,

---

[1] Ibíd., pp. 47, 87-88.
[2] Ibíd., pp. 4-8.
[3] Ibíd., pp. 85, 89.

reconocen en seguida el nombre de Gueorgui Zhúkov?... el hombre que estará por encima de todos los demás como el maestro del arte de la guerra masiva en el siglo XX."[1] Al analizar los informes de los jefes de frentes K. Rokossovski y N. Vatutin acerca del supuesto carácter de las acciones de las tropas germano fascistas, M. Caidin subraya que "habían formulado una brillante evaluación de las capacidades del enemigo que tenían frente a ellos".[2]

Resultan muy curiosas —tanto en el sentido de la autenticidad histórica, como en relación con las invenciones de los "sovietólogos" occidentales acerca del "atraso técnico" de la URSS— las altas valoraciones que se hacen en el libro del armamento soviético: los tanques "T-34" y "KV-1", el avión "Il-2", el cañón artillero de 76 mm, etc. Por ejemplo, el autor denomina el tanque "T-34" como "el mejor tanque del mundo... Debía su existencia —escribe él— a hombres que pudieron prever una batalla de mediados de siglo con más claridad que cualquier otro en Occidente."[3]

El desarrollo de la batalla misma en el Arco de Kursk y la subsiguiente ofensiva del Ejército Rojo, es objeto de menor atención por parte de M. Caidin. El autor escribe que, a pesar del uso de una serie de "nuevos e inesperados" métodos de lucha, las tropas hitlerianas no lograron el éxito estratégico y quedaron atascadas en el potente sistema de defensa soviético.

En el libro se señalan las acciones exitosas de los tanques y la aviación soviéticos, la eficacia de los golpes masivos asestados por los aviones de asalto "Il-2". Se destaca, de manera particular, la importancia del ataque artillero contra las tropas germano fascistas preparadas para la ofensiva. Al analizar las acciones de la artillería soviética durante la batalla, M. Caidin afirma que la infantería alemana quedó cortada de los tanques; los tanques mismos cayeron bajo un fuego cruzado mortal; contra los "Tigres" y los "Ferdinand" se hallaron métodos efectivos de lucha. El autor reitera el heroísmo de las tropas soviéticas, su maestría combativa.

---

[1] Ibíd., pp. 97, 98.
[2] Ibíd., p. 107.
[3] Ibíd., p. 149.

Pero en la obra también existe otro elemento marcado con el sello de algunos patrones típicos de la historiografía occidental. Fiel a ellos, M. Caidin repite la versión de la responsabilidad personal de Hitler por la demoledora derrota de la Wehrmacht en la batalla de Kursk. Trata de renovar la invención de los historiadores burgueses acerca de la posibilidad de "otro desenlace" de la batalla de Kursk, al afirmar que ésta "bien pudiera haber producido resultados diferentes sin el repentino ataque artillero".[1] Al hacer depender el desenlace de la batalla de Kursk de ciertos "factores casuales", concluye que la Wehrmacht perdió esta batalla porque en los tanques "Tigre" no había ametralladoras.[2]

Al hacer las conclusiones acerca de la batalla de Kursk, M. Caidin señala que fue "una debacle, un desastre de proporción inenarrable"; que el Ejército Rojo demolió en el transcurso de la ofensiva a más de 100 divisiones germano fascistas. Al plantear su desacuerdo con los generales hitlerianos derrotados que niegan este hecho, el autor —no sin sarcasmo—señala: "Describirán las brillantes acciones de la retaguardia de sus tropas, pero encontrarán difícil admitir que esto fue brillante en la derrota y no en la victoria... El importante resultado final de Kursk es éste: cuando los últimos disparos se habían apagado en las colinas, era el ejército ruso el que había tomado para sí el ímpetu de la guerra, y era el ejército ruso el que dictaba cuándo y dónde continuaría esa guerra."[3]

En el triángulo estratégico Moscú-Stalingrado-Kursk se libraron los acontecimientos fundamentales que determinaron el viraje radical de la lucha armada en el frente soviético alemán y de la Segunda Guerra Mundial en su conjunto.

La misión liberadora de las Fuerzas Armadas Soviéticas

Los objetivos y las tareas de la Unión Soviética en la Gran Guerra Patria se definieron en la Directiva del CC del PC (b) de la URSS, adoptada el 29 de junio de 1941[4] y en la intervención

[1] Ibíd., p. 172.
[2] Ibíd., p. 22.
[3] Ibíd., p. 26.
[4] *El PCUS acerca de las Fuerzas Armadas de la Unión Soviética. Do-*

de J. V. Stalin, hecha por radio el 3 de julio de 1941, en la cual se plantearon los puntos fundamentales de esa directiva.

"La guerra contra la Alemania fascista —señaló— no puede considerarse una guerra común. No sólo es una guerra entre dos ejércitos. Es, además, la gran guerra de todo el pueblo soviético contra las tropas germano fascistas. El objetivo de esta Guerra Patria de todo el pueblo contra los opresores fascistas, no sólo es liquidar el peligro que pende sobre nuestro país, sino también ayudar a todos los pueblos de Europa que sufren bajo el yugo del fascismo alemán."[1]

En aras de la derrota total del enemigo y de la liberación de los pueblos. El objetivo de la guerra determinó la principal tarea de la política exterior de la URSS, dirigida a la creación de una potente coalición de Estados y pueblos para la lucha contra la agresión fascista. La lucha de la URSS por la formación y la consolidación de esa coalición fue la continuación —en las nuevas condiciones históricas— de la política consecuente que llevaba a cabo el Estado soviético en los años de la preguerra, de la organización de una resistencia colectiva contra los agresores: la continuación del cumplimiento de su deber internacional ante los pueblos amantes de la paz. En el cumplimiento de esta tarea tuvo gran importancia la firma del Tratado de Alianza anglo soviética el 26 de mayo de 1942 en Londres, y el Acuerdo soviético norteamericano "Acerca de los principios aplicables para la ayuda mutua en la guerra contra la agresión",[2] el 12 de junio de 1942 en Washington. Estos documentos fueron el fundamento legal sobre el cual se sustentó la coalición de la URSS, los Estados Unidos y Gran Bretaña.

La lucha heroica del pueblo soviético, que asimiló el golpe principal del bloque fascista, y los objetivos justos de liberación de la Unión Soviética en la guerra, situaron a la URSS como la fuerza rectora a la cabeza de la coalición antihitleriana.[3]

---

cumentos de 1917-1981. Moscú, 1981, p. 297 (en ruso).

[1] J. V. Stalin: *Acerca de la Gran Guerra Patria de la Unión Soviética*, p. 16.

[2] *La política exterior de la Unión Soviética en el período de la Guerra Patria*, t. I, pp. 270-273, 277-283.

[3] Las principales decisiones acerca de la conducción de la paz después

"Si la Unión Soviética no hubiera podido resistir en su frente —escribió E. R. Stettinius, secretario de Estado de los Estados Unidos—, los alemanes habrían estado en posición de conquistar Gran Bretaña. También habrían podido invadir África, y en este caso habrían podido establecer una posición en América Latina. Este inminente peligro se hallaba constantemente en la mente del presidente Roosevelt."[1]

Un aliado combativo natural de la coalición antihitleriana fue el movimiento popular de resistencia a los ocupantes japoneses, italianos y alemanes, que se desarrolló de una manera particularmente amplia en Yugoslavia, Albania, Grecia, Polonia, Francia, Checoslovaquia, Vietnam, China, Birmania, Indonesia, Filipinas y otros países. Las organizaciones antifascistas combativas —que actuaban en Italia, Rumanía, Bulgaria, Hungría y la misma Alemania —hicieron un gran aporte a la causa de la liquidación de los regímenes fascistas en sus países.

Bajo la dirección de los comunistas y otras fuerzas de izquierda, los patriotas de los países ocupados por los agresores creaban organizaciones clandestinas, pasaban a formas decididas de lucha contra el fascismo. Sirven de claro ejemplo los levantamientos en París y en el norte de Italia; la liberación de muchas ciudades de Francia, Italia y otros países antes del arribo de las

---

de la contienda, se adoptaron en el marco de la coalición antihitleriana en las conferencias de los jefes de Gobierno de la URSS, los Estados Unidos y Gran Bretaña, celebradas en Teherán (1943); Crimea, en Yalta (1945), y Berlín, en Potsdam (1945). Hacia fines de la guerra, en la coalición antihitleriana estaban integrados más de 50 Estados y, entre ellos, cinco grandes potencias (la URSS, los EE.UU., China, Inglaterra y Francia). Albania, Australia, Bélgica, Brasil, Canadá, la India, México, Nueva Zelanda, Polonia, Checoslovaquia, Yugoslavia, etc. participaban con sus fuerzas armadas en la lucha común contra Alemania y sus aliados. Otros Estados ayudaba con suministros de materias primas a la producción de material bélico y otros medios. Las tropas africanas y otras tropas coloniales también hicieron su aporte a la victoria sobre los agresores. De manera formal también entraron en la coalición antihitleriana otros Estados que habían declarado la guerra a Alemania antes de su derrota definitiva y no hicieron ningún aporte a la victoria sobre el enemigo común (por ejemplo, Turquía).

[1] Edward R. Stettintus: *Roosevelt and the Russians. The Yalta Conference.* Jonathan Cape, London, 1950, p. 16.

tropas aliadas.

La Unión Soviética, en múltiples formas y desde los primeros hasta los últimos días de la guerra, prestó ayuda de todo tipo —entre ella, militar— a la lucha de los pueblos de los países ocupados contra el yugo fascista.

El año 1944 comenzó con la ofensiva de las tropas de los Frentes de Leningrado y Voljov, como resultado de lo cual culminó victoriosamente la batalla de Leningrado, la cual había durado más de dos años y medio. Con la derrota de las tropas hitlerianas en el territorio de Ucrania situado a la derecha del río Dniéper, se puso en una situación sin esperanzas a la agrupación de tropas fascistas en Crimea (siete divisiones rumanas y cinco alemanas: 195 000 hombres con su material de guerra), la cual también había sido derrotada entre abril y mayo.

En el transcurso de las operaciones del invierno y la primavera de 1944, el Ejército Soviético avanzó en algunas direcciones hasta 450 km y aniquiló 172 divisiones del enemigo.

A pesar de los grandes éxitos de las tropas anglo norteamericanas en los teatros de la guerra del Pacífico, Europa y el Mediterráneo, los eventos decisivos, como antes, continuaron desarrollándose en el frente soviético alemán. Allí, como antes, estuvieron concentradas las principales fuerzas de la Wehrmacht y sus aliados, lo cual se evidencia en la siguiente tabla.

Distribución de las tropas terrestres de Alemania y sus aliados en los frentes de operaciones entre 1941 y 1945 (en número de divisiones)

Frente	22 de junio de 1941	abril de 1942	noviembre de 1942	abril de 1943	enero de 1944	junio de 1944	enero de 1945
Soviético alemán	190	219	266	231	245	239,5	195,5
Otros	9	11	12,5	14,5	21	85	107

Las tropas soviéticas que desarrollaron la grandiosa ofensiva desde el mar de Barents hasta el mar Negro en un frente de 4 500 km, contaban con 6 600 000 hombres, 98 100 cañones y morteros, 7 100 tanques y cañones de asalto, y alrededor de 12 900

aviones de combate.[1] Además, formaban parte de ellas grandes y pequeñas unidades polacas, checoslovacas, rumanas y yugoslavas y el regimiento aéreo francés "Normandía-Niemen".[2] El Ejército Soviético controlaba con firmeza la iniciativa estratégica y se iba acercando a los centros vitalmente importantes del enemigo. La retaguardia abastecía al frente de todo lo necesario para la ulterior ofensiva. Ya a fines de marzo de 1944, las tropas del 2° Frente de Ucrania, bajo el mando del Mariscal de la Unión Soviética I. Kónev, irrumpieron en el territorio de Rumanía. A comienzos de junio, el Ejército Soviético llegó a los accesos de Polonia y Checoslovaquia.

Como resultado de las operaciones de mayor envergadura de 1944 y 1945, brillantes por su concepción y realización (operaciones de Bielorrusia, Lvov-Sandomierz, Iasi-Kishiniov, Vístula-Oder, Pétsamo-Kirkenes, Budapest, Belgrado, Praga, Berlín y, después que la URSS entró en guerra con Japón, la operación de Manchuria y otras), el Ejército Soviético liberó, total o parcialmente, los territorios de Rumanía, Polonia, Checoslovaquia, Bulgaria, Yugoslavia, Hungría, Austria, Finlandia, Noruega, Dinamarca, Alemania, China y Corea.

En su enfrentamiento a un enemigo fuerte y astuto, el Ejército Soviético sufrió, cumpliendo su misión liberadora, grandes bajas: más de 3 millones de hombres, de los cuales más de un millón fueron muertos. Los combatientes soviéticos consideraban un deber internacional ayudar a los pueblos de otros países y, a pesar del gran número de víctimas, cumplían sin vacilaciones ese deber.

Los pueblos de las naciones liberadas por el Ejército Soviético recibían calurosamente y expresaban su agradecimiento a los combatientes soviéticos, les manifestaban su profundo respeto y gratitud. Citaremos un ejemplo:

En los combates por la aldea de Guerasimóviche, perteneciente a la provincia de Bialystok, el 26 de julio de 1944, cayó heroicamente G. P. Kunavin, comunista, cabo del 1021° Re-

---

[1] *Historia de la Segunda Guerra Mundial de 1939-1945*, 1978, t. 9, pp. 17, 19.

[2] *La misión liberadora de las Fuerzas Armadas Soviéticas en la Segunda Guerra Mundial.* Moscú, 1971, p. 80 (en ruso).

gimiento de Fusileros. Cuando la compañía a la que él pertenecía atacaba Guerasimóviche, una ametralladora enemiga enclavada en una altura que controlaba el lugar les impedía avanzar. La compañía echó cuerpo a tierra. Entonces el valiente combatiente se lanzó al frente y tapó la tronera con su cuerpo. La compañía se alzó con ímpetu. Avanzando rápidamente, los combatientes soviéticos liberaron la aldea. El 9 de agosto de 1944, los habitantes de Guerasimóviche, reunidos en asamblea, adoptaron el siguiente acuerdo: "Grígori Pávlovich Kunavin llegó hasta nosotros, hasta nuestra tierra, desde los lejanos Urales, como combatiente libertador. Su corazón fue atravesado por las balas del enemigo; pero abrió el camino hacia la victoria a otros combatientes del Ejército Rojo tan valientes como él mismo. Él combatía por nuestra felicidad, para que el enemigo nunca pusiera su planta en el umbral de nuestra casa.

"Enarbolamos el nombre del soldado ruso Grígori Kunavin como bandera de la gran hermandad de los pueblos ruso y polaco... En prueba de agradecimiento al hermano libertador ruso, la asamblea de vecinos de la aldea Guerasimóviche acuerda:

"1. Inscribir el nombre del combatiente ruso Grígori Pávlovich Kunavin en la lista de los ciudadanos honorarios de la aldea polaca de Guerasimóviche.

"2. Esculpir su nombre en una tarja de mármol que será situada en el centro mismo de la aldea.

"3. Solicitar que se dé el nombre de Grígori Kunavin a la escuela donde estudian nuestros hijos.

4. Que los maestros empiecen cada año la primera lección en el primer grado hablando del heroico combatiente y de sus compañeros de armas, con cuya sangre se conquistó el derecho de los niños polacos a la dicha y la libertad."[1]

El mito del "expansionismo soviético" y de la "exportación de la revolución". La misión liberadora de las Fuerzas Armadas soviéticas es objeto de gran atención por parte de los historiadores occidentales, quienes intentan denigrarla y con ese fin han creado

[1] Revue Internationale D'Histoire Militaire. (Revue Périodique), N° 44, 1979, p. 187.

el mito del "expansionismo soviético". Esos historiadores afirman que las tropas soviéticas irrumpieron en el territorio de otros países en contra de la voluntad de sus pueblos. H.-A. Jacobsen, historiador de la RFA, afirma de manera categórica que el Ejército Soviético "bajo la consigna de liberación y con la ayuda de sus bayonetas comenzó a imponer gobiernos comunistas".[1] El cálculo se reduce a aprovechar estas invenciones para avivar el mito de la "amenaza militar soviética", y trata de clavar una cuña en las relaciones fraternales entre la URSS y otros países de la comunidad socialista.

Esas especulaciones están calculadas para el lector mal informado. Son ofensivas para los pueblos de Yugoslavia, Polonia, Checoslovaquia, Noruega y otros países, que llevaron a cabo una lucha tenaz contra los ocupantes fascistas y saben que la Unión Soviética fue su fiel aliada en esa lucha.

También es bien conocido que la Unión Soviética, al liberar a otros países de los agresores fascistas, se guió rigurosamente por los tratados y los acuerdos existentes. El Ejército Soviético entró en Polonia según un acuerdo al cual se llegó con la Krajowa Rada Narodowa en la primavera de 1944. Análogos acuerdos se firmaron con Checoslovaquia en diciembre de 1943 y con Noruega en mayo de 1944. La cuestión de que el Ejército Soviético trasladara las hostilidades al territorio yugoslavo se acordó con el Mando Supremo del Ejército Popular de Liberación de Yugoslavia, etc.[2] Al enviar sus Fuerzas Armadas a liberar naciones de Europa y Asia, la Unión Soviética jamás ha intervenido en sus asuntos internos y siempre ha respetado las costumbres y las tradiciones nacionales de los pueblos.

La autoría de las invenciones sobre la "exportación de la revolución" pertenece a W. Churchill, quien hace muchos años lanzó a la propaganda burguesa el "argumento" del denominado reparto de las "esferas de influencia" entre Inglaterra y la URSS en los Balcanes. En diferentes variantes, muchos historiadores y autores de memorias reaccionarios repiten el mismo estribillo de las invenciones acerca del "reparto". Las repite C. Bohlen en sus

---

[1] H.-A. Jacobsen: *Der Weg zur Teilung der Welt. Politik und Strategie 1939-1945*, p. 19.
[2] *Revista Internacional*, mayo de 1980, N°5, p. 67.

memorias *Testigo de la historia* [*Witness to History 1924-1969*] y C. L. Mee en *Encuentro en Potsdam* [*Meeting at Potsdam*]. También se refieren a ellas F. L. Loewenheim, H. Langley y M. Jonas en los comentarios a los documentos de la correspondencia secreta de Roosevelt y Churchill.[1] La esencia de esas invenciones se reduce a que Churchill, durante un encuentro con J. V. Stalin en octubre de 1944, recibió al parecer la anuencia de la dirección soviética para el reparto de las "esferas de influencia".[2]

¿Qué hay de cierto y qué de mentira?

Conviene recordar las circunstancias del surgimiento de la versión acerca del reparto de las "esferas de influencia" en los Balcanes.

...Octubre de 1944. Sólo era cuestión de tiempo la derrota definitiva de la Alemania fascista, atenazada entre dos frentes. El Ejército Soviético, aniquilando en cruentos combates las fuerzas y las máquinas del enemigo, liberaba los pueblos de Europa de la esclavitud fascista. Las tropas soviéticas culminaban la liberación de Rumanía, expulsaban a los hitlerianos de las regiones orientales de Polonia; ya habían hecho irrupción en los territorios de Bulgaria, Hungría, Noruega, Checoslovaquia y Yugoslavia y, apoyándose en la ayuda de los pueblos de estos países, desarrollaban la ofensiva más allá, hacia Occidente. La situación revolucionaria se incrementaba como resultado de la expulsión de los ocupantes fascistas y el desarrollo del movimiento democrático en los países europeos liberados.

En esa situación llegó W. Churchill a Moscú. Se derrumbaba la "estrategia balcánica" de los aliados occidentales, cuya esencia consistía en enviar a los Balcanes a través del paso de Liubliana, los ejércitos anglo norteamericanos que se encontraban en Italia, y establecer en los países balcánicos regímenes reaccionarios proingleses y pronorteamericanos. Churchill —escribe uno de

---

[1] *Roosevelt and Churchill. Their Secret Wartime Correspondence.* Editado por Frances L. Loevvenheim, Harold D. Llangley, Manfred Jonas, Saturday Review Press/E. P. Dutton&Co., Inc., New York, 1975, p. 584.

[2] Charles L. Mee: *Meeting at Potsdam.* Purnell Book Services, Limited, Thetford, 1975, p. 118; Charles Bohlen: *Witness to History 1924-1969.* Norton, New York, 1973, pp. 161-163.

sus ministros, Oliver Lyttelton— "una y otra vez llamó la atención sobre las ventajas que se obtendrían si los aliados occidentales fueran, en lugar de los rusos, los libertadores y los ejércitos ocupantes de algunas de las capitales, Budapest, Praga, Viena, Varsovia, parte de la propia base de Europa".[1] Hace varios años se publicó en los Estados Unidos un memorándum de uno de los principales diplomáticos norteamericanos, W. Bullitt, del 10 de agosto de 1943 dirigido al presidente Roosevelt, el cual es una prueba más de la existencia de esos planes. En el memorándum se señala, especialmente: "Nuestros objetivos políticos exigen el establecimiento de fuerzas británicas y norteamericanas en los Balcanes y Europa Central y Oriental." "Su primer objetivo —continuaba Bullitt— debe ser la derrota de Alemania; el segundo, impedir el camino hacia Europa del Ejército Rojo."[2]

K. Greenfield considera que la iniciativa en la elaboración de la "variante balcánica" de estrategia de los aliados occidentales pertenecía a Roosevelt. En 1942, "fue Roosevelt quien tomó la iniciativa de alentar las más brillantes esperanzas de Churchill" y dispuso que los jefes de los Estados Mayores exploraran las posibilidades de movimiento hacia adelante "dirigido contra Cerdeña, Sicilia, Italia, Grecia y otras zonas de los Balcanes ('Balcanes' iba subrayado) e incluir la posibilidad de obtener apoyo turco para un ataque a través del mar Negro contra el flanco de Alemania".[3]

En octubre de 1944, la situación político militar no permitía hacer realidad esos planes. Entonces Churchill se planteó como tarea lograr de la Unión Soviética su anuencia para cierto "reparto de influencia" en los Balcanes, pero sufrió, naturalmente, una derrota. En sus memorias, Churchill intentó rehabilitarse a última hora y adjudicar a la Unión Soviética la misma política imperialista que intentaron los círculos gubernamentales de las potencias occidentales en los países balcánicos.

Así, bajo su pluma nació la versión acerca del "reparto de in-

---

[1] *The Memoirs of Lord Chandos Oliver Lyttelton.* The Bodley Head, London, 1962, p. 178.
[2] *The New York Times*, 26 de abril de 1970, p. 30.
[3] Kent Roberts Greenfield: *American Strategy in World War II: A Reconsideration*, The Johns Hopkins Press, Baltimore, 1963, p. 70.

fluencia" en los Balcanes; versión esgrimida por múltiples historiadores burgueses.

Los documentos soviéticos de la conversación de J. V. Stalin con W. Churchill el 9 de octubre de 1944, que se conservan en la Dirección de Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de la URSS, aclaran la esencia de los acontecimientos. En esos documentos aparece lo siguiente: "Churchill anunció que había confeccionado un documento bastante sucio y chapucero, en el cual se mostraba la distribución de la influencia soviética y británica en Rumanía, Grecia, Yugoslavia y Bulgaria. La tabla fue confeccionada por él para mostrar qué piensan los británicos acerca de esta cuestión."

El documento soviético confirma que Churchill, en el transcurso de esas conversaciones, planteó realmente la idea de repartir algunos países por esferas de influencia. Como resultado, para el Gobierno soviético quedó claro por completo a qué aspiraban los círculos gubernamentales británicos. No obstante, es una invención la afirmación de Churchill acerca de que Stalin dio su anuencia para el reparto de las esferas de influencia.[1]

Por último, una prueba convincente que refuta las invenciones de Churchill resultaron los documentos ingleses —que dejaron de ser un secreto hace poco— de ese encuentro, los cuales confirman igualmente que J. V. Stalin no dio ningún tipo de aprobación al reparto propuesto por Churchill.[2]

Algunos historiadores occidentales pusieron en duda tanto la versión de Churchill, como la interpretación de la historiografía reaccionaría de la política de la URSS en los países liberados por el Ejército Soviético. En particular, G. Kolko señala el carácter realista de la política soviética. Según su opinión, hacia octubre de 1944 estaba bastante claro que "la Unión Soviética estaba siguiendo una política pluralista en Europa Oriental basada en las condiciones políticas específicas de cada país".[3]

---

[1] *International Affairs* (Mezhdunaródnaya zhizñ). Moscú, agosto de 1958, N°8, p. 57.
[2] PRO, Prem. 3, 434/4, p. 6.
[3] Joseph M. Siracusa: *New Left Diplomatic Histories and Historians*, Kennikat Press, Inc., New York-London, 1973, p. 96.

Los documentos permiten establecer sin dificultad que el Gobierno soviético, al enviar sus Fuerzas Armadas a liberar países de Europa y Asia, actuaba rigurosamente en correspondencia con las normas del derecho internacional; prestaba una gran ayuda a los pueblos que se habían levantado en lucha contra el fascismo germano italiano y el militarismo japonés.[1]

La versión burguesa de la "exportación de la revolución" sólo es un tributo al antisovietismo. V. I. Lenin señaló: "Las revoluciones no se hacen por encargo, no se acomodan a tal o cual momento, sino que van madurando en el proceso del desarrollo histórico y estallan en el instante condicionado por un conjunto de causas interiores y exteriores."[2]

Es sabido que en varios países, en cuyos territorios estuvieron las tropas soviéticas (Noruega, Dinamarca, Austria, Irán, Finlandia), rige aún el régimen burgués. Al mismo tiempo, en Albania, Vietnam y Cuba no estuvieron las tropas soviéticas y, no obstante, en esos países se produjeron revoluciones.

Los infundios acerca de las "crueldades". Algunos autores reaccionarios, sin molestarse en estudiar los hechos, acusan calumniosamente al Ejército Soviético de "crueldades", de haber realizado "actos de violencia y saqueos" en los territorios liberados.[3]

Pero esas acusaciones no proceden. Los combatientes so-

---

[1] Acerca de esta cuestión, ver con más detalles en *La misión liberadora de las Fuerzas Armadas soviéticas en la Segunda Guerra Mundial;* S. S. Gromov y N. I. Shishov: "La colaboración militar en la lucha contra el fascismo", en *Voprosi Istorii* (Cuestiones de Historia), 1975, N°5, pp. 3-21.

[2] *El marxismo-leninismo acerca de la guerra y el ejército.* Bib. El Oficial, La Habana, 1946, p. 113.

[3] John Toland: *The Last 100 Days.* Random House, Nueva York, 1966, p. 566. A acusaciones difamatorias contra el Ejército Soviético está "dedicado", casi por completo, el libro *La última batalla* de Cornelius Ryan, el cual ya ha recibido la debida respuesta de parte de los historiadores soviéticos. Ver D. Kraminov: "Los falsificadores. A quién quiere complacer el señor Ryan", en *Pravda*, 10 de julio de 1966; I. Záitsev. "La larga mentira del señor Ryan", en *Za Rubezhom* (*En el extranjero*), N°34, 19-26 de agosto de 1966, pp. 19, 20; *Guerra, historia, ideología.* Moscú, 1974, pp. 164-166 (todos en ruso).

viéticos, educados en el espíritu del internacionalismo proletario, nunca basaron sus acciones en un sentimiento de odio, ni hacia el pueblo alemán ni hacia los pueblos de las naciones que actuaron como aliados y satélites de Alemania. El Partido Comunista y el Gobierno soviético han subrayado, en reiteradas ocasiones, que la Unión Soviética llevaba a cabo la guerra contra el fascismo alemán y no contra el pueblo de ese país. Con motivo del acercamiento de las tropas soviéticas a las fronteras de Alemania, el 19 de enero de 1945, el Jefe Supremo J. V. Stalin exigió a todo el personal de las Fuerzas Armadas no permitir casos de trato incorrecto a la población alemana.[1]

El Ejército Soviético entró en el territorio de Alemania guiado por un solo objetivo: cumplir los acuerdos de las potencias aliadas, culminar la derrota del hitlerismo y prestar ayuda al pueblo alemán para su liberación del yugo fascista y en la construcción de una nueva vida sobre bases democráticas. Todas las acciones de los combatientes soviéticos en tierra alemana, estaban impregnadas del espíritu del internacionalismo y de un humanismo excepcional. Citemos un ejemplo. Los hitlerianos, que retenían uno de los edificios de viviendas de Berlín, obstaculizaban el avance de un grupo de combatientes soviéticos. No obstante, los soldados soviéticos rogaron a los tanquistas y los artilleros que los apoyaban con su fuego no destruir esa casa, pues en los pisos bajos y en los sótanos se refugiaban mujeres y niños.[2] De la bondad y el humanismo del soldado soviético nos habla la actitud de Nikolái Masalov, quien bajo un intenso fuego del enemigo, arriesgando su propia vida, salvó a una niña alemana. Ejemplos como éstos hubo muchos.[3]

C. Ryan, J. Toland y otros afirman que la población alemana "le tenía un miedo tremendo" al Ejército Soviético, pero silencian que ese miedo sin fundamento al Ejército Rojo les había sido inculcado por la propaganda de Goebbels, por la prensa y la radio fascistas. Afirmaban que "caer en poder de los rusos es más

---

[1] Ver *Cincuenta años de las Fuerzas Armadas de la URSS*, p. 394, (en ruso).
[2] Ver F. D. Vorobiov, I. V. Parotkin y A. N. Shimanski: *El último asalto*. Moscú, 1975, p. 338 (en ruso).
[3] F. D. Vorobiov, I. V. Parotkin y A. N. Shimanski: *El último asalto*, p. 338.

terrible que la misma muerte". Recordemos que por orden de Hitler fueron volados en Berlín, el 28 de abril, los diques que separaban el canal Landwehr de los túneles del metro. El agua comenzó a inundar los túneles. Esto fue una sorpresa total para los berlineses, quienes se resguardaban de las bombas, las granadas y las balas en los túneles. Miles de personas, en particular niños, mujeres, ancianos y heridos, se ahogaron ese día en los túneles del metro.

Inmediatamente después de comunicada la capitulación de Berlín, el mando soviético adoptó medidas para abastecer de víveres a la población. Ya el 2 de mayo de 1945, en muchos lugares de la ciudad estaban instaladas cocinas soviéticas de campaña, donde recibían comida caliente los niños, las mujeres, los ancianos y los soldados alemanes que se habían entregado prisioneros. Ni los cuatro años de guerra ni los crímenes cometidos por los fascistas en tierra soviética, engendraron en los combatientes soviéticos crueldad o ansia de venganza hacia el pueblo alemán.

El mando soviético adoptó medidas urgentes dirigidas a la reparación de las centrales eléctricas, las cañerías de agua, el alcantarillado y el transporte urbano en Berlín. A comienzos de junio en la ciudad ya funcionaba el metro, circulaban los tranvías, y el agua, el gas y la electricidad llegaban a las casas. La preocupación manifestada por las tropas soviéticas disipaba el embotamiento provocado por la propaganda fascista. "Nosotros no esperábamos esa generosidad hacia el pueblo alemán", declaró un médico alemán poco después de la liberación de la ciudad.[1] Un electricista berlinés, al valorar la nueva situación existente en la ciudad, dijo: "Las semanas horribles han quedado atrás. Los nazis nos asustaban diciéndonos que los rusos enviarían a todos los alemanes como esclavos eternos a la fría Siberia. Ahora vemos que eso era una mentira descarada."[2]

Sin embargo, de la ayuda desinteresada del Ejército Soviético a la población de Berlín no se dice nada en los trabajos de Toland, Sulzberger, Ryan y otros autores occidentales, aunque les gusta argüir "objetividad" en el material que presentan. Así,

---

[1] Ibíd., p. 376.
[2] Ibíd.

vemos que Toland asegura que todo lo escrito por él está basado en testimonios de personas a las que entrevistó. Pero incluso el general de brigada S. Marshall, que no se distingue por simpatizar con la Unión Soviética, manifestó sus dudas respecto a la confiabilidad de esos testimonios: "Toland se apoya mucho en declaraciones de participantes y testigos oculares, que recopiló años después —escribe Marshall en la crítica al libro de Toland *Los últimos cien días*—. Aunque eso merece orquídeas por la empresa, como saben todos los historiadores, éste es un material peligrosamente engañoso."[1] En este caso, S. Marshall ha reparado, de manera correcta, en una de las particularidades no sólo del libro de J. Toland, sino también de la mayoría de la literatura burguesa acerca de la lucha armada en el frente soviético alemán: el carácter falsificado del estudio de las fuentes que conforman el fundamento de esta literatura.

La hazaña internacional del Ejército Soviético le conquistó gloria mundial. La URSS, tras haber realizado su misión liberadora en los años de la guerra, prestó a los pueblos de muchos países ayuda multilateral en la consolidación de la libertad y la independencia, los protegió de las intrigas contrarrevolucionarias del imperialismo internacional. "Quien sufrió la Segunda Guerra Mundial y tomó parte en la lucha antifascista —señaló el Secretario General del CC del Partido Comunista de Checoslovaquia, Gustav Husák—, nunca olvidará el papel excepcional desempeñado por la URSS en la batalla por la libertad de los pueblos; nunca olvidará sus víctimas, el heroísmo de su pueblo y su ejército. No olvidará que esa lucha y esas víctimas de la URSS les ofrecieron a muchos pueblos la posibilidad de reencontrar su libertad nacional y su independencia estatal, así como iniciar la lucha por la victoria de la clase obrera, por el camino hacia el socialismo."[2] Esa es la verdad de la historia.

Acerca del aporte de la URSS a la victoria sobre el Japón militarista

[1] S. L. A. Marshall: "Götterdammerung", en *The New York Times Book Review*, 13 de febrero de 1966, pp. 1, 51.

[2] *Conferencia Internacional de los Partidos Comunistas y Obreros. Documentos y materiales. Moscú, 5-17 de junio de 1969.* Moscú, 1969, pp. 180, 181 (en ruso).

La decisión de la URSS de entrar en guerra con Japón estuvo dictada por sus compromisos con los aliados y respondía a los intereses de los pueblos de todas las naciones aún inmersas en la conflagración bélica. La Unión Soviética necesitaba garantizar la seguridad de sus fronteras en el Lejano Oriente, amenazadas por Japón en el transcurso de toda la historia del Estado soviético. Sus acciones adquirieron un carácter particularmente peligroso en el período más difícil para la URSS durante la guerra contra Alemania, cuando Japón —violando groseramente el tratado de neutralidad— preparó, en reiteradas ocasiones, el ataque a la URSS y no lo efectuó sólo a causa de las derrotas consecutivas de la Wehrmacht en el frente soviético alemán. La política traicionera del Gobierno japonés obligó a la URSS a mantener, durante toda la guerra, hasta 40 divisiones en sus fronteras del Lejano Oriente,[1] divisiones en extremo necesarias para la lucha contra la invasión fascista. Así, la guerra de la Unión Soviética contra Japón fue la continuación lógica de la Gran Guerra Patria.[2]

La falsificación de los acontecimientos en el Lejano Oriente. En la literatura burguesa se está llevando a cabo, desde hace ya bastante tiempo, una discusión —inspirada artificialmente— acerca del aporte de la URSS a la victoria sobre el Japón militarista. Al responder a una interrogante planteada por los historiadores norteamericanos acerca del papel desempeñado por la URSS en la victoria sobre Japón, H. Truman, siendo presidente de los Estados Unidos, declaró que "los rusos no hicieron ninguna contribución militar a la victoria sobre Japón". Esta declaración —poco común por su irresponsabilidad, incluso entre los políticos burgueses— se publicó en una de las obras norteamericanas oficiales acerca de historia militar[3] y, más tarde, ha sido retomada por muchos historiadores y autores de memorias burgueses. L. Morton se encargó de demostrar que hacia el verano de 1945 Japón estaba derrotado y, por consiguiente, fue errónea la solicitud de que

---

[1] A. M. Samsónov: *El fracaso de la agresión fascista. Ensayos históricos.* Moscú, 1980, p. 693 (en ruso).
[2] *Historia de la Segunda Guerra Mundial de 1939-1945*, 1979, t. 11, p. 6.
[3] *The Army Air Force in World War II*, vol. 5, The University of Chicago Press, Chicago, 1953, p. 712.

la URSS entrara en guerra contra él.[1] R. L. Garthoff utilizó la falsificación de los acontecimientos en el Lejano Oriente, para deslucir la política soviética en los años de la guerra. Escribe: "Al habérseles satisfecho la mayoría de sus objetivos por los aliados occidentales en Yalta como recompensa por la ayuda contra los japoneses, los rusos denunciaron su tratado de no agresión y entonces, aunque éste todavía estaba en vigor, atacaron en agosto de 1945. En todo caso habrían entrado para compartir los frutos de la victoria, pero Stalin pudo minimizar la culpa por su violación del tratado de no agresión, al solicitar y obtener, una carta del presidente Truman en la cual se solicitaba a la URSS entrar en la guerra."[2]

Sin embargo, la historia es implacable con los falsificadores de cualquier clase.

Los resultados de las grandiosas batallas en el frente soviético alemán, que determinaron el viraje en el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial, también ejercieron una influencia importantísima en la situación de las partes contendientes en el teatro de hostilidades del océano Pacífico y obligaron al mando japonés a reconsiderar la estrategia en el Pacífico y pasar a la defensiva.

El jefe de las fuerzas armadas de los Estados Unidos en el Lejano Oriente, general MacArthur, poco antes de la capitulación de su guarnición en las Filipinas en 1942, se dirigió a las tropas en una alocución, en la cual dijo: "La situación internacional creada muestra que, en la actualidad, las esperanzas de la civilización están indisolublemente unidas a las acciones del heroico Ejército Rojo, a sus gloriosas banderas."[3]

La derrota de la Alemania hitleriana y su capitulación predeterminaron el desenlace de la guerra. Sin embargo, la victoria sobre la Alemania fascista no condujo, de manera automática, a la derrota de los agresores japoneses. Aún se requirió bastantes esfuerzos para aniquilarlos y, con ello, dar culminación a la Segunda Guerra Mundial.

---

[1] L. Morton: "Soviet Intervention in the War with Japan", en *Foreign Affairs*, vol. 40, junio de 1962, N°4, p. 662.

[2] R. L. Garthoff: *Soviet Military Policy. A Historical Analysis*, p. 19.

[3] Willam Manchester: *American Caesar.* A Dell Book, New York, 1979, p. 283.

Como evidencia G. Kennan, según los cálculos del Comité Combinado de Jefes de Estados Mayores presentados a F. Roosevelt y W. Churchill en la Segunda Conferencia de Quebec (noviembre de 1944), las fuerzas armadas de los Estados Unidos y Gran Bretaña necesitaban 18 meses, a partir del fin de la guerra con Alemania, para obligar a Japón a capitular. En otras palabras, la guerra contra Japón podía dilatarse hasta fines de 1946.[1] Ante las fuerzas armadas de los aliados estaba planteada la tarea de aniquilar un ejército japonés de 5 millones de hombres, entre quienes había varios miles de combatientes suicidas. En los círculos militares de los Estados Unidos provocaban particular preocupación las tropas japonesas acantonadas en Manchuria y en otras zonas vecinas a las fronteras de la URSS, donde se encontraban, de manera permanente, 2/3 de los tanques, la mitad de la artillería y las divisiones imperiales élites. Ellos valoraban las unidades de la artillería japonesa como las mejores, y luchar contra ellas, según los cálculos norteamericanos, conduciría a un aumento de las bajas norteamericanas en más de un millón de hombres. Es verdad, algunos historiadores de los Estados Unidos han intentado reducir la fuerza del ejército de Kwantung, pero en este sentido no han logrado aportar pruebas convincentes.[2]

Según el ejército de los Estados Unidos se acercaba a las islas japonesas, se recrudecía ostensiblemente la resistencia de las tropas japonesas. El 18 de junio de 1945, el jefe del Estado Mayor del Ejército de los Estados Unidos, general A. Marshall, en un encuentro con Truman en la Casa Blanca, le comunicó datos según los cuales las bajas norteamericanas en los combates por las islas Iwo Jima y Okinawa se incrementaron casi en tres veces (como "patrón" se tomaron los datos de las pérdidas en los combates por las islas Leyte y Luzón). Los militaristas japoneses

---

[1] G. F. Kennan: *Russia and the West under Lenin and Stalin.* Little, Brown and Company, Boston, 1961, p. 378.

[2] R. L. Garthoff: "The Soviet Manchurian Campaign, August 1945", en *Military Affairs*, vol. XXXIII, N°2, octubre de 1969, pp. 313, 314. El destacado historiador japonés profesor A. Fujiwara, en su intervención ante la Conferencia Científica, celebrada en Moscú en noviembre de 1975, citó datos acerca del Ejército de Kwantung, según los cuales sus efectivos —contando las unidades agregadas para el momento de la entrada de la URSS en la guerra contra Japón— ascendían a 1,2 millones de hombres, lo cual corresponde en general a la realidad.

decretaron la movilización total y, siguiendo el ejemplo de los hitlerianos, trataron de convertir su guarida en un bastión inexpugnable. Marshall subrayó que la importancia de la entrada de la Unión Soviética en la guerra consistía en que podía ser la acción decisiva que obligara a Japón a capitular.

Sin embargo, K. R. Greenfield considera que los Estados Mayores norteamericanos no valoraron de manera correcta la situación. En su opinión, los bombardeos aéreos a Japón y los golpes asestados por las fuerzas navales norteamericanas, "obligaron a rendirse a los japoneses sin una invasión de su país por parte del Ejército".[1] Pero Greenfield no se refiere en absoluto a que los conquistadores japoneses lograron obtener, a comienzos de 1945, grandes éxitos en China: llegaron a las zonas suroccidentales de ese país y se unieron con sus tropas que actuaban en la Indochina francesa. Se estableció una línea continua del frente de Pekín a Singapur. Las tropas terrestres de Japón eran aún una gran fuerza y quedaba por delante una prolongada lucha para aniquilarlas.

Todo esto condicionó la petición insistente de los Estados Unidos e Inglaterra al Gobierno soviético para que entrara en la guerra contra Japón.

La URSS es fiel a su deber. El 8 de agosto de 1945, la Unión Soviética, fiel a sus compromisos con los aliados, entró en la guerra contra Japón en la fecha prevista y asestó un golpe demoledor a la agrupación de tropas terrestres más fuerte del ejército nipón, que se encontraba en los territorios de Manchuria, Corea, Sajalín Meridional y las Islas Kuriles. En esos días, H. Truman dijo en nombre del Gobierno de los Estados Unidos: "Damos la bienvenida con gusto a esta lucha... a nuestro gallardo y victorioso aliado." Pero transcurridos varios años, olvidó estas palabras y comenzó a afirmar que "dejar caer las bombas puso fin a la guerra".[2]

Estas últimas afirmaciones de Truman se presentan como una verdad que no requiere comprobación. Aún más, en el libro

---

[1] K. R. Greenfield: *American Strategy in World War II: A Reconsideration*, p. 87.
[2] *The Army Air Force in World War II*, vol. 5, p. 712.

Grandes acontecimientos del siglo XX [*Great Events of the 20th Century*], publicado por la redacción norteamericana de la revista *Reader's Digest*, en la parte dedicada a la Segunda Guerra Mundial, no se hace absolutamente ninguna referencia a que la URSS llevó a cabo la guerra en el Lejano Oriente. En ese libro, los últimos días de la guerra se describen de la siguiente manera: "El 6 de agosto de 1945 se lanzó una bomba atómica sobre Hiroshima, y el mundo cambió por completo. Incluso la devastación de los seis años anteriores pareció palidecer en comparación con el espeluznante poder de esta arma. Ella puso fin a la Segunda Guerra Mundial."[1] En el *Gran Atlas de la Segunda Guerra Mundial* [*Der Grosse Atlas zum II Weltkrieg*], publicado en la RFA, se dice que "los japoneses, sin embargo, no cedían. Sólo después de haber caído la segunda bomba atómica capitularon."[2] En Inglaterra, en la obra colectiva *La Segunda Guerra Mundial* [*World War II*], se afirma asimismo que fue precisamente la bomba atómica la que convenció a Japón de "aceptar una rendición incondicional, que había llegado a ser inevitable".[3]

En todos estos casos los autores evitan valorar, en realidad ese bárbaro acto del bombardeo atómico, el cual arrasó con cientos de miles de vidas de la población civil y sirvió a los fines del chantaje atómico a la URSS y las fuerzas progresistas.

Conviene señalar que en el mismo Japón la entrada de la URSS en la guerra (tanto antes de los bombardeos atómicos norteamericanos, como después de ellos) se ha valorado de manera diferente a como lo hacen hoy día muchos historiadores de los Estados Unidos. "Es absolutamente necesario —se señalaba en un acuerdo del Consejo Supremo de la Dirección de la Guerra, reunido en Tokío en mayo de 1945—, sin tener en cuenta cómo pueda desarrollarse la guerra contra Gran Bretaña y Norteamérica, que nuestro Imperio haga esfuerzos supremos por evitar que la URSS participe en la guerra contra nosotros, porque

---

[1] *Great Events of the 20th Century, How They Charged Our Lives.* The Reader's Digest Association (Canada) Limited, Montreal, 1977, p. 358.
[2] *Der Grosse Atlas zum II Weltkrieg.* Südwest Verlag, Múnich, 1975, p. 280.
[3] *World War II. Land, Sea & Air Batlles 1939-1945.* Sundial Books Limited, London, 1977, p. 9.

esto será un golpe fatal a nuestro Imperio."[1]

También es curioso el siguiente punto de vista de algunos historiadores japoneses. "Aunque los Estados Unidos tratan de presentar el bombardeo atómico a algunas ciudades japonesas como resultado del deseo de acelerar el fin de la guerra, en realidad estas bombas, que asesinaron gran número de habitantes pacíficos, no condujeron a Japón a la decisión de terminar la contienda... No fueron las víctimas entre los habitantes pacíficos como resultado del bombardeo atómico, sino el temor a una revolución después de la entrada de la URSS en la guerra, lo que condicionó la rápida terminación de ésta."[2] La primera reunión del Gabinete japonés después de los bombardeos, celebrada el 9 de agosto de 1945, no se dedicó a la influencia de las bombas atómicas en el curso de las acciones militares, sino a la total variación de la situación como resultado de la entrada de la URSS en la contienda. K. Suzuki, primer ministro de Japón, en la sesión del Consejo Supremo de la Dirección de la Guerra, declaró: "La entrada de la Unión Soviética en la guerra esta mañana, nos coloca definitivamente en una situación sin salida y hace imposible la continuación de la guerra."[3]

También está difundida otra versión, cuyo objetivo consiste en denigrar a las Fuerzas Armadas Soviéticas que participaron en la derrota de Japón. Esta versión la inventó el antes citado Garthoff, en su artículo "La campaña del Ejército Soviético en Manchuria en agosto de 1945", publicado por la revista *Military Affairs*.[4] La esencia de la versión se reduce a que la Unión Soviética, aunque "no había terminado los preparativos para la ofensiva", se vio obligada a "lanzar su campaña una fecha algo más temprana de lo planeado... apremiada por el primer ataque atómico norteamericano sobre Japón el 6 de agosto".[5] Al parecer,

---

[1] L. Brooks: *Behind Japan's Surrender.* McGraw-Hill Book Company, New York, 1968, p. 138.
[2] *Nihon Rekisi* (Historia de Japón), Tokío, 1977, t. 21, pp. 360, 361 (en japonés).
[3] Inoue Kiesi *at all: Historia del Japón actual.* Moscú, 1955, pp. 263, 264 (en ruso).
[4] R. L. Garthoff: "The Soviet Manchurian Campaign, August 1945", en *Military Affairs*, p. 34.
[5] Ibíd., p. 314.

el historiador norteamericano no sabe, o ignora, los hechos. Es bien conocido que la preparación de las Fuerzas Armadas Soviéticas para la guerra contra Japón, comenzó después de la Conferencia de Crimea, donde el Gobierno soviético, accediendo a insistentes ruegos de los Estados Unidos e Inglaterra, dio su anuencia para entrar en esa guerra. El 11 de febrero de 1945, los jefes de las tres potencias firmaron un acuerdo según el cual la URSS se comprometía a comenzar las hostilidades contra Japón dos o tres meses después de la derrota de Alemania.

El Cuartel General del Mando Supremo soviético preparó dos golpes principales —desde el territorio de la República Popular de Mongolia y Primorie— y varios golpes auxiliares en direcciones convergentes hacia el centro de Manchuria. Se planeaba rodear al ejército de Kwantung, para después dispersarlo en partes y destruirlo.

Con el fin de realizar este proyecto, en el Lejano Oriente se concentró el número necesario de tropas. Para completar las 40 divisiones que ya se encontraban allí, entre mayo y julio el mando soviético trasladó al Lejano Oriente al 39° y al 5° Ejércitos desde Prusia Oriental, y al 53° Ejército, al 6° Ejército de tanques de la Guardia y a la agrupación de caballería y tropas mecanizadas, desde la zona de Praga. De mayo a julio, de Occidente al Lejano Oriente y a Transbaikalia arribaron 136 000 vagones con tropas y material de guerra.[1] Para dirigir la operación se creó el Alto Mando de las tropas soviéticas en el Lejano Oriente y se formaron tres frentes: el de Transbaikalia y los 1° y 2° del Lejano Oriente. Como Comandante en jefe de las tropas se designó un destacado jefe militar, el Mariscal de la Unión Soviética A. Vasilievski. Del Frente de Transbaikalia formaban parte operativamente casi todas las Fuerzas Armadas de la República Popular de Mongolia, bajo el mando del experimentado jefe militar, Mariscal de la RPM, J. Choibalsán. El Comandante en jefe de las Fuerzas de la Marina de Guerra, almirante de la Flota N. Kuznetsov, destacado jefe naval, estaba responsabilizado de la coordinación de las acciones de la Flota del océano Pacífico y la flotilla del Amur con las tropas terrestres. Las directivas para los frentes se

[1] *La Gran Guerra Patria de la Unión Soviética de 1941-1945. Breve historia*, p. 543.

aprobaron por el Cuartel General el 28 de junio de 1945.[1] Todos los preparativos se terminaron en la fecha prevista. La Unión Soviética entró en guerra contra Japón tres meses después de la capitulación de la Alemania fascista, como estaba previsto en el acuerdo adoptado en la Conferencia de Crimea.

Los golpes demoledores del Ejército Soviético, apoyados por la ofensiva de las tropas de la hermana República Popular de Mongolia, así como por las acciones de las fuerzas patrióticas de otros países, hicieron variar de manera brusca la situación estratégica en el Lejano Oriente, crearon las condiciones para el poderoso auge de la lucha de liberación nacional de los pueblos y para la manifestación revolucionaria de los trabajadores japoneses en contra de la camarilla militarista que había sumido el país en la catástrofe. Todo esto determinó, en fin de cuentas, la capitulación de Japón.

¿Por qué es inconsistente la concepción burguesa de las "batallas decisivas"?

El surgimiento de la concepción de las "batallas decisivas" se remonta al fin de la guerra y está estrechamente relacionado con la actividad propagandística del Departamento de Defensa de los Estados Unidos.

El sentido de una concepción y su desarrollo. En 1945, el Departamento de Defensa de los Estados Unidos editó *Breve historia de la Segunda Guerra Mundial* [*A Brief History of World War II*], la cual contenía no pocas valoraciones objetivas que desaparecieron después de las páginas de las publicaciones oficiales de los Estados Unidos. Además, en ella ya era posible entrever algunas tendencias de las falsificación de la historia de la guerra. En particular, sus autores intentaban igualar en significado la batalla naval junto a la isla Midway y el desembarco de las tropas anglo norteamericanas en el norte de África con la derrota de las tropas fascistas en los alrededores de Stalingrado. "La noticia [de la victoria en la isla Midway. —*El autor*] fue la mejor que reci-

[1] Ver A. Vasilievski: *La causa de toda la vida.* Moscú, 1975, pp. 562, 563, (en ruso).

bieron los norteamericanos en 1942 —se dice en el libro—, sólo igualada por los desembarcos británico y norteamericano en África del Norte y la victoria rusa en Stalingrado."[1] En 1948, el teórico e historiador militar inglés, general J. Fuller, igualó en esencia acontecimientos como la derrota de las tropas germano fascistas en Stalingrado y la victoria de las tropas anglo norteamericanas en Túnez en mayo de 1943. Al hacer las conclusiones de la batalla de Stalingrado, Fuller escribió: "La iniciativa pasó, por último, de los alemanes a los rusos, como tres meses después pasó a manos anglo norteamericanas en la batalla de Túnez; pues la rendición del ejército de von Arnim en la península de cabo Bon fue el Stalingrado de África del Norte."[2] Lo mismo afirmaban los generales hitlerianos. "Los dramas que iban a tener su fin dentro de poco tiempo bajo el sol africano en Túnez y en las ruinas nevadas de Stalingrado —aseveran—, habían comenzado y devenían una seria advertencia del giro del destino."[3] El número de las "batallas decisivas" se incrementaba continuamente. Los historiadores germanoccidentales H.-A. Jacobsen y H. Dollinger afirmaban que Midway, Guadalcanal, El-Alamein, Túnez, Marruecos, Stalingrado y el final de la quinta fase de la batalla por el Atlántico, representaron los puntos de viraje de la Segunda Guerra Mundial.[4] El general de brigada P. Young arranca del principio cronológico: "En verdad, la marea había cambiado —declaró— en aquellos días de noviembre de 1942, cuando Montgomery emergió victorioso del campo de El-Alamein; cuando las huestes de Eisenhower desembarcaron en la costa de África del Norte; y cuando, después de una defensa épica, los rusos cercaron a sus sitiadores en las márgenes del Volga."[5]

Hacia mediados de la década del 60 culminó, en sus puntos

---

[1] *The World at War 1939-1944. A Brief History of World War II*, p. 166.

[2] J. F. C. Fuller: *The Second World War 1939-1945*. Eyre and Spottishwoode (Editores) Ltd., London, 1948, p. 257.

[3] *Weltkrieg 1939-1945. Ehrenbuch der Deutschen Wehrmacht.* Buch und Zeitschriften-Verlag, Dr. Hans Rieger, Stuttgart, 1954, p. 167.

[4] H. A. Jacobsen y Hans Dollinger: *Der Zweite Weltkrieg in Bildern und Documenten*, t. II, Múnich, dibujos y bocetos de Gottfried Wustmann, 1963.

[5] Peter Young: *World War 1939-1945. A Short History.* Arthur Barker Limited, London, 1966, p. 246.

fundamentales, la elaboración de la concepción de las "batallas decisivas". Pero aun antes de ese momento ya estaba claro su objetivo: demostrar que las batallas ganadas por los aliados anglo norteamericanos tuvieron la importancia primordial, así como los frentes donde realizaron las acciones de combate sus tropas. Los falsificadores han intentado convencer a los lectores de que el aporte decisivo a la derrota del bloque fascista militarista fue hecho por Inglaterra y los Estados Unidos, y no por la URSS.

En las páginas de sus obras, algunos historiadores afirman abiertamente que el objetivo de sus publicaciones consiste, ante todo, en demostrar el papel decisivo de los Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial. R. Dupuy (EE.UU.) en el prólogo al libro *Breve historia de la Segunda Guerra Mundial* [*World War II. A Compact History*], escribe que se planteó la tarea de registrar todo el conflicto "en espera de orientar al lector familiarizado con el esbozo del vasto panorama, y, al mismo tiempo, de apreciar el decisivo papel desempeñado por los Estados Unidos en la victoria del mundo libre sobre las potencias del totalitarismo".[1] El libro comienza con el capítulo "El ataque de Japón a Pearl Harbor", como predeterminando para los Estados Unidos el papel de "arquitecto de la victoria", el cual no le corresponde.

Una especie de "hito" en la elaboración de la concepción que analizamos es el libro de H. Baldwin, redactor militar del periódico *The New York Times*, publicado en los Estados Unidos en 1966. El libro recibió el título *Batallas perdidas y ganadas. Las grandes campañas de la Segunda Guerra Mundial* [*Battles Lost and Won. Great Campaigns of World War II*]. En él se citan y describen once acontecimientos de la guerra, diferentes por su importancia: la campaña en Polonia en 1939, la batalla por Bretaña, el desembarco en la isla de Creta, los combates por Corregidor, la batalla de Stalingrado, los combates por el atolón Tarawa, los desembarcos en Sicilia y Normandía, la batalla naval en el golfo de Leyte, las Ardenas y Okinawa.[2]

Con posterioridad, el número de acontecimientos importantes

---

[1] Richard Dupuy: *World War II. A Compact History.* Hawthorn Books, New York, 1969, p. VII.
[2] H. W. Baldwin: *Battles Lost and Won. Great Campaigns of World War II.* Harper&Row Publishers, New York, 1968.

de la guerra, en las obras de diferentes autores burgueses, o bien aumentan a 20, o bien disminuyen a 5, por lo general; pero en sus libros el lugar principal siempre se adjudica a los frentes y teatros donde llevaron a cabo sus acciones militares las fuerzas armadas de los Estados Unidos e Inglaterra. Es imposible dejar de señalar que Baldwin y quienes comparten su punto de vista silencian las batallas de Moscú, Kursk y otras ocurridas en el frente soviético alemán. Esos autores sólo consideraron decisiva la batalla de Stalingrado.

Es particularmente frecuente que los historiadores burgueses se refieran —como a batallas decisivas que determinaron el viraje radical de la guerra— a tres batallas en teatros terrestres (Stalingrado, El-Alamein y Túnez) y a dos en teatros navales (la batalla junto a la isla Midway y la batalla por la isla Guadalcanal).

Sin fundamento científico. Resulta evidentemente inadmisible comparar las dimensiones y, lo más importante, los resultados y las consecuencias político militares de las batallas señaladas. Los historiadores soviéticos han estudiado este problema de manera bastante profunda. Recordemos sólo algunos hechos.

En la zona de El-Alamein (de octubre a noviembre de 1942) se enfrentaron a los ingleses cuatro divisiones alemanas y ocho italianas con un total de casi 80 000 hombres; además, el grueso de esta agrupación logró evitar la derrota en el curso de la ofensiva exitosa de los ingleses. Por el contrario, los efectivos de las tropas germano fascistas que atacaron Stalingrado sobrepasaban un millón de hombres. Sólo en el período de la contraofensiva de las tropas soviéticas, entre el 19 de noviembre de 1942 y el 2 de febrero de 1943, en los alrededores de Stalingrado se cercó y liquidó una agrupación de tropas fascistas con más de 300 000 hombres, se derrotaron por completo 32 divisiones y tres brigadas de la Alemania fascista y sus satélites, y 16 divisiones sufrieron una seria derrota. Las bajas totales del enemigo ascendieron a más de 800 000 hombres.[1]

La batalla de Stalingrado contribuyó de manera decisiva al

[1] *Historia de la Segunda Guerra Mundial de 1939-1945*, 1976, t. 6, p. 81.

logro del viraje radical en el curso de la guerra, que se desarrolló y culminó en las operaciones subsiguientes. La batalla de El-Alamein, por su envergadura y resultados, no tuvo y no podía tener importancia crucial.[1]

Se exageran a menudo las bajas de las tropas ítalo alemanas en Túnez (mayo de 1943). En la literatura occidental se afirma, por lo general, que las bajas ascendieron a 250 000 hombres. Algunos historiadores burgueses de los Estados Unidos dan cifras aún mayores. Así, R. Beitzell afirma que en Túnez capitularon 275 000 hombres. Al mismo tiempo, al tratar de restar importancia al papel de la batalla de Stalingrado, afirma: "Psicológica y militarmente, Stalingrado fue la mayor victoria aliada. En términos de estrategia y el gasto de recursos del 'Eje', Túnez fue mucho más productiva."[2]

Hace varios años, B. H. Liddell Hart llegó a la conclusión de que el número real de prisioneros (la mayoría formada por tropas italianas desmoralizadas y con poca capacidad combativa) hechos por los aliados era mucho menor. Como confirmación informa que el 2 de mayo el Estado Mayor de la Agrupación de Ejércitos "Afrika" había informado a Roma que en abril —es decir, antes del comienzo de los combates más encarnizados en esa zona del frente— el número total de efectivos de las tropas del adversario era de 170 000 a 180 000 hombres.[3] Otro historiador inglés, A. J. P. Taylor, aclara de cierta manera esta cuestión. "Los aliados —escribe— tomaron unos 130 000 prisioneros, quienes aumentaron en los relatos de posguerra hasta un cuarto de millón."[4]

El desembarco de una división reforzada de la Infantería de Marina norteamericana en agosto de 1942 en la isla Guadalcanal, es denominado por casi todos los historiadores occidentales como el comienzo de la contraofensiva en el océano Pacífi-

[1] D. D. Eisenhower valoró sus resultados como "una brillante victoria táctica". (Dwight D. Eisenhower: *Crusade in Europe,* p. 115.)
[2] Robert Beitzell: *The Uneasy Alliance, America, Britain and Russia, 1941-1943.* Alfred A. Knopf, New York, 1972, pp. 65, 66.
[3] B. H. L. Hart: *History of the Second World War.* G. P. Putnam's Sons, New York, 1971, p. 431.
[4] A. J. P. Taylor: *The Second World War...*, p. 172.

co[1]; pero en realidad no existen fundamentos para llegar a esa conclusión. Esa operación sólo fue ofensiva en el plano táctico, pues en el estratégico desempeñó un papel defensivo: permitió debilitar la amenaza militar japonesa a Australia. Aún existen menos argumentos para denominar "Stalingrado del Pacífico" los combates por la isla Guadalcanal, como lo hace E. Bauer.[2]

La batalla naval junto a la isla de Midway, del 4 al 6 de junio de 1942, fue una de las batallas navales de mayor envergadura de la guerra. Fueron derrotadas y hechas retroceder potentes fuerzas de la flota japonesa, las que habían dirigido un ataque a la base de los Estados Unidos en esa isla. Las pérdidas de Japón ascendieron a cuatro portaviones, un crucero pesado y 332 aviones (la mayoría hundida junto con los portaviones); las pérdidas de los Estados Unidos, un portaavión, un destructor y 150 aviones.

La derrota junto a la isla Midway privó al Japón militarista de una considerable parte de sus portaviones, pero no liquidó su supremacía en el Pacífico y no influyó de manera notable en el curso general de la Segunda Guerra Mundial.[3]

Es necesario señalar que durante la guerra los historiadores de los Estados Unidos, y entre ellos quienes se encontraban al servicio del Estado, valoraban más objetivamente la importancia de la batalla de Midway, al denominarla como el límite que determinó la transición "de la defensa pasiva a la activa" en la guerra naval en el teatro de las acciones bélicas en el Pacífico.[4]

Los criterios por los cuales se guían los historiadores occidentales al determinar las batallas decisivas en los frentes periféricos, no tienen un carácter científico. Como ejemplo, podemos referirnos a H. Baldwin, quien cita como una de esas ba-

---

[1] John Miller: *Guadalcanal. The First Offensive.* Department of the Army, Washington, 1949; Robert Leckie: *Challenge for the Pacific: Guadalcanal, the Turning Point of the War.* Boubleday, New York, 1965; *American Military History.* Washington, 1973, pp. 502, 503.

[2] Eckly Bauer: *La dernière guerre ou histoire controversée de la deuxième guerre mondiale.* Grange Bateliére, París, 1974, t. 6, p. 166.

[3] Ver más detalladamente en S. G. Gorshkov: *El poderío naval del Estado.* Voennizdat, Moscú, 1976, pp. 186-190 (en ruso).

[4] *The World at War 1939-1944. A Brief History of World War II*, p. 164.

tallas los combates por el atolón Tarawa en el Pacífico a fines de 1943. S. E. Morison denominó, incluso, a esos combates "el cantero de la victoria en 1945".[1] Las dimensiones de las acciones bélicas y los resultados obtenidos, no ofrecen fundamento para tal conclusión: tropas de desembarco norteamericanas, 12 000 hombres, vencieron la resistencia de una pequeña guarnición japonesa tras prolongados combates.

Hacemos notar que no todos los historiadores occidentales ni mucho menos, comparten la concepción de las "batallas decisivas". Algunos, que investigan de manera más objetiva los acontecimientos, señalan sin vacilar la importancia primordial de las batallas en el frente soviético alemán. H. Michel (Francia), al analizar la batalla de Stalingrado, observa que "los historiadores soviéticos ven con justeza, en el brillante éxito alcanzado por el Ejército Rojo, la victoria más importante de la Segunda Guerra Mundial, la cual marcó el viraje".[2] Casi idéntica idea acerca del significado de la batalla de Stalingrado la expresó el historiador de la RFA H. Heis en un seminario internacional dedicado al XL aniversario de la batalla (el seminario tuvo lugar en Berlín Occidental en junio de 1982). A. Taylor escribe: "La principal fuerza de combate del ejército alemán siempre permaneció en el Frente Oriental."[3]

También es posible encontrar, aunque con poca frecuencia, valoraciones objetivas en los trabajos de historiadores de los Estados Unidos. L. Morton, en uno de los resúmenes tradicionales de la nueva literatura acerca de la Segunda Guerra Mundial, que publica la revista *The American Historical Review*, señaló: "Librada muy lejos de la guerra en Occidente, la guerra soviético alemana fue, con toda probabilidad, el teatro mayor, más sangriento y más decisivo de la Segunda Guerra Mundial; empequeñeció el esfuerzo aliado en Occidente, e involucró a vastos ejércitos a lo largo de un frente que se extendió más de mil millas."[4] Esas valoraciones coadyuvan, sin lugar a dudas, a la crea-

---

[1] B. H. L. Hart: *History of the Second World War*, p. 535.
[2] Henri Michel: *La seconde guerre mondiale*, t. 1, Presse Universitaires de France, París, 1977, p. 467.
[3] A. J. P. Taylor: *The Second World War. An Illustrated History*, p. 188.

[4] *The American Historical Review*, vol. LXXV, N°7, diciembre de 1970,

ción de un punto de vista más correcto acerca del aporte de los Estados Unidos a la victoria sobre los agresores.

Contradicciones inevitables. En los últimos diez años se han producido algunos cambios en la concepción de las "batallas decisivas".

Por una parte, varios historiadores occidentales se han visto obligados a renunciar a la afirmación de que sólo la batalla de Stalingrado fue decisiva en el frente soviético alemán en el curso y el desenlace de la Segunda Guerra Mundial en su conjunto. Por lo general, ahora se dice que las batallas de Moscú y Kursk también tuvieron importancia decisiva. En su nuevo libro, H. Baldwin, sin referirse a sus anteriores posiciones, escribe que "la batalla de Moscú fue sin dudas un punto decisivo en la Segunda Guerra Mundial, más que Stalingrado".[1] "La invasión alemana a Rusia y la mayor batalla terrestre de la historia del arte militar que siguió —hace un recuento de 1941—, produjeron resultados políticos, psicológicos y miltares de significado general."[2]

Por otra, por diferentes vías intentan renovar la concepción de las "batallas decisivas", hacerla más convincente. Una confirmación de esto es la serie de publicaciones —editadas en la década del 70— dedicada a las batallas decisivas de la Segunda Guerra Mundial. Entre las obras de mayor envergadura debe situarse el trabajo de H. Maule *Grandes batallas de la Segunda Guerra Mundial* [*The Great Battles of World War II*][3] y el libro cuyos redactores jefe fueron N. Frankland y G. Dowling *Batallas decisivas del siglo XX* [*Decisive Battles of the 20th Century*][4]. H. Maule distingue trece batallas (Dunquerke, la batalla por Bretaña, Keren, Cirenaica, la batalla de Moscú, Midway, Guadalcanal,

---

p. 1993.

[1] H. W. Baldwin: *The Crucial Years 1939-1941. The World at War.* Harper and Row Publishers, New York, 1976, p. 346.

[2] H. W. Baldwin. *The Crucial Years 1939-1941. The World at War*, p. 350.

[3] Henry Maule: *The Great Battles of World War II.* Jarrold and Sons, Limited, London, 1976.

[4] *Decisive Battles of the 20th Century. Land, Sea, and Air.* Editado por N. Frankland y G. Dowling, Sidgwick and Jackson, Limited, London, 1976.

El-Alamein, la batalla de Stalingrado, Anzio, Imphal, Normandía y Rangún); Frankland y Dowling, catorce (las batallas por el Atlántico, Bretaña, Francia, la batalla de Moscú, Pearl Harbor, Singapur, Midway, El-Alamein, la batalla de Stalingrado, la batalla de Kursk, Schweinfurt, Imphal-Kohima, Normandía, Leyte). Como vemos, las batallas de Moscú, Stalingrado y Kursk, así como la batalla por Bretaña y el desembarco de los aliados en Normandía, se colocan a un mismo nivel con combates y operaciones de importancia secundaria (en los alrededores de Keren en Eritrea, en Cirenaica, etcétera).

H. Maule trata de presentar la victoria de las tropas soviéticas en los accesos de Moscú como un servicio prestado por Inglaterra, la cual, según sus palabras, obligó a Alemania "a luchar en dos frentes".[1] H. Salisbury, autor de la parte dedicada a la batalla de Moscú en el libro *Batallas decisivas del siglo XX*, amontona diferentes invenciones ("se desconoce el número de tropas soviéticas que participaron en la ofensiva", "se rumora que Stalin se evacuó de Moscú", etc.). No obstante, desaprueba el mito de la helada como causa de la derrota de las tropas germano fascistas en los accesos de Moscú: "El 8 de diciembre, Hitler había abandonado su ofensiva, y culpó al severo tiempo invernal. Sin embargo, lo que estaba sucediendo no era un mal tiempo. Era la ofensiva soviética que avanzaba rápidamente, que por primera vez, desde que Hitler había comenzado su marcha, estaba obligando a la Wehrmacht a retroceder."[2]

H. Baldwin, por el contrario, trata de explicar —como lo hicieron los generales hitlerianos— las causas de la derrota de las tropas germano fascistas diciendo que "el clima y el medio eran psicológicamente opresivos para los hombres de Europa Occidental". "Siempre había un río más que cruzar; el interminable horizonte se extendía sin cesar." "El frío —afirma— fue, quizás, el enemigo más grande de todos."[3] El historiador inglés D. Irving se hace eco de la misma versión en su libro.[4] La manifestación

[1] H. Maule: *The Great Battles of World War II.* H. Regnery Company, Chicago, 1973, p. 168.
[2] *Decisive Battles of the 20th Century. Land, Sea and Air*, p. 138.
[3] H. W. Baldwin. *The Crucial Years 1939-1941. The World at War*, pp. 320, 345.
[4] David Irving: *Hitler's War*, p. 350.

prácticamente simultánea de H. Salisbury y H. Baldwin —dos historiadores considerados en los Estados Unidos como especialistas en el frente soviético alemán— de valoraciones opuestas de las causas de la derrota de las tropas germano fascistas en Moscú indica el nivel de las investigaciones que se realizan en los Estados Unidos acerca de los acontecimientos en el frente soviético alemán y hace más difícil al lector conocer la verdad.

Quizás convenga detenerse en particular en el intento —adoptado por primera vez por W. Frankland— de presentar como una de las batallas decisivas de la Segunda Guerra Mundial el bombardeo por la aviación de los Estados Unidos a una fábrica alemana de cojinetes en Schweinfurt, el 14 de octubre de 1943. Este autor informa de las grandes pérdidas de la aviación de los Estados Unidos: de 291 bombarderos, 60 no regresaron, y 120 sufrieron daños. Frankland considera que la incursión aérea desempeñó un papel decisivo por dos motivos: en primer lugar, fue elegido un objetivo clave para la producción bélica alemana; en segundo lugar, las grandes pérdidas de la aviación de los Estados Unidos condujeron a la variación de la táctica de los bombardeos, lo cual disminuyó en el futuro las pérdidas de los aliados, elevó la eficacia de la ofensiva aérea sobre Alemania; o sea, condujo, en fin de cuentas, a su "catastrófica destrucción".[1]

Señalemos que varios historiadores occidentales plantean valoraciones de más peso en ese sentido. "Hasta 1944, la ofensiva aérea estratégica había quedado muy por debajo de sus pretensiones como alternativa a la invasión por tierra —escribe B. H. Liddell Hart—, y sus efectos se habían sobrestimado en gran medida. El indiscriminado bombardeo de las ciudades no había reducido, en esencia, la producción de municiones; además, no logró quebrantar la voluntad de los adversarios y obligarlos a rendirse, como se esperaba."[2] Aún más convincentes son los contraargumentos de A. Taylor: "En 1942 —señala—, los británicos lanzaron 48 000 toneladas de bombas, y los alemanes produjeron 36 804 armas de guerra (cañones pesados, tanques y aviones). En 1943, los británicos y los norteamericanos lanzaron 207 600 toneladas de bombas; los alemanes produjeron 71 693

[1] *Decisive Battles of the 20th Century. Land, Sea and Air*, p. 249.
[2] B. H. L. Hart: *History of the Second World War*, p. 712.

armas de guerra. En 1944, los británicos y los norteamericanos lanzaron 915 000 toneladas de bombas; los alemanes produjeron 105 258 armas de guerra."[1] La disminución de la producción bélica alemana —iniciada a partir de la segunda mitad de 1944— fue resultado, ante todo, de la ofensiva del Ejército Soviético, la cual privó al Reich de importantes bases de materias primas.

Los intentos de modernizar la concepción de las "batallas decisivas", sólo subrayan su inconsistencia. Citemos una confirmación más. En ninguna de las variantes conocidas de esta concepción, incluidas las renovadas, se hace referencia, por ejemplo, a la operación ofensiva de Bielorrusia efectuada por las Fuerzas Armadas Soviéticas (23.06.44-29.08.44), la cual sobrepasa en envergadura a las mayores operaciones realizadas por los aliados occidentales en los teatros terrestres y no tiene parangón en la historia de otros países y pueblos.

El objetivo de la operación (cuya codificación fue "Bagratión") consistía en la derrota de la Agrupación de Ejércitos germano fascista "Centro", la liberación de Bielorrusia, así como el apoyo a las acciones de las tropas de los aliados occidentales que habían desembarcado en Normandía, como parte de la interacción entre los aliados.

El 6 de junio de 1944, J. V. Stalin escribió a W. Churchill: "La ofensiva estival de las tropas soviéticas, organizada según lo acordado en la Conferencia de Teherán, comenzará a mediados de junio en uno de los sectores más importantes del frente... A fines de junio y durante julio, las operaciones ofensivas se convertirán en la ofensiva general de las tropas soviéticas."[2]

En la operación de Bielorrusia, las tropas soviéticas se enfrentaron, en general, a 63 divisiones y tres brigadas enemigas. Los alemanes contaban con 1 200 000 hombres, más de 9 500 cañones y morteros, 900 tanques y cañones de asalto y alrededor de 1 350 aviones, y ocupaban una zona defensiva previamente preparada y escalonada en profundidad (250-270 km), que se

---

[1] A. J. P. Taylor: *The Second World War. An Illustrated History*, p. 179.

[2] *Correspondence between the Chairman of the Counsil of Ministers of the USSR and Presidents of the USA and the Prime Minister of Great Britain during the Great Patriotic War of 1941-1945*, vol. 1, p. 267.

apoyaba en un sistema desarrollado de fortificaciones de campaña y líneas naturales. La operación se desarrolló con las fuerzas de cuatro frentes, en cuya composición entraban 19 ejércitos interarmas y dos blindados (un total de 166 divisiones), así como varias otras agrupaciones y unidades. Contaban con más de 2 400 000 hombres, 36 000 cañones y morteros, 5 200 tanques y cañones de asalto, y más de 5 000 aviones de combate. Los guerrilleros actuaban en estrecha relación con las tropas. La coordinación de las acciones de los frentes la realizaban los representantes del Cuartel General del Mando Supremo, los mariscales de la Unión Soviética G. Zhúkov y A. Vasilievski.

En la gigantesca batalla que se desarrolló, por ambos bandos participaron 3 600 000 hombres (más de 250 divisiones condicionales), con alrededor de 47 000 cañones y morteros, más de 6 000 tanques y alrededor de 6 500 aviones. Como resultado de la operación, las tropas soviéticas avanzaron de 550 a 600 km, liberaron Bielorrusia, irrumpieron en el territorio de Polonia y alcanzaron los suburbios de Varsovia. La Agrupación de Ejércitos "Centro" fue aniquilado: 17 divisiones, totalmente; el resto perdió la mitad de sus efectivos. Se destruyeron unos 2 000 aviones y gran cantidad de otros equipos de combate del enemigo.

El éxito de la operación de Bielorrusia influyó de manera importante en la variación general de la situación estratégica en Europa, teatro decisivo de la guerra, a favor de la coalición antihitleriana. La derrota de la mayor agrupación de tropas germano fascistas, condujo a la desorganización de toda la defensa de la Wehrmacht en el frente soviético; a un gran número de bajas prácticamente irreparables (500 000 hombres); a perspectivas reales de ruptura de las tropas soviéticas hacia los centros vitales de Alemania, hacia lo profundo de los Balcanes y en dirección a Checoslovaquia; al envío obligado al frente soviético alemán de las últimas reservas, las que podrían haberse utilizado contra los aliados que habían desembarcado en Normandía.

Se incrementó de manera ostensible la crisis política en el seno del bloque fascista. En los países ocupados por el agresor, donde había entrado o se acercaba el Ejército Soviético, se incrementó, de manera significativa, el movimiento de la Resistencia. Entre agosto y septiembre de 1944 fueron derrocados los regímenes fascistas en Rumanía y Bulgaria, lo cual condujo a que

estos países pasaran a la coalición antihitleriana; una de sus consecuencias fue la ulterior disminución de los recursos de materias primas en la economía bélica alemana. El atentado perpetrado contra Hitler (20.07.44) es un indicador de la agudización de la situación política interna en la misma Alemania. El aumento del prestigio internacional de la Unión Soviética y del Ejército Soviético, inyectaba nuevas fuerzas a todos los participantes en la lucha contra los agresores fascistas y desmoronaba aún más el potencial político moral del enemigo.

En la literatura occidental, se hace referencia en ocasiones a la operación de Bielorrusia. E. F. Ziemke le dedica un capítulo de su libro. El autor señala la "crisis moral" que había surgido en la Wehrmacht, concluye que el soldado alemán "que no podía siquiera imaginar el desastre final, ahora lo esperaba".[1] El historiador inglés A. Reid observa que la derrota de la Agrupación de Ejércitos "Centro" en la operación de Bielorrusia, "eliminó para siempre la última vaga esperanza de detener alguna vez la marea rusa".[2] No obstante, estos y otros autores burgueses, en el mejor de los casos, eluden valorar la operación de Bielorrusia a escala de la Segunda Guerra Mundial. Conviene recordar que en el transcurso de la guerra las Fuerzas Armadas soviéticas efectuaron más de 50 operaciones estratégicas de grupos de frentes. La operación de Bielorrusia fue una de ellas.

En las obras soviéticas se analiza en detalle y se aprecia en su justo valor, el gran aporte de los Estados Unidos, Inglaterra y otros aliados occidentales a la victoria sobre los agresores. A pesar de la radical diferencia entre el régimen social de la URSS y el de los países capitalistas miembros de la coalición antihitleriana, pudieron colaborar con éxito en la lucha contra el enemigo común, buscaron y hallaron soluciones recíprocamente admisibles, a muchas cuestiones en litigio. Los aviadores británicos y los marinos norteamericanos, los tanquistas de la "Francia combatiente" y los soldados de infantería de los aliados, lucharon con valor en el cielo de La Mancha y en los accesos a Bir-Hakein, junto a la isla Midway y en los alrededores de El-Alamein, en los

---

[1] E. F. Ziemke: *Stalingrad to Berlin: The German Defeat in the East*, p. 345.
[2] Alan Reid: *A Concise Encyclopedia of the Second World War.* Osprey Publishing Limited, London, 1974, p. 116.

vastos espacios del Atlántico y en las Ardenas. Los trabajadores de los países capitalistas participantes de la coalición antihitleriana y los de sus dominios coloniales, coadyuvaron a que las Naciones Unidas lograran la superioridad decisiva sobre el bloque fascista en la esfera económico militar. Personas de nacionalidades, puntos de vista políticos e ideas diferentes, forjaron la victoria en los talleres fabriles y en los campos de batalla.

Sin embargo, sucedió que históricamente fue a la Unión Soviética, al pueblo soviético, a sus Fuerzas Armadas, y no a otros, a los que correspondió el aporte decisivo en la derrota infligida a los agresores. Así lo han reconocido personalidades políticas y militares occidentales de tiempos de la guerra y lo han comprendido muchos de sus participantes y varios historiadores occidentales. "Nadie puede negar los esfuerzos gigantescos de la Unión Soviética o callar las ingentes pérdidas, las innumerables pruebas y el inmenso dolor sufrido por este país",[1] escribe J. Erickson. Esto está basado en el resultado de profundas y multifacéticas investigaciones científicas; ha quedado claro al familiarizarse toda persona imparcial con los hechos y los documentos históricos. La valoración objetiva del aporte de la URSS a la victoria sobre los agresores, tiene una importancia de principio para la comprensión correcta de los resultados y las lecciones de la guerra, así como de las conclusiones que ofrece su historia para el momento actual.

[1] Falta esta nota en el original —*El escaneador*.

CAPÍTULO TERCERO

LAS FUENTES DE LA VICTORIA SOBRE EL AGRESOR

Hace varios años, en una conferencia internacional de historiadores celebrada en Sandhurst, uno de los participantes norteamericanos, dirigiéndose a los representantes soviéticos, dijo: "Consideramos que la firmeza y el heroísmo excepcional del Ejército Rojo, puestos de manifiesto en el difícil año 1941, fueron el resultado de las cualidades naturales del soldado ruso, que siempre ha defendido con abnegación su hogar y su familia de la invasión extranjera. ¿Están ustedes de acuerdo con este punto de vista?" El historiador estadounidense recibió la siguiente respuesta: los combatientes del Ejército Rojo en el período de la intervención militar extranjera entre 1918 y 1920, y durante la Gran Guerra Patria, como los soldados rusos en el pasado, han defendido con abnegación su hogar, su familia y la tierra patria ante los conquistadores extranjeros; pero existe una diferencia importante entre los soldados del ejército zarista y los del Ejército Soviético. Los combatientes soviéticos también defienden una inestimable conquista: su entrañable Poder soviético, su régimen estatal y social socialista, que les ha traído —como saben por experiencia propia— a ellos y sus familias una gran felicidad en la vida; esto engendra un heroísmo masivo nunca visto y una entrega al deber militar, que distinguen el ejército de un Estado socialista de otros ejércitos del mundo.

La cuestión de las fuentes de la victoria de la Unión Soviética en la guerra contra los agresores fascistas, es una de las más actuales y más tendenciosamente interpretadas en la literatura occidental. Esto se refiere tanto al método de su análisis, como a la esencia misma de los razonamientos de los autores burgueses.

Acerca de la cuestión del método de las valoraciones. La victoria o la derrota de un Estado en la guerra, como evidencia la experiencia histórica, las determinan, ante todo, la estabilidad de su régimen social y estatal, la correlación de las fuerzas de clases dentro del país y en el ámbito internacional, el nivel del desarrollo económico, el factor moral, la capacidad de su organización militar, la capacidad de las clases y los partidos que gobiernan de encabezar a las masas populares, fuerza motriz de la historia. Eso

también sucedió en la Gran Guerra Patria.

El desenlace del gigantesco enfrentamiento de dos ejércitos —el soviético y la Wehrmacht hitleriana—, estuvo condicionado por una serie de leyes. La más importante es la superioridad de la organización política y económica de la sociedad socialista, de su ideología revolucionaria de vanguardia. En los años de la Gran Guerra Patria, el socialismo garantizó la inquebrantable unidad de toda la sociedad soviética, la potencia y la extraordinaria movilidad de su economía, y el alto desarrollo de la ciencia militar, al formar excelentes combatientes y jefes militares.

Un pequeño grupo de historiadores burgueses —al analizar el material real que evidencia la superioridad económica, política y estratégico militar de la URSS sobre la Alemania fascista—, señala las ventajas del sistema de planificación centralizado de la economía en la URSS, la estabilidad del multinacional Estado soviético, y el heroísmo de su pueblo. No obstante, tampoco estos autores señalan —o no quieren señalar— las profundas fuentes bajo cuyo influjo se conformaron los factores constantemente actuantes de la victoria del pueblo soviético en la Gran Guerra Patria; eluden analizar la interrelación orgánica de éstos con las ventajas del socialismo sobre el capitalismo. Y aun así, las valoraciones de estos autores tienen una importancia considerable. En cierta medida, hacen frente a los infundios malintencionados de los desenfrenados enemigos del socialismo y la URSS.

Aunque la experiencia del pasado muestra de manera convincente que, cuando las guerras las realizan Estados o coaliciones de Estados altamente desarrollados, la casualidad, el desarrollo imprevisto de las circunstancias o el error de un jefe militar —por muy difíciles que sean las consecuencias que provoquen—, no han determinado el desenlace de la guerra; que las guerras culminan con la victoria del país o la coalición que dispone de total superioridad en la organización económica, política y militar de la sociedad. Precisamente la concepción de la "casualidad" de la victoria de la URSS y la concepción de las "victorias perdidas" de la Alemania fascista, centra la atención de los estudios propagandísticos y "científicos" de muchos autores burgueses.

No es difícil comprender el intríngulis fundamental de semejantes estructuraciones. Si la victoria de la Unión Soviética en

la Gran Guerra Patria fue consecuencia de circunstancias casuales, entonces esa victoria no evidencia la estabilidad del régimen socialista. Sobre esta base falaz se inculca, de manera insistente, a los lectores la idea de la posibilidad de destruir el socialismo en el futuro. Los falsificadores se esfuerzan por demostrar que, en el enfrentamiento histórico entre el socialismo y el capitalismo, este último tiene posibilidades de victoria militar. Este tipo de argumento se utiliza, de manera particularmente activa, en el trabajo ideológico que se lleva a cabo con la población y el personal de las fuerzas armadas de los países capitalistas.

Al explicar las causas de da derrota de la Alemania fascista y sus aliados, los historiadores occidentales también adoptan posiciones no menos inestables. Ante los lectores de los libros dedicados a este tema aparece un cuadro más que extraño: la Alemania fascista se derrumbó por los errores de su dirección política y militar, por la falta de reservas materiales y humanas, por las condiciones inusuales del teatro de las acciones militares en Rusia y por otras circunstancias; entre ellas, los esfuerzos del pueblo soviético por derrotar a la Alemania fascista se presentan casi como un factor secundario.

La victoria de la Unión Soviética y la derrota de la Alemania fascista son dos aspectos de un mismo fenómeno, que se encuentran en relación dialéctica. La superioridad de una de las partes contendientes predeterminó la imposibilidad de que el adversario realizara sus fines. Analicemos con mayor detalle los factores más importantes de la victoria de la URSS.

El factor económico

Uno de los factores decisivos que determinan el curso y el desenlace de una guerra, es la economía, pues ésta conforma el fundamento de la capacidad militar del Estado. "La victoria y la derrota dependen de las condiciones materiales, es decir, económicas",[1] escribió F. Engels. Esta idea fue desarrollada más tarde en los trabajos de V. I. Lenin. "Para sostener una guerra *en toda regla* hace falta una retaguardia fuertemente organizada. El mejor

[1] C. Marx y F. Engels: *Obras*, t. 20, p. 175 (en ruso).

ejército, los hombres más leales a la causa de la revolución, serán de inmediato aniquilados por el enemigo, si no están bien armados, bien abastecidos y adiestrados."[1]

Las premisas económicas de la victoria. En los años de la lucha contra la invasión fascista, el pueblo soviético, bajo la dirección del Partido Comunista —a pesar del comienzo tan desfavorable de la guerra—, supo reorganizar en el plazo más breve posible la economía nacional en función de la guerra, lograr incrementar la producción bélica y asegurar a las Fuerzas Armadas Soviéticas todo lo necesario para derrotar al enemigo y lograr la victoria.

En el período de las transformaciones socialistas de la URSS se crearon las posibilidades económicas de garantizar a las Fuerzas Armadas Soviéticas todo lo necesario en caso de tener que rechazar la agresión de un enemigo fuerte y técnicamente equipado. Al hacer realidad los planes de los quinquenios de la preguerra, el Partido Comunista y el Gobierno soviéticos plantearon la tarea de liquidar el atraso económico de la URSS en comparación con los países capitalistas desarrollados. Después de sentar las bases de la sociedad socialista, el pueblo soviético creó una industria poderosa y altamente desarrollada, cuya producción superaba casi en diez veces la de la Rusia prerrevolucionaria. En los años de la preguerra, en los Urales y Siberia se construyeron grandes centros industriales que sirvieron de base para el desarrollo multifacético de las zonas orientales del país. La colectivización y el reequipamiento técnico de la agricultura, garantizaron el triunfo del socialismo en el campo y crearon una base confiable para el incremento de la producción mercantil. El desarrollo de la economía socialista planificada, apoyada en los ricos recursos de materias primas del país, garantizó la independencia económica de la Unión Soviética y el incremento de su poderío militar. El historiador militar francés A. Constantini, autor de la obra en tres tomos *La Unión Soviética en guerra (1941-1945)* [*L'Union Sovietiqué en guerre (1941-1945)*], escribe con justeza que en el momento de la agresión alemana, la URSS tenía suficientes posibilidades económicas de crear una economía de guerra bien equilibrada. Poseía industrias claves de gran productividad y enormes

---

[1] V. I. Lenin: *Obras militares escogidas*, pp. 527, 528.

recursos en materias primas, combustibles y energía."[1]

Pero la Unión Soviética se encontraba, al mismo tiempo, por debajo de los países capitalistas desarrollados —entre ellos, la Alemania fascista—, en lo referente al volumen de la producción en importantes ramas de la industria.

Incluso sin contar los países de Europa ocupados y dependientes, en Alemania se extraía más carbón, se fabricaba más acero, aluminio, plomo y magnesio que en la URSS. Las ramas industriales alemanas de la química, la construcción de máquinas herramienta, automovilística y algunas otras, producían más que las correspondientes ramas de la industria soviética. El parque de máquinas herramienta de Alemania sobrepasaba en más del doble al de la Unión Soviética.[2] La base económica de la agresión fascista contra la URSS, se amplió de manera significativa a cuenta de las capacidades productoras de los Estados europeos ocupados y los países aliados a Alemania. Los recursos de la Alemania fascista a costa de estos países se incrementaron en 2,1 veces en energía eléctrica; 1,9 veces en extracción de carbón de piedra; 2 veces en producción de acero; 1,7 veces en producción de aluminio; 4 veces en cosecha de granos.[3] Desde los países europeos ocupados por las tropas germano fascistas, se suministraba a Alemania la fuerza de trabajo imprescindible para la producción bélica. A fines de septiembre de 1944, en la industria y la agricultura de Alemania laboraban 7 500 000 trabajadores conducidos a la fuerza desde los países ocupados.[4]

La oposición económico militar. La guerra desencadenada por el fascismo alemán fue una dura prueba para la estructura económica del Estado socialista. Particularmente difícil fue el primer período de la Gran Guerra Patria, cuando el curso de las acciones bélicas era desfavorable a la URSS. La Alemania fascista —poseedora de un ejército movilizado y con experiencia en la

---

[1] Aimé Constantini: *L'Union Soviétique en Guerre (1941-1945). Première partie. L'invasion.* Imprimerie Nationale, París, 1968, p. 63.
[2] *Historia de la Segunda Guerra Mundial de 1939-1945*, t. 3, pp. 285, 376, 377.
[3] Ibíd., p. 285.
[4] *Historia del fascismo en Europa Occidental.* Moscú, 1978, p. 259 (en ruso).

realización de grandes operaciones ofensivas, y aprovechando la superioridad numérica en hombres y equipos, y el factor sorpresa— pudo ocupar temporalmente grandes territorios de la Unión Soviética, donde vivía el 40 % de su población. La economía nacional se vio privada del 63 % de la extracción de hulla, el 35 % de los minerales manganíferos, el 68 % de la producción de hierro colado, el 56 % del acero, el 60 % de aluminio, el 38 % de la cosecha de granos, el 38 % de las cabezas de ganado vacuno, y el 60 % del ganado porcino.[1] De julio a noviembre de 1941, la producción industrial global de la URSS disminuyó 2,1 veces. El enemigo destruyó o trasladó de los territorios soviéticos ocupados a Alemania 175 000 máquinas herramienta, 62 altos hornos y 213 hornos Martin-Siemens, 18 millones de toneladas de productos agrícolas, 7 millones de caballos y 17 millones de cabezas de ganado vacuno.[2]

Así, a comienzos de la guerra, cuando se iniciaba de manera masiva la restructuración de la economía nacional en el cauce de la guerra, el País de los Soviets se vio privado de una parte considerable de su potencial económico. No sólo los jerarcas del Reich fascista, sino también la mayoría de los especialistas en la "cuestión rusa" en los Estados Unidos e Inglaterra, consideraban que la economía soviética no resistiría esas pérdidas y se derrumbaría. Esos pronósticos no tomaban en cuenta el factor más característico en la esencia de la economía soviética: el carácter socialista de la economía nacional de la URSS. Ya en septiembre de 1917, V. I. Lenin señalaba que la capacidad defensiva de un país que se ha sacudido el yugo del capital, ha entregado la tierra a los campesinos, ha puesto los bancos y las fábricas bajo el control obrero, está por encima de la de un país capitalista.[3] Esta sagaz idea del genio de la revolución quedó totalmente confirmada en los difíciles años tanto de la Guerra Civil, como de la Gran Guerra Patria.

El pueblo soviético, bajo la dirección del Partido Comunista, realizó una hazaña nunca vista al lograr crear —en el menor tiempo posible y en las condiciones del inicio de la Gran Guerra Patria— una poderosa industria bélica, la cual resultó capaz de

---

[1] N. A. Voznesenski: *La economía militar de la URSS en el período de la Gran Guerra Patria*. Moscú, 1947, p. 42 (en ruso).
[2] *Kommunist*, 1975, N°2, p. 68.
[3] V. I. Lenin: *Obras militares escogidas*, pp. 431, 432.

garantizar una producción de armamentos que sobrepasó globalmente la producción de la industria de guerra de la Alemania fascista y sus aliados.

El Partido Comunista y el Gobierno soviéticos efectuaron un inmenso trabajo organizativo para la evacuación de las empresas industriales desde las zonas occidentales del país hacia el Este, donde se comenzaron a crear nuevas plantas y fábricas en la profunda retaguardia. Ninguna nación del mundo había conocido una evacuación tan masiva y eficaz. En la segunda mitad de 1941, desde la zona cercana al frente se trasladaron, total o parcialmente, al Este 1 523 empresas industriales, entre ellas se encontraban 1 360 grandes fábricas y plantas. Al mismo tiempo, hacia la retaguardia se evacuaron las reservas de granos y víveres, gran número de maquinaria agrícola, y 23 933 300 cabezas de ganado.[1] Ya en la primera mitad de 1942, en las zonas orientales de la URSS se habían puesto en funcionamiento 1 200 grandes empresas trasladadas desde la parte occidental del país. En esencia, todo un país industrial con una población de más de diez millones de personas, se desplazó a miles de kilómetros. Allí, en lugares inhabitables —con frecuencia al aire libre y prácticamente acabadas de bajar de los andenes—, las maquinarias y las máquinas herramienta se ponían a funcionar.

Los historiadores occidentales muy frecuentemente silencian la envergadura de la evacuación de las capacidades industriales a las zonas orientales de la Unión Soviética y la importancia de este fenómeno, nunca antes visto en la historia, para el curso y el desenlace de la guerra, pero también se encuentran algunas valoraciones objetivas. K. Reinhardt escribe: "Esta improvisada dislocación del armamento completamente sorpresiva para los alemanes, contribuyó de manera decisiva a que la industria bélica alemana no pudiera cumplir sus compromisos, porque una considerable parte de su producción para los nuevos programas debía realizarse a pie de obra en los territorios ocupados".[2]

La guerra demostró la superioridad de la experiencia soviética de dirección de la economía nacional en su conjunto. El

---

[1] *Historia de la Segunda Guerra Mundial de 1939-1945*, t. 4, p. 140.
[2] K. Reinhardt: *Die Wende vor Moskau. Das Scheiten der Strategie Hitlers im Winter 1941/42*, p. 32.

sistema económico socialista permitió utilizar al máximo el potencial económico del país para las necesidades del frente. Los recursos de materias primas, las capacidades productivas, el trabajo de los obreros y los campesinos, se aprovecharon en los años de la guerra de la manera más eficiente, al rendir más que en cualquier país capitalista. El científico soviético G. S. Kravchenko cita elocuentes cifras de la eficiencia de la economía militar soviética. Por cada millón de toneladas de acero fabricado en la Unión Soviética en los años de la guerra, se produjo 1,5 veces más aviones que en Inglaterra, 2,6 más que en Alemania, y 3,2 más que en los Estados Unidos; 3 veces más tanques y cañones de asalto que en Alemania, 3,8 veces más que en Inglaterra, y 6,2 veces más que en los Estados Unidos; 5,4 veces más piezas de artillería que en Inglaterra, 7,7 veces más que en los Estados Unidos, y 4 veces más que en Alemania.[1]

Los ingentes esfuerzos de los trabajadores del País de los Soviets, quienes entregaron todas sus fuerzas en aras de la victoria, y la actividad organizativa dirigida a un objetivo, realizada por el Partido Comunista, garantizaron los grandes logros alcanzados por la industria bélica de la Unión Soviética. En las difíciles condiciones de la guerra, con una brusca disminución de los recursos materiales y humanos, el Estado soviético logró un rápido incremento de la producción de armamentos. A fines de 1942 se liquidó la superioridad germano fascista en los tipos fundamentales de material de guerra. Las fábricas soviéticas suministraron al Ejército Soviético el armamento con cuya ayuda fue destruida la maquinaria militar del fascismo hitleriano, el cual se apoyaba en la capacidad industrial de casi toda Europa. Al final de la guerra, las Fuerzas Armadas Soviéticas superaban a la Wehrmacht en tanques y cañones de asalto, así como en piezas de artillería y morteros, en más del triple; y en aviones de combate, casi en ocho veces.[2] En los años de la guerra, en la URSS se produjeron 112 100 aviones de combate, 102 800 tanques y cañones de asalto, 482 200 piezas de artillería, y 70 buques de

[1] G. S. Kravchenko: *La economía militar de la URSS en 1941-1945.* Moscú, 1963, p. 381 (en ruso).
[2] *La URSS en la lucha contra la agresión fascista en 1933-1945.* Moscú, 1976, pp. 283, 284 (en ruso).

guerra de los tipos fundamentales.[1]

V. I. Lenin enseñó que "es imposible hacer que un país tenga capacidad defensiva, si no existe un extraordinario heroísmo del pueblo que realiza, intrépida y resueltamente, grandes transformaciones económicas".[2] Esta idea del fundador del Estado soviético se vio totalmente confirmada en los años de la guerra.

La victoria de la URSS en el enfrentamiento económico militar con Alemania se alcanzó gracias a los supremos esfuerzos de todo el pueblo soviético y al trabajo organizativo dirigido a un fin y realizado por el Partido Comunista. "¡Todo para el frente, todo para la victoria!" fue la consigna de combate de millones de trabajadores del País de los Soviets. En el período de la Gran Guerra Patria, el frente y la retaguardia estuvieron cohesionados en un único campo de batalla. El trabajo abnegado de los soviéticos y la lucha heroica de los combatientes del Ejército Soviético en el frente, se fusionaron en la inigualable hazaña del pueblo soviético en aras de la defensa de la Patria socialista.

Así, el régimen socialista no sólo resultó ser la mejor forma de organización del auge económico y cultural del país en los años de la construcción pacífica, sino también la mejor forma de movilización de todas las fuerzas del pueblo para hacer frente al enemigo en tiempo de guerra. Ningún otro Estado habría resistido las pruebas por las que pasó la Unión Soviética.

La victoria de la URSS sobre la Alemania fascista en la esfera económico militar, es un hecho señalado e impresionante. Esto también lo reconocen muchos historiadores occidentales, quienes señalan el importantísimo papel desempeñado por la industria soviética para garantizar la derrota militar del "Tercer Reich".

"Magnitogorsk venció al Ruhr" es una afirmación que es posible encontrar con frecuencia, incluso, en las obras de detractores manifiestos del País de los Soviets. En los años de los quinquenios de la preguerra, el historiador norteamericano H. B. Davis escribe que "de hecho, la Unión Soviética sí se convirtió en una potencia industrializada, y sí llegó a ser capaz de defen-

[1] *Historia de la Segunda Guerra Mundial de 1939-1945*, 1982, t. 12, p. 168.
[2] V. I. Lenin: *Obras militares escogidas*, p. 434.

derse, como lo demostró en la Segunda Guerra Mundial".[1] E. Ziemke considera que "el sistema soviético demostró su capacidad de movilizar los recursos humanos, la industria y la agricultura en función de las necesidades de la guerra en condiciones excepcionalmente complejas".[2]

En la obra *La guerra. Un estudio histórico, político y social* [*War. A Historical, Political and Social Study*], publicado en los Estados Unidos en 1978, la historiadora M. M. Farrar señala cualidades positivas del sistema económico de la URSS, como su carácter planificado, la existencia de centros industriales en los Urales y en Siberia creados en los años de los quinquenios precedentes a la guerra. Subraya la "tremenda capacidad" de la economía soviética en las condiciones de la guerra. "Rusia todavía se las ingenió para lograr y mantener altos niveles productivos", "la producción agrícola se mantuvo".[3]

Resultan interesantes las conclusiones a que llega el investigador francés R. Girault, quien escribe: "Si no hay ninguna duda de que el sistema de planificación ejecutado por el Gobierno soviético, desde la época de los planes quinquenales, permitió una búsqueda más armoniosa en la implantación de nuevas fábricas en los Urales o en Siberia, es indudable que el éxito del transporte hacia el este de los principales centros de producción, descansó sobre la actividad de las masas obreras o campesinas lanzadas en esta gigantesca migración."[4] Girault señala la unidad de los trabajadores de la retaguardia soviética y su labor heroica en aras de la victoria. "Si la retaguardia no sólo se mantuvo entre 1941 y 1942, sino que aun logró alimentar y armar al frente —escribe—, este resultado se debió a la extraordinaria tensión física y moral del pueblo soviético, organizado por el Partido Comunista... Se tiene la impresión de un barco en el que todos los pasajeros viajan en una sola clase, y que ante la tempestad

---

[1] Horace B. Davis: *Toward a Marxist Theory of Nationalism.* Monthly Review Press, New York y London, 1978, p. 101.

[2] Citado según *La Segunda Guerra Mundial y la época actual.* Moscú, 1972, pp. 43, 44 (en ruso).

[3] *War. A Historical, Political and Social Study*, p. 175.

[4] René Girault: "L'effort humain de l'arrière (1941-1943)", en *Revue d'histoire de la deuxième guerre mondiale*, octubre de 1967, N° 63, p. 16.

deben convertirse en marineros y no dejar solamente a la tripulación la tarea de luchar por alcanzar la costa."[1]

Sin embargo, encontramos con muy poca frecuencia el reconocimiento a las ventajas de la economía socialista soviética en las obras de los historiadores occidentales. En la mayoría de los casos, los autores burgueses se limitan a constatar la producción de gran cantidad de material de guerra por la industria soviética y no revelan las particularidades de la organización de la economía soviética ni las fuentes del heroísmo laboral de los soviéticos, debidas al régimen socialista. La ausencia de un análisis científico conduce a algunos historiadores burgueses a afirmar el carácter "inexplicable" de la victoria económica de la URSS.

Al mismo tiempo, los historiadores de tendencia reaccionaria intentan —empleando todos los medios como buenos— desacreditar el régimen socialista y los fundamentos económicos de la victoria de la Unión Soviética en la Gran Guerra Patria, sustituirlos por las invenciones acerca del carácter "forzado" del trabajo en la URSS en los años de la guerra o acerca de la importancia decisiva que tuvieron para la victoria el armamento, los equipos y algunos materiales estratégicos suministrados a la Unión Soviética mediante el *lend-lease* [préstamo-arriendo].

La verdad acerca del lend-lease. Ya hace tres decenios que los historiadores y los politólogos reaccionarios vienen repitiendo la tesis de que la Unión Soviética no habría podido resistir el golpe de la maquinaria militar germano fascista y habría sufrido de manera indefectible una derrota, si no hubiera recibido ayuda "desinteresada" en material estratégico militar y armamento de los aliados occidentales. Semejantes afirmaciones; sin abandonar las páginas de los libros y las revistas de los países capitalistas de Europa Occidental y los Estados Unidos, se han abierto paso hasta los manuales escolares y son objeto de propaganda de todo tipo a través de los medios de información en Occidente.

La cadena de infundios acerca de la influencia decisiva de la economía de los EE.UU. en el curso y el desenlace de la Segunda Guerra Mundial, se puso en marcha ya durante la guerra. Los propagandistas e historiadores burgueses norteamericanos se

[1] Ibíd., p. 31.

hicieron eco de las palabras de F. Roosevelt —pronunciadas antes de que los Estados Unidos entrara en la guerra— sobre la necesidad de crear un "arsenal de la democracia" y las convirtieron en el mito de que los Estados Unidos garantizaron la victoria al crear una poderosa producción bélica e hicieron todo para suministrar a la URSS los medios de ejecución de la guerra.

En el prólogo al libro de R. Buchanan *Los Estados Unidos y la Segunda Guerra Mundial* [*The United States and World War II*], los historiadores norteamericanos H. S. Gommager y R. B. Morris afirman categóricamente: "Pero al final, el volumen de la producción norteamericana hizo cambiar la marea en la guerra: la capacidad norteamericana de producir suficientes bombarderos, barcos, tanques, alimentos y petróleo para sus propias necesidades, y las de Gran Bretaña, Rusia e, incluso, China."[1] Otro autor norteamericano, Q. Howe, lleva esta versión hasta el éxtasis: "La rendición incondicional de todos sus enemigos en todos los frentes" estuvo garantizada —según sus palabras— por la tecnología norteamericana, los recursos norteamericanos y el potencial humano norteamericano."[2]

En el libro *Grandes acontecimientos del siglo XX* [*Great Events of the 20th Century*], editado por la asociación norteamericana *Reader's Digest*, se afirma que "aunque los Estados Unidos de América entraron tarde en la guerra, la mayoría de los historiadores concuerdan en que su contribución [a la derrota del bloque fascista. —*El autor*] fue decisiva. Sin sus combatientes y su abrumadora producción de bombas, barcos y aviones, los aliados bien podrían haber sido derrotados."[3]

La valoración hipertrofiada del papel de la economía norteamericana en los años de la guerra, no sólo es característica de la historiografía de los Estados Unidos. El historiador francés R. Remond escribe en su obra *Introducción a la historia contemporánea* [*Introduction á l'histoire de la notre temps*]: "La entrada

---

[1] R. Buchanan: *The United States and World War II*, vol. I, Harper&Row, New York, 1964, p. XV.

[2] Quincy Howe: *Ashes of Victory. World War II and Its Aftermath.* Simon and Schuster, New York, 1972, p. 274.

[3] *Great Events of the 20th Century. How They Changed Our Lives*, p. 287.

de los Estados Unidos en la guerra imprime a la segunda parte del conflicto el carácter —que llegará a ser dominante— de una guerra industrial. Los Estados Unidos transforman su economía y con ello crean la herramienta que les abrirá el camino a Berlín."[1]

Estas son, como podría decirse, valoraciones "globales" del papel de los Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial. Entre ellas, las más importunas son los intentos de exagerar el papel de la ayuda inglesa y norteamericana a la Unión Soviética mediante el *lend-lease*, concentrados en la falsa versión de que, en el período de la Gran Guerra Patria, el destino de la URSS dependía de los Estados Unidos, quienes "salvaron a Rusia".

El historiador norteamericano H. Pachter, en el libro *La caída y el ascenso de Europa* [*The Fall and Rise of Europe*] afirma que, sin la ayuda de los Estados Unidos e Inglaterra, "la Unión Soviética no habría podido cambiar la marea por sí sola".[2] Le hace eco el inglés L. A. Rose, quien planteó la tesis según la cual el creciente poderío del Ejército Soviético y las victorias sobre los países de la coalición fascista en la etapa final de la Gran Guerra Patria, no habrían sido posibles sin "la generosa asistencia norteamericana".[3] Para confirmar esta versión, el autor norteamericano R. H. Jones se remite a la declaración del jefe del Estado Mayor del ejército de los Estados Unidos general Marshall, quien expresó en marzo de 1944 que "si Rusia perdiera de repente el *lend-lease*, los nazis probablemente la derrotarían".[4]

E. L. Erickson, profesor de la Universidad del Estado de Illinois, escribe en el prólogo al libro de R. H. Jones que "sin la ayuda norteamericana, la resistencia rusa podría haberse desplomado solamente por la carencia de alimentos".[5] Para A. Sea-

---

[1] R. Rémond: *Introductton a l'histoire de la notre temps*, t. 3, Editíons du Seuil, París, 1974, p. 167.

[2] Henry M. Pachter: *The Fall and Rise of Europe.* Praeger Publishers, New York, 1975, p. 256.

[3] Lisie A. Rose: *Dubious Victory. The United States and the End of World War II.* The Kent State University Press, Kent (Ohio) 1973, p. 6.

[4] Robert Huhn Jones: *The Roads to Russia. United States Lend-Lease to the Soviet Union.* University of Oklahoma Press, Oklahoma, 1969, p. 175.

[5] R. H. Jones: *The Roads to Russia. United States Lend-Lease to the Soviet Union.* Oklahoma, p. IX.

ton, las grandes victorias de la Unión Soviética entre 1943 y 1944 "no habrían sido posibles sin los vehículos y el equipo ferroviario de los Estados Unidos".[1]

La tesis acerca del papel decisivo del *lend-lease* en la Segunda Guerra Mundial no sólo se desarrolla en las publicaciones de los historiadores, sino también en los libros de texto para las escuelas. En uno de ellos, esta cuestión se presenta de manera que las tropas soviéticas aparecen capaces de pasar a la ofensiva sólo después de haber recibido "miles de tanques británicos y camiones norteamericanos".[2] Por eso no es asombroso que los falsificadores de la historia no sólo den la espalda a hechos objetivos, a cifras convincentes que muestran la importancia verdadera del *lend-lease*, sino que silencien, de manera consciente, las valoraciones objetivas de la ayuda norteamericana a la URSS en los años de la guerra, hechas en su momento por personalidades políticas responsables de los Estados Unidos.

El 3,5 por ciento. A fines de mayo de 1945, en el transcurso de una estancia en Moscú, el representante personal de Roosevelt, H. Hopkins declaró lo siguiente durante conversaciones con personalidades estatales soviéticas: "Nunca habíamos creído que nuestra ayuda en forma de *lend-lease* había sido el factor principal en la derrota de Hitler por los soviéticos en el Frente Oriental. Esto se debió al heroísmo y la sangre del Ejército Ruso."[3]

También puede recordarse la valoración del destacado político inglés Ernest Bevin, quien declaró que "toda la ayuda que hemos podido brindar ha sido poca en comparación con los tremendos esfuerzos del pueblo soviético. Los hijos de nuestros hijos mirarán hacia atrás, a través de sus libros de historia, con admiración y agradecimiento por el heroísmo del gran pueblo ruso."[4] A los descendientes de Bevin y Roosevelt les presentan

---

[1] Albert Seaton: *The Russo-German War 1941-1945.* Arthur Barker Limited, Londres, 1971, p. 590.

[2] Henry W. Bragdon y Samuel P. McClutcher: *History of a Free People.* New York, MacMillan, 1978, pp. 675, 676.

[3] Robert E. Sherwood: *Roosevelt and Hopkins. An Intimate History.* Grosset&Dunlop, New York, 1950, p. 897.

[4] Alexander Werth: *Russia at War 1941-1945.* Barrie and Rockliff, London, 1964, p. XIV.

hoy un cuadro diferente de los acontecimientos.

La exageración del papel de la economía militar de los Estados Unidos en el curso y el desenlace de la Segunda Guerra Mundial, la exaltación del mito del papel decisivo de los suministros anglo norteamericanos de armas, materiales y víveres para el logro de la victoria de la Unión Soviética sobre la Alemania fascista, no es casual. Por una parte, a los lectores sencillos se les inculca la idea de "la fuerza y el poder" de los Estados Unidos capitalista y, por otra, la de "la debilidad" de la Rusia socialista.

En las obras históricas y los documentos oficiales soviéticos nunca se ha negado, ni se niega, la importancia de la ayuda de los aliados de la URSS en la coalición antihitleriana. En los años de la guerra —se señala en las obras soviéticas—, la URSS recibió de los Estados Unidos 14 700 aviones, 7 000 tanques, alrededor de 400 000 automóviles, determinada cantidad de medios de comunicación, víveres y otros materiales.[1] Además, se señala que los suministros de los aliados, a través del *lend-lease*, equivalieron globalmente a un 4% de la producción militar soviética. Si se analizan algunos tipos de suministros en particular, las cifras resultantes serán las siguientes: en aviones, el 12 %; en carros blindados, el 10 %; en armamento artillero, el 2 %; y en granos, el 2,8 %. Conviene agregar que la URSS recibió de los EE.UU. material de guerra por casi 10 000 millones de dólares, lo cual sólo corresponde a 1/3 de los suministros norteamericanos a través del *lend-lease* a los países de la coalición antihitleriana; o sea, al 3,5 % de los gastos militares totales de los EE.UU.

Los suministros de equipos y material de guerra a la Unión Soviética se realizaban de manera irregular, con grandes intervalos. El 18 de julio de 1942, el segundo día después del comienzo de la batalla de Stalingrado, Churchill notificó al Gobierno soviético el cese del envío de convoyes por la vía marítima septentrional. A pesar de la decidida protesta de J. V. Stalin, quien señaló lo inadmisible de ese paso de los aliados en las condiciones de la ingente tensión de las fuerzas del Ejército Soviético, ni los Estados Unidos ni Inglaterra reconsideraron su decisión. Sólo en septiembre y diciembre de 1942 enviaron a la

---

[1] *Historia de la economía socialista de la URSS.* Moscú, 1976, t. 5, p. 540 (en ruso).

URSS dos convoyes. Una interrupción aún mayor en el envío de los convoyes tuvo lugar en 1943: de abril a noviembre. Como resultado, los Estados Unidos e Inglaterra no cumplieron ni la mitad de sus compromisos de prestación de ayuda a la URSS.[1]

Al mismo tiempo, ya en 1942 la industria soviética logró incrementar, de manera ostensible, la producción de medios de combate. Se produjeron 25 436 aviones, 24 466 tanques, más de 158 000 cañones y morteros, y 15 buques de los tipos básicos.

A. Kosyguin, ex presidente del Consejo de Ministros de la URSS, escribió lo siguiente acerca de la importancia de la ayuda norteamericana a través del *lend-lease*: "Sin dudas, esas dimensiones de suministros no podían influir de manera sustancial en el curso de la guerra. Debe señalarse que los suministros mismos no siempre se realizaban en el momento en que nuestro país necesitaba más urgentemente tipos concretos de medios de combate; aún más, con frecuencia las características técnico tácticas de éstos dejaban mucho que desear. Entre los medios suministrados a nosotros había muchos tanques y aviones de modelos anticuados, mucho peores que los soviéticos, y, por tanto, sólo podíamos utilizarlos para tareas militares secundarias."[2]

En la historiografía occidental de la Segunda Guerra Mundial, podemos encontrar trabajos en los cuales se hacen conclusiones correctas acerca del papel y la importancia del *lend-lease*.

Los autores de una historia ilustrada de la Segunda Guerra Mundial, elaborada para difundirse en Europa por las editoriales de las revistas *Time* y *Lije*, hicieron la siguiente valoración del papel de los suministros a través del *lend-lease* en el período más difícil de la guerra para la Unión Soviética. "Durante el invierno de 1941 a 1942, las primeras entregas llegaron demasiado tarde para ayudar al Ejército Rojo en el combate que libraba para salvar a la Unión Soviética —escriben—. En esos días críticos, fueron los rusos, y sólo ellos, quienes hicieron frente a la agresión alemana, por sus propios medios y sobre su propio territorio, sin recibir gran asistencia de las democracias occidentales."[3]

---

[1] *Historia de la diplomacia.* Moscú, 1976, t. 4, pp. 274, 275 (en ruso).
[2] *Kommunist*, 1980, N°7, p. 51.
[3] *Le front russe.* Por Nicholas Bethell y los redactores de *Time-Life.* Time-Life International, Países Bajos, 1980, p. 145.

El historiador inglés A. Clark llegó a la siguiente conclusión importante: "Sí, parece que los rusos pudieron haber ganado la guerra por sí mismos, o al menos combatir a los alemanes hasta paralizarlos, sin ninguna ayuda de Occidente. El alivio que obtuvieron por nuestra participación... fue marginal, no decisivo."[1]

Pero esas valoraciones quedan literalmente ahogadas en la turbia corriente de mentiras acerca del "desinterés" y la "generosidad" de los círculos gubernamentales norteamericanos, los que "se apresuraron a prestar su ayuda gratuita" a la URSS.

Ante todo, conviene subrayar que la administración de los EE.UU. vio en la URSS al aliado imprescindible en la lucha contra la Alemania fascista, la cual —después de establecer una alianza político militar con Japón e Italia y apoderarse de casi toda Europa— se convirtió en el enemigo más peligroso que amenazaba la independencia de los Estados Unidos de América. Aún más, en los círculos gubernamentales de los EE.UU. actuaban fuerzas muy influyentes que estaban en contra de la prestación de ayuda a la URSS. El historiador norteamericano R. A. Divine señala en su libro *Roosevelt y la Segunda Guerra Mundial* [*Roosevelt and World War II*] que los seguidores de esa tendencia se guiaban por "motivos políticos".[2] Sin embargo, el presidente de los EE.UU. F. Roosevelt y muchas de las personalidades que lo rodeaban, consideraban que la ayuda a la URSS se correspondía, ante todo, con los intereses de los EE.UU.

En junio de 1941, por indicación de H. Hopkins, ayudante especial del presidente de los Estados Unidos, se elaboró un proyecto de memorándum, denominado "Tres párrafos en relación con la situación rusa". En ese documento se decía:

1. Hitler ve a Rusia como el principal y más peligroso enemigo y el obstáculo fundamental para realizar sus planes de conquista de la hegemonía mundial.

2. Rusia, al entrar en combate contra el Reich, agota al agresor, lo priva de sus recursos humanos y destruye su confianza en

---

[1] Aland Clark: *Barbarossa. The Russian-German Conflict 1941-1945*, Hutchinson&Co. Ltd., London, 1965, p. XIX.
[2] Robert A. Divine: *Roosevelt and World War II.* Penguin Books Inc., Baltimore, 1972, pp. 83, 84.

la realización de los planes de esclavizar el mundo.

3. Las consideraciones prácticas que los EE.UU. deben tomar como guía en la situación creada, están totalmente claras: prestar ayuda a la URSS en interés de los EE.UU. ("gusten o no diferentes elementos de la política exterior e interior de Rusia").[1]

Los planes de dominio mundial del fascismo alemán y los planes de dominio de Japón en Asia y el Pacífico, representaban una seria amenaza a los intereses del capital monopolista norteamericano. Por eso, el fracaso de esos planes se convirtió en la tarea política fundamental de los círculos gubernamentales de los EE.UU. En las condiciones de la Segunda Guerra Mundial ya desatada, esa tarea sólo podía solucionarse por la vía bélica.

¿Fue desinteresado el lend-lease? El 23 de junio de 1941 —es decir, al día siguiente del ataque del Reich fascista a la Unión Soviética—, el subsecretario de Estado de los EE.UU., S. Welles, declaró: "Los ejércitos de Hitler son hoy el principal peligro para los norteamericanos."[2] El 6 de agosto de 1941, el periódico *The New York Times* definió cínica, pero claramente, la posición de los políticos norteamericanos: "Debe quedar claro que nuestro interés primordial no es 'ayudar a Rusia', sino 'detener a Hitler'."[3] Arnold-Forster escribió: "La ofensiva rusa en el invierno de 1941... restableció la moral de los aliados, y nada más habría podido hacerlo. Las buenas noticias fueron raras en aquel entonces. Los japoneses parecían invencibles; habían derrotado el grueso de la Flota del Pacífico norteamericana y se lanzaron al Sudeste de Asia. Rusia sola pareció haber alcanzado el objetivo. En la hora sombría, la seguridad de los rusos infundió fuerzas a todos los aliados".[4] Todas estas declaraciones y documentos evidencian, de manera elocuente, que los EE.UU. necesitaban a la URSS como aliada en la guerra contra la Alemania fascista y, precisamente a partir de estas consideraciones realistas, la administración de Roosevelt decidió prestar ayuda a la URSS median-

---

[1] Ver V. L. Mallkov: "Harry Hopkins: páginas de su biografía política", en *Nóvaia i Novéishaia Istoria* (Historia Moderna y Contemporánea), 1979, N°3, p. 119.

[2] *The New York Times*, 24 de junio de 1941, p. 7.

[3] *The New York Times*, 6 de agosto de 1941, p. 61.

[4] Arnold-Foster M. *The World at War*. Thames Metheum, London, 1983, p. 160.

te el *lend-lease*, lo cual —según la opinión de líderes estatales norteamericanos— podía crear condiciones favorables para el logro de los objetivos estratégico militares de los EE.UU.

El historiador francés M. Mourin escribe que los EE.UU. consideraban que había que destruir al enemigo "mientras la URSS... tenía inmovilizada... a la mayor parte de la Wehrmacht".[1] Aún más, en determinados círculos de los EE.UU. surgieron planes de reducción de la participación directa de las fuerzas armadas en la lucha contra el bloque fascista militarista en el teatro terrestre, el más importante de la guerra. En sus memorias, W. A. Harriman escribe que el presidente Roosevelt confiaba en que, si la lucha contra los ejércitos de los países del "Eje" la efectuaba la Unión Soviética, los Estados Unidos podrían limitar su participación en la guerra al empleo de la aviación y la flota.[2]

Hasta el mismo verano de 1943, los EE.UU., en estado de guerra con los países fascistas, no llevaron a cabo, en la práctica, acciones combativas (excepto bombardeos) en el continente europeo. Cuando al fin, tras prolongadas demoras y dilaciones, se abrió el segundo frente en Francia, algo estaba totalmente claro para los dirigentes políticos y militares norteamericanos: la Alemania fascista no podría oponer una fuerte resistencia a las tropas de los EE.UU. e Inglaterra, pues las principales fuerzas de la Wehrmacht estaban inmovilizadas en Rusia. Esto lo evidencian, en particular, los documentos del archivo personal del general D. Eisenhower, publicados en 1970. El Comandante en Jefe norteamericano de las fuerzas aliadas en Europa, consideraba que los suministros a la URSS incrementarían la capacidad combativa de las tropas soviéticas, lo cual obligaría a Alemania a emplear las principales fuerzas en los combates en el Frente Oriental.[3]

Los círculos gubernamentales de los EE.UU. poseían las condiciones más favorables para el aumento del potencial industrial militar. En el país existían recursos energéticos y de ma-

---

[1] Maxime Mourin: *Reddition Zans conditions.* Ediciones Albin Michel, París, 1973, p. 46.

[2] W. Averell Harriman: *America and Russia in a Changing World*, Doubleday&Company, Inc., New York, 1971, p. 15.

[3] *The Public Papers of Dwight D. Eisenhower. The War Years*, vol. I-V, Government Printing Office, Baltimore, 1970.

terias primas, una base industrial desarrollada, se disponía de mano de obra, el territorio estadounidense estaba alejado de los teatros de las acciones bélicas. En el documento oficial *Resumen de la producción bélica de los EE.UU. en 1940-1945*, se señala: "La iniciativa que poseía el 'Eje' en las primeras etapas de la guerra le fue arrebatada, por primera vez, por los rusos durante el invierno de 1941 a 1942 y, decisivamente, en el otoño de 1943. El efecto de estos acontecimientos en nuestros esfuerzos de producción de guerra, fue darnos más tiempo y reducir el potencial total de nuestra misión en el teatro europeo."[1]

El jefe del Estado Mayor del ejército de los EE.UU., G. C. Marshall, escribió en un informe oficial sobre los resultados de la guerra: "El factor del cual más dependió la seguridad de esta nación fue el tiempo... Se nos concedió este tiempo mediante la heroica negativa de los pueblos soviético y británico a desplomarse ante los demoledores golpes de las fuerzas del 'Eje'. Ellos nos compraron este tiempo con monedas de sangre y coraje."[2]

El historiador norteamericano G. G. Herring se aparta del mito del "desinterés" de los EE.UU. al prestar ayuda a sus aliados. "El préstamo-arriendo no fue... el acto más desinteresado en la historia de cualquier nación —escribe el autor—. Fue un acto de propio interés calculado, y los norteamericanos siempre estuvieron conscientes de las ventajas que podrían asegurarse con él."[3]

En sus memorias, el ex presidente de los EE.UU., H. Truman, también refuta de manera involuntaria la versión del "desinterés" de la ayuda norteamericana a los aliados en la guerra. "El dinero gastado en el *lend-lease* —escribe— significó, incuestionablemente, el ahorro de muchas vidas norteamericanas. Cada soldado de Rusia, Inglaterra y Australia equipado a través del *lend-lease* para ir a esa guerra, redujo en esa medida los peligros que enfrentaron nuestros jóvenes para ganarla."[4] A esto debe

---

[1] *Summary of War Production in the United States, 1940-1945*, p. 2.

[2] *The War Reports of General of the Army George C. Marshall, General of the Army H. H. Arnold, Fleet Admiral Ernest J. King.* J. B. Lippincott Company, Philadeiphia & New York, 1977, p. 153.

[3] George C. Herring: *Aid to Russia 1941-1946.* Columbia University Press, New York y London, 1973, p. 293.

[4] *Memories by Harry S. Truman,* vol. I. Year of Decisions, Doubleday&Company, Inc., Garden City, 1955, p. 234.

agregarse que según datos del Departamento de Comercio norteamericano, los Estados Unidos recibieron de la URSS en los años de la guerra 300 000 toneladas de mineral de cromo y 32 000 toneladas de mineral manganífero, una considerable cantidad de platino, pieles y otros tipos de materias primas y mercancías.

El historiador francés R. Cartier en su obra en dos tomos *La Segunda Guerra Mundial* [*La seconde guerre mondiale*], editada por Larousse con una gran tirada, escribe: "Un elemento importante en el cambio de la correlación de fuerzas en el Frente Oriental, fue la ayuda norteamericana. Es inútil buscar el menor rastro de ella en las publicaciones soviéticas; no obstante, el torrente de material, el poderoso río que inundó Rusia a partir de 1941, confunde la imaginación."[1]

En un libro de texto norteamericano de historia para las escuelas de nivel medio, editado en 1978, puede leerse que la ayuda norteamericana durante la guerra fue más tarde "cuidadosamente silenciada por órdenes de Stalin"[2] en la Unión Soviética. El propósito es simple: inculcar en el lector, desde el pupitre escolar, la idea de los "rusos desagradecidos".

En la Unión Soviética siempre se ha valorado con justeza —tanto en trabajos de índole general acerca de historia de la Segunda Guerra Mundial, como en obras dedicadas a los problemas económico militares— el aporte de los pueblos de los Estados Unidos, Inglaterra y otros participantes de la coalición antihitleriana a la victoria total sobre los agresores fascistas y, dentro de ello, la ayuda prestada a la URSS mediante el *lend-lease*.

En la historiografía soviética no existe y no puede existir tendencia a "silenciar" o "subestimar" la ayuda de los EE.UU. e Inglaterra a la URSS durante la guerra. La cuestión está en valorar, de manera correcta y objetiva, esa ayuda. En sus memorias, el Mariscal de la Unión Soviética G. Zhúkov llama la atención de los lectores, precisamente, sobre este punto de la interpretación de las cuestiones del *lend-lease*: "En realidad, la URSS recibió durante la guerra importantes suministros para la economía nacional: máquinas, equipos, materiales, combustible y víveres. De

---

[1] Raymond Cartier: *La seconde guerre mondiale*, t. 2, p. 6.
[2] Marvin Perry: *Man's Unfinished Journey. A World History,* Houghton Mifflin Company, Boston, 1978, p. 723.

los EE.UU. e Inglaterra fueron enviados, por ejemplo, más de 400 000 automóviles, una gran cantidad de locomotoras, medios de comunicación. Pero, ¿acaso todo esto podía ejercer una influencia decisiva en el curso de la guerra?"[1] G. Zhúkov también cita datos acerca del armamento suministrado con el *lend-lease*.

También debe prestarse atención a otro detalle relacionado con el *lend-lease*. En el verano de 1945, por decisión del presidente de los EE.UU., H. Truman, los suministros a la Unión Soviética a través del *lend-lease* se suspendieron unilateralmente. Y la cuestión no consistía en que había terminado la guerra en Europa, sino en el "nuevo enfoque" de la administración norteamericana a la cuestión de la prestación de ayuda económica a la URSS, la cual necesitaba con urgencia obtener créditos y suministros de equipos industriales de los EE.UU. para la restauración de la economía nacional. En la Unión Soviética, los daños materiales causados por la guerra fueron inmensos. Los agresores germano fascistas destruyeron y quemaron 1 710 ciudades, más de 70 000 poblados y aldeas, más de seis millones de edificios y dejaron sin hogar a casi 25 millones de personas; destruyeron 31 850 empresas industriales, 65 000 kilómetros de vías férreas y 4 100 estaciones ferroviarias; arruinaron y saquearon 98 000 koljoses, 1 876 sovjoses y 2 890 estaciones de máquinas y tractores. El daño directo causado por Alemania y sus satélites a la Unión Soviética en los territorios temporalmente ocupados, ascendió a 679 mil millones de rublos. Y el daño total, teniendo en cuenta los gastos provocados por la guerra y la pérdida de los ingresos por la economía nacional de las zonas ocupadas, ascendió a la colosal suma de 2 billones 569 mil millones de rublos.[2]

Los EE.UU. no sólo no sufrieron, sino que incluso se enriquecieron durante la guerra. Era lógico esperar que precisamente los EE.UU. ayudaran a la URSS —como su aliado— en la restauración de la economía nacional, tanto más cuanto que no se trataba de una ayuda gratuita o filantrópica, sino de facilitar a la URSS créditos estatales a largo plazo sobre la base de un acuerdo y de distribuir los encargos soviéticos de equipos industriales en los EE.UU. Pero la administración norteamericana decidió apro-

---

[1] G. K. Zhúkov: *Memorias y meditaciones*, t. 2, pp. 372, 373.
[2] *Historia de la política exterior de la URSS. 1917-1945*, t. 1, p. 479.

vechar lo que ella imaginaba una "debilidad" de la URSS y lograr que este país renunciara a su línea política autónoma en la arena internacional. En septiembre de 1945, se encontraba en Moscú una delegación norteamericana encabezada por el presidente del Comité del Congreso para la Planificación y la Política Económica de Posguerra, W. Colmer. En su libro *Los Estados Unidos y el origen de la guerra fría, 1941-1947* [*The United Status and the Origins of the Cold War*], J. L. Gaddis señala que "Colmer y sus colegas exigían que, a cambio de un empréstito norteamericano, la URSS reformara su sistema de gobierno interno y abandonara la esfera de influencia en Europa Oriental".[1]

El historiador norteamericano L. A. Rose, quien se especializa en los problemas de las relaciones internacionales en los años de la guerra, en su libro *Una victoria dudosa. Los Estados Unidos y el fin de la Segunda Guerra Mundial* [*Dubious Victory. The United States and the End of World War II*], señala que varios funcionarios norteamericanos, en particular A. Harriman y el secretario de Estado adjunto para Asuntos Económicos, W. L. Clayton, instaron con vehemencia la retención de créditos de posguerra a la Unión Soviética, "hasta que el Kremlin mejorara su conducta".[2] Pero es inútil hablar con la Unión Soviética en el lenguaje de la imposición y el chantaje.

Así pues, no puede hablarse de posición "desinteresada" del Gobierno norteamericano en la cuestión del *lend-lease*. No puede hablarse del papel "decisivo" de los suministros norteamericanos a través del *lend-lease* en ninguna de las etapas de la Gran Guerra Patria y, aún menos, en el logro de la victoria definitiva.

A fines de 1941, en los momentos más difíciles para la URSS, en la batalla de Moscú operaron 670 tanques soviéticos. En la batalla de Berlín participaron más de 6 000 tanques y cañones de asalto, 41 600 cañones y 7 500 aviones. Todos eran de producción soviética. La férrea lógica de los hechos históricos sitúa todo en su lugar.

---

[1] John Lewis Gaddis: *The United States and the Origins of the Cold War, 1941-1947.* Columbia University Press, New York y London, 1972, p. 260.

[2] Lisie A. Rose: *Dubious Victory. The United States and the End of World War II*, p. 64.

El factor político

La victoria de la Unión Soviética en la guerra no sólo demostró la superioridad de la economía socialista, sino también la estabilidad de su régimen social y estatal, la indestructible amistad de todas las nacionalidades y las naciones del país, la cohesión de los soviéticos alrededor del Partido Comunista, la gran fuerza de las ideas comunistas. "Toda guerra —escribió V. I. Lenin— está inseparablemente unida al régimen político del que surge."[1] Él subrayaba que el curso y el desenlace de una guerra dependen "del régimen interior del país involucrado en ella".[2]

Al preparar el ataque a La URSS, la Alemania fascista no sólo fundaba sus esperanzas en su fuerza militar, sino también contaba con la debilidad del régimen social y estatal en la Unión Soviética. Goebbels y sus ayudantes del Ministerio de Propaganda se esforzaron mucho en demostrar la existencia de ciertos puntos "vulnerables" del sistema soviético y fundamentar la idea aventurera de la "guerra relámpago". Los agresores fascistas contaban con que el Estado multinacional soviético se desmoronaría bajo los golpes de la Wehrmacht.

La historia dio una dura lección a quienes confiaban en destruir a la Unión Soviética; a quienes no vieron y no querían ver la fuerza indestructible, la viabilidad del régimen socialista, engendrado por la Gran Revolución de Octubre.

Acerca de los secretos del "alma rusa" y las tradiciones de la "santa Rus". En la literatura occidental es posible encontrar, con frecuencia, razonamientos de que el patriotismo de los soviéticos se remonta, en sus orígenes, a las particularidades "incomprensibles" del "carácter ruso", a los secretos del "alma rusa." Se afirma que no fue el patriotismo soviético, sino el amor hacia la "madrecita Rusia" lo que ayudó "al régimen soviético a soportar la dura prueba". El historiador francés G. Welter analiza los orígenes del patriotismo soviético como la "confianza en quien lo lleva al combate, ya se trate de Pedro el Grande, Kutúzov o Stalin".[3] Así, el patriotismo soviético pierde su contenido clasista y

[1] V. I. Lenin: *Obras militares escogidas*, p. 266.
[2] Ibíd.
[3] Gustav Welter: *Histoire de Russie.* Payot, París, 1963, p. 409.

se reduce a los estrechos marcos nacionales. Más adelante se llega a la conclusión de que la ideología comunista no ha ejercido suficiente influencia en la formación de la conciencia de los soviéticos y, por eso, el PCUS ha recurrido al enaltecimiento de la "santa Rus". Para confirmar esto se citan hechos como la creación —dentro de las Fuerzas Armadas de la URSS— de unidades de la Guardia, la instauración de condecoraciones gubernamentales que llevan el nombre de destacados jefes del Ejército y la Marina del pasado, como A. Suvórov, M. Kutúzov, B. Jmelnitski, P. Najírnov, F. Ushakov, Alexandr Nevski. Es posible encontrar este tipo de versiones en las publicaciones de G. von Rauch (RFA), H. Carrère d'Encausse (Francia) y muchos otros autores.[1]

Al respecto se debe señalar lo siguiente. En la historia de los pueblos han existido períodos en los que se ha decidido el destino de la libertad y la independencia de la nación o han ocurrido grandes transformaciones sociales que han decidido el ulterior desarrollo de la nación, su existencia como Estado. Precisamente en estos períodos se han destacado personalidades políticas y militares que han coadyuvado con sus actos al progreso social. Alexandr Nevski vive en la memoria del pueblo no porque fue un príncipe, sino porque encabezó la lucha del pueblo por la independencia de la Rus contra los conquistadores extranjeros. El pueblo soviético respeta la memoria de Suvórov, Kutúzov, Ushakov y Najímov porque —como representantes de vanguardia en su tiempo— comprendieron las necesidades del pueblo y el Estado y sirvieron con honor a su Patria, mostrando extraordinarias dotes de jefes militares y navales. También se destacó como personalidad política progresista y destacado jefe militar Bogdan Jmelnitski, uno de los primeros que comprendió dentro de su clase la comunidad de intereses de los pueblos ruso y ucraniano.

En su labor ideológica de educación de los soviéticos dentro del espíritu del patriotismo, el Partido Comunista de la Unión Soviética, ha recurrido y recurre a ejemplos del pasado heroico, a las tradiciones de los pueblos de la URSS, los que han tenido su origen en la lucha multisecular por la libertad y la independencia. Además, siempre se ha llevado, y se lleva a cabo en la actualidad,

---

[1] Georg von Rauch: *Geschichte der Sowjetunion.* Alfred Kröner Verlag, Stuttgart, 1969; Hélène Carrère d'Encausse: *L'empire éclaté. La révolte des nations en URSS.* Flammarion, París, 1978.

una línea precisa de interpretación consecuente de la historia desde posiciones clasistas; se ha señalado en reiteradas ocasiones la inadmisibilidad de la identificación del pasado heroico del pueblo ruso con la historia del régimen burgués terrateniente de la Rusia zarista, durante mucho tiempo la cárcel de los pueblos.[1]

Tampoco hubo nada en común con un "regreso a las tradiciones del zarismo" en la creación de unidades de la Guardia en las Fuerzas Armadas Soviéticas. Los historiadores burgueses ignoran, de manera premeditada, que en el lenguaje de cada pueblo existen determinados conceptos, cuyo contenido varía con el paso del tiempo. Eso sucede con la palabra "guardia", la cual se emplea en la actual lengua rusa de manera diferente a su significado en el pasado, pues se utiliza para significar a los luchadores por la causa del comunismo más preparados, más fuertes de espíritu y más forjados, desde el punto de vista revolucionario. No es casual que los primeros destacamentos de las fuerzas armadas de la clase obrera que se alzaron en la lucha contra el zarismo, fueran denominados Guardia Roja, la cual fue más tarde el fundamento para organizar las fuerzas armadas del proletariado en el período de preparación y realización de la Gran Revolución Socialista de Octubre y a comienzos de la Guerra Civil entre 1918 y 1920.[2] En el periodismo y la literatura soviéticos ya antes de la guerra, se habían fijado conceptos como "Guardia Leninista", "Guardia de la Revolución". En los años de la guerra, a las mejores unidades y buques de las Fuerzas Armadas Soviéticas —distinguidos en los combates contra los agresores germano fascistas—, se les comenzó a dar el título "de la Guardia".

En la historiografía occidental está muy difundida la mentira de que en los años de la guerra "el régimen comunista en Rusia" "reconsideró" su actitud hacia la religión, "firmó la paz" y se aseguró el apoyo de "la Iglesia antes perseguida". Los falsificadores especulan con el desconocimiento de los amplios medios sociales de las particularidades de la interrelación existente entre el Estado socialista y las organizaciones religiosas, y entre ellas, la Iglesia ortodoxa. Por un Decreto del Consejo de Comisarios

[1] *Historia del Partido Comunista de la Unión Soviética*, t. 5, libro I, p. 401 (en ruso).
[2] Ver con más detalles en *Enciclopedia Militar Soviética*, t. 2, pp. 496-498.

del Pueblo aprobado en 1918, la Iglesia se separó del Estado. La pertenencia a una u otra religión se convirtió en una cuestión personal de cada ciudadano de la URSS. La Constitución de la Unión Soviética legalizó la libertad de culto de los ciudadanos. En los primeros años del Poder soviético, muchos representantes del clero vinculados con las clases explotadoras de la Rusia zarista, actuaron contra las transformaciones socialistas del país, de lo cual, claro está, fueron hechos responsables. Pero el país tomó rápidamente la vía del progreso social y económico. Los trabajadores, entre quienes también había creyentes, participaban activamente en la reorganización de la vida sobre nuevas bases. Para no perder su influencia en esta parte de la población, la Iglesia no podía mantenerse al margen de la vida social de los feligreses ni pasar por alto la inclinación de los éstos hacia el nuevo régimen social. Por eso renunció abiertamente a la actividad antisoviética.

Ya en 1927, la más alta dignidad eclesiástica rusa, el metropolitano Sergio, hizo un llamado a los fieles y al clero a que apoyaran de manera activa al Poder soviético. En los años de la preguerra, la Iglesia ocupó una posición leal para con el régimen social y estatal en la URSS.

Después del ataque de los agresores fascistas a la Unión Soviética todo el pueblo, incluidos los creyentes, se levantó en defensa de su Patria. La Iglesia condenó la agresión fascista. Cuando por todo el país se desarrolló un amplio movimiento para recaudar ayuda financiera y material al Ejército Soviético, la Iglesia no estuvo al margen. Con los recursos reunidos por los creyentes se construyó y envió al frente una columna de tanques bajo el nombre de "Dmitri Donskói".

Los órganos estatales y partidistas de la Unión Soviética, aunque respetaban los sentimientos de los creyentes, no renunciaban al principio de la separación de la Iglesia del Estado. Ni la religión ortodoxa ni ninguna otra pueden contar con participar en la solución de ningún tipo de cuestión estatal. El Partido siempre ha considerado una obligación suya la propaganda de las ideas materialistas marxistas y del ateísmo científico.

Así, en los años de la guerra no se produjo ninguna variación sustancial en las relaciones entre el Estado soviético y la Iglesia. La influencia de la religión ortodoxa y otras religiones en la po-

blación del país, estuvo muy lejos de ser lo que plantean los historiadores burgueses: que la población "buscó" en la religión una fuente de convencimiento de la justeza de su lucha contra los conquistadores extranjeros.

Una versión más. Los falsificadores de la historia también recurren a otro método para tergiversar los orígenes del patriotismo soviético. Afirman de manera arbitraria que el carácter nacional de la lucha de los soviéticos contra los agresores, estuvo dado por la "incorrecta" política de ocupación de la dirección fascista. En la década del 60, se pusieron de manifiesto tales argumentaciones en las obras de los historiadores ingleses E. O. Ballanqe y A. Clark, del historiador norteamericano T. Higgins, del historiador germanoccidental E. Hesse, y otros. El sociólogo reaccionario francés R. Aron, quien secundó esta versión, declaró que la guerra patriótica en Rusia contra los agresores germano fascistas estuvo provocada por los "errores" en la política alemana de ocupación.[1] Le hace eco K. Reinhardt, quien intenta explicar la heroica lucha del pueblo soviético en el frente y la retaguardia, mediante los "errores" de los dirigentes del tercer Reich en la política hacia la población de las zonas ocupadas y hacia los prisioneros soviéticos y, a la vez justificar las órdenes y las acciones criminales del mando de la Wehrmacht, la cual "condenaba", según él, esta política realizada sólo, al parecer, por las fuerzas de las SS.[2] H. Carrère d'Encausse, cuyos trabajos están permeados por el espíritu del anticomunismo y el antisovietismo, considera que la dirección de la Alemania fascista habría podido jugar la "carta de los nacionalismos" y, con ello, debilitar a la URSS. En su opinión, si se hubiera realizado el plan del criminal de guerra Rosenberg, quien preveía la división de la Unión Soviética, "la federación soviética habría sido reducida a la nada".[3]

Las consideraciones acerca de la posibilidad o la "eficacia" de alguna política "humana" hacia la población de la URSS por el fascismo, no pueden dejar de provocar un sentimiento de pro-

---

[1] Raymond Aron: *Penser la guerre, Clausewitz.* Editions Gallimard. París, 1976, t. 2, pp. 90, 91.
[2] K. Reinhardt: *Die Wende vor Moskau. Das Scheitem der Strategie Hitlers im Winter 1941/42*, pp. 90, 91.
[3] Hélène Farrère d'Encausse: *L'Empire éclaté...*, pp. 29, 30.

testa. Estas consideraciones están dirigidas, ante todo, a justificar con falsedades al imperialismo y al fascismo alemanes, a esconder la esencia feroz existente en su naturaleza misma. Recordemos algunos hechos. Mucho antes de la guerra, en las intervenciones de los cabecillas de la Alemania fascista y en los documentos nazis, no sólo se promulgó y elaboró el programa de conquista de tierras en el Este, sino también monstruosos planes de exterminio de los pueblos eslavos y de "germanización" de los grupos poblacionales que los conquistadores contaban con utilizar como esclavos suyos. Hitler declaraba cínicamente: "Siempre debe partirse de que esos pueblos [los eslavos. —*El autor*], ante nosotros, tienen en primera línea la tarea de servirnos en lo económico."[1] En el plan general "Este", elaborado bajo la dirección de Himmler y Rosenberg en mayo de 1940, se preveía el aniquilamiento de 30 millones de eslavos. En este documento se decía acerca de la Unión Soviética: "No sólo se trata de la destrucción del 'Moscovismo'... Se trata de mucho más: de destruir la raza rusa como tal, de su desintegración."[2] Los fascistas planeaban exterminar la intelectualidad, abolir la enseñanza media y superior, convertir a los soviéticos en esclavos obtusos en los territorios ocupados.

En vísperas de la guerra, en Alemania se aprobó una instrucción especial sobre la conducta que debían seguir los funcionarios en el territorio ocupado de la URSS. "Ustedes deben tener claro que por siglos enteros serán los representantes de la gran Alemania... Por eso deben estar conscientes del mérito de ejecutar las medidas más duras y más crueles que les exija el Estado."[3]

La camarilla militar alemana, sin conmoverse, realizó las teorías misantrópicas racistas, para lo cual empleó los métodos más sangrientos de ensañamiento con la población pacífica de las zonas ocupadas. Mediante la directiva "Acerca de la jurisdicción en la zona 'Barbarroja' y los poderes especiales de las tropas",

---

[1] *Hitlers Tischgespräche in Führerhauptquartier 1941-1942.* Editado por H. Picker, Stuttgart, Seewald, 1963, p. 270.

[2] *Vierteljahrshefte für Zeitgeschishte,* 3. Heft, julio de 1958, Stuttgart, p. 313.

[3] *Fines criminales: medios criminales. Documentos acerca de la política de ocupación de la Alemania fascista en el territorio de la URSS (1941-1945).* Moscú, 1963, p. 32 (en ruso).

del 13 de mayo de 1941, a los soldados de la Wehrmacht se les permitía emplear "medidas masivas violentas" tanto contra los guerrilleros y todos los "sospechosos", como contra núcleos poblacionales enteros. Por anticipado se liberaba de toda responsabilidad a los militares de la Wehrmacht por la arbitrariedad y los actos de violencia contra la población soviética.[1]

En uno de los documentos del 22 de julio de 1941 se ordenaba a las autoridades de ocupación que difundieran mediante sus represiones "el miedo y el terror"; las tropas debían adoptar "las correspondientes medidas draconianas"[2].

En la orden del jefe del 6º Ejército alemán, W. von Reichenau, "Conducta de las tropas en los territorios orientales" se decía: "Las tropas deben interesarse en extinguir incendios sólo en la medida que sea necesario para garantizar suficientes cantidades de alojamientos. Además, la desaparición de símbolos del anterior gobierno bolchevique, incluso en la forma de edificaciones, es parte de la lucha de destrucción. Ni los valores históricos ni los artísticos son de importancia en los territorios orientales."[3]

Ciertamente, la política misantrópica de terror de los oscurantistas germano fascistas para con la población de las zonas ocupadas de la Unión Soviética, incrementó el odio hacia los fascistas, fue uno de los motivos que estimularon la lucha activa y decidida contra los hitlerianos. El destacado dirigente del Estado soviético M. Kalinin, todavía durante la guerra, escribió: "La crueldad —la cual incita incluso a las piedras a clamar venganza— empuja a las personas más pacíficas a la lucha abnegada contra los bandidos hitlerianos. Pero aun así, la violencia y la crueldad empleadas por los ocupantes fascistas con la población pacífica, sólo son un factor complementario en el desarrollo de la lucha guerrillera. Las fuentes fundamentales que nutren tan abundantemente al movimiento guerrillero, están mucho más profundas, se encuentran en el corazón del pueblo mismo."[4]

---

[1] Ibíd., p. 31.

[2] *Trial of the Major War Criminals before the International Military Tribunal*, vol. XXII, publicado en Nuremberg, Alemania, 1948, p. 287.

[3] Ibíd, p. 460.

[4] M. I. Kalinin: *Acerca de la educación comunista y del deber militar.* Moscú, 1967, p. 66 (en ruso).

Acerca del patriotismo y el heroísmo. La guerra de la Alemania fascista y sus satélites contra la Unión Soviética, fue una guerra criminal y de agresión.

El Comité Central del Partido Comunista y el Gobierno soviético, desde el comienzo mismo de la guerra, frustraron las ideas de la agresión alemana. "El objetivo de este ataque —se señalaba en la Directiva del CC del Partido y del Gobierno, del 29 de junio de 1941— es el aniquilamiento del régimen soviético, la conquista de las tierras soviéticas, la esclavización de la Unión Soviética, el saqueo de nuestro país."[1]

El Partido llamó a todos los compatriotas a luchar abnegadamente contra los conquistadores fascistas, a defender cada palmo de la tierra natal, a combatir por sus poblados y ciudades hasta la última gota de sangre. Al llamado del Partido, se levantó todo el pueblo de la inmensa nación. Millones de soviéticos manifestaron, desde las primeras horas de la guerra, una firmeza indoblegable en la lucha contra el enemigo, su grandeza de alma, su fidelidad al deber de ciudadanos de la Patria socialista.

Las fuentes fundamentales del patriotismo y la abnegación de los ciudadanos soviéticos en la lucha contra los agresores, fueron el régimen social y estatal soviético, los ideales del comunismo. El heroísmo de los soviéticos en la Gran Guerra Patria no constituyó hechos aislados. Fue el heroísmo sin precedentes de las amplias masas populares. En los años de la guerra, más de siete millones de combatientes soviéticos fueron condecorados con órdenes y medallas de la URSS, más de 11 000 personas se hicieron acreedores de la más alta distinción combativa: el título de Héroe de la Unión Soviética. El heroísmo masivo de los soviéticos fue una clara manifestación de su patriotismo, de su amor a la tierra natal, de su entrega sin reservas al régimen socialista.

Los historiadores reaccionarios no cesan en sus intentos de "desheroizar" al Ejército Soviético, de tergiversar las fuentes del gran hecho de armas de los soviéticos en aras de la defensa de la Patria socialista. El historiador norteamericano H. Baldwin "explica" la firmeza y el valor de las tropas soviéticas con el argumento de que "el *mujik* temía a la disciplina férrea de los comisa-

---

[1] *El PCUS en las resoluciones y acuerdos de los congresos, conferencias y plenos del CC.* Moscú, 1971, 8a ed., t. 6, p. 19.

rios y a los pelotones de fusilamiento soviéticos".[1] El antes citado W. Craig afirma calumniosamente que la disciplina en el Ejército Rojo se mantenía por el "método de fusilar a cada décimo hombre". He aquí una escena de su libro: "El coronel avanzó con determinación hacia las largas filas de soldados en formación. Con una pistola en la mano derecha, se dio vuelta al final de la primera fila y comenzó a contar en alta voz: 'uno, dos, tres, cuatro'... Cuando llegó al décimo hombre, giró y le disparó a la cabeza. La víctima no había cesado de agonizar en la tierra, cuando el coronel comenzó a contar de nuevo: 'uno, dos, tres'... Al llegar a diez mató a otro hombre de un disparo y continuó su horrendo monólogo: 'uno, dos...' "[2] Este episodio inventado no es casual, no es un error. Es un tosco infundio que emplean los historiadores reaccionarios con el fin de realizar una propaganda antisoviética premeditada, de especular con la confianza del lector poco informado.

Baldwin, Craig y otros como ellos silencian al mismo tiempo las valoraciones de quienes conocieron a los soldados soviéticos en el campo de batalla. El general norteamericano Stilwell escribió en 1945 que los norteamericanos expresarán los sentimientos de sus soldados al rendir homenaje en particular al soldado ruso. Lo vieron en esta guerra durante la defensa tenaz, abnegada, contra la poderosa maquinaria, durante su épica resistencia en Stalingrado y su primera gran victoria allí, cuando destruyó al 6º Ejército alemán y torció el curso de la guerra hacia la victoria definitiva. Vieron cómo el soldado ruso expulsó al ejército alemán y limpió su Patria de conquistadores en la ofensiva más grande y tenaz de la historia militar. Luego, Stilwell señala que durante tres años de constante lucha los norteamericanos vieron cómo precisamente el soldado ruso resistió el empuje de los alemanes y los derrotó; superó todo lo alcanzado por los soldados rusos en guerras pasadas, y los soldados de cualquier nacionalidad se enorgullecen de haber estado junto a él en esta guerra. Todo el mundo civilizado debe valorar, de manera especial, los méritos de la figura central en esta lucha: el soldado ruso.

En las memorias de los generales hitlerianos también hay

---

[1] H. W. Baldwin: *Battles Lost and Won. Great Campaigns of World War II*, p. 168.
[2] W. Craig: *Enemy at the Gates. The Battle for Stalingrad*, p. 72.

muchas evidencias de este tipo. Así, por ejemplo, H. Friessner escribió: "El soldado soviético... combatía de manera consciente por sus ideas políticas. Esto era válido, en particular, para los soldados jóvenes."[1] El destacado general francés F. Gambiez, después de visitar Stalingrado con un grupo de veteranos de la guerra, valoró de la siguiente manera, en el periódico francés *Le Figaro*, la consigna de los defensores de la fortaleza del Volga "Detrás del Volga, no hay más tierra para nosotros": esta consigna "permite medir la importancia de la educación patriótica dada a los soldados del Ejército Rojo, el apego de los soviéticos a su tierra invadida y martirizada y el grado de entusiasmo de todos".[2]

Ya en 1919, V. I. Lenin se refirió a la invencibilidad del socialismo en sus enfrentamientos a los Estados explotadores: "Jamás podrá ser derrotado un pueblo cuyos obreros y campesinos, en su mayoría, han comprendido, sentido y visto que defienden su propio poder, el Poder soviético, el poder de los trabajadores; que defienden una causa cuyo triunfo les asegurará a ellos y sus hijos la posibilidad de beneficiarse de todos los bienes de la cultura y de todas las creaciones del trabajo humano."[3]

En la Gran Guerra Patria, la masa fundamental de los defensores de la Patria socialista la componían los hijos y las hijas de quienes el gran Lenin y el Partido Comunista condujeron a la victoria de la Gran Revolución Socialista de Octubre. Eran los representantes de una generación que se educó y trabajó en los años de las grandiosas transformaciones socio económicas en el país, una generación que edificó con su trabajo el socialismo real, una generación para la cual el modo de vida socialista se había convertido en una realidad diaria.

Una familia de pueblos fraternos. El pueblo combatiente de la URSS representaba una familia firmemente unida de todas las naciones y las nacionalidades asentadas en los vastos territorios del país. La defensa de la Patria socialista se convirtió en causa común de todos los ciudadanos de la URSS, independientemente

---

[1] Hans Friessner: *Verratene Schlachten.* Holsten-Verlag, Hamburgo, 1956, p. 242.
[2] *Le Figaro*, 28 de agosto de 1972, p. 16.
[3] V. I. Lenin: *Obras completas*, Ed. Política, La Habana, 1963, t. XXIX, p. 313.

de su nacionalidad. Hombro con hombro combatieron los representantes de los pueblos grandes y pequeños del país y de sus hazañas y hechos de armas se enorgullecieron todos los soviéticos.

En 1944, formando parte de 200 divisiones de fusileros que contaban en sus filas con un millón de hombres, había un 58,3 % de rusos, un 22,3 % de ucranianos, un 2,7 % de bielorrusos, un 2,0 % de uzbecos, un 1,5 % de kazajos, un 1,5 % de azerbaidzhanos, un 1,4 % de armenios, un 1,0 % de kirguises y representantes de otras naciones y nacionalidades de la URSS. En los años de la guerra se formaron un cuerpo estonio; tres divisiones kazajas; las divisiones letona, lituana, azerbaidzhana, georgiana, armenia, bashkira y otras unidades nacionales.[1] La defensa de la Patria socialista fue la causa común de todos los pueblos del país.

Al intervenir en un mitin de la juventud soviética en septiembre de 1941, el hijo de la ardiente revolucionaria española Dolores Ibárruri, el capitán Rubén Ruiz Ibárruri, quien después cayó heroicamente en los combates de Stalingrado, dijo: "Soy español, y junto a mí combaten rusos y georgianos, bielorrusos y kazajos, ucranianos y tadzhikos. Levantaos junto a nosotros todo el que quiera conquistar para sí la libertad y la felicidad." Los sentimientos expresados por ese oficial soviético de nacionalidad española, resultaban cercanos y comprensibles para todos los soviéticos, para quienes la solidaridad clasista de los trabajadores de todos los países y la unidad de la familia multinacional de los pueblos de la URSS, se habían convertido en una manifestación natural de las relaciones sociales formadas en las condiciones de la edificación y la victoria del socialismo en el país.

Resultan infructuosas las artimañas de los historiadores neofascistas del tipo de J. Hoffmann, quien trabaja en el servicio de historia militar del Bundeswehr, W. Strik-Strikfeldt y otros semejantes a ellos, quienes intentan confirmar que, en los años de la guerra, la política nacional del Gobierno soviético "no resistía una comprobación".

Los cálculos de los cabecillas fascistas y el imperialismo mundial de que resurgieran discordias intestinas nacionales y se desintegrara el Estado socialista multinacional en el período de la guerra, resultaron construidos sobre arena. La unión y la amistad

[1] *Enciclopedia Militar Soviética*, 1977, t. 3, p. 565.

de todas las naciones y las nacionalidades del País de los Soviets, resistieron las pruebas.

La firmeza del multinacional Estado soviético en los años de la Segunda Guerra Mundial, es señalada por muchos historiadores burgueses, quienes subrayan a la vez la inconsistencia de los cálculos de los políticos y los estrategas fascistas de excitar contradicciones nacionales supuestamente existentes en la URSS. "La lección también había sido dura para los anticomunistas de todo el mundo —reconoce G. Welter—, quienes, una vez estallada la guerra, habían contado con una revuelta de los soldados, con un levantamiento de los campesinos, con la desintegración de la Unión de Repúblicas Soviéticas."[1]

La lucha en la retaguardia de los agresores. La abnegada lucha de todo el pueblo en la retaguardia de los ocupantes germano fascistas, fue una clara manifestación del profundo patriotismo de los ciudadanos soviéticos. Incluso en condiciones de extremo terror, bajo la amenaza de la muerte, la inmensa mayoría de los ciudadanos soviéticos que se encontraban en territorio ocupado, no se sometió a los agresores, participaba en el sabotaje y en acciones para frustrar las medidas políticas y económicas de las autoridades de ocupación. Decenas de miles luchaban en la clandestinidad. Cientos de miles combatían en los destacamentos guerrilleros contra el enemigo.

En los años de la guerra, actuaban en total 6 200 destacamentos guerrilleros y grupos clandestinos, en los cuales combatían más de un millón de guerrilleros en la retaguardia del enemigo en las zonas y las regiones ocupadas de la Federación Rusa, Ucrania, Bielorrusia, Lituania, Letonia, Estonia y Moldavia. A comienzos de 1944, más del 30 % de los guerrilleros eran obreros; alrededor del 41 %, koljosianos; y más del 29 %, empleados. Casi una décima parte de los guerrilleros eran mujeres. En las formaciones guerrilleras combatían representantes de todas las nacionalidades de la Unión Soviética.[2]

La lucha de los soviéticos en la retaguardia del enemigo causó grandes pérdidas a los agresores y coadyuvó a la derrota de

[1] Gustav Welter: *Histoire de Russie.* Payot, París, 1963, pp. 408, 409.
[2] *Enciclopedia Militar Soviética*, 1978, t. 6, p. 231.

los ocupantes germano fascistas. Según datos que están lejos de ser exhaustivos, los luchadores clandestinos y los guerrilleros soviéticos organizaron más de 21 000 descarrilamientos de trenes con tropas y material de guerra del enemigo; dañaron 1 618 locomotoras, 170 800 vagones; volaron y quemaron 12 000 puentes de carreteras y vías férreas; aniquilaron y tomaron prisioneros 1,5 millón de soldados hitlerianos, oficiales y sus cómplices locales; y suministraron muchas informaciones valiosas al mando del Ejército Soviético.[1]

En varias zonas y regiones occidentales, gracias a los esfuerzos de los guerrilleros y los luchadores clandestinos se mantuvo el Poder soviético, y, en algunos casos, existían zonas y comarcas guerrilleras, donde el ocupante no ponía en absoluto los pies. En el verano de 1943, bajo el completo control de los guerrilleros se encontraban más de 200 000 km^2 de tierra soviética.

El movimiento guerrillero tuvo una inmensa importancia política. Mediante octavillas, periódicos clandestinos y encuentros personales, los guerrilleros ofrecían a los soviéticos que se encontraban en el territorio ocupado una información veraz de la situación en el frente soviético alemán; desenmascaraban la mentira y la calumnia de las autoridades de ocupación; mantenían la fe en la inevitabilidad de la derrota del enemigo y en la liberación del yugo fascista. Por su dimensión y sus resultados políticos y militares, la gesta heroica de los soviéticos en el territorio temporalmente ocupado por las tropas germano fascistas, adquirió el significado de un factor fundamental en la derrota del fascismo.

En algunos trabajos de historiadores occidentales se encuentran algunas valoraciones realistas de la lucha de los soviéticos en la retaguardia enemiga. El autor inglés R. White escribe que el movimiento guerrillero soviético "surgió rápidamente" y se convirtió en una importante fuerza real en la lucha contra Alemania.[2] Sobre la formación de esos puntos de vista ejercieron cierta influencia las apreciaciones de participantes en las acciones bélicas

---

[1] P. K. Ponomarenko: *Los indomables. (La lucha de todo el pueblo en la retaguardia de los agresores fascistas durante la Gran Guerra Patria).* Moscú, 1975, pp. 55, 57 (en ruso).

[2] *Resistance in Europe 1939-1945.* Editado por Stephen Hawes and Ralph White, Penguin Books Ltd., London, 1975, p. 16.

en el frente soviético alemán —los generales de la Wehrmacht— y los documentos oficiales del mando germano fascista. L. Rendulic, ex general hitleriano, escribió: "En ninguna guerra de las conocidas en la historia hasta nuestros días, la lucha guerrillera ha tenido un significado semejante al que tuvo en la última guerra mundial... Sus efectos sobre las propias tropas combatientes, sobre todos los problemas de las tropas de refuerzo y el avituallamiento, por el peligro en que ponen las zonas de retaguardia y lo difícil que hacen la administración en los territorios ocupados, se convirtieron en parte de la guerra total... y determinaron el desenvolvimiento de la Segunda Guerra Mundial."[1]

El 1º de julio de 1941, el jefe del Estado Mayor General de las tropas terrestres de la Wehrmacht, F. Halder, escribió en su diario: "Serias preocupaciones nos depara la intranquilidad en los territorios de la retaguardia... Las divisiones de seguridad no son suficientes, ellas solas, para mantener el orden."[2] En la disposición del jefe del Estado Mayor General del Alto Mando de las Fuerzas Armadas de la Alemania fascista, W. Keitel, del 16 de septiembre de 1941, se señalaba: "Desde comienzos de la campaña contra la Rusia soviética ha surgido en los territorios ocupados por Alemania toda una serie de movimientos de sublevación comunista. Sus formas de actuar contra nosotros varían desde medidas propagandísticas y ataques a miembros aislados de las fuerzas armadas, hasta la rebelión abierta y la guerra de bandas contra nuestras fuerzas."[3]

El 18 de agosto de 1942, el Estado Mayor de la dirección operativa de la Wehrmacht emitió la Directiva N° 46 para reforzar la lucha contra los guerrilleros. La ejecución de las acciones militares contra los guerrilleros se imponía, mediante ese documento, a las planas mayores militares.[4] En abril de 1943, Hitler firmó una orden especial, en la cual la tarea de organizar y

---

[1] *Bilanz des Zweten Weltkrieges.* Gerhard Stalling Verlag, Oldenburg-Hamburgo, 1953, p. 101.

[2] F. Halder: *Kriegstagebuch*, t. III, p. 32.

[3] Hans Buchheim, Martin Broszat, H. A. Jacobsen y Helmut Krausnick: *Anatomie des SS-Staates*, t. 2, Walter Verlag, Olten-Freiburgo, 1965, p. 259.

[4] *Hitlers Weisungen für die Kriegführung 1939-1945. Dokumente des Oberkommandos der Wehrmacht*, p. 201.

realizar la lucha contra los guerrilleros se declaraba "equivalente a las acciones militares en los frentes". Mediante enérgicas acciones en la retaguardia y en las vías de comunicación del enemigo, los guerrilleros les inmovilizaban considerables fuerzas. Desde mediados de 1942, de las tropas germano fascistas en el frente soviético alemán se desvió hasta un 10 % para luchar contra los guerrilleros. En 1943, el Mando de la Wehrmacht utilizó contra los guerrilleros soldados de las formaciones auxiliares de cerca de 25 divisiones del ejército de operaciones.

A los agresores les preocupaba, de manera particular, la creciente resistencia de toda la población al régimen de ocupación. En octubre de 1941, el jefe del servicio antiguerrillero de la Wehrmacht en el sector meridional del frente soviético alemán, T. Oberländer, comunicó a Berlín: "Un peligro mucho mayor que la resistencia activa de los guerrilleros, es la resistencia pasiva: el sabotaje laboral. Para superarla tenemos aún menos oportunidades de éxito."[1]

En la historiografía occidental se ha elaborado toda una colección de tesis y argumentos que se refutan frecuentemente entre sí y dirigidos a presentar, de manera tergiversada, la lucha nacional del pueblo soviético contra los agresores fascistas. Algunas de ellas afirman que el movimiento guerrillero no tenía un carácter popular y que sólo había surgido debido a las medidas "violentas" de los "comisarios", quienes "expulsaban" a la población civil a los bosques. Otros intentan convencer a sus lectores de que el movimiento guerrillero en el territorio soviético ocupado por los agresores, surgió "de manera espontánea", algo inesperado para la dirección política de la URSS y —como expresión del enigmático "espíritu ruso"— resultó "incontrolable".

El historiador germanoccidental E. Helmdach afirma que los pobladores de los territorios temporalmente ocupados no apoyaban a los guerrilleros, y que éstos no querían luchar.[2] Le hace eco E. M. Howell (EE.UU.), quien se especializa en el estudio del movimiento guerrillero soviético. Asegura: "No existió

---

[1] Citado según *Historia de la Segunda Guerra Mundial de 1939-1945*, 1975, t. 4, p. 129.
[2] Erich Helmdach: *Uberfall?* Kurt Vowinckel Verlag, Neckargemünd, 1978, p. 67.

ningún levantamiento popular: las masas populares no participaron en él."[1] Otro historiador norteamericano, J. A. Armstrong, afirma que "el movimiento guerrillero no era una organización voluntaria".[2]

La tesis fraudulenta del carácter "coercitivo" del movimiento guerrillero, de su "imposibilidad de controlarse", la necesitan los falsificadores para silenciar los orígenes populares, patrióticos, de la lucha de los soviéticos contra los agresores fascistas.

Desde el comienzo mismo de la guerra, la dirección política y militar de la Unión Soviética, en apoyo de la aspiración de los soviéticos de luchar activamente contra el enemigo, adoptó las medidas necesarias para la organización de la resistencia nacional a los agresores germano fascistas. El 18 de julio de 1941, el Comité Central del Partido aprobó la resolución "Acerca de la organización de la lucha en la retaguardia de las tropas alemanas". En esta resolución se subrayaba: "En cada ciudad y en cada poblado nos apoyarán sin reservas cientos y miles de nuestros hermanos y hermanas, que han caído ahora bajo la bota de los fascistas alemanes y que esperan, de nuestra parte, ayuda en la organización de las fuerzas para la lucha contra los ocupantes."

Ya en 1941, en los primeros meses de la guerra, en el territorio ocupado por el enemigo, a pesar de las condiciones excepcionalmente difíciles, desarrollaron su trabajo 18 comités regionales clandestinos, más de 260 comités urbanos, distritales y otros órganos partidistas clandestinos, una gran cantidad de grupos y organizaciones de base del Partido. En el territorio ocupado por el enemigo, hacia fines del primer año de guerra, actuaban en total cerca de 65 500 comunistas que encabezaban la organización de la lucha del pueblo contra los agresores. En 1941, sólo en los alrededores de Moscú, actuaban 41 destacamentos guerrilleros y 37 grupos de sabotaje.[3] El 30 de mayo de 1942 se creó el Estado Mayor Central del movimiento guerrillero.

---

[1] Edgar M. Howell: *The Soviet Partisan Movement. 1941-1944.* Department of the Army, Pam. N°20-244, Washington, 1956, p. 42.
[2] *Soviet Partisans in World War II.* Editado por John A. Armstrong, The University of Wisconsin Press, Madison, 1964, p. 152.
[3] A. M. Samsónov: *La derrota de la Wehrmacht en los accesos de Moscú*, p. 188 (en ruso).

La red de órganos clandestinos en el territorio ocupado de la URSS se ampliaba constantemente. En el otoño de 1943, en la retaguardia enemiga actuaban 24 comités regionales, más de 370 comités comarcales, urbanos y distritales y otros órganos clandestinos del Partido. La dirección del Partido fortaleció el movimiento guerrillero, el cual —según M. Kalinin— "tomó la forma de una lucha popular que se incrementaba de mes en mes".[1]

En la historiografía burguesa se encuentran, incluso, intentos de demostrar el carácter ilegal de la lucha guerrillera del pueblo soviético. Desde el arsenal de la propaganda de Goebbels y las ordenanzas norteamericanas actuales, a los trabajos de los historiadores reaccionarios se han mudado expresiones ofensivas dirigidas a los héroes guerrilleros, quienes "han violado [al parecer] las normas tradicionales de conducción de la guerra".[2]

Dichos historiadores deben saber que, mucho antes de iniciarse la Segunda Guerra Mundial, en el derecho internacional ya se había aceptado el estatuto jurídico guerrillero. Las conferencias de La Haya de 1899 y 1907 dejaron establecido que los participantes en el movimiento guerrillero debían ser puestos bajo la defensa de las normas del derecho internacional en las mismas condiciones que los militares de los ejércitos regulares.

Las valoraciones tendenciosas formuladas por los historiadores reaccionarios del carácter, la amplitud y los orígenes del movimiento guerrillero soviético, se vinculan con la estrategia política actual de la reacción mundial, y se dirigen a desacreditar esta forma, altamente eficaz de la lucha armada por la independencia nacional y contra la agresión imperialista.

El arte militar

El número y la calidad de las divisiones, su armamento, la

---

[1] M. I. Kalinin: *Acerca de la educación de la conciencia comunista.* Moscú, 1974, p. 264 (en ruso).
[2] E. Hesse: *Der sowjetrussische Partisanenkrieg 1941 bis 1944*, Muste-Schmidt-Verlag, Gottinga, 1969, p. 9; Kenneth Macksey: *The Partisans of Europe in the Second World War.* Stein and Day Editores, New York, 1975, pp. 74-77.

capacidad combativa del personal y el nivel moral, son los factores más importantes del poderío de las fuerzas armadas. Sin embargo, el desenlace de la lucha armada también depende de la forma en que se utilicen las fuerzas armadas para lograr la victoria sobre el enemigo; es decir, del nivel de la ciencia militar, del arte militar, de la maestría militar de los jefes a todos los niveles.

La Gran Guerra Patria demostró la superioridad del arte militar soviético sobre el del enemigo, la madurez de la ciencia militar soviética, que se apoya en la teoría marxista leninista, el talento organizativo y la maestría de los jefes militares soviéticos.

En las publicaciones occidentales pueden encontrarse con frecuencia altas valoraciones del arte militar de las fuerzas armadas de los Estados Unidos y Gran Bretaña. También exaltan el arte militar de la Alemania fascista, la cual —como es sabido— perdió la guerra. El coronel retirado norteamericano T. Dupuy en el libro *El frente ruso* [*The Russian Front*] asumió la ingrata misión de elogiar "la excelente actuación en combate del ejército alemán", el cual, según sus palabras, tuvo logros "que excedieron probablemente lo mejor de cualquier otro ejército en la historia militar".[1] El historiador norteamericano A. J. P. Taylor, al pretender originalidad, afirma que en el frente soviético alemán fue imposible en absoluto evidenciar el arte militar, pues todo lo decidieron los efectivos de los ejércitos, "millones de hombres lucharon, millones fueron muertos", y que en Occidente las acciones fueron "el clímax del arte militar científico, civilizado".[2]

Con frecuencia esos historiadores evaden el arte militar soviético ya sea mediante el silencio, o presentándolo como resultado de una superioridad "reiterada" en fuerzas. Las grandes y las pequeñas unidades alemanas —se plantea en algunos libros editados en Occidente— caían bajo la "apisonadora de vapor" de la superioridad soviética en efectivos.[3] Según palabras de autores ingleses, "el genio táctico", la "maestría" y la "decisión" de los

---

[1] *The Russian Front. Germany's War in the East, 1941-45.* Editado por James F. Dunnigan, Arms and Armour Press, Londres-Melbourne, 1978, p. 71.
[2] A. J. P. Taylor: *From Sarajevo to Potsdam.* Thames and Hudson, London, 1966, p. 183.
[3] E. Helmdach: *Überfall?*, p. 52.

generales de la Wehrmacht, no pudieron sobrepasar la "enorme superioridad de efectivos" del Ejército Soviético.[1]

No por el número, sino por la habilidad. La correlación de fuerzas de las partes contendientes en la guerra es, en cada operación y cada combate, uno de los problemas más complejos de la ciencia y el arte militarse. La dirección política y militar de un Estado en guerra se plantea la tarea de crear —mediante la máxima utilización del potencial militar— una superioridad en fuerzas, o liquidar lo más rápidamente la superioridad del enemigo.

En el transcurso de la Gran Guerra Patria, la correlación de fuerzas entre las Fuerzas Armadas Soviéticas y la Wehrmacht fue variando. En el primer período de la guerra, la superioridad en fuerzas y medios pertenecía a las tropas germano fascistas. Como resultado de los enormes esfuerzos de la dirección política y militar de la Unión Soviética, que movilizó las posibilidades potenciales del Estado, se logró la igualdad de fuerzas y medios con las tropas germano fascistas en el frente soviético alemán, y con posterioridad se garantizó la superioridad decisiva. La dinámica de estas variaciones puede observarse en la siguiente tabla.[2]

Fuerzas y medios	22.06.41	01.11.42	01.01.45
Efectivos de las tropas (en millones)	$\frac{2,9}{5,5}$	$\frac{6,1}{6,1}$	$\frac{6,0}{3,1}$
Tanques y cañones de asalto (en miles)	$\frac{1,8*}{3,7}$	$\frac{6,0}{6,6}$	$\frac{11,0}{4,4}$
Cañones y morteros (en miles)	$\frac{34,7}{47,3}$	$\frac{72,5}{70,1}$	$\frac{91,4}{28,5}$
Aviones de combate (en miles)	$\frac{1,5**}{5,0}$	$\frac{3,1}{3,5}$	$\frac{14,6}{2,0}$

Nota: En el numerador se citan los datos sobre las tropas soviéticas; en el denominador, sobre las tropas de Alemania.

*Sin contar los tanques ligeros. **Sólo aviones de nuevos tipos.

[1] *World War II. Land, Sea & Air Battles 1939-1945.* Sundial Books Limited, London, 1977, pp. 136, 139.

[2] *Cincuenta años de las Fuerzas Armadas de la URSS*, p. 459.

Al comienzo de la guerra, la Wehrmacht superaba en casi el doble a las tropas soviéticas en efectivos, y también poseía más artillería, tanques y aviones de nuevos tipos. Con una correlación de medios y fuerzas desfavorable a la Unión Soviética, se efectuaron operaciones defensivas de gran envergadura, como las de Leningrado (10 de julio - 30 de septiembre de 1941), Smolensk (10 de julio - 10 de septiembre de 1941), en la zona de Ucrania situada a la orilla derecha del Dniéper (10 de julio - 30 de agosto de 1941), Moscú (30 de septiembre - 5 de diciembre de 1941). Toda la campaña de las Fuerzas Armadas Soviéticas del verano al otoño, durante la cual se realizó la defensa estratégica, transcurrió con superioridad en efectivos por parte de las tropas germano fascistas. En esta campaña, a pesar de los serios reveses y las grandes pérdidas, las tropas soviéticas hicieron fracasar el plan de la guerra "relámpago".

Las tropas de la Wehrmacht sufrieron su primera gran derrota en los accesos de Moscú, cuando el Ejército Soviético no poseía superioridad en fuerzas. Los combates defensivos en el período de la batalla de Stalingrado (17 de julio - 18 de noviembre de 1942) y las batallas por el Cáucaso (25 de julio de 1942 - 1º de enero de 1943), también transcurrieron con una superioridad numérica en fuerzas y medios de las tropas germano fascistas.

La contraofensiva de las tropas soviéticas en Stalingrado, que condujo al cerco y la destrucción de la mayor agrupación enemiga, se llevó a cabo con una superioridad insignificante de las tropas soviéticas en infantería, artillería, tanques, pero el mando fascista conservaba superioridad en aviación. Sólo hacia el verano de 1943, gracias al trabajo organizativo del Partido Comunista y del Gobierno soviéticos, a los esfuerzos del Mando Supremo y al heroico trabajo de todo el pueblo, se logró la superioridad numérica en fuerzas y medios en el frente soviético alemán. Para lograr la derrota definitiva de los agresores y la victoria total en la Gran Guerra Patria, el Partido Comunista y el Gobierno soviéticos, supieron aprovechar, por completo, las ventajas del régimen socialista y movilizar todas las fuerzas del pueblo.

En tanto, en el libro de H. Salisbury *Las batallas más grandes del Mariscal Zhúkov* [*Marshal's Zhukow Grealest Batles*, Londres, 1969], una falsificación de las memorias de G. Zhúkov, se afirma sin pruebas que el Ejército Rojo alcanzó la victoria a

costa de grandes derramamientos de sangre y se acusa al Mando soviético, y personalmente a J. Stalin y G. Zhúkov, de gastar "de manera despiadada" los recursos humanos. El fin de estas malévolas conjeturas no sólo consiste en rebajar el arte militar soviético, sino en encubrir las proporciones de las atrocidades y las víctimas del fascismo alemán en el territorio de la URSS.

Dando una respuesta enérgica a Salisbury y los falsificadores semejantes a él, Zhúkov escribió: "En el momento actual es muy fácil y muy sencillo ocuparse, claro está, de calcular sobre el papel la correlación de fuerzas, dar lecciones con profundidad de pensamiento de con cuántas divisiones debía haberse ganado hace un cuarto de siglo una u otra batalla, analizar dónde se introdujeron más tropas y dónde menos de la cifra que hoy día le parece conveniente a uno u otro historiador. Todo esto era muchísimo más difícil en los campos de batalla." Zhúkov barrió, con decisión, los intentos de Salisbury de desvirtuar la verdad histórica. El Mando soviético, escribe el Mariscal, "llevó al combate tantas tropas como fueron necesarias, a partir de la situación existente. No gastó más fuerzas que las que requerían las condiciones de una operación determinada."[1]

En las dificilísimas condiciones de la guerra de exterminio impuesta por Alemania y por todo el imperialismo mundial, el Partido Comunista, el Gobierno soviético y el Mando Supremo, aplicaron el máximo de esfuerzos para sacar del peligro y salvar el mayor número posible de la población que había quedado bajo la amenaza de exterminio fascista, y se preocuparon de manera constante, al plantear las operaciones militares, por cuidar los recursos humanos y reducir al mínimo las bajas.

Sólo citaremos un ejemplo documental que evidencia la inconsistencia de las invenciones señaladas de los historiadores reaccionarios.

En enero de 1944, el Ejército de Primorie llevaba mucho tiempo sin poder cumplir las tareas planteadas en los combates por la ciudad de Kerch. El Mando Supremo estudió la situación en la zona que ocupaba ese ejército, y el 27 de enero de 1944 se emitió una directiva del Cuartel General en la cual se planteaba:

---

[1] *Kommunist*, 1970, N°l, p. 93.

"Por las acciones del Ejército de Primorie es evidente que los esfuerzos fundamentales del ejército persiguen apoderarse de la ciudad Kerch mediante difíciles combates callejeros. *Los combates en la ciudad conducen a gran número de bajas* [el subrayado es mío. —*El autor*] y dificultan el uso de los medios de refuerzo de que dispone el ejército: artillería, lanzacohetes reactivos, tanques, aviación... El Cuartel General del Mando Supremo ordena:

"1. Trasladar las principales acciones combativas de las tropas de ese ejército a campo abierto.

"2. Limitar las acciones en la ciudad a operaciones que desempeñen un papel auxiliar respecto a las acciones principales de las fuerzas del ejército en campo abierto.

3. A partir de estas indicaciones, reagrupar las fuerzas y presentar sus consideraciones acerca del plan de las futuras acciones al Estado Mayor General antes del 28.1.44. Cuartel General del Mando Supremo, Stalin, Antónov. N° 220014, 27 de enero de 1944, 17 horas 20 min."[1]

También el arte militar, el nivel de preparación combativa y el carácter de las acciones de combate, son objeto de ataque por parte de los historiadores reaccionarios.

Pueden encontrarse invenciones que plantean que las Fuerzas Aéreas Soviéticas eran inferiores a la aviación germano fascista y no alcanzaron el nivel de la aviación anglo norteamericana. Uno de los autores de esta versión, el historiador norteamericano K. Uebe, al analizar sin conocimiento de causa las Fuerzas Aéreas Soviéticas, "precisa" que el programa soviético de preparación combativa de las tropas "hasta el final del conflicto" no estaba en correspondencia con las "normas de entrenamiento europeos", y que "los pilotos rusos... tenían pocos conocimientos técnicos".[2]

Los historiadores burgueses no divulgan que, desde el comienzo de la Gran Guerra Patria, el grueso de la Luftwaffe operó, en primer lugar, en el frente soviético alemán, precisamente donde fue derrotada. Los aviadores soviéticos derribaron y destruyeron en sus aeródromos 57 000 aviones del enemigo. En el frente

---

[1] Citado según *Voenno-istorícheski zhurnal*, 1971, N°5, pp. 73, 74.
[2] Klaus Uebe: *Russian Reaction to German Air Power.* Avno Press, Nueva York, 1964, pp. 5, 6, 8.

soviético alemán, las pérdidas de la Fuerza Aérea germano fascista, ascendieron, en total, a más de 77 000 aparatos y sobrepasaron en casi 2,5 veces sus pérdidas en los restantes frentes de la Segunda Guerra Mundial.[1] En lo concerniente a afirmaciones semejantes a las de K. Uebe, los investigadores que se respetan a sí mismos no las comparten. Cuando en los Estados Unidos (¡cosa rara!) se publicó la traducción del libro de los historiadores soviéticos *Las Fuerzas Aéreas Soviéticas en la Segunda Guerra Mundial*, el especialista en historia de la aviación R. Wagner escribió en el prólogo que la historia de la grandiosa y victoriosa lucha en el Frente Oriental, está impregnada de las crónicas de audacia y maestría de los aviadores soviéticos. En el prólogo se subraya que el libro es imprescindible para el estudio de la aviación soviética, la más poderosa fuera de los Estados Unidos, y para aclarar la actual correlación de fuerzas.[2]

La misma historia se produce con las valoraciones de las acciones combativas de la Marina de Guerra Soviética, la cual, según el autor norteamericano R. Herrick, "fue incapaz de adaptar su estrategia naval a la combinación de defensa estratégica y ofensiva táctica que requerían las circunstancias".[3] En el prólogo de ese libro, escrito por el almirante A. Burke —conocido por sus ideas profascistas—, se señala con arrogancia que en la Segunda Guerra Mundial "las experiencias de la Marina de Guerra Soviética en combate no pueden ser una cuestión de orgullo".[4] Con tal de rebajar los méritos combativos de la Marina de Guerra de la URSS, R. Herrick adapta, de manera artificial, los hechos y la trama histórica a sus propios objetivos políticos e ideológicos.

El presidente de los EE.UU. F. Roosevelt, en una carta a J. V. Stalin el 30 de diciembre de 1942, le comunicó: "Le envío esta valoración de mi aprecio de que parte de su valerosa Marina de Guerra también está contribuyendo a la causa aliada."[5] Hoy los

---

[1] *Krásnaia zvezdá*, 6 de febrero de 1975.
[2] *The Soviet Air Force in World War II.* Editado y anotado por R. Wagner, Doubleday, Nueva York, 1973, p. V.
[3] Robert W. Herrick: *Soviet Naval Strategy. Fifty Years of Theory and Practice.* United States Naval Institute, Annapolis, 1971, p. 47.
[4] Ibíd., p. VII.
[5] *Correspondence between the Chairman of the Counsil of Ministers of the USSR and President of the USA and the Primer Minister of Great*

historiadores norteamericanos intentan censurar esta valoración.

La flota ayudó con éxito a las tropas terrestres a realizar operaciones en las direcciones marítimas, efectuó operaciones independientes encaminadas a destruir las vías marítimas de comunicación del enemigo y a defender las propias. Durante la guerra, por las vías de comunicación marítimas, fluviales y lacustres, la flota soviética garantizó el traslado de 9 800 000 personas (tropas y población civil) y de más de 94 millones de toneladas de cargas militares y de la economía nacional.[1] Por los ataques de la Marina de Guerra Soviética, el enemigo perdió en los teatros marítimos más de 2 500 buques de guerra, auxiliares y de transporte.

De la defensa a la ofensiva. El análisis de los éxitos del arte militar soviético demuestra, de manera convincente, su superioridad sobre el arte militar de la Wehrmaoht fascista: la más poderosa y experimentada maquinaria de guerra del mundo capitalista de entonces. El brillante éxito de la estrategia soviética resulta evidente en el ejemplo del fracaso del plan de la guerra "relámpago" de la Alemania fascista contra la URSS y de la derrota de las tropas germano fascistas en los accesos de Moscú.

Aunque al comienzo de la guerra, las Fuerzas Armadas Soviéticas se vieron obligadas a retroceder y ceder al enemigo un considerable territorio, supieron cumplir las tareas planteadas por el Cuartel General del Mando Supremo. En el transcurso de los combates defensivos, el enemigo sufrió grandes pérdidas en efectivos y equipos; las tropas germano fascistas fueron agotadas mediante incesantes combates; se hicieron fracasar los planes del Mando de la Wehrmacht. El enemigo fue detenido y expulsado en el transcurso de la contraofensiva iniciada a partir de Moscú.

La experiencia adquirida en la conducción de la defensa estratégica en el verano y el otoño de 1941 y la organización de la primera gran contraofensiva en los accesos de Moscú, sirvieron de fundamento al ulterior desarrollo del arte militar soviético. La batalla de Stalingrado, la más importante de toda la Segunda

---

Britain during the Great Patriotic War of 1941-1945, vol. 2, 1957, p. 46.

[1] V. I. Achkásov y N. B. Pávlovich: *El arte militar naval soviético en la Gran Guerra Patria.* Moscú, 1973, pp. 37, 38 (en ruso).

Guerra Mundial, fue un claro ejemplo de la alta maestría del Cuartel General del Mando Supremo, de los mandos de los frentes y los ejércitos, los jefes, las grandes y las pequeñas unidades.

En la batalla de Stalingrado se realizaron, de manera brillante, las operaciones estratégicas defensivas y —más tarde— las ofensivas de varios frentes, con el fin de cercar y aniquilar una gran agrupación de tropas enemigas. La historia de las guerras aún no conocía operaciones de esa envergadura.

En el período de los combates defensivos, el Mando soviético supo crear a tiempo —en las direcciones sometidas al ataque de fuerzas numéricamente superiores— líneas de defensa bien fortificadas, y, apoyadas en ellas, las tropas soviéticas efectuaban tenaces combates y asestaban contragolpes, que hacían más lento el ritmo de ataque del enemigo, obligándolo a incorporar reservas a los combates. La ofensiva enemiga se detuvo en el transcurso de tenaces y sangrientos combates dentro de la misma ciudad de Stalingrado. En estos combates, los jefes militares soviéticos de todos los niveles hicieron gala de la más alta maestría en la organización y la conducción del combate a corta distancia.

Un claro ejemplo de la iniciativa creadora de los jefes y los soldados, de la táctica inventiva en las acciones de combate, fue la creación de grupos de asalto en los combates por la ciudad. Al acercarse al enemigo a la distancia de un lanzamiento de granada, privaron a la aviación fascista prácticamente de la posibilidad de asestar golpes a la primera línea de las tropas soviéticas a causa de la inevitable amenaza de acertar en sus propias unidades. Otra importante tarea de los grupos de asalto, de estas pequeñas unidades (su grueso de ataque avanzado lo componían entre 10 y 12 hombres) móviles al máximo y especialmente armadas, consistía en tomar edificios aislados y otros puntos de apoyo del enemigo. Después de entrar en un edificio y apoderarse de los puestos de tiro, creaban su propia defensa y cortaban los intentos del enemigo de recuperar las posiciones perdidas. "Le opusimos a los alemanes —escribió V. Chuikov—nuestra táctica de combate en la ciudad; una táctica no estereotipada, sino elaborada en el combate, y la estuvimos perfeccionando constantemente."[1]

---

[1] V. I. Chuikov: *De Stalingrado a Berlín.* Moscú, 1980, p. 285 (en ruso).

Las tropas germano fascistas se vieron inmovilizadas por las incesantes acciones de combate y perdieron la iniciativa, lo cual le permitió al Mando soviético planificar y preparar en secreto una poderosa contraofensiva.

El Gran Cuartel General del Mando Supremo determinó asestar los golpes principales a los sectores más débiles de la defensa del enemigo, que se encontraban a varios cientos de kilómetros uno del otro. Los golpes se dieron en direcciones convergentes con el fin de cercar a la agrupación enemiga. Para dificultar al adversario maniobrar con sus reservas y rechazar así la ofensiva de las tropas soviéticas, se planearon ataques estratégicos en otros sectores del frente. En correspondencia con la idea de la contraofensiva, se crearon agrupaciones de choque de las tropas, formadas por grandes unidades mecanizadas y blindadas. La tarea de estas grandes unidades móviles consistía en garantizar la ruptura de la defensa enemiga y desarrollar con ímpetu la ofensiva en la profundidad operativa. Esta idea estratégica se hizo realidad en toda su magnitud. La precisa cooperación de los frentes y los ejércitos, las hábiles acciones de los jefes de las grandes y las pequeñas unidades y la maestría del soldado soviético, garantizaron el éxito de las operaciones. La creación rápida y simultánea de los frentes de cerco interior y exterior, privó al Mando fascista de la posibilidad de desbloquear las tropas cercadas.

La artillería desempeñó un destacado papel en la operación: destruía la defensa del enemigo y apoyaba, de manera segura y constante, a la infantería y los tanques que iban al ataque. En Stalingrado, el Mando soviético realizó, por primera vez en todo su volumen y en gran escala, un ataque artillero. Las grandes unidades mecanizadas y blindadas se emplearon con habilidad para desarrollar un éxito táctico en uno operativo. En el transcurso de la batalla de Stalingrado desempeñó un importante papel la aviación soviética, cuyas acciones se centraron en las direcciones de los golpes principales de los frentes.

Se enriqueció con nuevas experiencias el trabajo político partidista con las tropas. En el período defensivo, esta labor se encaminó, ante todo, a educar a los soldados y los oficiales en la fe en la victoria, a elevar su espíritu combativo, su firmeza y valor, para resistir en los encarnizados combates, agotar y desgastar al enemigo. En el período de la ofensiva, todas las formas del traba-

jo político partidista se emplearon con el fin de mantener en los combatientes un alto ímpetu ofensivo, de que comprendieran la necesidad de perseguir con ímpetu al enemigo, no darle respiro, y expulsarlo decididamente de la tierra natal. "Y si nuestras tropas —escribió el Mariscal de la Unión Soviética, A. Vasilievski—, en el transcurso de toda la guerra e, incluso, en los momentos más difíciles, no perdieron la fe en la victoria y conservaron altas cualidades moral combativas, en ello hay que atribuir un gran mérito a los trabajadores del Partido y el Komsomol."[1]

La estrategia de la victoria. El Gran Cuartel General del Mando Supremo y los jefes de los frentes enfocaban de manera creadora la valoración de la situación y la elaboración de las soluciones estratégicas. Por ejemplo, en la batalla de Stalingrado, los combates defensivos tenían carácter obligatorio, pues la iniciativa estratégica pertenecía al enemigo. En el sector del saliente de Kursk, en cambio, la decisión de pasar a la defensiva se tomó premeditadamente en la primavera de 1943. Tras rechazar el ataque de las tropas hitlerianas se había planteado con antelación que los frentes soviéticos pasarían a una fuerte contraofensiva.

El Mando soviético empleó audaz y eficientemente la ejecución de una maniobra operativa tan extremadamente compleja como la ofensiva en direcciones convergentes para cercar a la agrupación enemiga, lo cual requería de los jefes militares soviéticos gran maestría, alta preparación profesional y vasto pensamiento creador. Después de Stalingrado, el ataque en direcciones convergentes y el cerco de grandes agrupaciones enemigas, se convirtieron en la forma dominante de las operaciones estratégicas soviéticas. Así se concibieron y realizaron las operaciones de Korsun-Shevchenkovski, Iasi-Kishiniov, Bielorrusia, Berlín, Praga y Manchuria. Con el incremento del poderío de las Fuerzas Armadas Soviéticas y su maestría combativa, aumentaron las posibilidades del Gran Cuartel General del Mando Supremo para realizar operaciones ofensivas. Si entre 1943 y 1944 las grandes operaciones ofensivas se realizaban escalonadamente en diferentes sectores del frente soviético alemán, ya en 1945 fue posible ejecutar varias operaciones ofensivas estratégicas al unísono. Esto requería un alto nivel de dirección estratégica, la coordina-

---

[1] *Nóvaia i novéishaia istoria*, 1982, N°2, p. 85.

ción de las acciones de los frentes y los ejércitos, la organización del suministro técnico material. Aún más, la profundidad de las operaciones ofensivas a realizar aumentaba constantemente. En el invierno de 1941 a 1942, por ejemplo, los frentes atacaban a una profundidad de 70 a 100 km; un año más tarde, en Stalingrado, la profundidad del ataque de los frentes aumentó de 140 a 160 km. En 1945, en la operación del Vístula-Oder, los frentes ya actuaban en el ataque a una profundidad de hasta 550 km.

A propósito, conviene señalar como infundadas las afirmaciones de los historiadores occidentales que tratan de presentar las operaciones del Ejército Soviético en 1945 como la simple solución a la tarea de rematar a un "enemigo extenuado". En lo referente al frente de los aliados occidentales, éste mostró un contraste sorprendente con los acontecimientos en el frente soviético alemán. Citaremos un ejemplo. En la primavera de 1945, para el mando del 3er Frente de Ucrania estaba clara la intención del enemigo de pasar a la ofensiva con fines de largo alcance. El jefe del Estado Mayor del frente, general de Ejército S. Ivanov, recuerda: "Cuando esto se informó al Estado Mayor General, fue acogido allí con mucha incredulidad. Incluso el jefe del Estado Mayor General, general de Ejército Antónov, conversando por teléfono con el jefe del frente F. Tolbujin, le preguntó perplejo: '¿Quién le va a creer a usted que Hitler sacó el 6º Ejército Blindado de las SS de Occidente y lo envió contra el 3er Frente de Ucrania y no a los alrededores de Berlín, donde se prepara la última operación para la derrota de las tropas fascistas?' "[1] Como es sabido, el 6 de marzo de 1945, el enemigo desarrolló una gran ofensiva en el ala meridional del frente soviético alemán. Durante diez días ocurrieron difíciles y cruentos combates que culminaron con la derrota de las tropas alemanas atacantes.

Hasta las últimas horas de la guerra, la situación en el frente soviético alemán se caracterizó por el extremo encarnizamiento de los combates, la resistencia feroz de un enemigo fuerte y astuto, y lo rápido de las variaciones, lo que exigía del Mando soviético máxima tensión del pensamiento estratégico, y decisiones óptimas, las que eran cumplidas por las tropas con un heroísmo

---

[1] A. M. Samsónov: *El fracaso de la agresión fascista de 1939-1945. Ensayos históricos*, pp. 640, 641.

sin límites y abnegación. El arte militar soviético fue uno de los componentes más importantes de la victoria mundialmente histórica de las Fuerzas Armadas Soviéticas en la Gran Guerra Patria.

A los historiadores que interpretan de manera tendenciosa los acontecimientos de la guerra, no estaría de más recordarles los testimonios de ex generales hitlerianos que se convencieron por experiencia propia de la superioridad del arte militar soviético; las valoraciones de personalidades políticas y especialistas militares de los aliados occidentales, quienes se admiraban de la maestría del Mando soviético y las brillantes victorias del Ejército Soviético en los campos de batalla. Al intervenir como testigo en el proceso de Nuremberg, el Mariscal de Campo hitleriano Paulus dijo: "La estrategia soviética resultó tan superior a la nuestra, que es poco probable que los rusos me necesitaran ni siquiera para dar clases en una escuela de suboficiales. La mejor muestra de ello es el desenlace de la batalla del Volga, como resultado de la cual caí prisionero y todos estos señores [los jefes políticos y militares de la Alemania fascista. —*El autor*] se encuentren sentados ahora aquí en el banquillo de los acusados."

Personalidades políticas y militares de los aliados occidentales han señalado en reiteradas ocasiones los rasgos distintivos de la dirección de las tropas soviéticas. A partir de este tipo de valoraciones ha quedado claro que la elaboración y la realización exitosa de las ideas estratégicas del Mando soviético, se relacionan orgánicamente con el heroísmo y el valor de las tropas soviéticas, con su disciplina y abnegación, con su decisión inquebrantable de aniquilar al odiado enemigo.

El presidente de los EE.UU. F. Roosevelt, al hablar de las victorias de las Fuerzas Armadas Soviéticas, subrayó: "Esos logros sólo pueden ser alcanzados por un ejército con una diestra dirección, una sólida organización, un adecuado entrenamiento y, sobre todo, la determinación de derrotar al enemigo."[1]

Los conocedores del arte militar han testimoniado el alto nivel de preparación operativa y estratégica de los Estados Mayores soviéticos, sus hábiles acciones, la precisión y la buena

---

[1] *Correspondence between the Chairman of the Counsil of Ministers of the USSR and President of the USA and the Prime Minister of Great Britain during the Great Patriotic War of 1941-1945*, vol. 2, p. 58.

coordinación en la solución de las tareas más difíciles.

El ex jefe del Estado Mayor General de la Defensa Nacional, Mariscal de Francia M. Juin, escribió: "Los Estados Mayores y los jefes del Ejército Rojo, admirables por la voluntad y la inteligencia aplicadas al arte de la guerra... son estos Estados Mayores y jefes quienes actualmente son quizá los únicos en el mundo capaces de manejar cientos de divisiones, utilizarlas sobre las direcciones estratégicas juiciosamente escogidas, e impulsarlas a través de tierras devastadas hasta distancias que desafían la imaginación, conservando siempre su potencia ofensiva."[1]

El historiador francés H. Michel de hecho da una respuesta enérgica a los autores occidentales que alaban el arte militar de la Wehrmacht y difaman al Ejército Soviético. "¿Son 'hordas tártaras' —escribe —las que son capaces de montar, como un mecanismo de relojería, ofensivas sucesivas y complementarias, a centenares de kilómetros de distancia, interrelacionándose entre sí de manera que destrozaban irresistiblemente el dispositivo instalado por los cerebros geniales del Alto Mando de las Fuerzas Terrestres de la Wehrmacht?... En fin, los alemanes se vieron obligados a enfrentar un pensamiento estratégico y una organización logística superiores, porque fueron derrotados por una sorprendente generación de jóvenes mariscales soviéticos, perfectamente adaptados a las condiciones de la guerra en la URSS."[2]

A la vanguardia del pueblo y el ejército

Entre los orígenes de la victoria del pueblo soviético en la Gran Guerra Patria, ocupa un lugar especial el papel orientador y rector del Partido Comunista de la URSS. El pueblo soviético logró una victoria histórica en la guerra porque el partido leninista, que marcha a la vanguardia del pueblo y goza de su confianza ilimitada, fue el guía, el organizador y el inspirador de las masas trabajadoras en su lucha contra los agresores germano fascistas.

Al inicio de la Gran Guerra Patria, el Partido Comunista de la

[1] *Hommage de la nation Française aux Armées Soviétiques.* Editions France-URSS, París, 1945, pp. 21, 22.
[2] H. Michel: *La seconde guerre mondiale*, t. 2, pp. 166, 167.

URSS ya poseía una gran experiencia en la dirección del país en condiciones de guerra, acumulada en los años de la Guerra Civil y la intervención militar imperialista entre 1918 y1920.

En el Informe del Comité Central al IX Congreso del Partido Comunista, V. I. Lenin dijo: "Y sólo gracias a que el Partido permanecía alerta, a que mantenía la más rigurosa disciplina; gracias a que su autoridad unía a todas las instituciones y los organismos, decenas, centenares, millares y, en último término, millones, marchaban como un solo hombre tras la consigna lanzada por el CC. Sólo a causa de que se hicieron sacrificios inauditos; sólo gracias a eso, pudo operarse el milagro que se produjo. Sólo así pudimos vencer las reiteradas campañas de los imperialistas de la Entente y de los imperialistas del mundo entero."[1]

En los años de la Gran Guerra Patria, el PCUS se responsabilizó por completo con el destino de la nación, se puso a la cabeza del pueblo combatiente. Armado con la teoría científica de vanguardia, con la experiencia en la dirección del Estado, el PCUS se convirtió, en los años de la guerra, en la única fuerza que movilizó y dirigió a la sociedad soviética, lo cual permitió aprovechar, de manera racional y completa, las fuerzas materiales y espirituales del país y el pueblo para la total derrota de los agresores germano fascistas.

En la directiva del Gobierno soviético y del CC del Partido, del 29 de junio de 1941, se decía: "La tarea de los bolcheviques consiste en cohesionar a todo el pueblo en torno al Partido Comunista y el Gobierno soviético, para el apoyo abnegado al Ejército Rojo, para la victoria... Ahora todo depende de nuestra destreza de organizarnos rápidamente y actuar sin perder un minuto, ni dejar pasar ni una posibilidad en la lucha contra el enemigo."

El Partido Comunista de la Unión Soviética definió los objetivos políticos y militares de la guerra, reveló el carácter liberador y justo de la lucha del pueblo soviético en defensa de las conquistas de la Revolución de Octubre frente a la invasión imperialista. El Partido partía, en este sentido, de las orientaciones de V. I. Lenin de que tiene gran importancia y asegura la victoria que las masas populares estén conscientes de los fines y las causas de la guerra. El Partido dirigió prácticamente toda la vida del

---

[1] V. I. Lenin: *Obras escogidas*, t. X, p. 439.

país y la lucha armada contra los agresores.

La fuerza del Partido radica en su indestructible vínculo con las masas, en su gran prestigio dentro del pueblo. En los combates y las batallas, en las empresas industriales, en los sovjoses y los koljoses, en los sectores más difíciles, se encontraban comunistas, quienes con su ejemplo en las acciones combativas y en el trabajo atraían a las masas y las conducían a la victoria. V. I. Lenin enseñó: "Cuando millones de trabajadores se unen como un solo hombre, marchando en pos de los mejores representantes de su clase, entonces la victoria está asegurada".[1] Las condiciones de la guerra requerían concentrar los esfuerzos del PCUS para solucionar la tarea principal: la organización de la lucha armada del pueblo soviético en defensa de la Patria socialista. Esta tarea determinó la necesidad de crear órganos extraordinarios del Partido y el Estado y de redistribuir las fuerzas del Partido en interés del frente.

El 30 de junio de 1941 se creó el Comité Estatal de Defensa (CED), órgano supremo del país, que aunó las funciones de la dirección partidista y estatal en el transcurso de toda la guerra. Del CED formaban parte personalidades políticas y estatales de la Unión Soviética, miembros o suplentes del Buró Político del CC del Partido. La instancia militar superior, responsable de manera directa de la lucha armada en los frentes de la Gran Guerra Patria, era el Gran Cuartel General del Mando Supremo. De sus diez miembros, tres eran miembros del Buró Político; tres, del Comité Central, y dos, candidatos a miembros del CC del Partido. En las cuestiones más importantes de la conducción de la guerra se adoptaban decisiones conjuntas del Buró Político y el CED, del Buró Político y el Gran Cuartel General.

Ya a fines de 1941, en el Ejército y la Marina soviéticos había 1 234 000 comunistas, lo cual sobrepasaba en más del doble el número de miembros y aspirantes al Partido que había en las Fuerzas Armadas en vísperas de la guerra. En total, en los años de la guerra el 60 % de los miembros del Partido se encontraba en el Ejército y la Marina.

Los comisarios políticos eran los representantes directos del Partido en las Fuerzas Armadas Soviéticas. En su libro *Pequeña*

---

[1] V. I. Lenin: *Obras completas*, t. 40, p. 232.

Tierra, L. I. Brézhnev, quien pasó toda la guerra en el cargo de comisario político, habló valorativamente de los comunistas que realizaron trabajo partidista en el ejército: "La mayoría de nuestros jefes de las secciones políticas, de nuestros comisarios políticos, organizadores del Komsomol, agitadores, supieron hallar el tono preciso, gozaban de prestigio entre los soldados, y lo importante era que los hombres sabían que en el momento difícil quien los instaba a mantenerse firmes, estaría junto a ellos, avanzaría con su arma delante de ellos. Pues nuestra arma principal era la vehemente palabra del Partido, fortalecida con un hecho: ser ejemplo personal en el combate. He aquí por qué los comisarios políticos se convirtieron en el alma de las Fuerzas Armadas."[1]

Ser comunista en el período de la guerra significaba ser un defensor convencido y decidido de la Patria socialista. En el combate, los miembros del Partido se encontraban en las primeras filas de combatientes, dando muestras de valor y coraje. La consigna "¡Comunistas, adelante!" se convirtió en ley suprema de la vida y la actividad de cada miembro del Partido. Y los comunistas —jefes y comisarios políticos, oficiales y soldados— marchaban a la vanguardia. Tres millones de miembros del Partido ofrendaron sus vidas en los frentes de la Gran Guerra Patria.

Entre los Héroes de la Unión Soviética que recibieron ese alto título en los años de la Gran Guerra Patria, el 70 % eran miembros y aspirantes al partido leninista.[2]

En algunos trabajos de historiadores es posible encontrar, como se señaló antes, reconocimientos aislados a las ventajas del régimen social y estatal de la Unión Soviética, de su organización militar; pero en ellos se hace referencia, muy pocas veces, a la guerra. En el trabajo del historiador francés I. Trotignon *El siglo XX en la URSS* [*Le XXe siecle en URSS*], se señala, en verdad, que el Partido Comunista de la URSS "aún más que antes... encarnaba a la Patria soviética".[3] Pero semejantes valoraciones constituyen una excepción. En la mayoría de los casos, el papel rector del PCUS se falsifica o, simplemente, se calla. En algunos trabajos de historiadores occidentales es posible encontrar afir-

---

[1] L. I. Brézhnev: *Pequeña Tierra*, p. 25.
[2] *Enciclopedia Militar Soviética, 1976*, t. 2, p. 539.
[3] Ives Trotignon: *Le XXe siècle en URSS*, Bordas, París, 1976, p. 120.

maciones de que durante la guerra el CC del PCUS y el Partido en su conjunto no desempeñaron ningún papel sustancial.[1]

Sin duda, los enemigos ideológicos del comunismo ven la potente fuerza del papel rector del PCUS en la estructuración militar soviética, en las victorias obtenidas por el Ejército Soviético sobre los agresores fascistas; pero quieren desacreditar a cualquier precio, esa situación. Sin ninguna fundamentación, en sus trabajos se habla de ciertas contradicciones que tuvieron lugar, supuestamente, entre el Partido y el ejército, entre la dirección política y la militar en la Unión Soviética. Las publicaciones de este tipo sirven de alimento a los "sovietólogos", y se emplean activamente en la propaganda anticomunista. D. Dallin (quien fue menchevique en el pasado) busca contradicciones entre "la posición partidista comunista y las tendencias nacionales". R. Garthoff divide a los oficiales soviéticos en "tradicionalistas y tecnócratas". R. Kolkowicz ha construido toda una tabla de esas contradicciones. "Los historiadores burgueses —como señaló con justeza el profesor soviético Yu. Petrov—, que declaran la existencia de 'contradicciones' entre el Partido y el ejército, entre la dirección militar y la partidista, intentan contraponer el personal de mando al Partido, los cuadros de mando a los cuadros políticos; afirman que los primeros representan al ejército y los segundos, al Partido."[2] En todas estas afirmaciones de los historiadores burgueses no hay ni el menor atisbo de verdad.

El aumento de las filas del Partido Comunista de la Unión Soviética en los años de la Gran Guerra Patria, es una muestra del prestigio del PCUS, de su unidad indestructible, de la fe de los soviéticos en los ideales del Partido; una muestra del reconocimiento de sus inmensos méritos en la causa de la defensa de la Patria socialista. A las filas del Partido se incorporaron 5 319 000 patriotas en el período de las duras pruebas que sufrieron los soviéticos. "Quiero ir al combate como comunista", escribían los soldados y los oficiales en sus solicitudes de ingreso al Partido. Su tiempo como aspirante era una prueba de valor en el enfren-

---

[1] H. Brahm: *Von der innerparteillich Demokratie unter Lenin zur Autokratie Stalins.* Colonia, 1974, p. 18; *History of Russia.* Princett Hall, 1977, p. 561.

[2] *Voenno-istorícheski zhurnal*, 1969, N°l, p. 46.

tamiento a muerte con el enemigo. "¿Qué ventajas podía obtener un hombre, qué derechos podía concederle el Partido en víspera de un combate a muerte? —escribió L. I. Brézhnev—. Sólo un privilegio, sólo un derecho, sólo un deber: levantarse el primero para el ataque, lanzarse el primero al encuentro del fuego."[1]

El imperialismo alemán perdió dos guerras mundiales. Después de la primera, el miembro del Estado Mayor General alemán, general M. Hoffmann, escribió el libro *La guerra de las oportunidades perdidas* [*Der Krieg der versäumten Gelegenheiten*]. Después de la segunda, el Mariscal de Campo hitleriano Manstein publicó el libro *Las victorias perdidas* [*Verlorene Siege*]. Cada uno de ellos contaba con ganar la guerra. Al País de los Soviets le impusieron la guerra. Y entonces las Fuerzas Armadas, creadas y dirigidas por el Partido Comunista de la Unión Soviética, derrotaron a los agresores y establecieron la paz en la Tierra.

La guerra y América Latina. Con la Gran Guerra Patria de la URSS se fundieron el movimiento liberador de los pueblos y la lucha de todas las fuerzas democráticas contra el fascismo.

La mayoría de los Estados latinoamericanos declararon la guerra a las potencias del "Eje" o rompieron relaciones diplomáticas con ellas. Varios países del continente prestaron a los EE.UU. una ayuda sustancial con suministros de materias primas estratégicas: antimonio, mercurio, cuarzo, tungsteno, cromo, etc. Las fuerzas democráticas latinoamericanas procuraron incorporar sus países a la lucha antifascista, prestar apoyo a las acciones de la coalición antihitleriana. El 22 de mayo de 1942, A. Manuel Ávila Camacho, Presidente de México, con motivo de haber declarado su país la guerra a las potencias del "Eje", indicó que la valentía de los defensores de Moscú y Leningrado había permitido crear un frente amplio en el que estaban librando batallas sin par en la historia de la humanidad. El 22 de agosto del mismo año declaró la guerra a Alemania e Italia el gobierno de Brasil con lo que se asestó un golpe sensible a las posiciones de las potencias del "Eje" en América Latina.

Las fuerzas del progreso lucharon tenazmente contra las agrupaciones profascistas, contra la "quinta columna" de los nazis.

---

[1] L. I. Brézhnev: *Pequeña Tierra*, p. 25.

Las tendencias profascistas existieron sobre todo en los círculos gobernantes de Argentina y Chile, que se mantenían neutrales para ventaja de las potencias del "Eje". En diciembre de 1942, la Confederación General de Trabajadores de Argentina exigió en su congreso romper con los países del bloque fascista y establecer relaciones diplomáticas con la Unión Soviética. En Chile, las enérgicas acciones de las fuerzas democráticas contribuyeron a que en mayo de 1942 se aprobara una ley que prohibía las organizaciones profascistas. En varios estados de México se instituyeron los comités de defensa de la democracia para luchar contra los agentes nazis. En la primavera de 1943, los demócratas mexicanos exigieron reprimir con todo vigor los grupos fascistas que intentaban desencadenar una sublevación. Para neutralizar a los sediciosos se enviaron tropas gubernamentales.

Los demócratas de América Latina se manifestaron por la alianza de las fuerzas progresistas de los EE.UU. y del continente latinoamericano en la lucha común contra el fascismo y la reacción. Simultáneamente, el desarrollo de la lucha antifascista impulsó el movimiento obrero y la protesta contra la prepotencia de los monopolios estadounidenses y la reacción latinoamericana.

Los antifascistas de América Latina desplegaron un movimiento de solidaridad con la URSS y de ayuda al pueblo soviético. En agosto de 1941, en la Asamblea Nacional de jóvenes cubanos, el comunista Severo Aguirre del Cristo llamó a todo el pueblo cubano a prestar la máxima ayuda a la Unión Soviética. En noviembre, los obreros cubanos decidieron abonar su salario diario al fondo de ayuda al Ejército Soviético. Los demócratas de Cuba, Argentina, Chile, Uruguay y otros países colectaron dinero y enviaron a la URSS ropa, calzado y medicamentos.

Las personas progresistas de América Latina siguieron con compasión y simpatía la heroica lucha del pueblo soviético contra los invasores fascistas. Alentados por las noticias sobre las primeras derrotas del bloque de los agresores, los pueblos latinoamericanos se pronunciaban cada vez con mayor insistencia por que se prohibiera la actividad de las organizaciones profascistas y fueran expulsados del aparato estatal sus adeptos, por la democratización de la vida interna y el apoyo a los esfuerzos militares de la coalición antifascista.

La Segunda Guerra Mundial activó el movimiento nacional liberador en América Latina. Lo mismo que en Asia y África, el ascenso de la lucha antifascista se sincronizó allí con el desarrollo del movimiento antimperialista por la independencia política y económica. En 1945 ya habían declarado la guerra a las potencias fascistas casi todos los países del continente, pero sólo dos —México y Brasil— participaron en ella con sus fuerzas armadas. Los demás hicieron su aporte principalmente en forma de suministros de materias primas estratégicas y de concesión de bases militares a los Estados Unidos. Sólo los gobiernos de Argentina y Paraguay colaboraron con las potencias del "Eje", proveyéndolas de materias primas y productos alimenticios.

La heroica lucha del pueblo soviético contra los agresores fascistas tuvo amplia resonancia en América Latina. En el manifiesto aprobado por la Alianza Revolucionaria Comunista de Cuba en 1943 con motivo del Primero de Mayo, se decía que la Unión Soviética asestaba golpes decisivos a las fuerzas del "Eje" y con su valor sin parangón aseguraría la libertad y la independencia de todos los pueblos, comprendido el cubano. Varios internacionalistas de países latinoamericanos combatieron contra los hitlerianos en el frente soviético alemán. Realizaron hazañas gloriosas en esos combates los internacionalistas cubanos Enrique Vilar y Aldo Vivo, quienes cayeron como héroes y fueron honrados con una de las condecoraciones militares más altas de la Unión Soviética: la Orden de la Gran Guerra Patria en Primer grado. Las victorias de los países de la coalición antihitleriana crearon un clima más favorable para la actividad de los partidos comunistas. En Colombia, Perú y Venezuela salieron de la clandestinidad y se incorporaron enérgicamente a la lucha antiimperialista. El aumento del prestigio de los partidos comunistas se reflejó en los resultados de las elecciones parlamentarias; en las contiendas fueron elegidos a los parlamentos de Cuba, Chile, Brasil, Venezuela, Uruguay, Perú, Costa Rica y Haití como senadores o diputados, más de 70 candidatos de los comunistas.

El auge del movimiento liberador y la actividad creciente de las fuerzas democráticas provocaron el derrocamiento de regímenes dictatoriales en Bolivia en 1943, y en Ecuador y El Salvador en 1944. En Guatemala, un poderoso movimiento popular derrocó una dictadura militar reaccionaria en junio de 1944 y esta-

bleció un gobierno nacional democrático. Esa revolución antifeudal y antiimperialista tuvo un vibrante eco en América Latina.

En general, durante la segunda conflagración mundial se operó en América Latina un dinámico proceso de despertar y consolidación de las fuerzas democráticas. El carácter justo de la guerra contra el agresivo bloque militarista fascista determinó la participación activa en ella de los pueblos de varios continentes.

CAPÍTULO CUARTO

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL Y EL MOMENTO ACTUAL

A fines de diciembre de 1945, el presidente de los Estados Unidos H. Truman escribió a J. V. Stalin: "Le repito mi convicción de que es mi deseo más sincero, y estoy seguro de que es el deseo del pueblo de los Estados Unidos, que el pueblo de la Unión Soviética y el pueblo de los Estados Unidos trabajen juntos para restaurar y mantener la paz. Estoy seguro de que el interés de nuestros dos países por mantener la paz, pesa mucho más que cualesquiera diferencias posibles entre nosotros."[1]

Unos días después, a principios de enero de 1946, el mismo H. Truman le comunicaba al secretario de Estado de los Estados Unidos, J. F. Byrnes: "No creo que debamos seguir jugando al compromiso. Debemos negarnos a reconocer a Rumanía y Bulgaria hasta que accedan a nuestras exigencias; debemos dar a conocer nuestra posición acerca de Irán en términos nada imprecisos y debemos continuar insistiendo en la internacionalización del canal de Kiel, la vía acuática Rin-Danubio y los estrechos del mar Negro y debemos mantener el control total de Japón y el Pacífico. Debemos reconstruir China y crear un fuerte gobierno central allí. Debemos hacer lo mismo con Corea... Estoy cansado de mimar a los soviéticos."[2]

¿Qué es esto? ¿Dos cursos incompatibles en la política de la posguerra, o desinformación en el primer caso y verdaderas aspiraciones del imperialismo norteamericano en el segundo?

La respuesta a esta interrogante reviste extraordinaria importancia para el análisis del vínculo existente entre los resultados de la Segunda Guerra Mundial y el momento actual.

---

[1] *Correspondence between the Chairman of the Counsil of Ministers of the USSR and the President of the USA and the Prime Minister of Great Britain during the Great Patriotic War of 1941-1945*, t. 2, p. 279.

[2] James F. Byrnes: *All in One Lifetime.* Harper&Brothers Publishers, New York, 1958, p. 402.

La nueva correlación de fuerzas y el mito de la "amenaza soviética"

La Segunda Guerra Mundial fue un acontecimiento histórico que influyó sobre todo el curso del desarrollo social de la humanidad. La derrota del fascismo alemán y el militarismo japonés, levantó una potente ola de transformaciones socio políticas, condujo al debilitamiento del capitalismo mundial, al revés más grande de las fuerzas de la reacción y la guerra. La correlación general de fuerzas en el ámbito internacional, varió de manera radical a favor de la paz, la democracia y el socialismo. *Esto fue el resultado del desarrollo normal del proceso histórico mundial, acelerado por una guerra que agudizó hasta el límite las contradicciones del sistema capitalista.*

En la historiografía occidental se hace constar la gran influencia de los resultados de la Segunda Guerra Mundial en los cambios ocurridos con posterioridad en el mundo. El año victorioso de 1945 es denominado en ocasiones como "el año más crucial del siglo XX".[1] El historiador norteamericano L. Morton califica la Segunda Guerra Mundial como "el acontecimiento decisivo de nuestra época, que señala el fin de una era y el comienzo de otra".[2] Todavía antes de finalizar la guerra, a comienzos de 1945, el Estado Mayor Conjunto de los Estados Unidos señaló que los acontecimientos que ocurrían "eran de hecho más comparables con los sucedidos por la caída de Roma que con cualquier otro cambio acontecido durante los siguientes 1 500 años".[3]

Al definir la importancia histórica de los resultados de la Segunda Guerra Mundial, los autores occidentales refutan, generalmente, el carácter objetivo de los cambios ocurridos en el mundo y su regularidad. Ofrecen a los lectores un cuadro desfigurado del desarrollo del proceso histórico mundial.

---

[1] Jim Bishop: *FDR's Last Year. April 1944-April 1945.* William Morrow and Company, Inc., New York, 1974.
[2] *The American Historical Review*, vol. LXXV, N°7, 1970, p. 1987.
[3] Michael S. Sherry: *Preparing for the Next War. American Plans for Postwar Defense, 1941-45.* Yale University Press, New Haven & London, 1977, p. 163.

Los principales resultados de la guerra. La Segunda Guerra Mundial finalizó con la bancarrota total y la capitulación incondicional de los países del bloque fascista militarista. Los resultados con que llegó la URSS al final de la guerra, demostraron convincentemente que en el mundo no existen fuerzas capaces de destruir el régimen socialista, de poner de rodillas a un pueblo fiel a las ideas del marxismo leninismo y leal a su Patria.

La victoria de la Unión Soviética en la Gran Guerra Patria no sólo significó la derrota de Alemania, de sus aliados y satélites, de toda la organización político militar de los Estados del bloque fascista, sino que también se confirmó las proféticas palabras de V. I. Lenin acerca de que "todo intento de guerra contra nosotros significará, para los Estados que se enzarcen en este conflicto, agravar las condiciones que habrían podido tener sin la guerra y antes de la guerra, en comparación con las que obtendrán como resultado de ella y después de ella".[1]

Aumentó inconmensurablemente el prestigio internacional de la Unión Soviética; se incrementó de manera gigantesca su influencia política en el mundo. Como una muestra de este proceso puede servir la ampliación de las relaciones internacionales de la URSS: si antes de la Gran Guerra Patria, la Unión Soviética mantenía relaciones diplomáticas con 26 Estados, ya a fines de la guerra esa cifra se había incrementado a 52.[2]

La victoria del pueblo soviético ejerció una profunda influencia en la opinión pública mundial. En las masas populares de los países capitalistas y coloniales se afirmó el convencimiento de que la URSS, como país socialista, es un baluarte seguro de la causa de la paz, la democracia y el progreso social.

El secretario general del Partido Comunista de Francia M. Torez, al expresar los profundos sentimientos de simpatía de los franceses a la URSS, escribió: "La incuestionable superioridad del sistema socialista permitió a la URSS desempeñar el papel decisivo en el aniquilamiento del fascismo alemán y salvar así a Europa de la esclavitud bárbara. Después de esto, la unión y la amistad con la URSS se hicieron aún más queridas para el pueblo

---

[1] V. I. Lenin: *Obras escogidas*, t. XI, p. 285.
[2] *Historia de la política exterior de la URSS. 1945-1980.* Moscú, 1981, t. 2, p. 9 (en ruso).

de Francia, aún más deseadas a los ojos de todos los franceses que luchan en defensa de la independencia nacional."[1]

El veterano del movimiento obrero alemán y primer presidente de la República Democrática Alemana, Wilhelm Pieck, hizo la siguiente valoración de la importancia de la victoria de la URSS para el pueblo alemán: "No se ha dicho demasiado cuando se concluye: a la Unión Soviética no sólo agradece el pueblo alemán su liberación de la sangrienta dominación fascista y —en una tercera parte de Alemania— también de las fuerzas reaccionarias del imperialismo alemán, sino, además, su propia conservación y existencia nacional."[2]

Líderes del mundo capitalista han declarado con reconocimiento cuánto le debe el mundo al País de los Soviets. En su mensaje con motivo del Día del Ejército Soviético, el primer ministro inglés Winston Churchill escribió en febrero de 1945: "El Ejército Rojo celebra su vigésimo séptimo aniversario en medio de los triunfos que han ganado el ilimitado aplauso de sus aliados y han sellado el destino del militarismo alemán. Las futuras generaciones reconocerán su deuda con el Ejército Rojo tan sin reservas como lo hacemos nosotros, quienes hemos vivido para presenciar estos formidables logros."[3]

La derrota del fascismo y del militarismo japonés en la Segunda Guerra Mundial, estuvo acompañada por un auge general del movimiento democrático de liberación de los pueblos.

En varios países de Europa y Asia surgieron nuevos eslabones débiles en el sistema del capitalismo. La lucha de los pueblos por la independencia, la liberación del yugo de los agresores germano fascistas y japoneses, se transformó en movimientos revolucionarios contra la dominación capitalista, por la eliminación de la explotación del hombre por el hombre, por una verdadera democracia y por la instauración de un régimen social justo. Esta lucha culminó con la victoria de revoluciones socialistas en varios países de Europa y Asia. Surgió el sistema socialista mundial, cuyas fronteras se extienden desde el Elba hasta el océano

---

[1] M. Torez: *Obras escogidas.* Moscú, 1959, t. 2, p. 543 (en ruso).
[2] Wilhelm Pieck: *Reden und Aufsätze*, t. 3, 1950-1953, Dietz Verlag, Berlín, 1954, p. 103.
[3] *The Times*, 24 de febrero de 1945, p. 2.

Pacífico, lo cual constituyó el acontecimiento histórico mundial más importante después de la victoria de la Gran Revolución Socialista de Octubre.

El surgimiento del sistema mundial del socialismo transformó, de manera radical, la situación en el mundo. De aquí en adelante, el curso del desarrollo histórico comenzó a estar determinado por la existencia y la lucha de dos sistemas mundiales. El socialismo se convirtió en una fuerza que influye, de manera decisiva, en la política mundial.

Se consolidan activamente las posiciones de los países socialistas en la economía mundial. De 1950 a 1975, los ritmos promedios anuales de incremento de la producción industrial en los países del CAME, fueron de un 9,6 %, y en los países capitalistas desarrollados, de un 4,6 %; es decir, 2 veces menor. Los últimos años no han sido los más prósperos para la economía nacional de los Estados socialistas. No obstante, los ritmos de crecimiento económico de los países del CAME, han sido 2 veces mayores que en los países capitalistas desarrollados. Crece de manera constante la participación de los países socialistas en la producción industrial mundial. En 1917, ésta era de un 3 %; en 1939, un 10 % (sólo la URSS); en 1950, un 17,3 % (URSS, RDA, RPB, RPH, RPP, RSR); en 1975, alrededor del 34 %.[1]

La victoria de la Unión Soviética en la Gran Guerra Patria, contribuyó al poderoso auge del movimiento obrero en los países capitalistas, al incremento del papel de los partidos comunistas, que demostraron ser, en los años de la lucha contra el fascismo, los defensores más fieles y seguros de los intereses del pueblo. Si en 1939 en el mundo había 61 partidos comunistas que agrupaban 4 millones de miembros, ya para el 1º de septiembre de 1945 había 76 partidos, en cuyas filas se contaban 20 millones de comunistas. Los círculos gubernamentales de Italia, Francia y otros países capitalistas, se vieron obligados, ante el auge de las fuerzas democráticas, a colaborar con los comunistas, lo que creaba condiciones nuevas y favorables para la lucha de la clase obrera por los intereses de los trabajadores. En la actualidad, los partidos comunistas, fortaleciendo su influencia en las masas, funcio-

[1] *La política de bloque militar del imperialismo. La historia y la época actual.* Moscú, 1980, p. 173 (en ruso).

nan activamente en 94 países del mundo. Sólo en Europa Occidental, en los últimos diez años a sus filas se han incorporado alrededor de 800 000 nuevos luchadores.[1]

La victoria de la Unión Soviética ejerció una poderosa influencia en el desarrollo del movimiento de liberación nacional en los países coloniales y dependientes; resultaron derrotadas potencias coloniales como Italia y Japón; fracasaron los planes de dominios coloniales de la Alemania fascista; Inglaterra, Francia, Bélgica, Holanda y otras naciones poseedoras de colonias fueron incapaces para defender a los pueblos dependientes de la agresión fascista. La participación de los pueblos de las colonias y los países dependientes en la guerra justa, estimuló el desarrollo de su conciencia nacional y clasista. Como resultado de la Segunda Guerra Mundial se planteó la cuestión de la liquidación del sistema colonial del capitalismo. En los años de la posguerra, en Asia, África y América Latina se constituyeron más de 100 nuevos Estados independientes. El derrumbe de la esclavitud colonial bajo el empuje del movimiento de liberación nacional, es un acontecimiento de inmensa importancia histórica. El curso antiimperialista de estos Estados se refleja en el programa y en la actividad práctica del Movimiento de los No Alineados.

¿A quiénes no convienen los resultados de la guerra? Los profundos cambios en la vida de toda la humanidad, determinaron el inicio de una nueva fase en el desarrollo del proceso revolucionario mundial. Precisamente esto explica la aparición —poco después de la guerra— de declaraciones de personalidades políticas reaccionarias de Occidente, y tras ellos de historiadores burgueses, sobre lo "absurdo" e "inútil" de la Segunda Guerra Mundial.

Uno de los primeros en calificar la guerra pasada como "innecesaria" fue W. Churchill. En 1946, en uno de sus discursos, Churchill hizo gala de los colores más sombríos al pintar la amenazante situación creada, según sus palabras, en la Europa de la posguerra. "Entre los vencedores —señaló— hay una babel de vibrantes voces; entre los vencidos, el tétrico silencio de la desesperación."[2] En el libro *Guerra perpetua para paz perpetua*

---

[1] *Materiales del XXVI Congreso del PCUS*, p. 16 (en ruso).
[2] W. S. Churchill: *His Complete Speeches, 1897-1963, vol. VIII (1943-1949)*, p. 7379.

[*Perpetual War for Perpetual Peace*], editado en los Estados Unidos, los resultados de la guerra se califican como "un calamitoso punto decisivo en la historia de la humanidad".[1]

"No existe ningún acontecimiento de los siglos pasados —se lamenta el autor germanoccidental M. Freund—, que pueda definirse con tanta precisión como la catástrofe de la Segunda Guerra Mundial. Ninguna transformación intelectual o espiritual, ninguna guerra, ninguna revolución han conmovido al mundo en sus cimientos como lo hizo ella. Órdenes y sistemas de siglos fueron derrumbados por ella."[2] "La rendición incondicional de Alemania trastornó el equilibrio de poder en Europa, y la de Japón tuvo resultados similares en Asia —escribe el historiador norteamericano R. Hobbs—... por tanto, no sólo Alemania y Japón, sino toda la civilización occidental perdió la guerra."[3] El punto de vista de A. J. P. Taylor debe considerarse como una rara excepción: "Quienes la experimentaron —escribe — saben que fue una guerra justificada en sus objetivos y que tuvo éxito en lograrlos. A pesar de toda la matanza y la destrucción que la acompañó, la Segunda Guerra Mundial fue una buena guerra."[4]

Es tan profundo el odio de las fuerzas imperialistas a las transformaciones sociales, la libertad y la independencia de los pueblos, que la salvación de la humanidad de la esclavitud fascista ha adquirido, en sus valoraciones, el carácter de catástrofe. "Al final de la Segunda Guerra Mundial —se lamenta el profesor norteamericano R. Strausz-Hupé en las páginas de una publicación oficial de la OTAN—, la influencia fundamental de Occidente en el Medio Oriente, militar, política y económica, no había sido desafiada; en África, desde Tánger hasta El Cabo, la influencia occidental era suprema; el océano Índico era un lago occidental, y la idea de que la decisión de un cártel comercial pudiera lanzar a Occidente a un desorden económico, habría sido objeto de burla como algo inadmisible."[5]

---

[1] *Perpetual War for Perpetual Peace.* Editado por Harry Elmer Barnes, The Gaxton Printers Ltd., 1953, p. 7.
[2] M. Freund: *Deutsche Geschichte*, p. 1270.
[3] Richard Hobbs: *The Myth of Victory. What is Victory in War?* Westview Press, Boulder (Colorado), 1979, p. 235.
[4] A. J. P. Taylor: *The Second World War*, p. 234.
[5] Robert Strausz-Hupé: "NATO in Midstream", en *NATO Review*, N°5,

Al analizar los resultados de la Segunda Guerra Mundial desde estas posiciones, los historiadores reaccionarios se han lanzado contra la política de los Estados Unidos e Inglaterra en el período de la guerra de aliarse a la URSS, de colaborar en la derrota militar del bloque fascista.

El profesor de la Universidad de Yale B. M. Russett afirma a los lectores que la neutralidad de los Estados Unidos en la pasada guerra habría sido mucho más conveniente, pues "Alemania probablemente no habría sido derrotada".[1]

Existe una ley: mientras más reaccionarios son los puntos de vista de uno u otro historiador o personalidad política, más cínicamente se manifiestan a favor de una alianza con la Alemania fascista contra la URSS. Esos individuos declaran a F. Roosevelt el principal culpable de que los aliados occidentales, después de vencer a la Alemania fascista y al Japón militarista, "cedieron", supuestamente, los frutos de la victoria a la Rusia Soviética. No callan que el principal resultado de la guerra —la consolidación de la Unión Soviética y las fuerzas del socialismo en el ámbito internacional—no satisface a los círculos gubernamentales de los Estados Unidos; se quejan de que el Gobierno de Roosevelt "pasó por alto" la posibilidad real de destruir a la URSS a manos de Alemania y Japón. Para fundamentar esta concepción profascista, los historiadores reaccionarios recurren a la argumentación —común de los falsificadores— acerca del "totalitarismo" de Moscú y la "amenaza" a los intereses norteamericanos. "La concentración de poder de ataque totalitario en un solo centro, Moscú —escriben los autores del libro *Guerra perpetua para paz perpetua*—, es más desventajosa y amenazante, desde el punto de vista de la seguridad norteamericana, que la distribución de este poder entre varios centros: Berlín, Tokío, Moscú y Roma. Además, el comunismo es más peligroso que el nacional socialismo, el fascismo o el autoritarismo japonés".[2]

C. Bohlen, ex embajador de los Estados Unidos en la URSS,

---

octubre de 1977, p. 6.

[1] Bruce M. Russett: *No Clear and Present Danger. A Sceptical View of the United States Entry into World War II.* Harper & Row Publishers, New York, etc., 1972, pp. 19, 20, 30.

[2] *Perpetual War for Perpetual Peace*, pp. 523, 524.

en sus memorias se adhiere a la crítica del curso de la política exterior de Roosevelt e intenta denigrar al presidente mismo y a sus colaboradores cercanos: H. Hopkins, E. R. Stettinius y A. Harriman y a otras personalidades políticas y militares, quienes sostenían una actitud realista en las relaciones con la URSS. Según la opinión de Bohlen, Harriman "no comprendía" la naturaleza del sistema soviético, y el agregado militar en Moscú, coronel Faymonville, "no era muy útil, porque era propenso a estar a favor del régimen soviético en casi todas las acciones."[1] Bohlen mismo considera un mérito haber sustentado siempre posiciones antisoviéticas. "En aquellos días descubrí —escribe Bohlen— que era casi imposible convencer a los demás de que la admiración por el extraordinario valor de las tropas rusas y el incuestionable heroísmo del pueblo ruso, estaba cegando a los norteamericanos ante los peligros de los líderes bolcheviques."[2]

La crítica a la política de F. Roosevelt no es el objetivo final de los historiadores burgueses. Se plantean tareas más amplias, directamente relacionadas con el curso actual del imperialismo; intentan desacreditar la coalición antihitleriana formada durante la guerra y, con ello, quebrar la fe de los medios sociales de los países capitalistas en la posibilidad de una colaboración pacífica con los países socialistas, sobre la base de que esa colaboración "siempre sólo beneficiaría a Moscú".

La revista francesa *Lectures françaises*, conocida por su tendencia profascista, reaccionaria, afirma a sus lectores: "La historia se desarrolla de manera implacable y totalmente opuesta a la que habían deseado los políticos que creían dirigirla. Hitler perdió su guerra porque había evaluado de manera errónea, el comportamiento británico. Churchill perdió su victoria porque no comprendió a tiempo que hacía falta modificar la trayectoria de la política de las democracias, antes del derrumbe de Alemania".[3]

Esa es la concepción general de los resultados de la guerra en

---

[1] Charles Bohlen: *Witness to History 1924-1969*. Norton, New York, 1973, pp. 127, 157.
[2] Ibíd., p. 125.
[3] "Les causes cachées de la Deuxième Guerre Mondiale", en *Lectures françaises*. Bajo la dirección de Henry Coston, número especial, mayo de 1975, p. 11.

la interpretación de la mayoría de los historiadores y los autores de memorias burguesas; concepción que se emplea, directa o indirectamente, para fundamentar la actual política agresiva del imperialismo.

¿Quiénes amenazan la paz? "Después de finalizar la grandiosa batalla y de derrotar al enemigo —señaló L. I. Brézhnev—, los principales participantes de la coalición antihitleriana no siguieron el camino común de edificar una paz firme, sino diferentes vías. Pudiéramos decir que no había tenido tiempo de secarse la tinta en la declaración de la derrota de Alemania —firmada en Berlín por los representantes de la URSS, los Estados Unidos, Inglaterra y Francia—, cuando nuestros ex aliados comenzaron a romper los vínculos que habían unido a los principales participantes en la guerra contra el fascismo alemán."[1]

La responsabilidad fundamental por la ejecución de esa política corresponde al imperialismo norteamericano y queda explicada por los planes de instauración de la hegemonía mundial por parte de los EE.UU. Ya a fines de 1940, el presidente de la Junta de la Conferencia Industrial Nacional [*National Industrial Conference Board*] de los EE.UU., V. Jordan, declaró: "Cualquiera que sea el resultado de la guerra, América se ha aventurado en una carrera imperialista, tanto en los asuntos mundiales como en todo otro ámbito de su vida."[2] En verdad, mientras duró la guerra, los fines agresivos del imperialismo estadounidense fueron enmascarados con cuidado. Los historiadores norteamericanos Joyce y Gabriel Kolko llegan a la siguiente conclusión: "En esencia —escriben en el libro *Los límites del poder*—, el propósito de los Estados Unidos era reestructurar el mundo de manera que los negocios norteamericanos pudieran comerciar, operar y obtener ganancias sin restricciones en todas partes. En esto había unanimidad absoluta entre los líderes norteamericanos, y fue alrededor de este núcleo que elaboraron sus políticas y programas."[3]

---

[1] L. I. Brézhnev: *Por el camino de Lenin*, t. I, pp. 149, 150.

[2] John M. Swomlcy, hijo: *American Empire. The Political Ethics of Twentieth-Century Conquest.* The MacMillan Company, London, 1970, p. 95.

[3] Joyce y Gabriel Kolko: *The Limits of Power. The World and the United States Foreign Policy, 1945-1954.* Harper&Row Publishcrs,

El monopolio del arma atómica engendró la ilusión de que la instauración de la supremacía mundial de los EE.UU. era real. Precisamente a partir de tales cálculos, la administración de H. Truman se orientó a la preparación de una nueva guerra. "Los rusos pronto serán puestos en su sitio —declaró H. Truman—... Los Estados Unidos entonces tomarán la delantera en dirigir al mundo de la manera que el mundo merece ser dirigido."[1]

La bomba atómica hizo perder la cabeza no sólo a Truman. H. Hoover, ex presidente de los Estados Unidos, exclamó histéricamente que la bomba atómica "concede el poder a los Estados Unidos y a Gran Bretaña de dictar la política a todo el mundo".[2]

Una parte componente de esta política consistía en crear a nivel mundial, una opinión pública en el espíritu del curso reaccionario de la política interna y externa de los EE.UU. La propaganda del anticomunismo y el antisovietismo se convirtió en parte inseparable del actuar de la administración norteamericana.

En esa propaganda ocupan un lugar especial las invenciones acerca de la "amenaza soviética". El mito de la "amenaza soviética" es el principal instrumento ideológico del cual se valen para justificar la política de la "guerra fría", la carrera armamentista y, prácticamente, cada acción agresiva del imperialismo, sea cual sea la región del planeta donde se lleve a cabo: contra Afganistán y la República Democrática Alemana, Checoslovaquia y Polonia, la República Democrática de Corea y Vietnam, Laos y Kampuchea, Líbano y Egipto, Cuba y la República Dominicana, Nicaragua y El Salvador. Encubiertos en el mito de la "amenaza soviética" se siembra el odio y la desconfianza hacia la Unión Soviética y los otros países socialistas, hacia el movimiento obrero y de liberación nacional de los trabajadores.[3]

A propósito, cuando Truman, en diciembre de 1945, aseguraba a J. V. Stalin que su deseo más sincero era que el pueblo de

---

New York, 1972, p. 2.

[1] Cita según William Appleman Williams: *The Ttragedy of American Diplomacy.* The World Publishing Company, Cleveland, 1959, p. 168.

[2] Herbert Hoover: *Addresses upon the American Road 1945-1948.* Van Nostrand Company, Inc., New York, 1949, p. 14.

[3] Ver con más detalles en *Amenaza a Europa.* Moscú, 1981; *Quiénes amenazan la paz.* Moscú, 1982 (ambas en ruso).

la Unión Soviética y el de los Estados Unidos "trabajen juntos para restaurar y mantener la paz", el jefe de las Fuerzas Armadas de los aliados occidentales en Europa, general D. Einsenhower, y sus Estados Mayores ya habían presentado en Washington un plan de guerra contra la URSS, el cual fue aprobado por el presidente de los EE.UU. H. Truman, después de habérsele dado los últimos toques. A la realización de ese plan, que recibió con posterioridad la denominación de "Dropshot", se subordinó toda la política externa e interna de los EE.UU., y más tarde también la de sus aliados de la OTAN y otros bloques occidentales.

El plan "Dropshot", al ser una expresión concentrada del curso político de los Estados Unidos, posibilita explicar hoy día en su totalidad el llamado de W. Churchill a una "cruzada contra el socialismo" —hecho por él en marzo de 1946 en Fulton en presencia de Truman— y los orígenes de la "guerra fría y del macartismo, la predestinación de las valoraciones negativas de los resultados de la Segunda Guerra Mundial y del mito de la "amenaza soviética", como medios de engaño a la opinión pública mundial y norteamericana en lo referente a los verdaderos objetivos de la política de los Estados Unidos.

El contenido de los planes de ataque a la Unión Soviética se conoció a partir de documentos norteamericanos publicados en 1978. Esos documentos muestran que se había planeado comenzar ese ataque bajo el falso pretexto de una supuesta irrupción, iniciada por las tropas soviéticas, a Europa Occidental; con eso se tenía en cuenta realizar una guerra con el empleo ilimitado del arma nuclear y la participación de pueblos de todos los continentes. De manera que esos planes preveían, nada menos, que el desencadenamiento de una tercera guerra mundial.

Atrae la atención el carácter clasista claramente manifiesto de esos planes. "La más grave amenaza a la seguridad de los Estados Unidos [es decir, al poder de los monopolios. —*El autor*]... surge de la naturaleza del sistema socialista". El principal objetivo político de la guerra, como se deduce de los documentos señalados, consistía en "destruir las raíces del bolchevismo" mediante la derrota militar de la URSS y sus aliados, en restaurar el capitalismo y el colonialismo y en el logro de la hegemonía mundial norteamericana con ayuda del bloque de la OTAN.

La idea estratégica del plan "Dropshot" se formuló de la siguiente manera: "En colaboración con nuestros aliados, conseguir los objetivos de guerra contra la URSS destruyendo la voluntad y la capacidad de resistencia soviéticas, realizando una ofensiva estratégica en Eurasia Occidental y una defensa estratégica en el Lejano Oriente."[1]

Estaba previsto llevar a cabo esa idea estratégica en cuatro etapas.

Primera etapa: golpe inesperado con medios de destrucción masiva al territorio de la URSS, en particular a las zonas densamente pobladas (300 bombas atómicas en 30 días). A continuación se proponía efectuar bombardeos atómicos y, además, lanzar 250 000 toneladas de bombas "corrientes". Se calculaba que de esa manera se inutilizaría un 85 % de la industria soviética y un 95 % de la industria de los demás países socialistas, y serían exterminados 6,7 millones de la población civil.

Segunda etapa: preparación de operaciones ofensivas con el objetivo de entrar en el territorio de la URSS y sus aliados. En esta etapa se tenía previsto continuar los bombardeos aéreos y culminar la concentración —en las fronteras de la URSS y otros países socialistas— de una agrupación de la OTAN formada por 164 divisiones (de ellas, 69 norteamericanas) y 7 400 aviones. La necesidad de fuerzas navales para garantizar la ofensiva y los desembarcos de la infantería, se calculó que sería de 24 portaviones escoltas y alrededor de 700 buques de los principales tipos. Las Fuerzas Armadas de la OTAN, como las de Australia, Nueva Zelanda y la Unión Sudafricana, debían establecer en este período el control de todas las comunicaciones marítimas y oceánicas.

Tercera etapa: conquista del territorio de la URSS y sus aliados por las Fuerzas Armadas de los EE.UU. y los demás países de la OTAN. Para alcanzar los objetivos planteados estaba previsto el uso no sólo del arma atómica, sino también de otros tipos de armas de exterminio masivo: la química, la biológica y la radiológica. En el plan "Dropshot" se señalaba: "En esa campaña se hace hincapié en el exterminio físico del enemigo."

---

[1] *"Dropshot". The United States Plan for War with the Soviet Union in 1957.* Editado por Anthony Cave Brown, The Dial Press-James Wade, New York, 1978, pp. 42, 47.

Cuarta etapa: instauración del régimen de ocupación en el territorio de la URSS; división de su territorio en cuatro zonas de ocupación, con la dislocación de tropas norteamericanas en las ciudades claves de la URSS, así como en Gdansk, Varsovia, Sofía, Praga, Budapest, Bucarest, Constanza, Belgrado, Zagreb, Tirana y, en el Lejano Oriente, en Seúl.

Las intenciones de los estrategas norteamericanos no se limitaban a esto. Después de la derrota de la URSS y sus aliados en Europa y en la RDPC, tenían pensado apoderarse de la RPM, China y toda el Asia Sudoccidental; aplastar los "levantamientos procomunistas" en Indochina, Malaya, Birmania y otras regiones; es decir, aplastar el movimiento de liberación nacional en todo el mundo y restablecer el dominio colonial del imperialismo.

El plan "Dropshot" planteaba emplear contra la URSS 250 divisiones, con efectivos de un total de 6 250 000 hombres. En la aviación, la flota, las unidades de la defensa antiaérea, y las tropas auxiliares, debían participar 8 millones de hombres más. El total de efectivos de las fuerzas armadas de los agresores, que actuarían bajo la dirección de Estados Unidos, debía alcanzar los 20 millones de hombres.[1]

Además de las acciones militares directas contra la URSS, el plan "Dropshot" tenía previstas amplias operaciones de "guerra psicológica", dirigidas a quebrantar la moral de la población de la URSS y el uso de traidores ("disidentes"). En el plan se subrayaba: "Una resistencia más efectiva [contra el Poder soviético. —*El autor*] en esta forma de sabotaje organizado y actividad guerrillera, sería improbable de desarrollar, de manera significativa, hasta que se les garantice orientación y apoyo desde Occidente."[2]

Ese era el proyecto de la guerra preventiva contra la URSS y los demás Estados socialistas. El plan "Dropshot" se mantuvo en vigor hasta 1957.

En un espíritu análogo también actuaban los círculos gubernamentales de Gran Bretaña. En julio de 1981, el periódico inglés *The Times* informó que el Comité de Jefes de los Estados Mayores de Gran Bretaña estuvo elaborando, de enero a julio de

---

[1] Ibíd., p. 241.
[2] Ibíd., p. 75.

1946, de manera urgente planes de guerra contra la URSS con el uso del arma bacteriológica. En junio de 1946, ante el Gabinete de Ministros de Gran Bretaña se presentó un informe sobre las futuras tendencias en el desarrollo del arma y los métodos de la guerra. Los autores del informe analizaban las posibilidades de empleo del arma atómica y el arma bacteriológica contra la URSS. Según sus cálculos, la aviación de bombardeo, actuando desde las islas británicas, podría destruir 58 ciudades soviéticas con una población de más de 100 000 habitantes cada una y situadas a 1 500 millas de los aeródromos militares ingleses. De aumentar la longitud de vuelo de los bombarderos ingleses hasta 1 850 millas, podrían atacar 21 grandes ciudades soviéticas más.[1]

Pero los planes inglés y norteamericano de guerra contra la URSS con el empleo de armamento de destrucción masiva, resultaron irreales. Los éxitos alcanzados por la Unión Soviética después de la guerra le garantizaron tal poderío militar y económico que resultaba imposible de destruir por las fuerzas guerreristas del imperialismo. La eliminación del monopolio norteamericano sobre el arma nuclear, asentó un duro golpe a esos planes. En la Unión Soviética se fabricó e incorporó como armamento el arma atómica propia y, más tarde, también el arma de hidrógeno. En este sentido, H. Truman hizo la siguiente anotación en sus memorias: "Nuestro monopolio llegó a su fin antes de lo que habían predicho los expertos."[2] La creación en la Unión Soviética de potentes cohetes intercontinentales y los lanzamientos exitosos de los satélites artificiales y las naves cósmicas teledirigidas soviéticas, hicieron polvo las esperanzas de superioridad de los Estados Unidos y la exportación de la contrarrevolución. La guerra mundial también se convirtió en algo peligroso para la ciudadela del imperialismo: los Estados Unidos de América.

El equilibrio alcanzado en la década del 70 en la esfera de los armamentos, obligó a los círculos gubernamentales de los EE.UU. a hacer correcciones sustanciales en sus planes agresivos; pero el objetivo político fundamental de la reacción imperialista se mantiene invariable: debilitar al socialismo, socavar la unidad de los países de la comunidad socialista, preparar la

---

[1] Citado según *Pravda*, 13 de julio de 1981.
[2] *Memories of Harry S. Truman*, vol. II, Years of Trial and Hope, Doubleday&Company, Inc., Garden City, 1956, p. 306.

guerra y, de darse el caso, aniquilar a la URSS por la vía militar.

Un curso peligroso. La política hostil contra la Unión Soviética también entra en los planes futuros de los círculos gubernamentales norteamericanos. El ex jefe de las fuerzas navales de los Estados Unidos, almirante E. Zumwalt, escribió en la compilación *Gran estrategia para los años 80* [*Grand Strategy for the 1980's*]: "La Unión Soviética es claramente la principal antagonista de los Estados Unidos... como hoy y para el futuro previsible, el principal obstáculo para el logro de los objetivos norteamericanos es la Unión Soviética." El almirante llama a "aunar fuerza política y económica para fomentar nuestros propios intereses y frustrar los de la Unión Soviética".[1]

La política de la administración de Reagan, que incluye las medidas extremas —hasta el balanceo al borde de la guerra—, se orienta precisamente al enfrentamiento directo con la URSS y, en sustancia, al logro de la hegemonía mundial. Como resultado de esa política se agravó bruscamente la situación internacional.

Habiendo abandonado el rumbo a la distensión internacional, los círculos gobernantes de los EE.UU., para alcanzar sus objetivos en el ámbito mundial, confiaron principalmente en la fuerza y, sobre todo, en su superioridad militar. "Debemos construir la paz en base a la fuerza... La paz debe basarse en la fuerza... La paz será firme si somos fuertes...": estas palabras las pronunció el mismo Reagan, presidente de los Estados Unidos.

A tenor con estos planteamientos se llevan a cabo preparativos bélicos sin precedentes por su envergadura, que tienen por objeto romper el equilibrio estratégico militar formado entre los EE.UU. y la URSS, cambiar el balance de fuerzas militares a favor de los Estados Unidos y, sobre esta base, asegurar al imperialismo norteamericano la posibilidad de regir a su antojo los destinos de otros Estados y pueblos.

En Washington se incuban los planes de emplear los primeros el arma nuclear, se examinan diversas variantes de guerra nuclear y se efectúan cálculos para salir vencedores de ella. De conformidad con esos designios agresivos se hace particular

---

[1] *Grand Strategy for the 1980's.* American Enterprise Institute for Public Policy Research, Washington, 1978, pp. 38, 51.

incapié, dentro del sistema de preparativos bélicos, en el acrecentamiento acelerado del potencial nuclear estratégico. Se están creando o se despliegan ya los misiles intercontinentales de primer golpe "MX" y "Minitmen", los nuevos submarinos coheteriles atómicos tipo "Ohio", los nuevos bombarderos estratégicos "B-1B" y "Stelt", los misiles crucero de largo alcance con base terrestre, naval y aérea. Aumentan las fuerzas portacohetes submarinas. En enero de 1985 se echó al agua el séptimo submarino atómico tipo "Trident", pertrechado de 24 cohetes. El Pentágono proyecta elevar el potencial nuclear estratégico a 20 000 cargas nucleares hacia 1990 y seguir aumentándolo en adelante.

En Europa Occidental, cerca de las fronteras de las URSS y sus aliados, se está desplegando una nutrida agrupación de misiles nucleares norteamericanos de alcance medio, destinada a cumplir misiones estratégicas.

Además de medios nucleares, a las fuerzas armadas norteamericanas se les suministran en abundancia armas químicas. Se fabrican a todo vapor municiones neutrónicas. Al mismo tiempo se ponen a punto y entran en servicio nuevos sistemas de armas convencionales, próximos por sus características de combate a los medios de exterminio en masa.

Crean una nueva amenaza extraordinariamente grave para la seguridad internacional los planes de militarización del cosmos formulados por Washington, el propósito de imponer a la humanidad la era de las "guerras estelares". Los intentos de realizarlos pueden originar nuevas orientaciones en la carrera armamentista y desestabilizar sensiblemente la situación político militar.

Enarbolando la bandera de la "cruzada por la libertad", los círculos político militares de los EE.UU. imponen la política de enfrentamiento directo con la URSS y de escalada de los preparativos bélicos a sus aliados de los bloques militares, para poner al servicio de sus propios intereses militaristas todos los recursos de Occidente, y conseguir que los países de la OTAN asignen sumas mayores a los programas militares.

En los EE.UU., los gastos militares en 1985 se aproximan a la cifra astronómica de casi 300 000 millones de dólares, y para el próximo quinquenio (1985-1989) se proyecta asignar al Pentágono más de dos billones de dólares, o sea, más que durante los

15 años precedentes.

Desde su llegada al poder, la administración de Reagan no ha hecho nada para consolidar los cambios positivos antes alcanzados en el mundo y reforzar la confianza entre los Estados pertenecientes a los sistemas sociopolíticos diferentes. Al contrario, ha desorganizado con sus esfuerzos el proceso de limitación y reducción de los armamentos nucleares, que se inició en los años setenta, y ha frustrado las importantes negociaciones sobre los modos de afianzar la seguridad internacional. "Esa administración —señaló A. Gromyko— ha trabajado bastante para desconcertar y, más aún, destruir lo hecho por sus predecesores. Ha trabajado, si es admisible expresarse de este modo, con un garrote, asestando golpes tan pronto a un acuerdo como al otro".

Un testimonio más de que la política y la estrategia de los EE.UU. son agresivas en esencia, es su terca negativa a asumir el compromiso de no emplear los primeros el arma nuclear.

Washington utiliza en gran escala la fuerza militar y métodos terroristas como medio de presión sobre los gobiernos inconvenientes y para combatir los regímenes progresistas. La directiva presidencial número 138, del 3 de abril de 1984, sobre "la lucha contra el terrorismo internacional" estipula la acción adelantada de los destacamentos especialmente preparados, incluyendo los que forman parte de las fuerzas armadas, contra los movimientos nacional patrióticos y revolucionarios y contra los países que les prestan apoyo. Los ejemplos más recientes de cómo esto se realiza en la práctica son la injerencia militar directa en el Líbano, la intervención armada en la Granada indefensa, la guerra no declarada contra Nicaragua, y las acciones de zapa contra las fuerzas de liberación nacional de Guatemala. Han alcanzado proporciones en extremo peligrosas las provocaciones militares y las amenazas constantes contra Cuba. Son objeto de amenazas y chantaje también otros países de América Latina que tratan de aplicar una política no ajustada enteramente a los intereses de los EE.UU.

En una entrevista concedida a la revista germanoccidental *Stern*, en diciembre de 1984, Fidel Castro, Primer Secretario del Partido Comunista de Cuba, Presidente del Consejo de Estado y del Consejo de Ministros de la República, dijo que los EE.UU. son reacios a la existencia de los gobiernos independientes que

defienden los intereses de sus países. El líder cubano indicó que Washington intenta hacer recaer sobre Cuba y la URSS la responsabilidad por los problemas de América Central, pero los mismos EE.UU. intervinieron ya a comienzos de nuestro siglo en Cuba, República Dominicana y Haití. Ayudando a los gobiernos y los tiranos venales en los últimos 50 años —explicó Fidel Castro— los "defensores de la democracia" estadounidenses mantenían con ello la miseria y el bajo nivel de desarrollo, pues no les han interesado nunca las escuelas, la sanidad pública ni el progreso económico de América Latina. Sus divagaciones actuales sobre el "progreso", las "reformas" y la "democracia" son sólo intentos de impedir la victoria de la revolución en América Central. Esta es la causa de su intervención en Granada.

Por temor a que la esencia de la política militarista norteamericana deje de ser un secreto para los pueblos, Washington recurre a subterfugios y falsea los hechos. Continúa utilizándose como uno de los argumentos en favor de la política de la carrera armamentista el vetusto mito de la "amenaza militar soviética".

La propaganda occidental lanza todos los días una multitud de informaciones, cifras y datos inventados para engañar y confundir a las gentes, hacerlas desconfiar de la política seguida por la Unión Soviética. Se divulgan los falaces asertos respecto a la "agresividad" de la URSS y el Tratado de Varsovia. Pero embaucar a los pueblos es cada vez más difícil. El carácter gratuito de los alegatos de la administración de Reagan a la "amenaza soviética" está claro para muchos investigadores en Occidente. El prestigioso historiador inglés M. Howard, profesor *honoris causa* de la Universidad de Oxford, dice al respecto, con cierta reserva, en su nuevo libro titulado *Las causas de guerras*: "En el oeste de Europa predomina la opinión general de que la interpretación norteamericana de la amenaza soviética tiene su origen en algunos factores de política interior inherentes a la propia Norteamérica —la presión del complejo militar industrial y, en mayor grado aún, la aspiración a restablecer el prestigio nacional después de las humillaciones de Vietnam y Watergate—, antes que en la política real de la Unión Soviética"[1].

---

[1] M. Howard. *The Causes of Wars.* Harward University Press, Cambridge, Masachussetts, 1983, p. 3.

Desatendiendo documentos y hechos irrefutables, los historiadores de Occidente tratan de presentar los amplios preparativos militaristas de los EE.UU. y sus aliados de la OTAN como "reacción" al propósito soviético de dominación mundial[1]. Se divulgan patrañas calumniadoras acerca de la política soviética, se callan las iniciativas pacíficas de la URSS. El conocido historiador inglés Andrew Rotstein, veterano comunista británico, se expresó así sobre este particular: "Al ciudadano de un país socialista le es difícil imaginar, probablemente, hasta qué grado la mayoría de los ingleses ignora si existen, en general, las propuestas soviéticas de desarme y menos aún tiene noción de los detalles. Tan densa es la cortina de silencio con la que los envuelven la prensa, la radio y los politicastros capitalistas". Este juicio bien puede aplicarse también a los EE.UU. y otros países capitalistas.

La URSS y los demás países de la comunidad socialista hacen todo lo posible para mantener y robustecer la paz, librar al género humano de la amenaza de una nueva guerra mundial, organizar una colaboración equitativa y mutuamente ventajosa; pero no pueden permanecer indiferentes ante los preparativos bélicos que realizan los EE.UU. y sus socios de la OTAN. Teniendo en cuenta la situación actual, se ven obligados a tomar las medidas pertinentes para reforzar su seguridad.

"Nuestra preocupación por la seguridad de la Patria socialista —dijo Konstantín Chernenko— es comprensible para toda persona sensata. En cada familia soviética no se borrará nunca el dolor de las pérdidas ocasionadas por la pasada guerra. Nuestro país inmoló 20 millones de vidas humanas en aras de su independencia; para salvar a la civilización mundial de la amenaza de ser avasallada por los bárbaros fascistas"[2].

Los historiadores contra la historia

[1] *The Russian War Machine 1917-1945.* Ed. by S. L. Mayer, London, 1978, p. 249; L. Davis: *The Cold War Begins.* Princeton and London, 1974, p. 385; A. Fisher: *Sowjetische Deutschlandspolitic im Zweiten Weltkrieg.* Stuttgart, 1975, pp. 134, 158.

[2] K. U. Chernenko. *El pueblo y el Partido están unidos.* Moscú., Politizdat, 1984, p. 470.

Desde el primer día de su existencia, el País de los Soviets tomó el camino de la lucha por una paz duradera sobre la Tierra. Y ya hace seis décadas y media que sigue firmemente por esa vía. Ningún tipo de provocaciones, intrigas ni amenazas del imperialismo apartarán a la URSS y sus aliados del camino elegido. Sólo en los años de la posguerra, la URSS ha presentado más de cien propuestas dirigidas a detener la carrera armamentista, lograr el desarme, Y garantizar la seguridad de las naciones.

En contra de las lecciones de la historia. Otra es la política que realizan las fuerzas reaccionarias imperialistas. En poco más de dos siglos de existencia, los EE.UU. han llevado a cabo guerras de conquistas contra casi 50 países de Europa, Asia, África, América del Sur y el Norte; han efectuado cientos de operaciones punitivas contra los pueblos de los países coloniales y dependientes. En los años de la posguerra, las fuerzas de la agresión y el militarismo han desencadenado alrededor de 150 guerras y conflictos militares locales, cuyas víctimas sobrepasan los 25 millones de personas. En el período transcurrido entre 1946 y 1975, los EE.UU. recurrieron, de manera directa o indirecta, 215 veces al empleo de las fuerzas armadas y amenazaron a otras naciones con la intervención militar. En Washington se analizó 19 veces la cuestión del empleo directo del arma nuclear, con lo cual se colocó al mundo al borde de una catástrofe nuclear.[1] Entre los trabajos "científicos" que se elaboran en los EE.UU. y otros países capitalistas sobre la base de la "experiencia histórica", existe una tendencia que apunta directamente al desencadenamiento de una nueva guerra. Éstos son historiadores que se manifiestan contra las lecciones de la historia. Su esfera de actividad es muy amplia y abarca diferentes períodos de la historia mundial. En esta tendencia desempeña un papel bastante grande la falsificación de los resultados y las lecciones de la Segunda Guerra Mundial. La incitación a la guerra contra la URSS, la rehabilitación de los crímenes de los agresores fascistas, la propaganda del revanchismo y el antisovietismo, son su contenido fundamental.

Comencemos con el siguiente ejemplo. El antes citado L. Fischer hace una valoración objetiva, a primera vista, de la derrota de las tropas germano fascistas ante Moscú. Escribe que esa

---

[1] *Quiénes amenazan la paz*, p. 76.

victoria fue el resultado de la firmeza de los generales y los soldados del Ejército Rojo, de todo el pueblo soviético. La lección histórica de la derrota de los ejércitos de Napoleón y de Hitler la ve en que ahora "es probable que nunca más haya otra invasión de Rusia desde Occidente".[1]

¿Qué significa "desde Occidente"? La respuesta a esta interrogante es posible encontrarla en una de las revistas norteamericanas, que publicó un artículo bajo el título *El octavo camino a Moscú* [*The Eighth Road to Moscow*], cuando Fischer trabajaba en el libro. Su autor, el teniente coronel D. Palmer, contó que la URSS, desde los vikingos basta la Alemania fascista en 1941, fue atacada en toda su historia siete veces. Esas campañas fracasaron en su opinión, porque los conquistadores irrumpieron desde Occidente. Palmer propone una octava variante de ataque a Moscú: desde el Oriente. Al analizar por qué debe tomarse la oriental como la dirección principal para atacar a la URSS, la revista plantea: "Sin duda, China Roja podría ser nuestro aliado más firme en un conflicto con Rusia... No puede permitirse que antiguas advertencias contra la guerra terrestre en Asia nos cieguen simplemente ante futuras posibilidades... Si podemos o no lanzar una invasión desde Asia, podría ser hoy un punto discutible; pero es muy posible mañana." Las tropas norteamericanas, se señala a continuación, constituirían el grueso de las fuerzas de ataque, apoyándose en sus bases militares y, quizás, "incluso en parte de la propia China continental". El ataque en una dirección secundaria desde Europa Occidental, analiza el autor, lo encabezará probablemente la RFA. Se llega a una conclusión: "En resumen, lanzar el ataque principal desde China no sólo es una alternativa factible, sino que pudiera ser simplemente la mejor alternativa."[2]

Semejantes recomendaciones provocadoras recuerdan mucho los cálculos de los "muniquenses" del período de la década del 30. Pero la Segunda Guerra Mundial, como es sabido, estalló con un enfrentamiento entre los países que intentaban formar una alianza antisoviética común. Las contradicciones irreconciliables entre ellos sobrepasaron el odio hacia la URSS que los unía. Los

---

[1] Louis Fischer: *The Road to Yalta.* Harpcr&Row Publishers, Nueva York, 1972, p. 39.
[2] *Armour*, vol. LXXVIII, noviembre-diciembre de 1969, N°6, pp. 54, 55.

EE.UU. e Inglaterra esperaban el ataque de la Alemania fascista a la URSS, pero, para entonces, la existencia de esas mismas "democracias occidentales" dependía de la capacidad de la URSS de resistir y vencer en la lucha contra la agresión fascista.

Las fuerzas aventureristas del imperialismo internacional; y en particular de los EE.UU. y sus aliados de la OTAN, vinculan sus principales cálculos con la posibilidad de ganar una guerra nuclear contra la URSS. La concepción de la "admisibilidad" de la guerra nuclear ocupa un lugar central en la propaganda militarista contemporánea. En esta campaña criminal también tratan de poner su grano de arena esos historiadores reaccionarios que, como L. Cooper, actúan en el papel de incitadores a la guerra. Cooper publicó el libro *Muchos caminos a Moscú* [*Many Roads to Moscow*], en el cual analiza las causas de la derrota de Carlos XII, Napoleón, Hitler, y las explica en el espíritu de los postulados conocidos: los vastos espacios de Rusia, la gran población, el clima crudo. Plantea después esta pregunta retórica. "¿Es cierto que cualquier agresor que esté lo bastante loco o desesperado para intentar la conquista de Rusia por tierra, deba afrontar siempre las mismas dificultades insuperables?" La respuesta suena impensada: "Debe ser cierto que Rusia es demasiado grande... *para que esa aventura no triunfe jamás por medios convencionales*"[1] [la cursiva es mía. —*El autor.*], con lo cual indica la posibilidad de abrirse paso hacia Moscú con ayuda del arma atómica.

La actividad de los historiadores reaccionarios, dirigida a rehabilitar los crímenes del fascismo, debe analizarse dentro de la preparación de una nueva guerra contra la Unión Soviética y contra las fuerzas revolucionarias de la actualidad. Precisamente dentro de esos cauces deben analizarse los planes de realización de esa guerra, calculados para exterminar a decenas y cientos de millones de personas. También aquí el arma de los falsificadores es la mistificación, las provocaciones organizadas con la participación de la CIA y otros centros subversivos.

Los abogados de los crímenes del fascismo. Son características las especulaciones realizadas durante muchos años por la propa-

---

[1] Leonard Cooper: *Many Roads to Moscow. Three Historie of Invasions*, p. 231.

ganda reaccionaria alrededor del "asunto de Katyn", los intentos de culpar a los "órganos soviéticos del NKVD" de la muerte de 11 000 oficiales polacos, bestialmente exterminados por los hitlerianos en el bosque de Katyn cerca de Smolensk.

La historia de estas especulaciones es muy curiosa. Está tomada de un documento falso difundido por Goebbels en el otoño de 1943, poco antes de la liberación de Smolensk por el Ejército Soviético y del inevitable desenmascaramiento de los monstruos fascistas como los culpables de otro crimen más cometido por ellos: el asesinato masivo de los prisioneros de guerra polacos. "Los calumniadores de Goebbels —se señalaba en el comunicado soviético oficial publicado el 16 de abril de 1943— se han ocupado de difundir en los últimos dos o tres días invenciones difamatorias y abominables acerca de un supuesto fusilamiento en masa de oficiales polacos por los órganos soviéticos ocurrido en la primavera de 1940 en la zona de Smolensk... Las informaciones germano fascistas no dejan lugar a dudas sobre el trágico destino de los ex militares polacos que en 1941 se hallaban en las zonas situadas al oeste de Smolensk en obras de construcción y que cayeron en poder de los verdugos germano fascistas junto a muchos soviéticos residentes en la zona de Smolensk... Al difundir invenciones calumniosas sobre supuestas atrocidades soviéticas en la primavera de 1940... los hitlerianos... intentan librarse de la responsabilidad de haber cometido un crimen bestial... Los asesinos germano fascistas... que exterminaron en la misma Polonia a cientos de miles de ciudadanos polacos, no lograron engañar a nadie con la calumnia y la mentira ruin."[1]

Los ulteriores acontecimientos mostraron que la falsificación de Goebbels, perseguía fines de mayor alcance: crear una brecha en la coalición antihitleriana y asegurar condiciones de política exterior favorables para la ofensiva estival en el frente soviético alemán. (La preparación para la operación "Zitadelle" —la ofensiva de la Wehrmacht en el Arco de Kursk— comenzó en marzo de 1943.) "La propaganda alemana —escribió W. Churchill— ha producido esta historia precisamente para abrir una grieta en las filas de las Naciones Unidas."[2] Pero el Primer Ministro británico

[1] *Pravda*, 16 de abril de 1943.
[2] *Correspondence between the Chairman of the Counsil of Ministers the USSR and the President of the USA and the Prime Minister of Great*

llevaba a cabo un doble juego, tratando de debilitar por todos los medios las posiciones de la URSS en la coalición antihitleriana después de la decisiva victoria del Ejército Soviético en Stalingrado. Con el conocimiento del propio Churchill, el gobierno burgués terrateniente polaco en la emigración, creado en Londres, apoyó las invenciones de la propaganda de Goebbels, publicó una declaración que contenía la calumnia contra la URSS y, prácticamente simultáneamente con los hitlerianos, se dirigió a la Cruz Roja Internacional para pedirle la realización de una investigación en el lugar —es decir, en el bosque de Katyn, en territorio entonces ocupado por los hitlerianos y bajo su control—, para lo cual sólo tenían posibilidades los criminales fascistas.

"La circunstancia —escribió J. Stalin a W. Churchill y F. Roosevelt— de que la campaña antisoviética se haya iniciado al mismo tiempo en la prensa alemana y la polaca, y siga patrones idénticos, es evidencia indudable de contacto y colusión entre Hitler, el enemigo de los aliados, y el Gobierno de Sikorski en esta campaña hostil."[1] Las acciones antisoviéticas del gobierno polaco de la emigración en Londres, obligaron a la URSS a romper relaciones con él.

El diario inglés *The Times* señaló que había muchas interrogantes: "Los alemanes han ocupado el distrito durante casi dos años, ¿cómo es que sólo ahora han descubierto esas tumbas?... Los propios alemanes han asesinado a muchos miles de polacos, y han alardeado de ello. ¿Están tratando de aprovechar el asesinato de algunas de sus propias víctimas? ¿Por qué sus propias historias acerca del descubrimiento difieren tanto en contenido? Primero dicen que se enteraron de los asesinatos hace dos años; un poco después declaran que se enteraron sólo a fines de marzo de 1943. Sus estimados acerca de la cantidad de cadáveres varían de un día a otro, de 1 200 a 15 000. Saben que en realidad no puede haber ninguna investigación independiente o cabal y, por tanto, se sienten libres para inventar como quieran."[40]

Inmediatamente después de la liberación de Smolensk por el Ejército Soviético en septiembre de 1943, una comisión especialmente creada por el Gobierno Soviético se ocupó de investigar

---

Britain during the Great Patriotic War of 1941-1945, vol. 1, p. 123.
[1] Ibíd., vol. 1, p.121; vol. 2, p. 60.

las circunstancias del fusilamiento, por los agresores germano fascistas, de los prisioneros de guerra polacos en el bosque de Katyn. Destacados expertos en medicina legal y representantes de los medios sociales, entre ellos, el académico N. N. Burdenko, el comisario del Pueblo para la Educación, académico V. P. Potiomkin, el escritor Alexéi Tolstói, el Metropolitano de Moscú, Nikolái y otras personalidades formaban la comisión.

"Al analizar con cuidado todo el material que se halla a disposición de la comisión especial —se señala en los resultados de la investigación, publicados por la comisión—, es decir, las declaraciones de más de 100 testigos interrogados, los datos de los expertos médicos legales, los documentos y la evidencia material, y las pertenencias tomadas de las sepulturas del bosque de Katyn, podemos llegar a las siguientes conclusiones definitivas:

"5. Los datos del examen médico legal determinaron, sin ninguna sombra de duda, que

"a) La fecha del fusilamiento fue el otoño de 1941.

"b) La aplicación por parte de los ejecutores alemanes, cuando fusilaban prisioneros de guerra polacos, de un método idéntico —un disparo de pistola en la nuca— al utilizado por ellos en los asesinatos masivos de los ciudadanos soviéticos en otras ciudades, en especial en Oriol, Vorónezh, Krasnodar y en la propia Smolensk.

"7. Las conclusiones a que se llegó, tras estudiar las declaraciones juradas y los exámenes médicos legales referentes al fusilamiento de prisioneros de guerra polacos por los alemanes en el otoño de 1941, se confirmaron a plenitud con la evidencia material y los documentos descubiertos en las sepulturas de Katyn.

"8. Al fusilar a los prisioneros de guerra polacos en el bosque de Katyn, los invasores fascistas alemanes realizaban consecuentemente su política de exterminio físico de los pueblos eslavos."[1]

El 15 de enero de 1944, los crímenes de los nazis en el bosque de Katyn pudo observarlos en ese mismo lugar un gran grupo de periodistas occidentales, entre quienes estaba A. Werth, co-

---

[1] *International Military Tribunal. Trial of the Major War Criminals*, vol. III. Publicado en Nuremberg, Alemania, 1947, pp. 426-428.

rresponsal del diario inglés *Sunday Times*, quien se convirtió posteriormente en un destacado historiador. Al plantear en detalle su punto de vista acerca de las relaciones soviético polacas en los años de la guerra, A. Werth, al referirse en particular al "asunto de Katyn", subrayó que, como se había aclarado, "los polacos habían sido asesinados con balas alemanas, hecho que —a juzgar por su diario— había perturbado en gran medida a Goebbels".[1] También se convenció de la veracidad de lo sucedido K. Harriman, hija de A. Harriman, embajador de los EE.UU. en la URSS, quien acompañó a los periodistas occidentales en ese viaje.

Las conclusiones de la comisión y otros materiales relacionados con el "asunto de Katyn" se publicaron en su totalidad en la prensa y, después, se editaron como documentos oficiales del proceso seguido contra los principales criminales de guerra nazis en Nuremberg en 1946. (*Documentos de la URSS*, 54, 507; *Documento* 402 PS; *Documentos de la URSS*, 507/402 PS, etc.).[2]

No obstante, debido a los esfuerzos del Departamento de Estado de los EE.UU. y diferentes centros antisocialistas diversionistas que actúan en Occidente, la versión de Goebbels acerca de los acontecimientos en el bosque de Katyn se revitalizó con fines hostiles al socialismo y se dirigió a lograr una ruptura de las relaciones fraternales entre la URSS y la Polonia socialista. Tomada como arma por los líderes contrarrevolucionarios del cacareado sindicato "Solidaridad", la venenosa mentira goebbelsiana se utilizó para provocar animosidades antisoviéticas y antigubernamentales entre los polacos poco conocedores de la historia.

Pero los intentos de los enemigos por asestarle un duro golpe a la amistad soviético polaca —y entre esos intentos, las viles especulaciones del trágico destino de los oficiales polacos aniquilados por los hitlerianos— están condenados al fracaso. La amis-

---

[1] Alexander Werth: *Russia at War 1941-1945*, Barrie and Rockliff, Londres, 1964, p. 664. "Por desgracia, se ha encontrado pólvora alemana en las sepulturas de Katyn. Pero la cuestión de cómo llegó allí necesita aclaración. En todo caso, es esencial que este incidente permanezca muy secreto... Si llegara a conocimiento del enemigo, todo el asunto de Katyn tendría que abandonarse." *(The Goebbels Diary.* Hamish Hamilton, Londres, 1948, p. 276.)

[2] *International Military Tribunal. Trial of the Major War Criminals*, vol. III, IX, XIII, 1947.

tad soviético polaca es indestructible.

La campaña que se efectuó hace ya muchos años acerca de los prisioneros de guerra alemanes del período de la Segunda Guerra Mundial, está subordinada a rehabilitar los crímenes de los hitlerianos y, al mismo tiempo, a calumniar a la URSS. En los últimos diez años, la "base documental" de esa campaña es la compilación, editada en la RFA en 15 tomos (22 libros), *Para una historia de los prisioneros de guerra alemanes de la Segunda Guerra Mundial*.[1] La compilación contiene una prolija descripción de la vida de los prisioneros de guerra alemanes en la URSS, Yugoslavia, Polonia, Checoslovaquia, los EE.UU., Gran Bretaña, Francia y otros países. La parte fundamental de la "investigación" (siete tomos) se dedica a la vida de los prisioneros de guerra alemanes en la URSS. Tergiversando hechos y acontecimientos, sus autores intentan demostrar que la URSS no observó las normas legales internacionales respecto a los prisioneros de guerra alemanes, que la vida de éstos en el cautiverio era una constante "tortura". Análogamente se presenta la vida de los prisioneros de guerra en Polonia, Checoslovaquia y Yugoslavia.

La derrota de la Wehrmacht fascista y la captura de sus soldados, oficiales y generales fue el resultado natural de la agresión hitleriana al Estado soviético. La Unión Soviética, a pesar de los gravísimos crímenes cometidos por los hitlerianos en su territorio, actuaba conforme a los principios de humanidad en el trato a los prisioneros de guerra de la Wehrmacht, y observaba de manera rigurosa los acuerdos internacionales. En las condiciones de inmensas dificultades materiales que sufría el Estado soviético como resultado de la esclavitud fascista, a los prisioneros de guerra alemanes y de otras naciones de los ejércitos del bloque fascista se les aseguró todos los tipos vitalmente imprescindibles de avituallamiento, ayuda médica y otros.

Mediante una resolución del Consejo de Comisarios del Pueblo de la URSS del 1° de julio de 1941 se aprobó el "Reglamento acerca de los prisioneros de guerra" —de acuerdo con el cual a estos últimos se les garantizaba la vida—, se determinaron el orden y las reglas de su manutención.

---

[1] *Zur Geschichte der deutschen Kriegsgefangenen des 2. Weltrieges*, Múnich, 1962-1974, tt. 1-15.

Este Reglamento se aprobó en reiteradas ocasiones en las órdenes del Jefe Supremo. Así vemos que en la orden N° 55 del 23 de febrero de 1942 se subrayaba: "El Ejército Rojo tomará prisioneros a los soldados y los oficiales alemanes si se entregan y les respetarán la vida."[1] Como anexo al Reglamento, el 11 de junio de 1943 se emitió una directiva del Jefe del Estado Mayor General del Ejército Soviético, en la cual se indicaban las concesiones a quienes se entregaran prisioneros voluntariamente: una mayor norma de alimento, alojamiento en campos especiales situados en condiciones climáticas más favorables, preferencia en la elección del trabajo según su especialidad y envío de cartas a sus familias, retorno sin tener que esperar turno a su patria o (a deseo del prisionero de guerra) a cualquier otro país inmediatamente después de finalizada la guerra.

El Mando del Ejército Soviético cumplía de manera estricta los requisitos planteados en estos documentos. En los campos establecidos en la profunda retaguardia de la URSS, a los prisioneros de guerra se les garantizaba todo lo necesario y a quienes trabajaban, también dinero.

Una demostración convincente de la actitud humanitaria hacia los soldados, los oficiales y los generales alemanes prisioneros en la URSS, del cumplimiento fiel por parte del Gobierno soviético y del Mando del Ejército Soviético de las normas internacionales de tratamiento a los prisioneros de guerra, son las miles de declaraciones verdaderas de estos últimos, hechas abiertamente en diferentes momentos por representantes de distintas clases y grupos sociales. Entre ellas, una inmensa mayoría pertenece a personas de nacionalidad alemana.

En una declaración conjunta de un grupo de generales y oficiales alemanes que se manifestaron en especial sobre esa cuestión, se señaló: "En casi dos años hemos tenido la posibilidad de conocer diferentes campos para prisioneros de guerra y pudimos convencernos que están en lugares sanos y producen una buena impresión, tanto por su aspecto externo como por su organización interna... Los prisioneros de guerra son empleados para trabajar en dependencia de su capacidad de trabajo y, dentro de

[1] J. V. Stalin: *Acerca de la Gran Guerra Patria de la Unión Soviética*, p. 48.

lo posible, de su profesión... Los prisioneros de guerra no se emplean en trabajos nocivos para la salud. El tiempo de trabajo establecido donde quiera es de ocho a nueve horas; por lo general, el domingo es libre. El estado de salud de los prisioneros de guerra es relativamente bueno, la alimentación es suficiente. Los prisioneros de guerra que trabajan en las empresas rusas reciben, además, alimentación complementaria, en ocasiones bastante considerable. Los prisioneros de guerra agradecen la solícita atención médica y sanitaria que les brindan los médicos alemanes y rusos... Hemos constatado y declaramos que los prisioneros de guerra son atendidos según las costumbres y los acuerdos internacionales. Los soldados y los oficiales prisioneros de guerra están convencidos que después de la guerra regresarán a la Patria sanos, capacitados para trabajar e ilesos." La declaración se firmó por el jefe de la 376ª División de Infantería, teniente general Edler von Daniels, el jefe del 14° Cuerpo Blindado teniente general H. Schlemmer, el jefe del 12° Cuerpo de Ejército, teniente general Vincent Müller, el jefe de la 295ª División de Infantería, mayor general, doctor Otto Korfes, el jefe de la 305ª División de Infantería, coronel, doctor A. Szimaitis, el jefe de la 24ª División Blindada, mayor general A. von Lensky y otros. Los autores de la compilación *Para una historia de los prisioneros de guerra alemanes...* ignoran declaraciones semejantes y presentan a título de verdad sólo la mentira de "los horrores del cautiverio ruso".

Tras los intentos de tergiversar la situación de los prisioneros de guerra alemanes en la URSS, también se esconde el otro objetivo de la compilación *Para una historia de los prisioneros de guerra alemanes de la Segunda Guerra Mundial*: justificar el bárbaro trato a los prisioneros de guerra soviéticos por los hitlerianos y sus seguidores. Los crímenes de la camarilla fascista contra los prisioneros de guerra soviéticos son ampliamente conocidos, fueron condenados en el proceso de Nuremberg, y los autores están obligados a referirse a ellos, aunque sea de pasada. En la compilación se hace creer la tesis de que los crímenes contra los prisioneros de guerra soviéticos tuvieron carácter episódico y no reflejan la situación real de las personas prisioneras de los fascistas alemanes. Sin embargo, los hechos dicen lo opuesto.

La historia no conoce crímenes más salvajes que los cometidos por los fascistas para abrirse paso a la consecución de sus

objetivos de conquista. Oswiecim, Majdanek, Treblinka, Dachau, Mauthausen, Buchenwald, Ravensbrück. Estos y otros nombres de los centros de la "industria" fascista de la muerte, donde fueron exterminados 11 millones de ciudadanos de la URSS, Polonia, Francia, Yugoslavia, Checoslovaquia, Holanda, Bélgica y otros países, jamás se borrarán de la memoria de los pueblos.

El historiador militar de la RDA H. Kühnrich cita datos de múltiples asesinatos de prisioneros de guerra soviéticos en campos de concentración. "La liquidación de los prisioneros de guerra soviéticos aumentó en gran medida... Decenas de miles de ciudadanos soviéticos perecieron víctimas de la vesania de los bandidos de las SS. En el campo de concentración de Buchenwald se ultimaron unos 7 200, en el de Auschwitz 8 320, en el de Sachsenhausen 18 000, en el de Mauthausen 3 135, en su mayoría por fusilamiento, y esto en el curso de unas pocas semanas."[1]

La política de los órganos oficiales del Reich fascista y el Mando de la Wehrmacht hacia los prisioneros de guerra soviéticos, evidencia a la perfección la esencia misantrópica del fascismo. Esta política fue parte componente del genocidio cometido contra el pueblo soviético. Pero la verdad no existe para los falsificadores de la historia. El historiador militar de la RFA J. Hoffmann rechaza simplemente estos hechos y escribe de manera desvergonzada que las condiciones de vida de los prisioneros de guerra en los campos de concentración nazis, "eran suficientes para mantener la vida y la salud de un ser humano."[2]

La camarilla militar japonesa también cometió atrocidades en igual grado. Una de las órdenes del Mando japonés, presentada ante el Tribunal de Tokío, rezaba que los prisioneros de guerra "serán exterminados ya sea de uno en uno, en grupo, mediante bombardeo, envenenamiento con gases o sustancias venenosas, ahogándolos, decapitándolos o con otros medios en dependencia de la situación". En un solo campo, el O'Donnell, de abril a diciembre de 1942 perdieron la vida no menos de 27 000 norteamericanos y filipinos. Las masacres y las torturas de todo tipo, el

---

[1] Heinz Kühnrich: *Der KZ-Staat. Rolle und Entwicklung der faschistischen Konzentrationslager 1933 bis 1945.* Dietz Verlag, Berlín, 1960, p. 58.
[2] Joachim Hoffmann: *Der Ostlegionen 1941-1943,* p. 166.

asesinato de los prisioneros de guerra sin previa celebración de juicio, son sólo una parte de los crímenes de guerra demostrados por las pruebas presentadas ante el tribunal. Por doquier en los territorios ocupados por los japoneses, en los campos de concentración para prisioneros de guerra y civiles internados, reinaba el mismo régimen, el cual borraba el límite entre los carceleros y las fieras salvajes. Pero las fieras bípedas superaban, de manera notable, a los habitantes de la jungla en las muestras de sadismo.[1]

Sin embargo, en nuestros días se hacen esfuerzos para que todo eso sea olvidado. En Inglaterra abrieron, no hace mucho, un campo de concentración-museo fascista, donde los amantes de las "sensaciones fuertes" pueden pasar tres días en barracas "verdaderas", dormir en tarimas vigilados por guardias en uniformes de las SS, y llegar finalmente a la conclusión de que no les ha sucedido nada. La fantasía de los negociantes ingleses es una burla a la historia y a la memoria de los hombres, incluida la de sus compatriotas, muchos de los cuales perecieron en los campos de muerte alemanes y japoneses.

El alcalde de la ciudad italiana Marzabotto, D. Gruicchi, relataba que hace ya más de 20 años en la RFA y Austria se realiza una desvergonzada campaña a la cual sirve de blanco la tragedia de los habitantes de esa ciudad, quienes fueron bestialmente exterminados por las SS en septiembre de 1944. Han aparecido dos libros —*La mentira de Marzabotto* y *Marzabotto es un engaño mundial*— que justifican a los criminales fascistas. El diario germanoccidental *Die Welt* publicó un artículo donde se describe al criminal y verdugo W. Raeder, organizador de esa matanza, como un "valiente soldado víctima inocente de la confabulación de los comunistas italianos". El reaccionario semanario francés *Rivarol* llamó "cuento" a las informaciones de la muerte de millones de reclusos en los campos de concentración hitlerianos. Posteriormente, en la revista parisina *L'Express* fue publicada una entrevista, de la cual se deducía que las cámaras de gases no habían existido en absoluto y que "sólo mataban los piojos".

En este mismo contexto debe analizarse la campaña dirigida contra los procesos de Nuremberg y Tokío, seguidos contra los

---

[1] L. N. Smírnov y E. B. Záitsev: *El juicio en Tokío.* Moscú, 1978, pp. 524, 525 (en ruso).

principales criminales de guerra. Los procesos de Nuremberg (20.11.1945-1.10.1946) y Tokío (3.05.1946-12.11.1948) desenmascararon la esencia misantrópica del fascismo alemán y del militarismo japonés, sus sangrientos crímenes, las monstruosas invenciones para exterminar pueblos y Estados completos. En el juicio del Tribunal Internacional en Nuremberg se señala, de manera especial, que "iniciar una guerra de agresión no sólo es, por tanto, un delito internacional, sino el delito internacional supremo, el cual sólo difiere de otros crímenes de guerra en que contiene en sí el mal acumulado de todos".[1]

Once de los principales criminales de guerra alemanes y siete japoneses —incluidos ex jefes de gobiernos, de las fuerzas armadas y de instituciones diplomáticas—fueron condenados a muerte y ahorcados por haber desencadenado la guerra y cometido otros crímenes de lesa humanidad. Otros fueron condenados a diferentes tipos de reclusión en prisión.

Las sentencias de esos tribunales preocupan, como es lógico, a los actuales instigadores de la guerra. A solicitud de ellos, varios historiadores occidentales se han dado a la tarea de desacreditar los procesos de Nuremberg y Tokío. La argumentación que emplean es característica: "Las mentiras de las deudas de guerra [de los criminales juzgados.—*El autor*] hace ya mucho que no van dirigidas contra el militarismo prusiano del pasado —escribe H. Härtle de la RFA—, sino contra el poder defensivo de la República Federal Alemania, contra el Bundeswehr alemán."[2] La revista francesa *Lectures Françaises*, al dirigirse a los lectores jóvenes que no conocen los "terribles años de la guerra" y a quienes "les esconden la verdad", escribió: "En Nuremberg se ahorcó a quienes un tribunal, formado por los vencedores, juzgó culpables de haber querido, preparado y desatado el conflicto que arrasó a Occidente. Pero los condenados no eran los únicos culpables. Había otros, a quienes la Alta Corte de Justicia ignoró." Esta revista profascista declara principales culpables de la guerra... a los comunistas, apoyados por... Churchill, Eden, Reynaud

---

[1] *Trial of the Major War Criminals before the International Military Tribunal*, vol. XXII, 1948, p. 427.
[2] Heinrich Härtle: *Die Kriegsschuld der Sieger. Churchills, Roosevelts und Stalins Verbrechen gegen den Weltfrieden*, pp. 49, 50.

y Roosevelt, quienes realizaban una política "prosoviética".[1]

Es posible encontrar ataques a la decisión de los aliados de enjuiciar a los criminales de guerra alemanes y japoneses no sólo en los neofascistas. Estos ataques van apareciendo, cada vez con mayor frecuencia, en los trabajos de historiadores norteamericanos, ingleses y franceses; se enseñan en las escuelas. En el libro de texto *En busca de la autodeterminación. Historia americana moderna* [*The Search for Identity. Modern American History*], editado en los EE.UU., los autores refutan la legalidad de la decisión de los aliados de condenar a los criminales de guerra, al poner como justificación que "un individuo no podría considerarse responsable de violar leyes para las cuales no existían estatutos, penas y medios de observancia en el momento en que fueron cometidos los actos",[2] aunque existían y existen normas jurídicas internacionales que determinan las acciones contrarias al derecho que violan las leyes y las costumbres de la guerra. Estas normas se han definido en convenciones internacionales aprobadas en las Conferencias de La Haya de 1899 y 1907 y la Conferencia de Ginebra de 1929. En 1943, los aliados publicaron la Declaración de Moscú sobre la responsabilidad de los hitlerianos por la comisión de crímenes. En la Conferencia de Crimea, en 1945, como desarrollo de esa declaración, se adoptó el acuerdo de castigar a los criminales de guerra. Así pues, existía todo fundamento jurídico para enjuiciar a los criminales de guerra; pero los falsificadores burgueses, engañando a sus lectores, ocultan con mucho cuidado este aspecto del problema, pues desenmascara sus intentos de comprometer los procesos y rehabilitar a los criminales.

En los EE.UU. y Europa Occidental hace ya muchos años que en los estantes de las librerías y las páginas de diarios y revistas, viene apareciendo gran cantidad de libros, memorias, artículos y otras publicaciones sobre el Reich fascista, Hitler y sus colaboradores. El carácter de esta literatura se distingue en gran medida de las publicaciones de los primeros decenios posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Si antes se intentaba, en general, explicar las causas de la derrota de Alemania poniendo

---

[1] "Les causes cachées de la Dcuxième Guerre Mondiale", en *Lectures Françaises*, número especial, París, mayo de 1975, p. 5.
[2] John Edward Wiltz: *The Search for Identity of Modern American History*, J. B. Lippincott Company, Filadelfia, 1978, p. 632.

como motivos “los errores del Führer”, actualmente se desarrolla una campaña de rehabilitación de Hitler y el fascismo como tal.

“Hitler no sólo se convirtió en el Führer de los alemanes —escribe la revista germanoccidental *Der Freiwülige*—, se ha convertido, directa o indirectamente, en el Führer de todos los europeos, quienes desencantados de las democracias corruptas de sus países después de 1940, han reconocido un nuevo principio de dirección de éstas.” El diario germanoccidental *Deutsche National Zeitung* publicó varios artículos bajo un título común: *Vida y muerte de Adolfo Hitler*, en los que el régimen fascista alemán se denomina “el bien del pueblo alemán” y al Führer, “un luchador por la salvación contra el comunismo”.[1] Los falsificadores burgueses de la historia afirman el “fatal error” de Churchill y Roosevelt, al no valorar a Hitler cuando éste luchaba contra el “bolchevismo asiático” en aras de la salvación de Europa.

Llama la atención que la campaña de rehabilitación del fascismo, y en primer lugar, de la Wehrmacht, se efectúa en las Fuerzas Armadas de la RFA. En el documento oficial *El Bundeswehr y las tradiciones*, a los jefes de las grandes y pequeñas unidades se les impone como obligación hacer propaganda, por todos los medios, “a las gloriosas tradiciones”, “al valor” de los soldados y los oficiales de la Wehrmacht, quienes deben servir de “ideal a la joven generación de soldados del Bundeswehr”.

“Conservar la tradición no sólo significa pensar en el pasado. También significa aprovechar las fuerzas del pasado que mantienen su vigencia en la hora actual, para que esas fuerzas nos ayuden a enfrentarnos al presente y al futuro”, declaró uno de los jefes del Bundeswehr, el general Maiziere.[2]

En el transcurso de varios años, en la RFA se vienen publicando semanalmente folletos bajo un título común: *Relatos acerca de lo vivido: De la historia de la Segunda Guerra Mundial*, dirigidos a los soldados del Bundeswehr y la juventud civil. En esos folletos se publican materiales sobre la ruta militar de las grandes y pequeñas unidades de la Wehrmacht; se presentan, de manera popular, las campañas de conquista de la Alemania fascista; se narran ejemplos de los hechos “heroicos” de los solda-

[1] *Deutsche National Zeitung*, 22 de junio - 29 de junio de 1973.
[2] *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 18 de abril de 1970, p. 14.

dos y los oficiales del Reich hitleriano. La crónica fílmica fascista de los años de la guerra, que glorifica a la Wehrmacht, se proyecta regularmente por la televisión germana occidental.

El mando del Bundeswehr da nombres de ex generales y oficiales nazis —entre ellos, de criminales de guerra— a los cuartales donde está dislocado el actual ejército germano occidental. El cuartel de Mittenwald lleva el nombre del general Kübler, condenado a muerte por el jurado yugoslavo en 1947 por los crímenes cometidos en los territorios de Polonia, la Unión Soviética, Yugoslavia e Italia del Norte. El nombre del criminal de guerra general Konrad se adjudicó al cuartel de la Bundeswehr en Bad-Reihenhalle. Hay gran cantidad de ejemplos similares.

En el Bundeswehr también se acostumbra a dar a los cuarteles nombres de lugares y ciudades que volvieron a formar parte de Polonia, la URSS y Checoslovaquia como resultado de la Segunda Guerra Mundial. Nombres como "Pomerania", "Prusia Oriental", "Ostmark", "Tannenberg", "Breslau", deben educar, según las ideas de los jefes del Bundeswehr, a los soldados germanoccidentales en el espíritu del revanchismo. En enero de 1981, el diario de los comunistas germanoccidentales comunicó que en los cuarteles del Bundeswehr en Defendorf/Inn a los soldados se les enseña un mapa "de la gran Alemania, con los territorios de la actual República Federal y de la RDA, así como territorios de Polonia, Checoslovaquia y la Unión Soviética".[1]

El mando del Bundeswehr estimula el establecimiento de vínculos entre las grandes y pequeñas unidades y las organizaciones de antiguos SS y soldados de la Wehrmacht. Esos vínculos permiten recordar, de manera constante, a los jóvenes soldados el "heroico pasado combativo" del ejército alemán. En 1981 se emitió en la RFA una medalla en honor al almirante Karl Doenitz. En las comunicaciones de propaganda con motivo de ese hecho y publicadas en varios diarios de la RFA, se decía: "La muerte de Karl Doenitz significa la pérdida de la más destacada personalidad de la historia alemana." Así, el criminal de guerra Doenitz, a quien Hitler denominó "un nacional socialista hasta el tuétano" y condenado a 10 años de prisión por el Tribunal de Nuremberg, se presenta como el "héroe" alemán. El *Deutsche*

[1] *Unzere Zeit*, 12 de enero de 1981, p. 1.

National Zeitung aclara: "La lucha contra el comunismo no puede ser convincente hoy sin el debido reconocimiento a quienes lucharon ayer contra el comunismo con las armas en la mano."

La viabilidad de las ideas fascistas preocupa a la opinión pública de la RFA y obliga a pensar a algunos líderes actuales de Alemania Occidental.

El ex ministro de defensa y posteriormente canciller de la RFA, Helmut Schmidt, escribió en su libro *El equilibrio del poder* [*The Balance of Power*] que en el Bundeswehr existen "ciertas tendencias de carácter retrógrado, derivadas de malas tradiciones, que no están de acuerdo totalmente con las normas de vida y conducta de nuestro orden social democrático".[1]

Una tesis peligrosa. La declaración de Schmidt desmiente las afirmaciones de los historiadores burgueses que exigen poner fin a la "polémica" contra el fascismo y enfocarlo "de manera objetiva", sobre la base de que el fascismo se ha convertido, dicen, en historia y en las condiciones actuales no representa ninguna amenaza real para la democracia burguesa; de que se comprometió "lo suficiente" en la Segunda Guerra Mundial, y por eso no vale la pena prestar una atención seria a la actividad de los neonazis.

Semejante tesis encierra un gran peligro. En la década del 20, las autoridades burguesas valoraban de manera muy escéptica la posibilidad de que Hitler y su partido arribaran al poder en Alemania; en la del 30, los fervientes partidarios de la política de "pacificación" aseguraban a la opinión pública que existían fundamentos para llegar a un acuerdo con la Alemania fascista. Las trágicas consecuencias de esa miopía política son conocidas. El comentarista del diario francés *Le Monde*, E. Roussel, escribió el 8 de mayo de 1981: "Treinta y seis años después del fin de la Segunda Guerra Mundial, el espectro del nazismo viene de nuevo a inquietarnos. Despertado, después de tanto tiempo, por una propaganda insidiosa y absurda que quiere excusar, y a veces exaltar, la barbarie hitleriana. Las evidencias admitidas por todos los hombres de buena fe, son, en efecto, negadas, con desprecio de los hechos, por un puñado de fanáticos que se cubren abusi-

---

[1] Hehnut Schmidt: *The Balance of Power. Germany's Peace Policy and the Super Power.* Kimber, Londres, 1971, p. 243.

vamente con el nombre de historiadores y lo deshonran."[1]

En el transcurso de la Segunda Guerra Mundial, el fascismo fue derrotado, pero no se suprimieron las raíces clasistas que propician su resurgimiento. El fascismo fue, y sigue siendo fruto del régimen capitalista en las condiciones de agudización de todas sus contradicciones. Y sería erróneo hoy día renunciar al peligro del resurgimiento del fascismo, de la transformación gradual de los regímenes democrático burgueses en fascistas; al peligro de que en algunos países se instauren dictaduras militares terroristas no encubiertas en absoluto. Los acontecimientos acaecidos en Chile, la República de África del Sur y varios otros países, muestran la posibilidad real de que la reacción imperialista utilice regímenes en extremo reaccionarios en la lucha contra el movimiento democrático de las masas populares.

Los partidos o grupos neofascistas actúan en la RFA, Italia, Francia, en varios otros Estados de Europa Occidental, en los Estados Unidos de América. Se han convertido en una fuerza influyente en algunos países de América Latina, incrementan su actividad en África y Asia. La reacción imperialista se arma gustosamente de las ideas del fascismo: el anticomunismo feroz, la inclinación a la violencia y el militarismo, las teorías racistas, el derecho de una "nación elegida" a dominar a otros pueblos. Bajo la bandera de la defensa de los "intereses vitales" de los Estados Unidos se ha desarrollado una propaganda tendente a justificar la injerencia norteamericana en los asuntos internos de otras naciones, se cultiva el mito de la "misión especial de los Estados Unidos en la dirección del mundo."

Las fronteras son sólidas. En los últimos años ha crecido en gran medida la actividad revanchista de los historiadores occidentales de poner en tela de juicio la legalidad de las fronteras establecidas como resultado de la Segunda Guerra Mundial y determinadas en los acuerdos de las conferencias de Crimea (Yalta) y Berlín (Potsdam), como las fronteras de la Polonia Popular en la línea del Oder y el Neisse. ¿A qué se refiere esto?

En la Conferencia de Berlín (Potsdam) de 1945, los jefes de Gobierno de la URSS, los EE.UU. e Inglaterra acordaron que

[1] *Le Monde*, 8 de mayo de 1981, p. 1.

"los antiguos territorios alemanes al Este de una línea que va desde el Báltico casi al oeste de Swinemuende, y de ahí a lo largo del Oder hasta la confluencia del Neisse occidental, y a lo largo del Neisse occidental hasta la frontera checoslovaca —incluida la porción de Prusia Oriental no situada bajo la administración de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas—, de acuerdo con el entendimiento alcanzado en esta Conferencia —e incluida la zona de la antigua ciudad libre de Danzig—, estarán bajo administración del Estado polaco y para esos fines no deben considerarse parte de la zona soviética de ocupación en Alemania."[1]

Inmediatamente después de finalizada la guerra, los elementos revanchistas y profascistas de Alemania Occidental desarrollaron, con la connivencia de las autoridades de ocupación norteamericanas e inglesas, una amplia campaña en la cual intentaron "demostrar la ilegalidad" de las fronteras en el Oder-Neisse. En 1946, el ex diplomático hitleriano G. Vogel, en nombre del gobierno de la tierra de Hessen, elaboró un memorándum acerca de cuestiones de política exterior. Este documento contenía la solicitud de no reconocer los resultados territoriales de la Segunda Guerra Mundial. Se planteaba el siguiente argumento: Alemania no había firmado los acuerdos de Berlín. No se encubrían los cálculos de apoyo por parte de círculos gubernamentales norteamericanos y británicos muy influyentes "los cuales tenían una posición de no rechazo hacia la idea de una corrección de las fronteras"[2] en favor de Alemania.

Durante más de 30 años, el problema de las fronteras en Europa se ha estado planteando, en la historiografía burguesa reaccionaria, como "una cuestión no solucionada de la Segunda Guerra Mundial";[3] se reiteran las afirmaciones de la "ilegalidad de la frontera en el Oder-Neisse".[4]

En un libro de texto norteamericano para las escuelas de enseñanza media, editado en 1978, se señala que la cuestión de la

---

[1] *The World Almanac and Book of Facts for 1947.* New York World-Telegram. New York, 1947, p. 527.

[2] Georg Vogel: *Diplomat unter Hitler und Adenauer.* Econ Verlag, Dusseldorf, 1969, pp. 131-133.

[3] *Kann Europa abrüsten? Friedenspolitische Optionen für die siebziger Jahre.* Carl Hanser Verlag, Múnich, 1973, p. 22.

[4] *Der Spiegel,* N°13, 21 de marzo de 1977, pp. 174-188.

línea Oder-Neisse "es todavía un asunto sin solucionar en la política europea".[1]

Durante mucho tiempo, la República Federal Alemana no reconoció oficialmente los resultados de la Segunda Guerra Mundial, ni la situación real que se había conformado en Europa; pero en la década del 70, este curso de los círculos gubernamentales de la RFA sufrió cambios sustanciales. El gobierno de coalición del PSDA y el PDL, que arribó al poder consideró imprescindible normalizar las relaciones con los países socialistas, lo cual significó un viraje hacia el realismo en la política exterior de Bonn.

En el acuerdo entre la RFA y la URSS, firmado en 1970, se reflejó la inviolabilidad territorial de las fronteras en Europa, entre ellas, la frontera Oder-Neisse y las fronteras entre la RFA y la RDA. Esto significó el reconocimiento de la República Democrática Alemana por parte de la RFA y la renuncia oficial del Gobierno de Bonn a los planes revanchistas de reanálisis de los resultados de la Segunda Guerra Mundial. Con posterioridad, estas importantes cuestiones se reafirmaron en acuerdos entre la RFA y la RDA (1972), entre la RFA y la RPP (1973) y entre la RFA y la RSCh (1973).

No obstante, la campaña revanchista continúa y crece.

Las exigencias de revisar los resultados de la Segunda Guerra Mundial y de reconsiderar el acuerdo referente a la frontera Oder-Neisse, se han tomado como armas por las agrupaciones neofascistas de Alemania Occidental. Plantean las consignas de "Devolución de las tierras orientales" y "Renacimiento del gran imperio alemán." Algunos círculos gubernamentales tampoco han renunciado a las ideas de revancha y de reconsideración de la frontera Oder-Neisse. En 1981, los ministros germanoccidentales responsabilizados con las cuestiones de la educación, llegaron al acuerdo de reflejar en los libros de texto escolares las fronteras del Reich alemán tal como eran antes del 1937, y denominar en alemán las ciudades polacas y soviéticas que se encuentren dentro de los límites de esas fronteras.

Durante la activación de los elementos antisocialistas en la

[1] Marvin Perry: *Man's Unfinished Journey. A World History.* Houghton Mífflin Company, Boston, 1978, p. 752.

República Popular de Polonia, que actuaban por guiones elaborados por los servicios especiales de los Estados imperialistas y de la OTAN, los revanchistas germanoccidentales han incrementado su propaganda referente a arrebatar a Polonia las tierras occidentales. En enero de 1981, la organización neofascista AKON ("Acción Oder-Neisse") difundió en la RFA un volante en el cual se decía que "el descontento del obrerismo polaco, demostrado por las olas de huelgas, abre una nueva fase en la lucha por la devolución de los territorios alemanes del Este". Los autores del volante aprovechan los sucesos de Polonia para mostrar "la incapacidad del Estado polaco de administrar los territorios alemanes del Este".[1]

Los intentos provocadores de obtener la revisión de las fronteras establecidas en Europa como resultado de la Segunda Guerra Mundial, están condenados como es natural al fracaso. La inviolabilidad de las fronteras de la RPP y la RDA, está garantizada por el derecho internacional y por todo el poderío de los países de la comunidad socialista. Sin embargo, es imposible no valorar el papel que desempeñan esas provocaciones en la creación de una atmósfera de psicosis revanchista.

Un turbio torrente de intimidaciones. En los Estados Unidos y Europa Occidental se publican uno tras otro libros del más diverso carácter: desde los populares *paperbooks* dirigidos al lector masivo hasta "investigaciones científicas", en las cuales se describen diferentes variantes del surgimiento de la guerra con cohetes nucleares. Se elabora toda una serie de "guiones" de desencadenamiento de la guerra, en los cuales el papel de agresores se les atribuye a los países del Tratado de Varsovia y, en primer lugar, a la URSS. Sobre el lector se arroja toda una avalancha de suposiciones fantásticas y descripciones "espantosas": sobre las ciudades de Europa y América se han lanzado cohetes soviéticos con cargas nucleares, los tanques soviéticos se han abierto paso hasta La Mancha, Japón perece bajo los golpes de los cohetes nucleares, la flota soviética amenaza a Australia y Nueva Zelanda, y muchos otros detalles "horripilantes" de futuras catástrofes.

Veamos uno de esos "guiones", cuya acción se ubica a ini-

[1] *Unzere Zeit*, 12 de enero de 1981, p. 1.

cios de la década del 50. "La Tercera Guerra Mundial ha comenzado... Los aliados —sobre todo, norteamericanos y británicos— ofrecen una breve resistencia en el Rin; pero el frente se desploma el 3 de enero, cuando el frente del mariscal Malinovsky establece una cabeza de puente en el Wesser, con bastante probabilidad en la misma zona por donde cruzó Montgomery en la Segunda Guerra Mundial... En toda Europa Occidental se pone de manifiesto el brazo de la acción comunista y, utilizando armamentos y explosivos de la Segunda Guerra Mundial almacenados para este momento... el 6 de enero, la bandera roja es izada sobre París y en las demás capitales de Europa Occidental."[1]

El escritor germanoccidental F. Hitzer ofrece una relación completa de libros editados en la RFA acerca de este tema: *Los rusos avanzan*, *Ellos vendrán*, *La bandera roja sobre Bonn*, *Cruzada contra la República Federal*, *Europa indefensa*. "Las personas en mi país —escribe F. Hitzer— se encuentran día tras día bajo los impactos de proyectiles cargados de anticomunismo y antisovietismo."[2]

En 1979, en París se publicó el libro *Euroshima*. Este extraño título está formado a partir de dos palabras: Europa e Hiroshima. Les sirvió a los autores para asustar a los lectores con la amenaza nuclear soviética; para inculcar la idea de que a la "indefensa" Europa le espera el destino de Hiroshima. "Desde Washington hasta Teherán, desde Kinshasa hasta Pretoria, todo sobre lo cual descansaba su defensa, se derrumba."[3] En Japón se publicaron los libros *El Ejército Soviético desembarca en Japón* y su continuación *Minsk marcha al combate*, en los cuales se narran acontecimientos "inevitables" de la década del 80: la ocupación de Japón por las tropas soviéticas, la guerra de Japón y los Estados Unidos contra la URSS. Podría continuarse hasta el infinito la relación de libros de este tipo editados en Occidente. Su influencia no pasa sin dejar huella. El semanario norteamericano *Newsweek* ha afirmado: "Como Washington ha iniciado una nueva parranda de gastos para 'parar a los soviéticos'... para la industria

---

[1] *"Dropshot". The United States Plan for War with the Soviet Union in 1957*, p. 250.

[2] *Pravda*, 16 de julio de 1979.

[3] René Cagnat, Guy Doly y Pascal Fontaine: *Euroshima, Construire l'Europe de la défense.* Les Editions Media, París, 1979, p. 5.

de defensa eso significa prosperidad en el futuro."[1]

Al mismo tiempo, los trabajos que interpretan, de manera objetiva, la historia son sometidos a todo tipo de persecución. Así sucedió, en particular, en Japón con el libro del profesor E. Koriyama *Estudio de las relaciones nipono rusas a fines del período bakumatsu*, editado en 1980. Operando con una gran cantidad de datos históricos extraídos de materiales de archivo en ruso y en japonés, el autor demuestra de manera convincente que las islas Kuriles —incluidas Iturup y Kunashir— no pueden considerarse "tierras puramente japonesas"; que los intentos de los políticos japoneses de afirmar tal cosa carecen de todo fundamento científico. En este sentido son característicos, tanto las objeciones de la administración de Reagan contra la publicación en los Estados Unidos de la obra académica soviética *Historia de la Segunda Guerra Mundial de 1939-1945*, como los obstáculos de todo tipo puestos por las autoridades norteamericanas a la exhibición de la película para la televisión "La Gran Guerra Patria" —en la variante norteamericana, "La guerra desconocida" [*The Unknown War*]—, y muchos otros hechos de ese tipo.

El miedo a la verdad de la gran hazaña del pueblo soviético, en la lucha conjunta con los Estados Unidos y los pueblos de la coalición antihitleriana contra la agresión fascista, provoca la cólera sorda de las fuerzas reaccionarias, cuyas acciones actuales recuerdan en mucho los excesos cometidos por los hitlerianos, quienes quemaron en hogueras libros mundialmente conocidos para obligar a la especie humana a borrar de su memoria los mayores logros de la humanidad.

A. A. Gromyko en su intervención en la XXXIV Sesión de la Asamblea General de la ONU, subrayó el peligro del incremento de la propaganda del "culto a la guerra" por las fuerzas militaristas más reaccionarias. "Pues antes de romper a hablar los cañones de los agresores que desencadenaron la Segunda Guerra Mundial, durante muchos años se estuvo realizando la propaganda a la guerra, no cesaron los llamados a cambiar por completo el mapa de Europa y el mundo de acuerdo a los planes de los agresores —señaló A. A. Gromyko—. La Unión Soviética se refiere a esto porque son cada vez más activas las fuerzas que llevan a cabo

[1] *Newsweek*, 4 de febrero de 1980, N°5, p. 39.

una línea encaminada a habituar a las personas a pensar con las categorías de la guerra y la intensificación de los armamentos."[1]

¿Cuales eran los resultados de la guerra que querían los historiadores reaccionarios? La respuesta la dio hace ya muchos años H. Baldwin, entonces comentarista militar del diario *The New York Times*: "La gran oportunidad de las democracias [léase del imperialismo de los EE.UU.—*El autor*] para establecer una paz estable llegó el 22 de junio de 1941... pero la dejamos escapar."[2] Está dicho de una manera cínica, pero franca. Sólo que no fue que "ellos" dejaron escapar esa oportunidad. La Unión Soviética hizo fracasar los planes del imperialismo. El País de los Soviets resistió la prueba de fuego y actuó como la fuerza decisiva que aplastó al agresor. En esto consiste, ante todo, la importancia histórica a nivel mundial de los resultados de la Segunda Guerra Mundial y de sus lecciones para el momento actual.

---

[1] A. A. Gromyko: *Por la seguridad de los pueblos, por la paz en la Tierra.* Discurso en la XXXIV Sesión de la Asamblea General de la Organización de Naciones Unidas, 25 de septiembre de 1979, Moscú, 1979, p. 5.

[2] H. Baldwin: *The Great Mistakes of the War*. London, 1950, pp. 10, 11.

CONCLUSIONES

La Marina de Guerra de los EE.UU. —concentrada en el golfo Pérsico en el otoño de 1979 durante la "crisis de los rehenes" norteamericano iraní— contaba con decenas de buques de guerra de gran tamaño. Muchos de sus nombres recordaban la Segunda Guerra Mundial: "Eisenhower", "Coral Sea", "Midway", "Tarawa", etc. Luego se les unió el destructor inglés "Coventry". Estos buques participaron, en reiteradas ocasiones, en demostraciones de la política de fuerza, le sirvieron de instrumento directo. Es posible citar muchos ejemplos de situaciones en las que la agresión imperialista se ha enmascarado con nombres relacionados con el período de la lucha de los pueblos contra la agresión fascista. Así sucedió en Corea y Vietnam, el Cercano Oriente y el Atlántico Sur. Fenómenos poco notables y sucesos que transforman el mundo, cambios en los destinos de millones de personas, se relacionan también hoy con la historia y los resultados de la Segunda Guerra Mundial.

El lector actual busca en los libros de historia de la Segunda Guerra Mundial respuestas a muchas interrogantes preocupantes sobre las causas de la guerra y los culpables de su desencadenamiento, los orígenes y el precio de la victoria, el aporte de los diversos Estados al logro de esa victoria, las lecciones del pasado y la responsabilidad ante el futuro, la posibilidad de impedir otra conflagración mundial y las vías de fortalecer la paz en la Tierra.

El contenido de los trabajos de los historiadores reaccionarios acerca de la pasada guerra, dictado por el anticomunismo, no ofrece una respuesta veraz a esas interrogantes. Han creado todo un sistema de mitos acerca de la pasada guerra; sistema que tiene como objetivo justificar la actual política agresiva del imperialismo, y adormecer la vigilancia de los pueblos. Los círculos imperialistas responden con un incremento de los preparativos militares a las derrotas en los enfrentamientos sociales, a la pérdida de los dominios coloniales y a la salida de nuevas naciones del sistema capitalista, a los éxitos de la comunidad socialista, al incremento de la influencia de los partidos comunistas y otras fuerzas democráticas en los Estados burgueses. Se exagera cada vez más el mito de la "amenaza soviética", al amparo del cual se realiza la carrera armamentista que ha alcanzado, en los países de

la OTAN y en particular en los Estados Unidos, escalas nunca antes vistas. Los historiadores reaccionarios actúan como cómplices directos de los círculos gubernamentales de estos países.

Sus fieros ataques están provocados por el incesante incremento del prestigio de la política de paz que lleva a cabo la Unión Soviética, por el aumento de la comprensión de esa política por amplias capas de la opinión pública en los países occidentales. Primordial importancia reviste la elaboración consecuente por el Gobierno soviético de medidas concretas encaminadas a solucionar la tarea histórica de impedir una nueva guerra mundial: el Programa de Paz para la década del 80.

A tono con los acuerdos del XXVI Congreso del PCUS (1981), el Gobierno soviético elaboró y dio a conocer a la opinión pública mundial varias propuestas importantes, cuyo objetivo consiste en cortar la carrera armamentista. Estas propuestas se plantearon en el transcurso de contactos bilaterales al más alto nivel en las sesiones de la Asamblea General de la ONU, en encuentros de dirigentes soviéticos con personalidades extranjeras destacadas, en los congresos de las organizaciones socio políticas soviéticas, en mítines y manifestaciones de soviéticos.

Recordemos sólo dos iniciativas soviéticas que provocaron la más amplia respuesta mundial: el compromiso adoptado por la URSS de no ser la primera en emplear el arma nuclear y la iniciativa de "congelar" las armas nucleares como primer paso para disminuirlas y, perspectivamente, eliminarlas por completo. En el desarrollo de esta iniciativa se presentó y detalló una propuesta de moratoria al despliegue de nuevos medios coheteriles nucleares de alcance medio de los países de la OTAN y la URSS en Europa, es decir, de "congelación" del nivel existente de esos medios en lo cualitativo y lo cuantitativo.

Sin embargo, los círculos gubernamentales de los Estados Unidos —y a indicación de ellos, los de otros países de la OTAN—, cegados por la irrealizable idea de romper la paridad nuclear y lograr la supremacía militar sobre la URSS, rechazaron las propuestas soviéticas de paz.

El Pleno del CC del PCUS, celebrado en marzo de 1985, confirmó una vez más la indoblegable voluntad de paz del pueblo soviético. "Seguiremos firmemente la línea leninista de paz y

coexistencia pacífica —señaló Mijaíl Gorbachov, Secretario General del CC del PCUS, en el discurso pronunciado en ese Pleno—. La URSS corresponderá siempre a la buena voluntad y la confianza; pero todos deben saber que nunca haremos dejación de los intereses de nuestra Patria y sus aliados. Recordamos los éxitos de la distensión internacional en los años setenta, y estamos dispuestos a participar en la continuación del proceso encaminado a lograr una colaboración pacífica y mutuamente beneficiosa con los Estados sobre los principios de igualdad de derechos, respeto mutuo y no injerencia en los asuntos internos"[1].

Hoy en el mundo existen poderosas fuerzas que disponen de los medios necesarios para impedir el surgimiento de una nueva guerra mundial, frenar a tiempo al agresor y, si se atreve a comenzar la guerra, darle una respuesta demoledora y hacer fracasar sus planes criminales.

¿Cuáles son estas fuerzas?

La poderosa comunidad socialista, que ha puesto al servicio de la paz todo su poderío político, económico y militar.

La clase obrera internacional y su vanguardia, los partidos comunistas, que llevan a cabo una lucha consecuente contra la amenaza de una nueva guerra.

El movimiento de liberación nacional, que se manifiesta contra el neocolonialismo, por la consolidación de la independencia nacional y el progreso social.

El movimiento de masas en defensa de la paz, que obliga a los imperialistas a considerar la voluntad de cientos de millones de personas, firmemente decididas a salvaguardar la paz.

No se puede permitir que la humanidad sea arrastrada a una nueva catástrofe bélica. La historia de la tragedia y el triunfo de los pueblos amantes de la libertad en la Segunda Guerra Mundial, enseña la necesidad de conocer y asimilar sus lecciones.

Los soviéticos están firmemente convencidos de que los Estados y los pueblos podrán vencer, si aúnan sus esfuerzos, la amenaza militar, podrán salvaguardar y consolidar la paz en la Tierra y garantizar al hombre el derecho a la vida.

---

[1] *Pravda*, 12 de marzo de 1985.

ÍNDICE



Aviones de la Luftwaffe bombardean Varsovia. Setiembre de 1939.

Una unidad de las fuerzas expedicionarias británicas ocupa posiciones en la Línea de Maginot.

Hitlerianos en las calles de París.





Los moscovitas escuchan el comunicado del Gobierno soviético acerca de la artera agresión de la Alemania fascista a la URSS. 22 de junio de 1941.

Su casa fue quemada por los agresores fascistas.

Las tropas soviéticas atacando. 1941.



Columna de soldados y oficiales fascistas hechos prisioneros en los alrededores de Smolensk. 1941.

Mitin en el lugar donde fueron ahorcados héroes soviéticos de la clandestinidad, torturados y ejecutados por los hitlerianos.

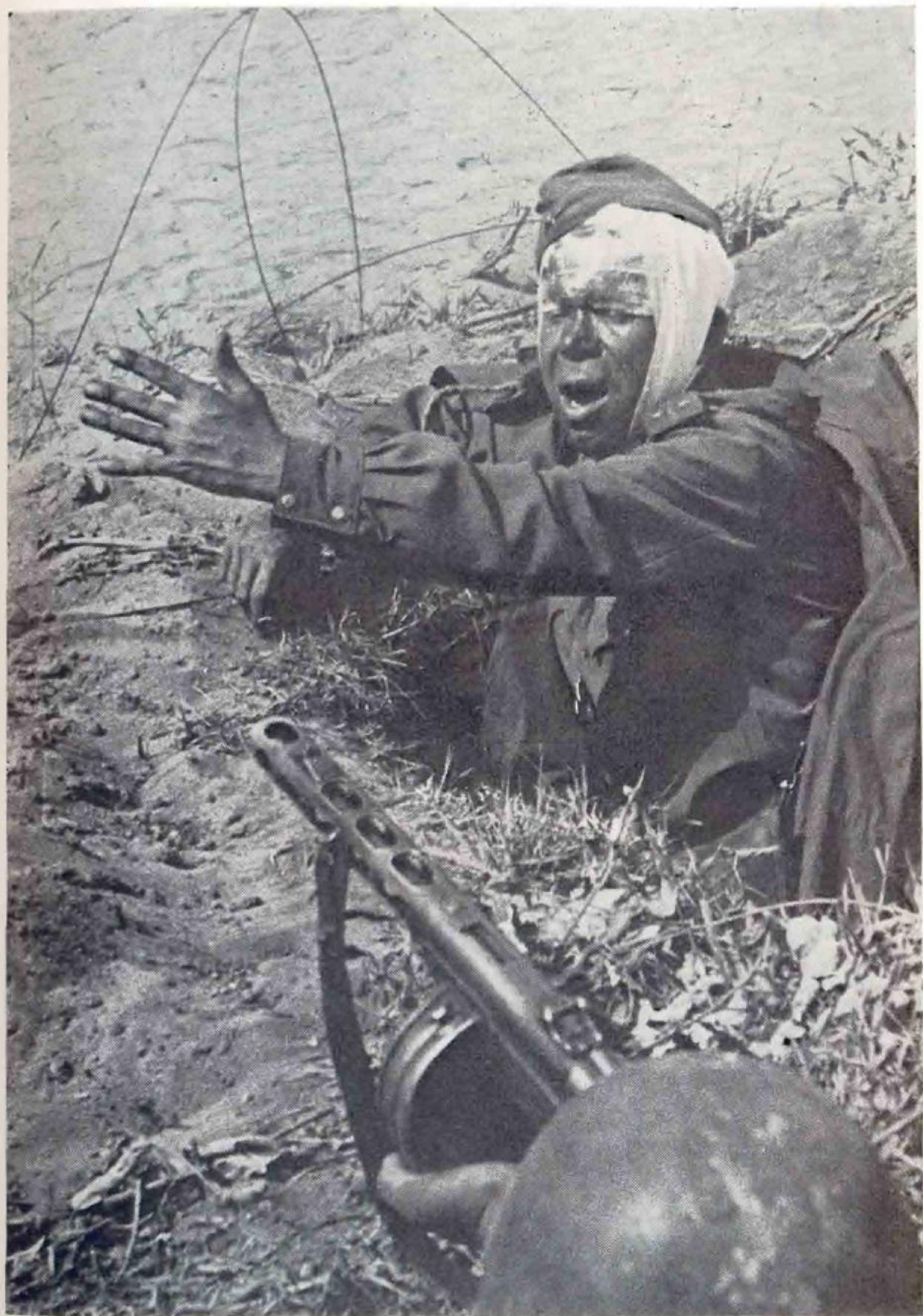




Desfile militar en Moscú, el 7 de noviembre de 1941. Los combatientes soviéticos marcharon al frente directamente desde la Plaza Roja.

Contraofensiva de las tropas soviéticas en los accesos de Moscú. Liberación de Volokolamsk. Diciembre de 1941.



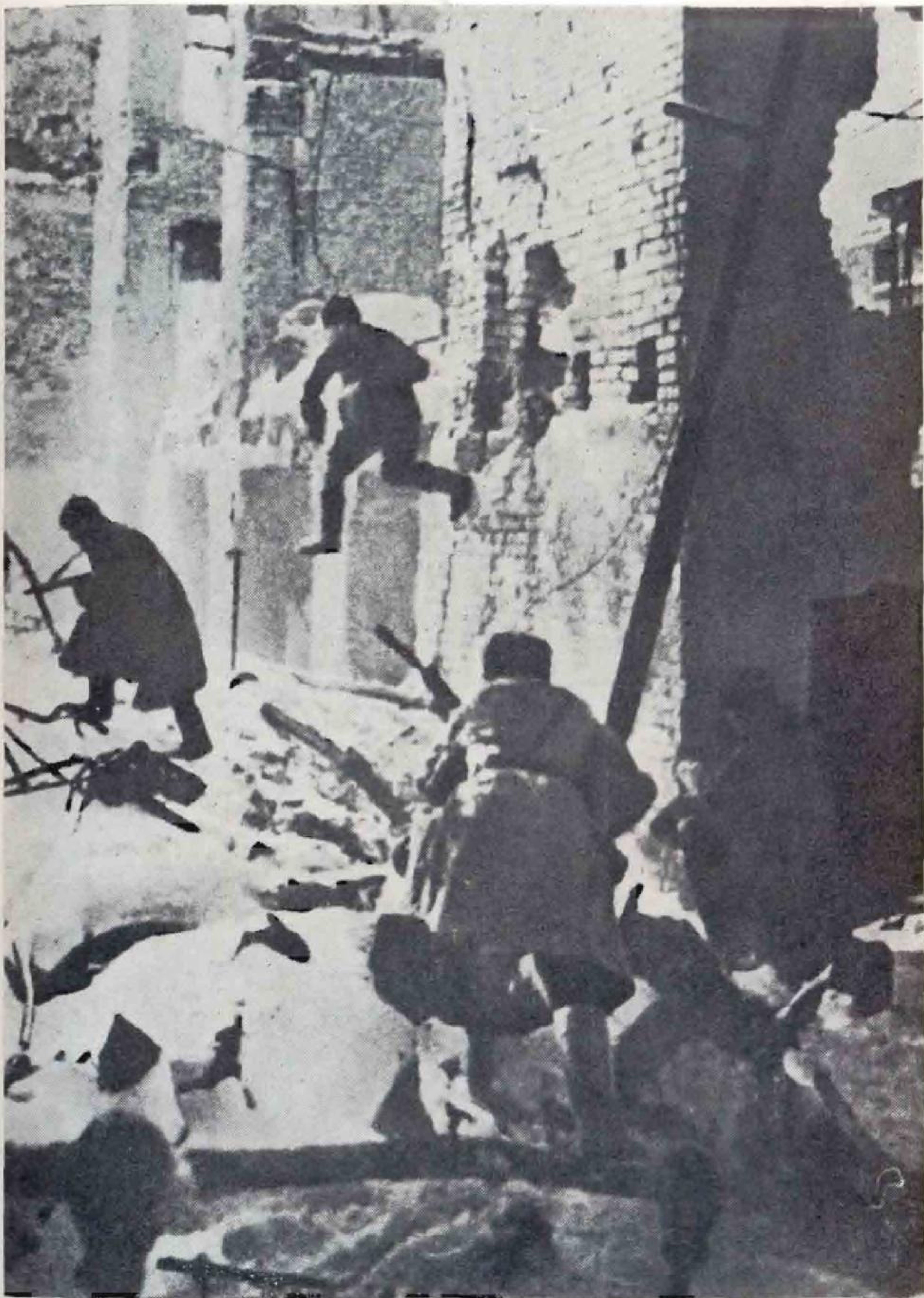


"¡Adelante!", exhorta a los combatientes un oficial soviético gravemente herido.



Ofensiva de las tropas escocesas. El-Alamein, 1942.

Familias completas de patriotas soviéticos se incorporaban a los destacamentos guerrilleros.



Combates callejeros en Stalingrado. Otoño de 1942.



El Mariscal de campo Paulus, jefe del 6° Ejército alemán, es hecho prisionero.

Los combatientes soviéticos en las calles del Stalingrado liberado. 4 de febrero de 1943.

Las obreras soviéticas chequeando proyectiles de artillería.



In the name of the people of the
United States of America,
I present this scroll to the
City of Stalingrad
to commemorate our admiration for its gallant defenders whose courage, fortitude, and devotion during the siege of September 13, 1942 to January 31, 1943 will inspire forever the hearts of all free people. Their glorious victory stemmed the tide of invasion and marked the turning point in the war of the Allied Nations against the forces of aggression.

May 17 1944 Franklin D Roosevelt

Washington, D.C.

Diploma del Presidente Franklin Roosevelt a la ciudad de Stalingrado.

Combatientes del Ejército Popular Antijaponés de Malaya. 1943.

Desembarco de las tropas aliadas en Sicilia. 1943.

En el taller de montaje de una fábrica de aviones soviética.

En una fábrica de tanques soviética.

La aviación soviética apoya a las tropas.

Marinos de la Flota del Norte en una misión de combate.



Las tropas soviéticas alcanzaron la frontera con Rumanía. Marzo de 1944.

Combatientes del Ejército Polaco sostienen combates en los suburbios de Varsovia. Setiembre de 1944.

Mitin en Bucarest el día en que entraron las tropas soviéticas a la ciudad. 31 de agosto de 1944.



En el Belgrado liberado. Octubre de 1944.

Un destacamento de agitación del Ejército de Liberación de Vietnam. 1944.





Combatientes del I Cuerpo del Ejército Checoslovaco entraron en la tierra patria. Octubre de 1944.

Una unidad india ataca las posiciones japonesas en Birmania. 1944.

Desembarco de tropas aliadas en Normandía. Junio de 1944.

Artilleros norteamericanos en el sector de Ardenas del Frente Occidental. Enero de 1945.

Guerrilleros italianos en Turin. Abril de 1945.

Cañones de asalto soviéticos preparados para el ataque a Berlín. Abril de 1945.

Encuentro de los combatientes soviéticos y norteamericanos en el Elba. Abril de 1945.



La Bandera de la Victoria ondea sobre Berlín. Mayo de 1945.

Tropas soviéticas junto a la Puerta de Brandenburgo. Berlín. Mayo de 1945.

Praga aclama a sus liberadores. 1945.

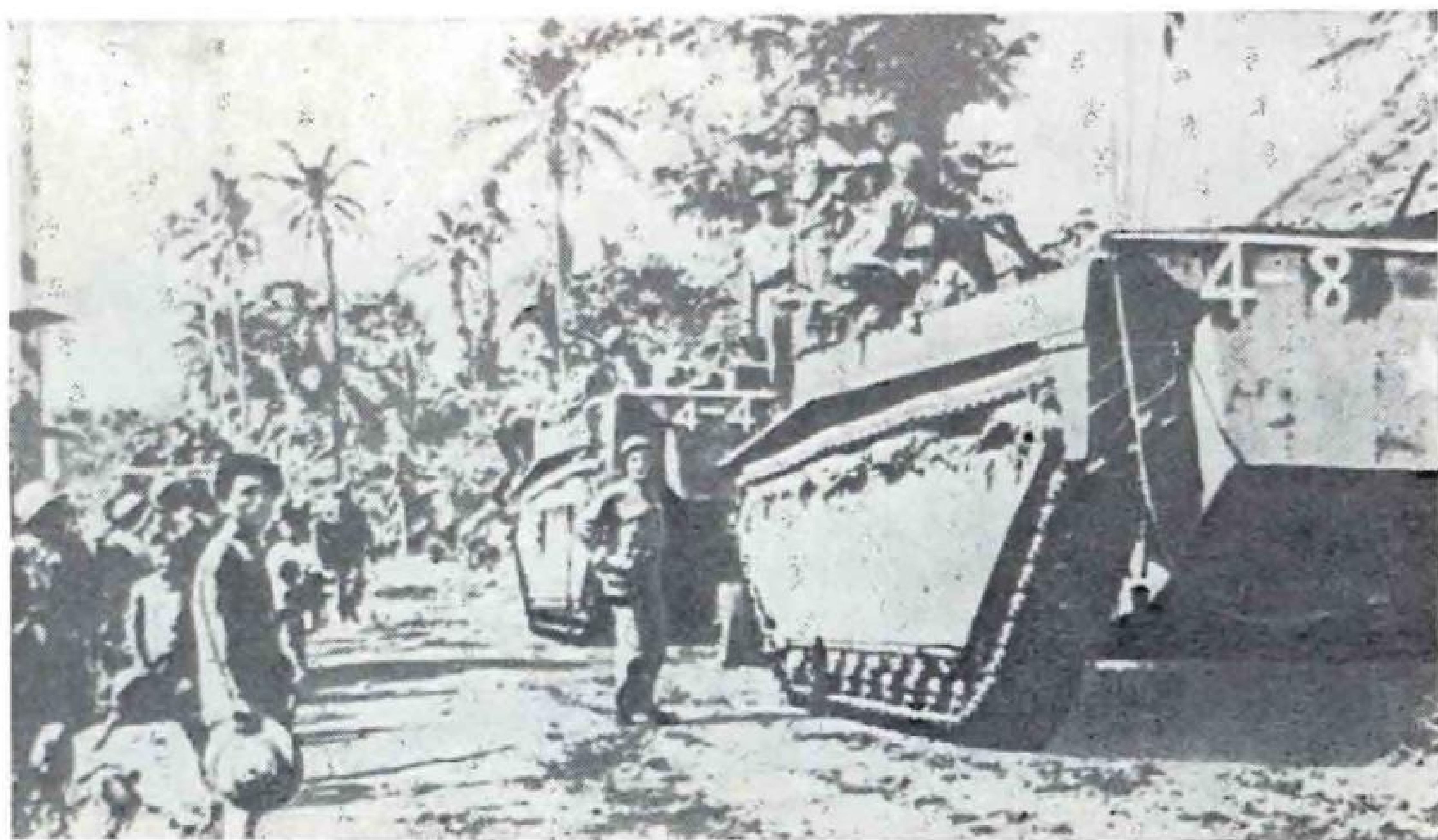


Salvas en conmemoración por la victoria sobre la Alemania fascista. Moscú, 9 de mayo de 1945.



Jefes de Estado de la coalición antifascista. De derecha a izquierda: J. V. Stalin, Presidente del Consejo de Ministros de la URSS; F. D. Roosevelt, Presidente de Estados Unidos y W. Churchill, Primer ministro de Gran Bretaña.

Tropas norteamericanas en la isla Luzón. Enero de 1945.





Tropas soviéticas en Manchuria. 1945

Desfile de las tropas soviéticas en honor de la victoria sobre Japón. Jarbin. 16 de setiembre de 1945.



Firma del Acta de capitulación de Japón a bordo del buque de línea norteamericano "Missouri". El teniente general K. Derevianko firma el Acta en nombre de la Unión Soviética. Setiembre de 1945.